



LA NINJA DE LOS LIBROS

ALI BERG Y MICHELLE KALUS

TITANIA

LA
NINJA
DE LOS
LIBROS

LA
NINJA
DE LO
LIBRO

ALI BERG Y MICHELLE KA



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *The Book Ninja*

Editor original: Simon & Schuster Australia, Sydney

Traducción: Victoria Simó

1.^a edición Marzo 2019

Extracto de *BAJO LA MISMA ESTRELLA*, de John Green. Copyright © 2012 de John Green. Usado con permiso de Dutton's Children Books, un sello de Penguin Young Readers Group, división de Penguin Random House LLC. Todos los derechos reservados.

Extracto de *LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ*, de Margaret Mitchell. Copyright © 1936 de Macmillan Publishing Company, una división de Macmillan, Inc. Copyright renovado © 1964 por Stephens Mitchell y Trust Company de Georgia como albaceas de Margaret Mitchell Marsh. Reimpreso con el permiso de Scribner, división de Simon & Schuster, Inc. Todos los derechos reservados.

Extracto de *TAL VEZ MAÑANA*, de Colleen Hoover. Copyright © 2014 de Colleen Hoover. Reimpreso con permiso de Atria Books, una división de Simon & Schuster, Inc. Todos los derechos reservados.

Se ha intentado contactar y pedir permiso a los propietario del *copyright* para reproducir el material que contiene este libro. Cualquier propietario de derechos que haya sido inadvertidamente omitido en los créditos debería contactar directamente con el editor original, y se rectificarán las omisiones en las siguientes ediciones.

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2018 by Ali Berg and Michelle Kallus

All Rights Reserved

© de la traducción 2019 by Victoria Simó

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-17545-50-5

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*A nuestros decididos ninjas literarios,
por dejar libros en los transportes públicos...
con lluvia, granizo o en plena hora punta.*

PRIMERA PARTE

«Cualquier persona, sea dama o caballero, que no halle deleite en una buena novela, debe de ser intolerablemente estúpida.»

La abadía de Northanger; Jane Austen

Si la vida de Frankie fuera un libro, se titularía *Decepción*, en honor al desastre que caracterizaba su carrera, su familia y, desde luego, su vida amorosa.

La alarma despertador de Frankie aulló acusadora para proclamar a los cuatro vientos que ya debería llevar veinte minutos levantada. Ella suspiró, se dio media vuelta en la cama y enterró la cara en su manoseado ejemplar de *Emma*, que había dejado abierto debajo de la almohada la noche anterior. Luego se mordió el labio, pensando que ella nunca sería tan interesante como para que titularan un libro por su nombre de pila.

Por otro lado, Frankie nunca valoraba un libro por el título. Ni tampoco por la portada. Le gustaba juzgar las novelas por su frase inicial, eso que ella y su mejor amiga, Cat, llamaban el «nacimiento de un libro». En el nacimiento de *Emma*, Austen describía a la señorita Woodhouse como una mujer «bella, inteligente y rica, con un hogar agradable y un temperamento alegre». En cambio, la primera frase del nacimiento de Frankie correspondió a su madre, que proclamó: «Es calva como una bola de billar y ha heredado la narizota de su padre».

Frankie se echó el edredón sobre la cabeza y saboreó las palabras de la página que tenía delante. Sabía que la escena de la declaración amorosa estaba al caer y cerró los ojos con fuerza. Igual que hacía ante una buena chocolatina, dudaba de si disfrutarla cuanto antes o dejar el placer para más tarde. En ese momento el estridente timbre del teléfono resolvió el dilema por ella. Frankie echó un vistazo a la pantalla y vio parpadear el nombre de su madre. Puso los ojos en blanco con expresión de aburrimiento, marcó «ignorar» y salió a rastras de la cama.

Buscando algo que ponerse sin complicarse la vida, recogió del suelo un vestidito holgado de algodón y se lo enfundó tal cual. Salió de prisa y corriendo de la habitación para encaminarse a su parte preferida de la casa: la biblioteca, escrupulosamente organizada por colores. La estantería, que albergaba 172 ejemplares de sus libros favoritos, ocupaba toda una pared de la sala. Empezando por los rojos, ubicados en la parte superior, la pared se tornaba naranja, amarilla, rosa, lila, verde, azul y, por fin, negra. Un arcoíris de volúmenes. Su paraíso particular. Con un gesto distraído, acarició los libros de Austen, encuadernados en tela; los de Fowler, de tapa dura; los volúmenes de las hermanas Brontë y, por fin, detuvo la mano indecisa sobre el discreto libro verde que llevaba el nombre «Frankie Rose» grabado en el lomo. Lo extrajo con cuidado, como si fuera una serpiente venenosa, y abrió la primera página.

A mi madre, mi padre, Cat, Ads y, sobre todo, a la pizza.

Por todo su amor, apoyo y sabrosa generosidad.

Frankie cerró el libro de golpe y lo lanzó a la otra punta de la habitación. Agarró el bolso, que había dejado tirado junto al sofá, se calzó unas zapatillas deportivas rojas y cruzó a toda prisa la puerta de su minúsculo apartamento de Richmond.



Cuando por fin encontró las llaves en las profundidades del bolso, Frankie entró en La Pequeña Librería de Brunswick Street, que había sido su segundo hogar a lo largo del último año y medio, más o menos el tiempo que habían tardado sus sueños en hacerse pedazos y su vida en irse a pique. Trabajar en la librería le había salvado la vida, en muchos aspectos. El local le recordaba a la famosa librería parisina Shakespeare and Company, donde estuvo empleada tres meses antes de volver para estudiar un máster en Literatura Inglesa en la Universidad de Melbourne. Sin apenas responsabilidades, Frankie disfrutó de lo lindo aquel tiempo que pasó perdida entre estanterías, escribiendo y comiendo cruasanes de almendras. Esa misma sensación de abandono la invadía cada vez que entraba en La Pequeña Librería de Brunswick Street. Le encantaba mirar a la gente de dentro afuera, un caleidoscopio invertido de amantes de la literatura que curioseaban el precioso escaparte desde la vibrante Brunswick Street. Adoraba estar rodeada de mujeres tan potentes como Angelou, Atwood y Adichie. Y, por encima de todo, le entusiasmaba trabajar con Cat. El marido de Cat, Claud, había heredado La Pequeña Librería de Brunswick Street de sus abuelos, y cuando él —contable en un pequeño bufete de abogados tan entregado a su trabajo como a su pasión por la calceta— dudó de poder abarcar un segundo empleo, Cat tuvo una genial idea: ella se ocuparía de las letras en la tienda mientras él, a ratos, se ocuparía de los números en la trastienda. Y cuando Cat le ofreció a Frankie un empleo, no lo dudó ni un momento: ¡sí, sí, sí!

Eran amigas desde aquellos tiempos en que le escribían cartas de amor al

señor Darcy en lugar de practicar álgebra en la clase de mates de octavo. Y su amistad aún sobrevivía, por más que Cat, embarazada de su primer hijo, pasara las noches del sábado con Claud viendo reposiciones del *Concurso Nacional de Calceta* en Netflix, mientras que Frankie, embarazada de la pizza del día anterior, dedicaba las suyas a buscar pareja con resultados desastrosos. Y ahora que vivían rodeadas de libros, hablando de libros y leyéndolos (y, naturalmente, criticando a todo el mundo por los libros que elegían), Cat y Frankie estaban más unidas que Hamlet y Horacio.

Frankie se abrió paso entre las estanterías y tiró el bolso de cualquier manera detrás del mostrador. Conectó el aire acondicionado, se acomodó detrás de la caja registradora, apoyó los pies en la mesa y se enfrascó en su machacado ejemplar de *Emma*. Acababa de pasar la página cuando sonó la campanilla de la puerta y entró Cat como un vendaval. El cabello, tan rizado como pelirrojo, le dibujaba remolinos alrededor de la cabeza y sudaba a mares debajo de un top de punto fucsia, unas mallas de licra negra y zapatillas naranja chillón.

—Catherine —la saludó Frankie por detrás del libro.

—Frankston —asintió Cat en respuesta. Se reunió con Frankie detrás del mostrador, tomó su ejemplar de *Jasper Jones* y plantó los pies sobre la mesa junto a los de su amiga.

—¿Y ese sudor? —preguntó Frankie.

—Tenía clase de K-Pop dance esta mañana, que ha sido alucinante, por cierto. Pero las duchas estaban estropeadas y no podía volver andando a casa para cambiarme y luego recorrer otra vez todo el camino hasta aquí, y entonces he pensado que si me quedaba un ratito al aire libre me refrescaría. ¡No me acordaba de que hoy habían anunciado treinta y dos puñeteros grados! Además, estos tops de Claud no absorben el sudor. ¡Mírame! Chorreando como si fuera un helado.

Cat agarró a Frankie y le embutió la cabeza contra su pecho empapado.

Si Frankie era la reina de las citas, Cat era la reina del gimnasio. Desde la barra de ballet hasta un desafiante verano en la barra de pole dance, Cat se había enganchado —y luego desenganchado— a todas las actividades físicas y tendencias saludables habidas y por haber antes de abandonarlas como Marius a Éponine. Todo comenzó algunos veranos atrás y, al principio, Frankie pensó que detrás de la obsesión de Cat por el fitness no había nada nada más que un deseo de estar más sana y en forma. Pero últimamente se preguntaba si su obsesión por el ejercicio no se debía a una inseguridad más profunda. A Cat siempre le había encantado que las cabezas se giraran al paso de su despampanante marido, pero ¿acaso empezaba a sentirse invisible?

—¿Por dónde vas? —preguntó Cat, volviendo la vista hacia el ajado libro de Frankie.

—Está a punto de pedirle matrimonio —respondió esta con entusiasmo.

—¿No te cansas de leer los mismos libros una y otra vez?

—Tú estás leyendo *Jasper Jones* por cuarta vez —objetó Frankie.

Cat desplegó los brazos como diciendo: *touché*.

—¿Sabes? Hoy ha pasado una cosa muy rara en clase de K-Pop.

—¿Sí? —preguntó Frankie.

La campanilla de la puerta interrumpió la conversación. Frankie y Cat cerraron los libros, devolvieron los pies al suelo y alzaron la vista en actitud de alerta. Entró un hombre tirando a grueso y medio calvo.

—¡Ciencia ficción! —cuchicheó Cat.

—¡Memorias de guerra! —replicó Frankie.

El hombre sonrió a Frankie y a Cat, ruborizado. Ellas le devolvieron una dulce sonrisa y le preguntaron si necesitaba ayuda. Él negó con la cabeza e inició un recorrido desesperadamente lento por la librería. Se rascaba la cabeza conforme avanzaba, sin tocar nada. Las dos mujeres lo observaban con atención, pendientes de cada movimiento.

—Decídetelo ya —le susurró Cat a distancia.

—Está a punto de lanzarse —cuchicheó Frankie.

Después de casi una eternidad, el hombre se detuvo en la sección de ciencia ficción, escogió dos novelas de Stephen King y las sujetó con los brazos.

—¡Maldita sea! Camisa, pero sin corbata. Tendría que haberlo sabido —exclamó Frankie, disgustada.

—Apoquina, Frankson. —Cat alargó la mano hacia su amiga y le agitó los dedos en las narices. A regañadientes, Frankie extrajo un billete de cinco dólares de su cartera y se lo plantó a Cat en la palma.

—Dos títulos estupendos de ciencia ficción. ¿Nada más? —preguntó Cat al cliente a la vez que le dirigía a su amiga una sonrisa maliciosa.

—Sí, no me puedo resistir a un buen libro de Stephen King —dijo el hombre, que depositó los libros en el mostrador para que Cat se los cobrara —. En realidad he estado a punto de quedarme con unas memorias de guerra, *The Crossroad*, de Mark no sé cuántos. ¿Sabe de qué libro hablo? Pero luego he pensado: ¿por qué no vas sobre seguro? Y King... es genial —concluyó con una risita.

Frankie lo miró alucinando y Cat contuvo una carcajada mientras introducía los libros en una bolsa de papel.

—Que tenga un buen día. Me alegro mucho de que haya elegido a Stephen King en lugar de unas memorias de guerra. King es *tan* bueno —canturreó Cat.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Bueno, hasta la próxima! —bramó el hombre cuando cruzaba la puerta, acompañado del tintineo de la campanilla.

—¡Que le vaya bien! —gritó Cat a su espalda, alzando los puños con ademán victorioso.

—¡Iba a comprar unas memorias de guerra! ¡Devuélveme mis cinco dólares! —Frankie agarró el billete pero Cat se lo arrancó.

—Tú lo has dicho. *Iba* a comprarlas. ¡Por desgracia, no lo ha hecho! Los cinco dólares son míos —le espetó Cat.

Frankie suspiró.

—Vale, quédatelos, no hace falta que te pongas tan contenta.

—¡No sé de qué me hablas! —sonrió Cat, todavía más satisfecha si cabe.

La otra frunció el ceño. Se acomodaron en las sillas y de nuevo plantaron los pies en el mostrador. El calor creciente del día se colaba por la rendija de la puerta, desafiando la intensa climatización de la tienda. Gotas de sudor resbalaban por el cuello de Frankie hasta su escote.

—Perdona, estoy un poco tonta —dijo Cat.

Silencio.

—Las cosas tontas dejan de ser tontas si las hacen personas sensatas de una manera insolente —citó Franky del libro que estaba leyendo, al pie de la letra.

Remató la observación con una pequeña reverencia, y Cat sonrió.

—¿Y bien? ¿A qué se debe ese humor tonto, Kitty Cat? ¿Qué ha pasado en K-Pop? ¿Te vas a mudar a Corea? —bromeó Frankie.

—Ah, nada importante. Voy a buscar los cafés.

Cat se levantó de un salto y echó mano de su bolso de prisa y corriendo, casi con demasiada precipitación.

—¡Cat! ¿Va en serio? ¿Qué ha pasado en K-Pop?

No era propio de su amiga mostrarse tan esquiva. Frankie solía obtener información privilegiada de todo lo que tenía que ver con Cat, desde lo que había comido para desayunar hasta los pormenores de la historia de amor entre los dos músicos callejeros que tocaban en la acera de enfrente.

—Nada. No es nada.

Cat se puso aún más colorada y sus ojos buscaron la puerta con desesperación.

—Catherine Adeline Cooper. Cuéntamelo ya.

Entrecerrando los párpados, Frankie clavó los ojos en su amiga.

Cat le devolvió la mirada con idéntica intensidad y aguantaron un minuto entero sin desviar la vista; todo un récord en su caso.

—¡Bueno, vale, muy bien! —Cat levantó los brazos con un ademán de

derrota.

—¿Sí?

—Bueno, en K-pop... hay un chico muy mono. Se llama Jin Soo.

—¿Jin Soo?

—Sí, Jin Soo.

—¿Y?

—Y... Jin Soo.

—¿Qué pasa con Jin Soo?

—Bueno, pues que, sin darme cuenta, me acosté con él hace unas semanas.

Cat se tapó la boca con la mano y salió disparada hacia la puerta.

—¿QUÉ? ¿Cat? ¡Cat, vuelve aquí! —gritó Frankie, que no se podía creer lo que acababa de oír.

¿Que Cat había engañado a Claud? No; Frankie sabía que era imposible. Cat jamás le pondría los cuernos a su marido. Su matrimonio no era perfecto, pero ¿qué matrimonio lo es? Su amiga amaba a Claud. De los pies a la cabeza, incluidas su absurda belleza y su obsesión por la calceta. Y estaba embarazada. De cuatro meses, por el amor de Dios.

Frankie se levantó de un saltó y salió corriendo detrás de su sudorosa y, según acababa de descubrir, adúltera amiga. Cuando abrió la puerta de la tienda, se detuvo en seco. En lugar de ver a Cat se dio de bruces con el hombre que estaba a punto de entrar. Debía de ser el tipo más atractivo en el que había posado los ojos jamás. Era alto, era fuerte. Era, en su opinión, una mezcla perfecta entre John Knightley, el señor Darcy y Edmund Bertram, todo en uno.

Refugiada tras el mostrador, con la nariz enterrada en un libro, Frankie observaba al apuesto cliente que acababa de irrumpir en la tienda con andares decididos. Fuerte pero no intimidante, enfundado en una sencilla camiseta blanca y unos vaqueros, se movía por el mundo con relajada seguridad mientras iba girando el cuerpo hacia aquí y hacia allá para desplazarse entre las estanterías. Alargando la mano hacia el cuenco que descansaba junto a la pantalla, Frankie se llevó a la boca una pastilla de chocolate M&M, con una sonrisa. ¡Que empiece el juego!

El tipo se acercó a los clásicos. *Un comienzo prometedor. Así me gusta, sigue acariciando esas anticuadas sobrecubiertas. No, espera. ¡Movimiento a la vista!*

El hombre siguió avanzando, abriéndose paso hacia la sección de viajes. Se detuvo y miró a su alrededor como si tratara de orientarse. Frankie contuvo el aliento cuando lo pescó mirando hacia no ficción. ¿Un historiador *aficionado a los libros*? ¿Un economista? Sí, no estaba mal. Por desgracia, el desconocido dejó atrás las biografías y los ensayos. Apurando el paso, el hombre del cabello castaño echó a andar con decisión mientras Frankie, agazapada detrás de su libro de tapa blanda, devoraba un M&M tras otro y observaba boquiabierta cómo el desconocido se encaminaba al fondo de la librería.

No. No. ¡No! Cualquier cosa menos ese estante. ¿La sección de ficción juvenil? Sin duda se había confundido. Frankie dejó el libro sobre la mesa, pensando que ya había visto suficiente; saltaba a la vista que el cliente estaba desorientado. Y en el instante en que se disponía a abandonar la seguridad del mostrador, el hombre extrajo un libro con el lomo naranja chillón sin la menor sombra de vacilación.

—Esto tiene que ser una especie de broma pesada —murmuró Frankie para sí—. Tendrá treinta años, como poco. Es demasiado maduro, y guapo, para leer... —Ahora sí que Frankie no entendía nada de nada—. ¿Es *Crepúsculo* el

libro que tiene en la mano? Agh. O sea...

El hombre despegó la vista de su ejemplar y miró a Frankie con curiosidad.

—Mierda.

A toda prisa, ella le dio la espalda y se recostó contra el mostrador. *Lo sabía, demasiado bueno para ser verdad*, se lamentó para sus adentros (ahora en silencio) y echó mano del teléfono para marcar el número de Cat.

—¿Por qué no contesta?

Impaciente, Frankie hizo rebotar el pie contra el suelo.

—Ejem.

Al oír el grave carraspeo, Frankie se volvió en su silla tan bruscamente que estuvo a punto de derribar lo que quedaba del cuenco de M&M, plantado en precario equilibrio sobre el ordenador.

—Lo siento. ¿En qué puedo ayudarle?

Se apartó un mechón de la cara al tiempo que intentaba recuperar la compostura.

—Solo esto, por favor —respondió el hombre con una sonrisa que dejó entrever los hoyuelos de sus mejillas.

Mirando el libro que tenía delante, Frankie entornó los ojos como para protegerlos de una estridente edición inspirada en la película. Examinó de reojo la mano izquierda del hombre. No llevaba anillo.

—¿Quiere que se lo envuelva? ¿Es para su sobrina? ¿Su sobrino? ¿Un niño? —preguntó, esperanzada.

—No, no. Es para mí. ¡Estoy deseando saber cómo sigue la historia!

—Mmmm, claro. —Frankie sonrió con desmayo.

Leyó el código de barras e introdujo el ejemplar en una bolsa. Al levantar la vista descubrió que el hombre la observaba casi con nostalgia. Irradiaba una calidez inconfundible. Sus ojos azules parecían decir: *No hay ninguna persona en el mundo a la que querría mirar ahora mismo sino a ti*. Mientras Frankie se perdía en las profundidades de esos ojos, él hizo ademán de

acercarse. ¿Era la mano del desconocido lo que veía desplazarse hacia ella? ¡No es posible! ¿Está...? La cabeza del hombre se tornó borrosa cuando se echó sobre el mostrador para acortar la distancia que los separaba. Sin pensar lo que hacía, Frankie imitó sus movimientos y desplazó el cuerpo hacia él. A poco más de un palmo de distancia, el aroma a campo de su colonia la envolvió. *No puede ser su mano la que me está acariciando el rostro ahora mismo, ¿verdad?* Siguió acercando la cara, los ojos cerrados con abandono, mientras él hacía lo propio. Ahora apenas distaban unos centímetros entre los dos. Por puro instinto, Frankie frunció los labios. Y lo besó. Le plantó un besito en la nariz. *¡En la nariz!* Mientras ella se demoraba ante él, aún con el gesto del beso en los labios, notó cómo los dedos del hombre le pellizcaban el pómulo izquierdo con suavidad. Ambos retrocedieron a toda prisa.

—Perdona, tenías un trocito de chocolate en la mejilla.

Le mostró el grumo en cuestión con aire compungido.

—Ay, Dios mío. Cuánto lo siento. Qué inapropiado. Acabo de besarle. *¡En la nariz!* —balbuceó—. No sé qué me ha pasado. Acaban de darme una noticia horrible y no tengo la cabeza en su sitio. —Frankie hablaba atropelladamente—. Serán veinte dólares, gracias.

Desviando la mirada, finalizó la transacción y le alcanzó la bolsa al desconocido. Se levantó cabizbaja, posó una mano en la espalda del hombre y lo condujo rápidamente hacia la puerta. Él intentaba decir algo, pero Frankie, deshaciéndose en agradecimientos y disculpas, lo echó a la calle y cerró la puerta a toda prisa. Inspirando hondo, se apoyó contra el cristal y dejó que el calor se filtrara a través de su vestido hasta devolverle mínimamente el sosiego. *¿Desde cuándo hago cosas tan raras, maldita sea?*

🗨️ Frankie: Cat, por favor, dime dónde estás. Tenemos que hablar. PD Acabo de acosar a un cliente. Necesito refuerzos. De inmediato.

Tras mirar la pantalla con atención durante un minuto, esperando la respuesta de Cat, Frankie abandonó la aplicación de mensajes y, para distraerse, echó un vistazo a Instagram.

Cachorrito.

Composición.

Anuncio de compromiso.

Puré de aguacate.

Instantáneas planificadas al detalle desfilaron antes sus ojos. Decidió entrar en Facebook, donde una imagen en particular captó su atención. Sonrió.

👍 Cat Cooper: Gracias, Dios mío, por este invento celestial. Croissanterie Lune, cástate conmigo.

#magdasán #foodporn 📍 en Lune Croissanterie

Allí estaba Cat, para quien quisiera encontrarla, devorando lo que solamente podía describirse como una pasta celestial. Frankie colgó en la puerta el cartel de «¡Volvemos en 10 minutos! Hemos ido a comprar analgésicos para una resaca literaria» y cerró tras ella. Flagelándose mentalmente, salió zumbando. ¿Cómo podía ser tan boba como para perder la cabeza por unos bíceps aceptables y una sonrisa deslumbrante? Además, el gusto literario del tipo debería haber bastado para serenarla. Ningún adulto que lee libros protagonizados por hombres lobo enamorados y adolescentes angustiados puede ser un gran partido. Por otro lado, ¿por qué le extrañaba que el contacto con un hombre la sumiera en la decepción? ¿La desanimara?

Frankie repasó su historial romántico más reciente.

Prueba A: su última experiencia en Tinder.

Michael: Eh, Frankie, hola. ¿En qué zona de Melbourne vives?

Frankie: Richmond. ¿Y tú?

Michael: Acabo de salir de la cárcel y mi ex ha cambiado las cerraduras. Me vendría bien un sofá para pasar la noche.

Prueba B: su última cita a ciegas. «¡Los cubiertos son de plata, tócalos!», dijo él cuando se guardaba en el bolsillo el tenedor de un restaurante elegante.

Prueba C: su último rollo de una noche. «Frankie, tu vagina parece un rollito de terciopelo».

Por no hablar de Adam. Habían pasado dieciocho meses desde que Ads rompiera con ella tras dos años y medio de relación. Fue un romance tórrido e intenso, hasta que dejó de serlo. Se enamoraron perdidamente, de la noche a la mañana, pero el estrés pesó demasiado en sus jóvenes hombros cegados por el amor.

Cuando las críticas se cargaron sin piedad el segundo libro que Frankie publicaba en su vida, desde los personajes hasta el uso del punto y coma —«Hilary» puntuó con cero estrellas *Algo pasa con Jane*, alegando que «preferiría pasarme una semana entera con diarrea a tener que volver a leer este libro»— Frankie sufrió un episodio grave de bloqueo de escritor.

Ads, mientras tanto, acababa de ascender a socio junior en su famoso bufete y estaba demasiado concentrado en su trabajo como para advertir la agonía de Frankie ante el desplome de su carrera.

🗨️ Ads: Eh, Franks. Tengo la impresión de que estás en una fase de transición y no creo que pueda ayudarte a encontrar lo que buscas. Sería mejor para ambos que lo nuestro quedara en una buena amistad. Nos vemos.

Ads Bs.

👤 Frankie: Ojalá te mueras, cerdo.

👤 Frankie: Perdona, no lo decía en serio.

👤 Frankie: Te quiero.

👤 Frankie: Que te den.

👤 Frankie: Te echo de menos...

👤 Frankie: Voy a borrar tu número.

Tras sobrevivir a un tumultuoso periodo de duelo, Frankie se instaló en un bajón permanente. No solo perdió la confianza en su talento como escritora sino también su puesto a media jornada como primera auxiliar de la biblioteca escolar, a consecuencia de una crisis nerviosa, con palabrotas incluidas, que sufrió durante una sesión del club del lectura con alumnos de primero. Y todo porque descubrió a través de Facebook que Ads salía con otra chica. Tras varios meses en compañía de los helados Ben & Jerry y largas sesiones de vídeo con *El diario de Noa*, Frankie se aventuró de nuevo en el mercado de las citas románticas, solo para enfrentarse a un encuentro desastroso tras otro, cada cual más doloroso para su ego. ¿Acaso tantos meses sin sexo y despertares miserables le habían derretido los sesos? Y eso sin mencionar que estaba tan absorta en sí misma que ni siquiera se había percatado de los fregados de su mejor amiga.

Al llegar a la Croissanterie Lune, Frankie avanzó con tiento junto a los clientes que hacían cola para encargarse del pedido y buscó a su amiga por las mesas. Allí, escondida en un rincón del fondo, vio a Cat. Ante ella se desplegaba un surtido de cruasanes mordidos. Con un estremecimiento final, Frankie ahuyentó la imagen del besito en la nariz y se sentó junto a Cat, que alzó la vista sobresaltada, y a Frankie se le partió el corazón al ver su rostro

lloroso y cubierto de migas. Atrajo a Cat hacia ella, le frotó la espalda y la consoló con ruiditos tranquilizadores.

—¿Cómo ha sido, Catty?

—¡Son las hormonas del embarazo! Han invadido mi cuerpo y me induce a hacer toda clase de locuras —se desahogó Cat, a la vez que se enjugaba los ojos con una servilleta arrugada—. Y lo peor de todo es que jamás en mi vida he estado más caliente. Y Claud se empeña en ser supercuidadoso en la cama. ¡Le da miedo abollar al bebe o yo qué sé! ¡Y yo me muero por un polvo salvaje, escansaloso, de esos que parten la cama en tres!

—Bueno, no es lo mismo que pedir pepinillos y mantequilla de cacahuete a las tres de la mañana —dijo Frankie—. Así pues, tienes las hormonas disparadas. ¿Y qué? ¿Te caíste encima de su pene después de clase?

Cat se ruborizó y esbozó una sonrisa culpable.

—Pues pasó sin más. Yo estaba superexcitada tras la sesión de K-Pop. Y él estaba allí como si fuera un sueño. Fue casi magnético —explicaba Cat a borbotones—. Después de la clase se acercó para ayudarme con los estiramientos. ¿Conoces ese ejercicio que consiste en tenderte en el suelo mientras el otro te presiona la pierna y la cadera? Se me había sentado prácticamente encima y, yo qué sé, el deseo se apoderó de mí. ¡Nunca había sentido nada parecido! Antes de que me diera cuenta, lo estábamos haciendo en el baño, encajados entre la taza y el secador de manos Dyson.

Suspiró y enterró la cara entre las pegajosas manos.

—Ay, Frank, desde entonces me devora el remordimiento. Sobre todo porque Claud me trata de maravilla desde que supo lo del bebé. Hace todo lo que puede para que esté contenta y a gusto. ¡Y también me siento fatal por ti, Frankie! Nosotras no nos ocultamos nada.

Frankie presionó la pierna de Cat, con cariño.

—¿Lo sospecha él? —le preguntó a su amiga en el tono más neutro que pudo adoptar.

—¡Por Dios, no! —susurró la otra, alzando la vista—. Ya lo conoces. Se hundiría.

Frankie nunca había dudado de que Claud adoraba a Cat, pero era un tipo susceptible y, en ocasiones, intransigente. No era nada infrecuente que Frankie llegara a La Pequeña Librería de Brunswick Street y los encontrara a los dos todavía enfurruñados por una pelea de la noche anterior. Vivían juntos, trabajaban juntos tres días a la semana y ambos tenían un carácter fuerte. Los unían el amor y los libros y, tras tantos años combinando ambas facetas, la relación se había tornado menos apasionada y más práctica. Pese a todo, a Frankie aún le costaba creer lo que estaba oyendo.

—¿Todavía amas a Claud? Quieres seguir con él, ¿no?

Al oír eso, el cuerpo de Cat al completo pareció replegarse sobre sí mismo. Titubeó un momento, luego dijo:

—Sí, claro. Vamos a tener un hijo.

Frankie volvió a suspirar. No sabía qué decir. Quería proteger a su amiga y tranquilizarla; los niveles de azúcar de Cat eran precarios en el mejor de los casos. ¿Y de verdad se suponía que debía tirar por la borda una relación de doce años por un instante de locura hormonal? Aunque no siempre estaban de acuerdo en todo, Frankie sentía que le debía lealtad a Claud y quería protegerlo de esa infidelidad recién descubierta. Cat siempre había sido un tanto cabeza loca y tenía tendencia a saltar de una fantasía a otra. *Debe de ser otro de sus caprichos pasajeros* —se dijo Frankie—, *una ofuscación momentánea*.

—¿Y has terminado con él? —la azuzó con suavidad.

A Cat le tembló el labio inferior.

—He terminado con él.

—¿Has leído el último libro de Esther Perel? *¿Inteligencia erótica?*

Cat negó con la cabeza.

—Pero con un acento como el suyo, estoy dispuesta a creer cualquier cosa

que diga.

—Explica que las personas a veces cometen infidelidades no porque ya no amen a su pareja o porque busquen a alguien mejor, sino porque están explorando otra parte de sí mismas, una faceta que se ha perdido entre los pliegues de una relación segura y cómoda. —Frankie frotó el brazo de Cat y tomó un *pain au chocolat* mordisqueado—. Dios mío, esto es gloria bendita.

Y siguieron sentadas, probando las golosinas que tenían delante, apoyadas la una en la otra. Cat miró el reloj, decidió que podían quedarse unos minutos más y cambió el sentido del interrogatorio.

—¿Y qué me decías? ¿Has agredido sexualmente a un cliente?

Ahora le tocó a Frankie enterrar la cara en las manos, avergonzada y muerta de risa a la vez, según relataba el bochornoso incidente sin omitir ni un solo detalle. Entre frase y frase, soltaba:

—¡En la nariz, Cat! ¡En la *puta nariz!*

Cat se desternillaba y con cada estallido rociaba la mesa de migas y gotas de crema.

—Y yo que creía tener problemas —dijo Cat, que apenas si podía respirar de la risa.

—Te juro que ha sido el momento más bochornoso de mi vida.

—¿Al menos estaba bueno? ¿U olía bien?

Cat le hizo un guiño a su amiga, que puso los ojos en blanco.

—Ni te lo imaginas. —Ambas estallaron en risitas—. Ah, pero no te vas a creer lo que ha comprado.

—¿*Alta fidelidad?* ¿*Cumbres borrascosas?* ¿*La semilla del diablo?* —Trató de adivinar Cat.

—Peor.

—¿*Cincuenta sombras de Grey?*

Frankie enarcó las cejas, animando a Cat a continuar.

—¿*Cincuenta sombras más oscuras?*

—*Luna nueva* —reveló Frankie con una carcajada.

—¡No! O sea, no me entiendas mal. Me ponen los vampiros guapos que quieren burlar a la muerte y no le hago ascos a un hombre lobo sexy, pero ¿*Luna nueva*? ¿Seguro que era la nariz de un hombre hecho y derecho, la que besaste?

—Ya lo sé. ¿Por qué todos los guapos tienen tan mal gusto? —se lamentó Frankie. Al ver a un camarero allí cerca, lo miró con cara de «tomaré un capuchino fuerte».

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Cat a Frankie.

—¿Respecto a qué?

—A esa horrible sequía sexual que está interfiriendo en tu motricidad fina.

—Nada. ¡Ligar no es lo mío!

Una joven camarera con vaqueros gastados y camiseta negra de tirantes se acercó por fin a la mesa. Las dos amigas pidieron un capuchino y un poleo menta para llevar.

—Frank, ¿alguna vez te has parado a pensar que deberías abrirte más? Ya hemos hablado otras veces de tu «hueco» —dijo Cat—. Incluso cuando salías con Ads, siempre guardabas las distancias. Puede que te estés cerrando, que no quieras dejar entrar a nadie. Las historias de amor no siempre son como en *Orgullo y prejuicio* y *Matar un Ruiseñor*.

—Bueno, al menos el señor Bingley y Atticus Finch eran grandes lectores.



En la calle, Cat se aferró a Frankie con aire dramático.

—¡Estoy demasiado cansada para volver andando! —pestañeó con expresión inocente—. ¿Podemos esperar al siguiente tranvía? Por favor.

Frankie rio sin poder evitarlo mientras enfilaban hacia la parada de tranvía más cercana y se desplomaban en el banco.

—¿Sabes qué, Frankenstein? —empezó Cat de nuevo mientras Frankie se inclinaba hacia delante para comprobar si llegaba el tranvía—, toda la vida

nos han dicho que no se debe juzgar un libro por la portada. Es posible que debas empezar a aplicar la misma lógica con los hombres.

—Tiene gracia que lo digas tú, Cat Cooper. Prácticamente atizas a cualquiera que entre en la librería preguntando por Nicholas Sparks.

—¡El señor Sparks tiene que diversificarse! —replicó Cat—. Vale, tienes razón.

—¿Lo ves? Las lecturas de una persona son una gran fuente de información.

Cuando el estrepitoso traqueteo del tranvía se dejó oír, las dos amigas se levantaron del banco y buscaron con furia sus tarjetas de transporte. Al subir al atestado vehículo, Cat echó un vistazo a los adolescentes apoltronados en los asientos reservados y se abalanzó directamente hacia allí. Se plantó delante de ellos con las piernas separadas, puso los brazos en jarras y tosió con elocuencia. Con expresión aterrada, los chicos se dispersaron y Cat se sentó con una sonrisa satisfecha. Aunque aún no se le notaba el embarazo, Cat tenía ahora muy presente el concepto de las posturas de poder. Frankie la siguió con timidez y se aferró a la barra que encontró más cerca de su arrogante amiga.

—Pues eso —empezó Cat, que de súbito se sentó más erguida, como si acabara de tener una gran idea—, ¡usa los libros para buscar novio!

—¿Perdona?

—¡Los liiiiibros! —canturreó Cat, como constatando una evidencia.

—¿De qué me estás hablando, colega?

—Lo digo en serio, Frank. Si crees que la biblioteca de alguien te proporciona tanta información, ¿por qué no pones a prueba tu teoría? Pídeles a tus compinches John Willoughby y Jo March que te sirvan de criba.

Frankie resopló una carcajada.

—¿Y qué propones? ¿Qué me cuele en las casas de mis ligues y revise sus mesillas de noche para decidir si me quiero casar con ellos? Si algo he aprendido hoy es a no invadir el espacio personal de nadie.

—Yo no he hablado de allanamiento. Frankie, piénsalo. La literatura es tu vida. Has echado la caña en Tinder en busca de intelectuales y no te ha funcionado. ¡Cambia de táctica! Usa tus libros favoritos para buscar novio.

—¿Usa tus libros favoritos para buscar novio? Estás mal del tarro.

Mirando por la ventanilla con aire ausente, Frankie relajó la vista y se dejó mecer por el movimiento del tranvía.

—Sí, organiza un club de lectura. Podrías poner un cartel en la puerta de la librería que dijera: «¡Se buscan tíos buenos aficionados a la ficción clásica y contemporánea!» Podrías dirigir el club, tomar notas, poner a prueba sus capacidades analíticas... Al menos eso te obligaría a volver a escribir.

Frankie puso los ojos en blanco, pero luego, según el ritmo del vagón la sumía en un suave sopor, una idea empezó a cobrar forma.

3

El tren de los pensamientos

Viajaba yo en un vagón de tren, aferrada a un húmedo pasamanos (no de fluidos humanos, espero) y a un viejo ejemplar de *Persuasión*. Delante de mí un hombre tocaba el ukelele, vestido únicamente con calzoncillos y un sombrero de copa (el detalle estiloso). Como música de fondo, un traqueteo distante. *Bang. Bang. Bang.* Has. Tocado. Fondo. Habría jurado que se burlaba de mí.

¿Qué hago aquí, en este universo vasto, libre y nuevo para mí, conocido como el mundo del blog?, te preguntarás. Después de besar —ejem, acosar— accidentalmente la nariz de un desconocido en mi puesto de trabajo, me he visto obligada a idear métodos alternativos de buscar pareja. De manera que me subí al tren de las 17:42 con destino a Alamein, pertrechada con un buen libro y apenas unos retazos de amor propio. ¿Mi plan? Emplear mi yo más libresco, que es crítico a más no poder (porque, seamos sinceros, sí que juzgamos los libros por la portada), para cribar a los chicos malos, a los malos amantes y a los malos lectores. Citando las heroicas e irremediablemente románticas palabras de algunas de mis novelas favoritas, estoy decidida a encontrar un hombre de aspecto pasable que me haga reír y que sea capaz de asistir a una cena sin usar en ningún momento expresiones de Twitter como «LOL» y «eso dicen todas». No es pedir demasiado, ¿verdad?

Así pues, después de asaltar en secreto las estanterías de la librería en la que trabajo (#cleptómana #biblioselfie #mejorjefadelmundo) y escoger apenas unos cuantos ejemplares de mi colección personal, he buscado la séptima página empezando por el final de cada uno y he escrito lo siguiente:

Tienes un gusto literario excelente. ¿Te apetece quedar conmigo?

Envía un email a Scarlett O' hola@laninjadeloslibros.com

A lo largo de las próximas semanas, dejaré con sigilo ninja dichos libros (cualquier cosa, desde Zafón hasta Atkinson) en la red de trenes y tranvías que entran y salen de la ciudad. ¿Mi esperanza? Que un hombre encuentre alguno, lo lea y se sienta tan profunda e irrevocablemente conmovido por las palabras que contiene (por cuanto posee un gusto literario exquisito, es obviamente inteligente y tiene las ideas claras) que se anime a contactar conmigo. Sin duda nos llevaremos bien. Saldremos durante unos meses. Nos iremos a vivir juntos. Nos casaremos. Y antes de que podáis decir Fitzwilliam Darcy, viviremos felices por siempre jamás con tres niños, dos dálmatas y una estantería chapada en nogal americano, por supuesto.

A ver, ya sé lo que estáis pensando... ¿Acaso esta mujer no tiene ni un ápice de dignidad? ¿No ha oído hablar del feminismo? ¿No le preocupan la privacidad y la seguridad? ¿No se da cuenta de que puede llevar una vida rica y plena aunque no tenga pareja?

Lo reconozco: me siento sola. Hace tantos meses que no me acuesto con nadie que no los puedo ni contar y la última vez que un ser humano me abrazó (me abrazó de verdad) fue cuando tropecé con uno al entrar en un 7-Eleven a las doce menos veinte de la noche para comprar un segundo envase extragrande de Ben & Jerry's. No me entendáis mal, me parece bien aspirar a algo más que al abrazo de un extraño a horas intempestivas. Pero, de hecho, estoy dispuesta a darte una oportunidad (quienquiera que seas y dondequiera que estés) porque necesito encontrar un modo de salvar el «hueco» (como mi

mejor amiga, con gran acierto, lo denomina) que tiendo a dejar entre mí misma y los demás y sencillamente probar suerte en la vida, y amar. Necesito superar mi horrible miedo al fracaso, usar la pluma otra vez y quizás, de paso, encontrar al hombre de mis (ficcional) sueños.

Ah, y la otra pregunta que sin duda os estaréis haciendo: ¿¡CÓMO ES POSIBLE QUE TE DESHAGAS DE TUS LIBROS!?. Para esa, no tengo respuesta. Es el único defecto de mi plan.

Hace cuatro días que lancé *Persuasión* a las vías. Mañana dejaré *El jilguero* ahí fuera y pasado mañana *Trampa 22*. Mientras tanto consultaré obsesivamente mi navegador hasta que algún acontecimiento, previsible o (espero) imprevisto, resulte de este extraño experimento social. Todos los mensajes y encuentros dignos de mención quedarán documentados en este blog.

Para proteger mi identidad, y con ello me refiero a evitar que mi madre me siga, me conoceréis durante los próximos meses como Escarlata O', la mujer cuya cordura se llevó el viento.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

Deja un comentario (3)

El gato Garabato > Saldré contigo. Vente hacia acá para que podamos ver *Outlander*.

No te ofendas, pero... > ¿Tomarse tantas molestias para encontrar pareja? Como mujer independiente, considero tu actitud un tanto antifeminista.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Creo que deberías buscar en Google la definición de feminismo. Escarlata O', eres mi reina.

4

Objetos perdidos, de Brooke Davis

Ferrocarril de circunvalación a la estación Parliament

Frankie jamás en su vida había estado rodeada de tanta licra. Asombrada, no dejaba de mirar las brillante mallas de rayas y las sudorosas camisetas verde lima que bailaban por la sala.

—No me puedo creer que me hayas convencido de participar en esto —gritó por encima del estridente pop coreano que atronaba en el gimnasio.

Cat se deslizó al suelo y, estirando la pierna en un ángulo de noventa grados, pateó con furia. Se frotó el vientre, que latía con el ritmo de la música. Frankie se agachó a su lado y, alargando la pierna, hizo torpes intentos por mantenerla en alto.

—Dudo que seas consciente de lo increíblemente mal que se te da esto —rio Cat.

—Dudo que seas consciente de cuánto te odio ahora mismo —replicó Frankie entre un giro de pelvis y un golpe de melena.

El profesor de baile, un tipo con el pelo morado, chándal blanco y zapatillas naranja chillón, aumentó el volumen de la música.

—De pie. ¡Paso arrogante! Un, dos. Un, dos. Un, dos.

Los dieciocho alumnos coreanos se levantaron al unísono. Imitaron la postura sin esfuerzo, las piernas separadas y las caderas en movimiento, seguidos de las nada coreanas Frankie y Cat, que bailaban sin gracia en la última fila.

—¡Muy bien! ¡Paso arrogante! ¡Paso arrogante! —aullaba el instructor con

infinito entusiasmo. Frankie temió que estallase en una nube de purpurina.

Los bailarines se cruzaron de brazos y avanzaron en *chassé* hacia la parte delantera del estudio. Todo el mundo menos Frankie, que estaba demasiado ocupada intentando no pegarse un trompazo.

—Y ahora baile de pompis. ¡Deprisa, baile de pompis! ¡Moved el pompis! —ordenaba el instructor muy en serio, como si les estuviera enseñando a hacer una reanimación cardiopulmonar y no a mover el culo.

La gente dio la espalda al instructor y, mirando a los hipercoordinados bailarines, con su licra y sus tintes fosforitos, al lado de su descoordinada amiga, con su cabello rojo, su cara congestionada y su embarazo, todos agitando el pompis como si les fuera la vida en ello, Frankie estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Vale, puede que sea lo más divertido que he hecho en mi vida —le gritó a Cat, que sudaba a mares sin dejar de sacudir el trasero.

—¡Cierra el pico y menea el culo, Frankston! ¡Menéalo, maldita sea!

Cat le propinó una palmada a Frankie en todo el trasero.

—¡Sí, señor! —rio ella.

Instantes después, mientras intentaban ejecutar el Bebé Fantástico, un paso que requería sacudir al mismo tiempo los brazos y las piernas, Frankie resopló:

—Bueno, ¿me vas a decir de una vez cuál de ellos es Jin Soo?

—Ya te lo he dicho, no voy a soltar prenda. Fue un rollo de un día y nunca se repetirá. No quiero volver a pensar en ello ni hablar de ello. ¡Jamás! —cuchicheó Cat, que agitaba con furia los brazos y las piernas igual que un pulpo psicótico.

—Y yo te he dicho que solo me arrastrarías a esta clase de baile si me señalabas al segundo tío con el que te has acostado en tu vida —resopló Frankie contoneando los hombros y las caderas al estilo *shimmy*.

—Bueno, vale, muy bien. Pero deja de contonearte; eso ni siquiera es un

movimiento K-pop —le espetó Cat al mismo tiempo que miraba nerviosa a su alrededor—. Es él —dijo, señalando con disimulo hacia la zona delantera de la sala.

Frankie entornó los ojos y alargó el cuello para ver mejor.

—¿Quién? ¿El de la camiseta de malla plateada?

—No, él. El que está delante.

—¿Quién? ¿El profesor?

Cat asintió avergonzada.

—¿Te has acostado con tu profesor de K-pop? ¡Cat! —se escandalizó Frankie.

—Sí. Y ahora que lo sabes, nunca lo volveremos a mencionar —zanjó su amiga con firmeza.

Frankie se estremeció. Súbitamente la confesión de Cat le parecía demasiado real.

—Vale, de acuerdo —accedió a regañadientes.

—¡Y para terminar, pasemos al ring ding dong! ¡Venga! ¡ring ding dong! —aulló Jin Soo.

—¿Tú quieres ring ding su dong, Cat? —preguntó Frankie con una sonrisa inocente.

—¡Para!

Cat le propinó un manotazo en el brazo, con fuerza.

Ahora todos efectuaban giros de pelvis en dirección al suelo como si el sudor no les cayera a chorros por la frente. Súbitamente la música dejó de sonar y Frankie frenó a trompicones, dos tiempos más tarde que el resto. Jin Soo, con una voz sorprendentemente chillona, dio las gracias al grupo por su asistencia. Mientras los bailarines se dispersaban o se reunían a charlar en pequeños grupos, el profesor se despojó de la camiseta y dejó a la vista unos abdominales impresionantes. Frankie sopló un silbido de admiración al oído de Cat, pero cuando se apartó sonriendo, encontró a su amiga mirando

incómoda al suelo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Frankie.

—Nada. Nada. Solo quiero largarme de aquí —replicó Cat antes de correr hacia la puerta del estudio y salir disparada a la concurrida Swan Street.



—Todavía no me puedo creer que te acostaras con él, Cat. ¿De verdad no se lo vas a decir a Claud?

Ahora paseaban por una zona de cafeterías, rodeadas de los deliciosos aromas del café y el pan recién horneado.

—No se lo puedo decir, Frank. Se pondría a tejer obsesivamente como terapia —arguyó Cat, que se había parado delante del Feast of Merit, el café favorito de las dos amigas en Richmond.

—Me parece buena idea —asintió Frankie, al sumarse a la gente que hacía cola en la ventanilla del café para llevar—. Y recuerda, me has prometido que nunca lo volverás a hacer, ¡o te cortaré la cabeza!

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —replicó la otra.

—Un café con leche doble y un poleo menta, por favor —pidió Frankie al camarero, tendiéndole un billete de diez dólares.

—Enseguida. ¿Me dice su nombre, por favor?

El empleado escribió el pedido directamente en los vasos de papel.

—Jin Soo —respondió Frankie con una sonrisa burlona. Cat la fulminó con la mirada.

Se sentaron en dos cajones plantados en la acera, esperando el aviso.

—Ay, Dios mío. Estoy deseando volver a beber café. Solo quedan cinco meses para que el bebé salga disparado de mis entrañas. Prométeme que, cuando vengas a verme al hospital, traerás café, sashimi, queso tierno y...

—Y una botella de pinot. Ya lo sé. Me lo recuerdas a diario desde que te enteraste de que estabas embarazada —replicó Frankie.

—Y te lo seguiré recordando a diario hasta que tenga delante una bandeja de

sashimi y queso fresco acompañada de café y pinot.

Asintiendo distraída, Frankie miró la hora en el móvil. Las nueve menos cuarto. A ese paso abriría la tienda a las tantas. Observó su reflejo en el escaparate del café y resopló horrorizada. Su pelo parecía un estropajo y llevaba la camiseta de I ♥ NY pegada a la piel, pero ni en sueños tendría tiempo de pasar por casa para ducharse.

Se forzó a desviar la vista de su reflejo y se concentró en la charla de Cat, que ahora le estaba contando que Claud seguía en Adelaida tras pasar a la siguiente ronda de Agujas Veloces en la competición anual de la zona meridional.

—Le sienta fatal perderse la próxima visita al obstetra, pero le dije: «¡Llevas meses entrenando, cielo! Ya me acompañarás a la siguiente».

—Seguro que es para bien; así no te podrá tejer tanta ropa de bebé. ¿Cuántos peles tienes ya?

Frankie echó un vistazo a la ventanilla de los cafés, cada vez más impaciente. Si iba a tener que cambiarse en la trastienda, al menos quería disponer de margen suficiente para pasarse el alisador de emergencia por la melena.

—¿Has traído algún libro para dejar en el tren de camino a la librería? — quiso saber Cat.

—Claro, los llevo aquí. —Frankie propinó unos golpecitos a su mochila.

—¿Ya has recibido algún email?

—Aún no, pero solo hace una semana que dejé el primero. Hace falta tiempo para terminar un libro —señaló Frankie.

—¡Venga, date prisa, hombre ideal! O acosador pirado...

Cat enmudeció de repente. Escondiendo la cara detrás de un menú olvidado, le clavó el dedo a Frankie en las costillas, con fuerza.

—¿Qué haces? ¡Ay! ¡Cat, eso duele!

Frankie apartó la mano de su amiga de un manotazo.

—Está aquí —dijo Cat.

—¿Quién?

—Jin Soo. Se ha puesto en la cola para pedir un café. Disimula. No mires.

—¿Por qué sigues yendo a las clases de K-Pop, si quieres evitarlo? —cuchicheó Frankie a la vez que se agachaba detrás del ficus, un tanto mustio, que tenían delante.

—Porque en ninguna otra parte ponen ese tipo de música. Y nunca volveré a hablar con él. Entro y salgo. Entro y salgo. ¡Entro y salgo! —insistió Cat, ruborizada.

—Vale, ya lo he entendido. Por favor, deja de decir «entro y salgo». ¿Prefieres que nos marchemos? Espérame en la esquina si quieres. Yo pillaré las bebidas.

Asintiendo desesperadamente, Cat se levantó despacio.

—¡Jin Soo! —gritó el camarero.

Frankie y Cat se quedaron heladas.

—¡Jin Soo! ¡Jin Soo!

—Esas somos nosotras —le susurró Frankie a Cat.

Jin Soo despegó la vista del móvil y al momento avistó a Cat. Le sonrió con aire desconcertado.

—¡Jin Soo! —repitió el camarero.

—Corre —cuchicheó Cat.

—¿Qué?

—Corre —repitió, y salió disparada tan deprisa como la llevaron las delgadas piernas. Renunciando a las bebidas, Frankie echó a correr detrás de ella, muerta de risa.

Una vez que se supo a salvo, dos manzanas y media más adelante, Frankie se detuvo. Se dobló sobre sí misma y se llevó las manos a las rodillas resollando como una posesa.

—Por Dios, sí que estás en forma —gritó a la espalda de Cat—. Jo, ahora

estoy todavía más sudada. Y ni siquiera me he tomado el café —añadió entre jadeo y jadeo.

—Perdona, he sido una boba.

—Yo sí que he sido una boba al dar ese nombre —replicó Frankie con una sonrisa. Echó un vistazo a la hora y se miró de arriba abajo.

—Debería ir tirando. Estoy hecha un asco y tengo una misión ninja que llevar a cabo de camino. ¿Irás todo bien?

Cat asintió.

—Nos vemos en un par de horas, Frankston.

Cat rio y se alejó en sentido contrario mientras Frankie echaba a andar hacia el tren pertrechada con sus libros.



En la estación de Richmond, Frankie echó un vistazo a los horarios de los paneles electrónicos. Un minuto para la salida del tren de circunvalación; corrió al andén número tres y lo pilló por los pelos. Apoyada contra la puerta, cerró los ojos y se concedió unos segundos para recuperar el aliento. *Dios mío, estoy fatal; tengo que hacer más ejercicio. ¿Más K-pop quizá?* Abrió los ojos para inspeccionar el vagón. Casi todos los asientos estaban ocupados por viajeros de camino al trabajo enfrascados en móviles, portátiles, libros electrónicos. Nadie hojeaba libros de verdad.

—Típico —musitó Frankie conforme se abría paso hacia un asiento vacío. Se acomodó y, despacio, extrajo su ejemplar de *Objetos perdidos* de la mochila, lo depositó con sigilo sobre su regazo y echó un vistazo a su alrededor para comprobar si alguien la miraba. Pero todo el mundo estaba demasiado ocupado con sus dispositivos. Abriendo el libro por la séptima página empezando por el final, acarició las hendiduras que el boli había dejado en el papel. Frankie cerró el volumen, le plantó un besito y lo dejó disimuladamente a su lado.

Por favor, que el hombre que encuentre este libro sea mi alma gemela.

—Oh, Dios mío. ¿Eres Frankie Rose? —preguntó una voz chillona a su espalda.

Frankie se volvió a mirar.

—Sí —respondió con recelo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —chilló la desgarrada adolescente, que saltó de su asiento para encaramarse, sin que nadie la invitara, al que estaba libre junto a Frankie, prácticamente encima de *Objetos perdidos*.

—Perdona, pero ¿nos conocemos? —preguntó Frankie.

—Soy tu fan número uno. He leído *Austen para chicas de hoy* Y *Algo pasa con Jane* como un millón de veces. Son alucinantes, en serio. ¡Oh, Dios mío! No me puedo creer que seas tú. Te he reconocido por el retrato de la solapa. Aunque en la foto ibas más arreglada —observó la chica, fijándose en la desastrada apariencia de Frankie.

Esta sonrió, incómoda, y se revolvió en el asiento.

—¿Y qué? ¿Vas a publicar la tercera parte? Tengo que saber qué pasa con Charlotte y Alexandre. ¡Tengo que saberlo!

La chica se acercaba cada vez más, tanto que empezó a atufar a Frankie con su fuerte aliento.

—Mmm... No. Me temo que no habrá más libros. Ya no escribo —fue la respuesta de la autora, que se apartaba centímetro a centímetro.

—¿Cómo? ¿Por qué? Es la peor noticia que he oído en toda mi vida. En serio, no dejes que esas críticas tan horribles te desanimen, tía. Yo no estoy de acuerdo para nada. «¿El peor libro que se ha publicado jamás?». Por favor, ¿acaso no han leído *Otelo*? Nos obligaron a leerlo en el colegio y era aburrido con A mayúscula.

La jovencita soltó una carcajada y le propinó a Frankie un toque en el hombro, de buen rollo.

Esto no, ahora no, gimió Frankie para sus adentros. Tenía que librarse de la

fan detractora de Shakespeare.

—Esto... Acabo de ver a un compañero de trabajo —se disculpó, súbitamente aturullada. Se colgó la mochila de un hombro y avanzó a trompicones hacia la puerta interior del tren.

—¡Eh, tía! ¡Te dejas el libro! —gritó la chica desde el asiento.

Frankie se abrió paso hasta el siguiente vagón y se desplomó en un asiento libre.

Enterró la cabeza entre las manos.

—Qué puta pesadilla —farfulló.

—¿Un mal día? —preguntó el hombre que ocupaba la plaza de enfrente.

Alzó la vista y por poco se muere del susto. Tenía delante a John Knightley-señor Darcy-Edmund Bertram. El tipo de la librería. El hombre al que le había plantado un besito en la nariz sin que nadie se lo pidiera. Y Frankie acababa de insultar por lo bajo a una adolescente. Y con una pinta... así.

—Como poco.

Frankie intentó sonreír, pero él debió de tomarlo por una mueca de angustia, seguro.

—¿La podría ayudar de algún modo? —se ofreció el desconocido, cuyos deslumbrantes ojos negros irradiaban estrellitas a los cuatro vientos. Se le antojó aún más perfecto si cabe que en su espantoso primer encuentro. Esta vez llevaba camisa a cuadros y pantalones chinos de color beis.

¿Quién es este tío?, pensó Frankie, que ahora notaba un cosquilleo en la cara. El hombre, totalmente dueño de sí, esbozó una cálida sonrisa y devolvió la atención a su libro. *Los juegos del hambre*. Frankie no podía dejar de mirarlo, así que al final sacó su ejemplar de *Mansfield Park* y fingió leer a su vez.

Él alzó la vista.

—¿Qué está leyendo?

—Mm, *Mansfield Park*, por cuadingentésima vez. —Soltó una carcajada

grave y forzada.

—Ah, no he oído hablar de él. ¿Es bueno?

¿Que no había oído hablar de *Mansfield Park*? Frankie estuvo a punto de atragantarse. *Pero mira qué ojos*, pensó mientras intentaba no observarlo boquiabierto. *Qué estructura facial. Tal vez podría refinar sus gustos. Al estilo de Pigmalión.*

Sin embargo, antes de que ella pudiera responder, el hombre sacó la cartera y señaló con un gesto al grupo de revisores que inundaban el vagón.

—¡Mierda! —pensó Frankie para sí, y luego lo dijo en voz alta al recordar que llevaba el pase del tren en el bolso que había dejado en casa.

—Tengo el pase en otro bolso. He cambiado las cosas de bolsa esta mañana y... —sabía que estaba parloteando, pero no podía parar—. He salido a toda prisa para llegar a clase de K-Pop y...

—¿Billetes, por favor? —preguntó un revisor a la pareja que Frankie tenía detrás.

—No te preocupes. Yo me ocupo.

El bellezón sonrió a medias. *Oh, podría pasarme la vida mirando esa sonrisa*, pensó Frankie, pero al momento reaccionó y se concentró en el hecho de que estaban a punto de ponerle una multa de doscientos dólares.

Los revisores se acercaron y, en ese preciso instante, mientras Frankie buscaba a toda prisa una excusa que pudiera colar, el desconocido dejó el libro y acercó peligrosamente el rostro de la chica. Y esta vez no le cupo duda de sus intenciones. Le rodeó la cara con las manos, se inclinó hacia ella y la besó. Le acarició el pelo y a Frankie se le escapó un pequeño gemido. La besó con un ansia ardiente que no se parecía a nada que ella hubiera experimentado en el pasado. De haber sido personajes de un libro, el mundo habría desaparecido a su alrededor, los botones habrían saltado, los zapatos habrían volado. Y entonces, tan súbitamente como había comenzado, el beso terminó.

—Se han marchado —sonrió el desconocido.

—¿Quiénes? —preguntó Frankie con un susurro tembloroso.

—Los revisores.

—Ah, uh, gracias —replicó ella con voz ronca.

—De nada. Siempre funciona.

¿Siempre? Este tío tiene gracia. Frankie soltó una carcajada susurrante y apurada, las mejillas al rojo vivo, el corazón agitado como una mariposa bajo los efectos de la cafeína.

—Bueno, este ha estado mejor que nuestro primer beso.

El apuesto desconocido le hizo un guiño y devolvió la vista a *Los juegos del hambre* como si nada hubiera pasado.

5

Romeo, Romeo, ¿por qué eres tú,
Romeo?

Empezar un libro se parece mucho a ligar.

Al principio todo es agitación. Te preguntas: ¿qué busco en un libro? ¿De qué humor estoy? ¿Qué están leyendo mis amigos? Tengo un montón de trabajo pendiente, ¿de verdad estoy en condiciones de invertir mi tiempo en un tocho al estilo de *Guerra y paz* o debería buscar algo más ligero, algo más parecido a *Corazón de vinagre*?

A continuación pasas por una etapa de esperanza incondicional. Por fin has elegido un libro y te sientes de maravilla. Con tu taza de té en la mesita, te desparramas en el sofá y pones la estufa a tope. El volumen descansa delicadamente sobre tu regazo y tú ardes de emoción ante la promesa que encierra. Sueñas con los maravillosos diálogos que estás a punto de leer y con los increíbles personajes que te dispones a conocer (incluso lo vas a pasar en grande odiando a los villanos). Los giros inesperados te mantendrán en vilo hasta el punto de que ni siquiera te acordarás de la pastilla de chocolate, que por otro lado no deberías haber comprado. Facebook perderá todo el interés, te plantearás si vender la tele y no tendrás que preocuparte por ir al gimnasio nunca más porque el viaje emocional que estás a punto de emprender es el único ejercicio que vas a precisar a partir de ahora. Prácticamente todo podría suceder.

En la siguiente fase, te sorprendes a ti misma haciendo gala de una increíble apertura de miras. Has leído unas pocas páginas y no puedes negar que la trama ha captado tu atención. Disfrutas con la original (si bien desaprovechada) descripción de las escenas y te atrae la onda del protagonista. Te dices: *Sí, creo que este libro me va a gustar y Puede que yo conecte en realidad con el uso y abuso de la aliteración*. Así pues, sigues leyendo.

Ay, ¿de verdad ese personaje acaba de decir eso? Has llegado a un punto muerto. El diálogo se torna un tanto repetitivo y el protagonista no sabe hacer su trabajo. Pero te encantaron los libros anteriores del autor y en el fondo te

importan un bledo los temas subyacentes del libro. No vas a dejarlo a estas alturas. Es posible que la cosa mejore en los siguientes capítulos.

El punto de inflexión: ¡OTRO GERUNDIO NO, POR FAVOR! ¡GENIAL, OTRO TRIÁNGULO AMOROSO CUTRE! ¿DE VERDAD LLAMAS A ESO UNA MANIOBRA DE DISTRACCIÓN? ¡JODER, NO FASTIDIES!

Y entonces llegas a la fase de negación. Odias con toda tu alma la manía que tiene el autor de usar los mismos adjetivos una y otra vez, pero te partes de risa cada vez que la hermana entra en escena por la izquierda. Además, te gusta acabar lo que empiezas. Por otro lado, puede que James Joyce tuviera razón cuando dijo algo así como que la vida es demasiado corta para leer libros malos. Perseveras, frase tras frase, un capítulo y otro más. Y al cabo de un tiempo empiezas a postergar la lectura. Te pones excusas. La pila de ropa que tenías por planchar ha desaparecido (la raya marcada se lleva mucho últimamente, ¿verdad?) y tus cejas nunca han estado tan perfectamente esculpidas. Puede que tan solo avances un par de páginas en cada sesión, pero como mínimo te puedes decir a ti misma que le has dado una oportunidad.

Cambiará. Las cosas mejorarán. Haciendo caso omiso de la paja —«solo estamos mareando la perdiz para aumentar el recuento de palabras y añadir capítulos de suspense»— hasta podría ser un libro interesante. Puede que el autor tenga en cuenta los comentarios de Goodreads y retoque una pizca las tramas secundarias en la segunda parte. O podrías darle un poco de vidilla con un marcapáginas molón.

Ya no puedes más. Lo has intentado. Has hecho cuanto estaba en tu mano, pero la conexión se ha roto. Ha llegado el momento de ser realistas y decidir cómo zanjar el asunto.

- A. Haz que la cosa se enfríe. Alarga los espacios entre lectura y lectura y deja que la historia muera por sí misma.
- B. Empieza a leer otro libro al mismo tiempo. Al fin y al cabo, no has prometido fidelidad ni nada.
- C. Agarra el toro por los cuernos. (Nota: una mentirijilla no hace daño.) Explícale al libro que «no eres tú, soy yo». Lo has pasado de maravilla todo este tiempo a su lado —cómo te reíste cuando el protagonista sorprende a sus padres en la cama— pero no crees que ahora mismo estés de humor. Estás liadísima en este momento, en el trabajo todo el mundo anda teniendo hijos y luego está ese nuevo proyecto personal que te apetece probar. ¿Qué te parece si lo dejamos por un tiempo? ¿Podemos ser solo amigos?
- D. Cambia de nombre y de número de teléfono y lárgate de la ciudad.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

Deja un comentario (6)

El gato Garabato > Te quiero.

No te ofendas, pero... > Sé sincera y honesta, como los adultos maduros que somos. La A y la D me parecen un tanto infantiles.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Eres el aburrimiento personificado.

No te ofendas, pero... > @Stephenprince, y tú eres la mala educación personificada. Métete en tus asuntos.

El gato Garabato... > @Stephenprince y @Noteofendaspero... cómo disfruto con vuestros piques.

Enferma de amor... > ¡Me encanta lo que escribes, Escarlata O'! Me lees el pensamiento.

Mila 18, de Leon Uris

Tren de Belgrave a Flinders Street

—¡P

or fin alguien con quien hablar!
Frankie se abalanzó sobre el jovencito larguirucho que acababa de cruzar la puerta.

—No te embales, Rose. ¿Tan desesperada estás?

Seb se hacía el interesante, pero la incipiente sonrisa en sus labios sugería que estaba encantado con el entusiasta recibimiento. Al menor atisbo de atención por parte de Frankie, Seb se ponía colorado como un tomate.

—¡Oh, Seb, Seb! Gracias a Dios que estás aquí. ¡No te vas a creer lo que me ha pasado! —prácticamente gritó Frankie al tiempo que aferraba al chico por los hombros para atraerlo hacia sí.

—Rose —la interrumpió él con seriedad. Se libró de ella sin demasiadas ganas—. Las novedades primero. Luego las escenas para adultos.

Con el pelo de un rojo encendido y la piel cubierta de pecas, Seb era uno de los clientes fijos de La Pequeña Librería de Brunswick Street. Pasaba por allí al salir de clase, prácticamente a diario, siempre enfundado en el uniforme escolar azul pálido que parecía dos tallas más grande que su cuerpo desgarrado. A sus diecisiete años, se las había ingeniado para convertirse en uno de los grandes confidentes de Frankie. A cambio de ejemplares anticipados de las novedades (preferiblemente en la línea de la sátira política), Seb le seguía el rollo a Frankie y le ofrecía un sorprendente despliegue de útiles consejos sobre «cómo no autosabotearse». En ocasiones Frankie se avergonzaba de que su segundo mejor amigo acabara de alcanzar la pubertad, pero también era consciente que encontrar a alguien capaz de aguantar sus berrinches y de proporcionarle consuelo y consejo a cambio de unos cuantos libros a precio de ganga y alguna que otra golosina le habría resultado poco menos que imposible.

Frankie arrastró a Seb detrás del mostrador y lo obligó a sentarse. Mientras

él se zampaba los últimos M&M, Frankie revisó los libros que se apiñaban a lo largo de la pared trasera.

—Reservado, reservado, reservado —dijo Frankie al revisar el estante—. Ajá. Aquí tienes, Seb. Recién llegados a Brunswick.

Sosteniendo un montón de libros, Frankie le dedicó una histriónica reverencia.

Seb dedicó un ratito a cribar los títulos, despacio, repasando con el dedo las notas de las solapas y hojeando las primeras páginas. Sin levantar la vista, se guardó uno en la mochila y devolvió los otros dos a las manos abiertas de Frankie.

—Cárgalo en mi cuenta, cari —sonrió Seb, y se cruzó de piernas—. Y ahora, dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—En primer lugar, ya te he dicho lo que pienso de que me llames «cari». En segundo lugar, pásame los M&M.

Seb le tendió el cuenco con las chokolatinas y observó cómo Frankie, nerviosa, se llevaba dos a la boca.

—Suéltalo ya, Rose.

—Vale, pues ¿te acuerdas del tipo que entró el otro día en la librería? ¿Buenos bíceps, horrible gusto literario?

—Sí, sí, el apuesto hombre-niño. El del beso en la nariz. ¿Luna nueva? Qué pardillo.

—Pues verás, venía hacia aquí en el tren ahora mismo y ¿a que no sabes quién viajaba sentado delante de mí?

Seb soltó una risita.

—A ver si lo adivino, ¿se estaba comiendo una Happy Meal y jugando con la nueva colección de los Shopkins?

—¡Céntrate, Sebastián! —lo regañó Frankie, e hizo chasquear los dedos bajo la nariz de su amigo. Acercó una silla y se inclinó hacia él con aire conspiratorio—. Estaba leyendo *Los juegos del hambre*, pero eso es lo de

menos. En fin, ahí estaba yo, sentada delante de él y de golpe y porrazo tres revisores han subido al tren. Me había dejado el pase en la bolsa de deporte y estaba completamente...

—Ey, ey, ey —la interrumpió Seb—, para el carro, Rose. ¿Vas al gimnasio?

—Seb, no tengo todo el día. Algunos tenemos que trabajar para pagar el alquiler, ¿sabes? ¿Por dónde iba? El tren. Los revisores. La bolsa de deporte. —Frankie cerró los ojos con fuerza y se propinó unos toques en la frente—. ¡Eso es! Vale, pues no llevaba encima el pase y Edward Cullen lo ha captado. Y ni corto ni perezoso, me ha agarrado por el cuello con una llave de judo y me ha besado. ¡Me ha pegado un morreo en mitad del vagón! O sea, ¿por qué no me desnudas en público, ya puestos? ¿A quién se le ocurre?

En ese momento tintineó la campanilla de la puerta. Frankie y Seb volvieron la cabeza para mirar a una anciana enfundada en un vestido rosa palo con casquete a juego que entraba en la tienda con parsimonia.

—Buenos días, parejita —saludó la anciana con una leve inclinación de la cabeza—. ¿Qué tal el libro de Graeme Simsion que estabas leyendo la semana pasada? Siento haber tenido que marcharme tan deprisa. Mi nieta actuaba en una función. Tenía el papel protagonista, ¿sabéis? Hacía de... vaya, cómo se llamaba...

—Hacía de Yente en *El violinista en el tejado*. Nos lo contaste la última vez, Rosa —sonrió Frankie, impaciente por volver a su conversación con Seb.

—Ah, sí, sí, querida. En fin, ¿dónde está la sección de cocina, cariño? ¡Lo habéis cambiado todo otra vez!

Frankie se lo indicó amablemente y Rosa, con sus andares pausados, procedió a recorrer la tienda.

—¿Te besó? ¿En el vagón? ¿Por qué? —susurró Seb.

—No lo sé. ¿Para despistar a los revisores? ¿Pensando que se sentirían demasiado incómodos como para preguntar por los billetes? ¿Le da morbo hacerlo en público? Ah, y lo ha llevado con suma elegancia. Se ha comportado

como si fuera lo más normal del mundo. Pero yo no estoy acostumbrada a liarme con el primero que pasa. Me he quedado tan parada que me he largado sin decirle adiós y no se me ha ocurrido pedirle el teléfono ni nada antes de bajar del tren.

—Bueno, ¿y cuál es el problema, Frankie? Ya sería hora de que echaras un polvo. ¡Estás más oxidada que el reloj de la repisa de Nick Carraway! — cacareó Seb para disimular la sonrisilla que se le había escapado al oír que Frankie no tenía el teléfono del desconocido.

Ella se llevó las manos a las mejillas, agobiada, y las notó enrojecerse al recordar el incidente del tren. Sus labios eran tan cálidos, tan apetecibles, su tacto sorprendentemente suave. Ni se acordaba de la última vez que un hombre le provocó mariposas en la barriga y le aceleró el corazón, por poco que fuera.

—¡Espabila, Rose! No me digas que de verdad te gusta —le reprochó Seb, y la pinchó con un dedo acusador.

—¡Ja! ¿Gustarme? Carece de las cualidades necesarias para considerarlo un novio en potencia. ¡Menudo ligón! Y no hablemos de su inmadurez; ni siquiera se toma la molestia de leer libros acordes a su edad. Y conste que no me importa un comino. Lo más probable es que nunca lo vuelva a ver.

A veces Frankie llevaba mal que Seb le señalara lo evidente; esa actitud solo servía para que ella se aferrara todavía más a su discurso, negara sus sentimientos y adoptara una actitud de indiferencia desenfadada.

Rosa se acercó al mostrador con sus andares cansinos y le acercó un grueso libro de cocina a Frankie.

—Hoy solo me llevaré este, cielo.

—¡Estupendo! Es muy bueno —aprobó Frankie mientras cobraba el importe del libro y lo guardaba en una bolsa.

—¿Sabes, querida? —Rosa se echó hacia delante—, esa historia me ha parecido increíblemente romántica.

—¿Perdón? —preguntó Frankie, sorprendida.

—¡El beso! ¡En el tren! Vosotros, los jóvenes de hoy, sois tan espontáneos. Y... —se interrumpió para esbozar una sonrisita pícaro— ¡tan sensuales! Daría cualquier cosa por que un apuesto caballero me pegara un buen repaso.

Les hizo un guiño, recogió su paquete y se peleó con la puerta antes de cruzarla. Frankie y Seb se miraron y estallaron en carcajadas.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué pasa aquí?

Cat apareció como surgida de la nada, pertrechada con una taza de una indefinida sustancia verde y un huevo duro. Entornando los ojos, pasó la vista de Frankie a Seb y viceversa. A Cat, un tanto posesiva con Frankie, no le gustaba que nadie invadiera su espacio de amiga del alma.

Mirando a Seb con displicencia, tomó un sorbo de té, largo y dramático.

—¿No tendrías que estar en algún concurso de ortografía, Sebastián?

Seb captó la indirecta al instante. Recogió la mochila y se la colgó de un hombro.

—Rose, ha sido un placer. —Se despidió de Frankie con una inclinación de cabeza—. E intenta no darle demasiadas vueltas. Por lo que cuentas, podría ser el ardiente Shura de tu Tatiana. —Se encaminó a la puerta con parsimonia—. Hasta luego, prego —gritó con un lánguido gesto de despedida.

—Frankie, ¿de qué narices habla el adolescente incomprendido?

Con un suspiro, Frankie puso a su amiga al corriente de lo sucedido en el tren, sin escatimar detalles. Con las cabezas juntas, soltaban los consabidos «¡hala!» y «¿qué hizo qué?» cuando se abrió la puerta del despacho trasero.

—Cat, ¿estás ahí?

Claud cruzó la tienda a grandes zancadas y dejó caer sobre la mesa un ramo de rosas rojas tejidas a mano. Acababa de llegar de su trabajo en el bufete de abogados e iba a dedicar la tarde a poner al día las cuentas de la librería.

—¿Para quién son?

Cat se levantó entre una lluvia de trocitos de cáscara de huevo, que

salpicaron el suelo.

—Para ti, boba. —Claud le pellizcó la mejilla—. Feliz aniversario.

—Ah, claro. ¡Feliz aniversario!

Estirándose por encima del mostrador, Cat le dio un beso apresurado.

Las hermosas facciones de Claud se arrugaron, como si acabara de recibir un disparo.

—No te acordabas, ¿verdad?

—Pues claro que sí, cariño —respondió Cat con una sonrisa de oreja a oreja, aunque saltaba a la vista que mentía. Tuvo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco ante la dramática reacción de su marido.

Mirando a Cat y a Claud alternativamente, Frankie intentó recurrir a su intuición de amiga del alma. Sabía que Claud era un tanto suspicaz, pero ¿no se habría molestado tanto porque se olía lo de Jin Soo? Al sorprender la mirada de Frankie, Claud le dedicó su clásico «dedo hacia arriba» (usaban el índice para indicar que todo iba de maravilla desde su acalorada discusión sobre la excesiva supremacía de los pulgares). Ella sonrió, ahora más convencida de que Claud no se imaginaba nada, y se escabulló discretamente mientras Cat y su marido procedían a examinar papeles. Tomó un fajo de reseñas, redactadas en tarjetas por Cat y por ella misma, y zigzagueó hasta la sección de los superventas, en la entrada de la tienda. Mientras emparejaba las reseñas con los libros, su mente comenzó a divagar por el paraje que más frecuentaba: Ads.

Iban de camino a Tasmania para asistir a la boda hiperbohemia de una amiga en una bodega. Llevaban cosa de ocho meses juntos; ese momento en que la incertidumbre de la novedad ya no entorpece la relación y la pareja se encamina directa a la luna de miel. Estaban enamorados y aun las actividades más mundanas, como comer en un avión junto a un hombre que emana un tremendo olor corporal, se le antojaba una aventura exótica.

—¡Tomaremos dos copas del mejor tinto que tenga, por favor! — exclamó Ads al tiempo que plantaba un beso en la mejilla de Frankie.

Acurrucados, comieron galletas con queso y bebieron vino. Frankie adoraba esa faceta de Ads: espontánea, afectuosa y absolutamente desinhibida. Ninguna cafetería era demasiado exclusiva para él, ningún avión estaba demasiado atestado como para que Ads dejara de comportarse como Ads.

—¿Sabes una cosa? Te quiero, Frankie Rose.

Rodeándole la cara con las manos, la besó. Era sexy de la muerte, aun cuando el aliento le apestaba a queso.

—¡Frankie! ¡Frankie! ¡Frankie! ¿Hay alguien ahí?

Cat arrancó a su mejor amiga de su estupor a sacudida limpia. Sonrió, le propinó a Frankie una palmadita en la espalda y, tras alejarse unos pasos, se desplomó en el mullido sillón del rincón infantil, donde retomó la lectura de *Lily y el pulpo*.

Frankie dejó a Cat inmersa en las palabras de Steven Rowley y regresó a su puesto de la zona delantera. Cuando se disponía a responder los emails del día, notó la típica vibración en el bolsillo trasero. Deprisa y corriendo, desbloqueó la pantalla del teléfono y descubrió que la estaba esperando un flamante correo. Se estremeció de la emoción.

¡La primera respuesta!

De: Ashley Woodhouse

A: Escarlata O'

Asunto: Encontré su libro, señorita O'

Caray. Mi historia de amor favorita siempre ha sido la de Gatsby y Daisy o eso creía, pero el reencuentro entre Anne Elliot y el Capitán Wentworth después de tantos años separados, no sé por qué... bueno, me ha llegado al alma. Gracias por recomendarme *Persuasion*, Escarlata. Parece ser que compartimos un mismo amor por los grandes libros.

Reconozco que he tenido muchas dudas antes de enviar este email. Por lo que yo sé, podrías ser un asesino psicópata. Pero luego he pensado: ¿un asesino psicópata que alucina con Jane Austen? Bueno, por probar no pierdes nada. Así pues, aquí estoy, enviando un email a una extraña con el fin de conocerla después de encontrar su libro en un tren.

Supongo que debería contarte un par de cosas sobre mí. Llegué de Oxford, Reino Unido, hace tres semanas por motivos de trabajo. No tengo amigos en Australia (todavía) excepto una Terrier escocesa llamada Beatrice que pasó dos semanas en cuarentena para poder entrar en el país. No se está adaptando bien. Añora el frío y a mi madre; dos cosas que me alegro de haber dejado atrás. Si quieres ser mi primera amiga humana en Melbourne, será mejor que te des prisa. La semana que viene empiezo un voluntariado en Lifeline y el formulario asegura que «haré amigos de por vida».

En fin, si nada de esto te espanta, ¿te apetecería tomar una copa este viernes por la noche? Pongamos a las seis en el 1806. (Acabo de buscar en Google bares interesantes de Melbourne. ¡Típico de turista!)

Afectuosamente,
Ashley Woodhouse
Arquitecto jefe

JFC Arquitectos

PD: Me da igual que seas un asesino psicópata. Pero si no te gustan los perros, tendré que cancelar la cita.

De: Escarlata O'

A: Ashley Woodhouse

Asunto: Re: Encontré su libro, señorita O'

Hola, Ashley Woodhouse, arquitecto jefe de JFC Arquitectos:

Me alegro muchísimo de haberte iniciado en la magia de *Persuación*. Me encantaría tomar una copa contigo el viernes por la noche en el 1806. Google tiene buen gusto.

Debo decirte que en realidad me llamo Frankie Rose. Escarlata O' es un seudónimo de *Lo que el viento se llevó*, adoptado para proteger mi identidad de los susodichos asesinos psicópatas. (Solo para que conste, no soy uno de ellos.)

Beatrice parece encantadora. Me crie con tres perros salchicha llamados Salchicha, Bratwurst y Frankfurt y soy una amante de los peludos.

Te veo el viernes.

Frankie xx

De: Ashley Woodhouse

A: Escarlata O'

Asunto: Re: Re: Encontré su libro, señorita O'

Nos vemos entonces, Frankie

PD: Salchicha, Bratwurst y Frankfurt. Qué risa.

De: Escarlata

A: Catherine Cooper

Asunto: FWD: Re: Re: Encontré su libro, señorita O'

¡¡¡TENGO UNA CITA CON UN ARQUITECTO/VOLUNTARIO/AMANTE
DE LOS PERROS/AFICIONADO A AUSTEN CON ACENTO
BRITÁNICO!!!

La letra escarlata, de Nathaniel Hawthorne

Tranvía 86 a Bundoora RMIT, ruta de Smith Street

Frankie no se quitaba de la cabeza el Beso del Tren. Cuanto más pensaba en el romántico incidente del ferrocarril, más se enfadaba consigo misma por no haberle pedido el teléfono a Edward Cullen. Por no haberle preguntado el nombre siquiera.

Sonó la campanilla de la puerta. Cat y Frankie alzaron la vista para encontrarse cara a cara con Seb, que caminaba hacia ellas con una sonrisa en la cara y unos andares afectados. Su cabello, de un rojo encendido, ondeaba con cada paso y sus ojos verdes proyectaban chispitas en dirección a Frankie como diciendo: *Por favor, olvida los once años de diferencia, mis granos y mi tez imberbe... ¡sé mía!*

—¡Literatura proletaria! —gritaron Frankie y Cat casi al unísono, aunque Frankie venció a Cat por menos de un segundo y ésta gimió.

—Sebastian, tienes el don de fastidiarlo todo —refunfuñó antes de abrir la cartera de malos modos para tenderle a Frankie un billete de cinco dólares.

Seb se acercó al mostrador principal y al disponerse a hablar mostró los aparatos de los dientes.

—¿Qué pasa, guapa? —le preguntó a Frankie, moviendo las cejas con un gesto travieso.

—¡Seb! ¿Qué haces aquí? ¿No tendrías que estar en clase?

Frankie se tiró sobre el mostrador para pellizcarle las mejillas.

—Hago novillos —respondió él, haciéndose el interesante.

Frankie y Cat pusieron los ojos en blanco.

—Además, me he enterado de que Putu pasará por aquí dentro de un rato.

Seb sonrió de oreja a oreja. Putu, la madre de Frankie, mantenía con Seb lo que Frankie consideraba una relación sumamente inapropiada. Eso que empezó siendo una inocente partida de *Apalabrados* se había convertido en una amistad a distancia en toda regla. También es cierto que Frankie no era un

juez imparcial. Al fin y al cabo, culpaba a su madre —y a su padre— de su incompetencia en materia amorosa. Ellos encarnaban todo aquello que puede llevar al traste un matrimonio. Su madre, Putu, era escandalosa e impertinente hasta extremos ofensivos. Su padre, Rudolph, era un tipo reservado, reflexivo, totalmente anulado por su esposa. Y eso por no hablar de la famosa historia de la concepción de Frankie, un relato que su madre adoraba contar a todo aquel que la escuchara.

«Sucedió hace treinta años, en la época en que todavía me llamaba Elizabeth. Antes de que adoptara el nombre de Putu, después de pasar una temporada en un ashram balinés, en 1989», empezaba siempre Putu, que aprovechaba cualquier oportunidad para hablar de los quince días que le cambiaron la vida al más puro estilo *Come, reza, ama*.

«Iba en busca de aventuras. Qué loca estaba en aquel entonces, ¿verdad, Rudolph?», explicaba Putu con entusiasmo a la vez que enredaba los dedos en su collar de semillas navajo. Rudolph se limitaba a asentir; era hombre de pocas palabras.

«En fin, allí estaba yo, en mitad de la estación de Flinders Street, cuando decidí tener un hijo con el primer hombre en el que posara los ojos.» Continuaba Putu, animada por las expresiones atónitas que suscitaba su historia. «Y entonces... ¡blam! ¿A quién veo? Pues nada menos que al padre de Frankie, que esperaba el tren junto a las taquillas. ¿Verdad, Rudy?», proseguía a toda mecha, sin perder comba. «Tomamos el primer tren a Frankston y, en cuanto entramos en un túnel, concebimos a la preciosa Frankie, ¡allí mismo, tal cual! De ahí su nombre: Frankston. Siempre he marcado tendencia, ¿sabéis? Le gané por la mano a la Spice pija. Brooklyn Beckam, ¿qué nombre es ese?», concluía con un gesto histriónico.

En esas, la campanilla de la puerta tintineó nuevamente y allí, hablando del papa de Roma, estaba Putu, envuelta en una capa morada y emanando efluvios de incienso a su paso.

—¡Hola, queridos!

Avanzó a toda prisa hacia el trío y obsequió a Seb, a Cat y finalmente a Frankie con tres besos al aire.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —preguntó Frankie con frialdad.

—Ay, querida, ¿no puede una madre visitar por sorpresa a su hija favorita? —canturreó al mismo tiempo que se acercaba a un exhibidor para enderezar el cartel del «libro del mes».

—Además, me prometió traerme un frasquito de damiana —dijo Seb.

El chico alargó la mano hacia Putu, que rebuscó en su bolso de cáñamo y extrajo un cuentagotas que contenía un líquido amarillo chillón. Seth volvió a mostrar los aparatos de los dientes, echó mano del frasco y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—Mejor no pregunto, ¿verdad? —rezongó Frankie.

—Es una esencia para mi poción amorosa. La mujer de mis sueños no podrá resistirse a mis encantos.

—¿Quién, Frankie? —rio Cat.

Frankie asesinó a su amiga con la mirada a la vez que sacudía la cabeza.

—No, Celeste Fitness. Vamos juntos a clase de literatura inglesa —se defendió Seb.

—¿Fitness? Seguro que es un nombre falso —replicó Cat.

—El nombre es auténtico, ella es real y, con ayuda de la encantadora madre de Frankie, se enamorará perdidamente de mí —le espetó Seb, desafiante.

Putu arrastró a Seb hacia sí y le pasó un brazo por los hombros.

—¡Exacto! Seb solo tiene que añadir esa hierba a su pequeña poción y luego frotársela con suavidad a la chica por detrás de las orejas, sin que se dé cuenta —sonrió Putu.

—¿Sin qué se dé cuenta? ¡Mamá, menudo consejo! Si Seb empieza a frotarle aceite a quien sea detrás de las orejas, acabará con una orden de alejamiento —resopló Frankie.

—Ay, Frankie, siempre tan Debbie Downer. Yo te enseñaré cómo frotar aceite detrás de la oreja con discreción, Sebastian. Mira esto.

Putu se inclinó sobre el mostrador y rozó la parte trasera de las orejas de Frankie con el dedo.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué ha tenido eso de discreto?

Sin previo aviso, Cat imitó la caricia y Frankie estalló en risitas.

—¡Cat!

—Perdona, quería comprobar si yo también sabía hacerlo —replicó su amiga tan fresca.

De golpe y porrazo, Seb posó los dedos detrás de las orejas de Putu, que gritó encantada. Al poco estaban los cuatro tocándose las orejas unos a otros y riendo a carcajadas.

—Esto... ¿hola? —saludó el hombre que acababa de aparecer junto a la maraña que formaban Cat, Frankie, Seb y Putu.

Frankie pegó un bote hacia atrás mientras todos devolvían las manos a su sitio a toda prisa. Ella se volvió a mirar a Cat y en silencio, moviendo los labios, le indicó: ¡Es él! ¡Es Edward Cullen!

—Perdón, ¿vengo en un mal momento? —preguntó él.

—No, no, para nada. Todos se marchaban —dijo Frankie, ruborizada. Seb, Cat y Putu se limitaron a mirarlos, sin la menor intención de marcharse de la librería.

—Tú debes de ser el chico del tren. Yo soy Cat, amiga íntima de Frankie de toda la vida —se presentó Cat, alargando la mano.

Él sonrió.

—Ya te lo han contado, ¿eh? Yo soy Sunny, con U. Encantado de conocerte.

Estrechó la mano de Cat mientras Frankie intentaba no clavar la mirada su luminoso rostro, sus deslumbrantes ojos.

Sunny volvió la vista hacia Frankie con ademán expectante y las cejas

enarcadas.

—¿Y tú eres?

—Frankie —respondió Cat por ella, a la vez que empujaba a su embobada amiga hacia delante.

—Ah, sí —reaccionó Frankie—. ¿Y qué? ¿Has venido a buscar *Ciudad de hueso*? ¿*Divergente*, quizás? —preguntó cuando recuperó el uso de las facultades.

—Por favor. Ya he leído las dos series. Dos veces. Les robaron el premio Booker, si quieres saber mi opinión.

—Me repugnas —le soltó Seb.

—¡Seb! —Frankie fulminó al joven con la mirada y luego volvió a mirar a Sunny—. No le hagas caso. Odia a todo aquel que lea libros de cualquier temática que no sean críticas al gobierno y a las libertades civiles. Y, como te he dicho, ya se iba.

Con la mirada, Frankie invitó a Seb a circular, pero él se quedó tan fresco una vez más.

—Bueeeno —murmuró Putu, al tiempo que rodeaba la cintura de Sunny con el brazo—. Y dime, ¿de qué dónde ha sacado mi preciosa hija a un hombre tan guapo como tú, Sunny con U?

Él soltó una carcajada.

—Vaya, hoy voy a conocer a toda la tropa. Primero tu mejor amiga y ahora tu madre.

—Sí, pero tienen que marcharse ya —repitió Frankie con impaciencia creciente—. Cat tiene una librería que dirigir y mi madre tiene que... ¿mamá?

—Tonterías, cariño, no tengo nada que hacer.

Putu apoyó la cabeza sobre el hombro de Sunny, sin soltarle la cintura.

—La ayudé a librarse de una multa en el tren —sonrió él.

—Si por «ayudar» entiendes «besuquear» —le espetó Seb.

—¡Sebastian, largo de aquí! —ordenó Cat.

—¿Besó a Frankie?

Putu soltó a Sunny y dio un paso adelante para propinarle un codazo a su atormentada hija, que gimió y se tapó la cara con las manos.

—¿Frankston Rose! ¿Por qué no me habías contado que te habías liado con un hombre tan atractivo? ¿Quiere tener hijos?

Frankie asesinó a su madre con la mirada.

—Bueno, ¿sí o no? —Putu sonrió con descaro.

Cat reprimió una risa mientras Seb propinaba palmaditas nerviosas al frasco que le asomaba de la camisa.

—No sabes cuánto lo siento, Sunny. Hoy todo el mundo está un poco alterado —dijo Frankie al volverse a mirarlo. Pero Sunny había desaparecido —. ¿A dónde ha ido?

—Yo no lo he visto salir —respondió Cat, que se encogió de hombros como disculpándose.

—Ha salido por piernas en cuanto ha oído mencionar la familia nuclear. Menudo pringado, Frank. ¿Piensa que Verónica Roth debería ganar el premio Booker? Estás mejor sin él —declaró Seb con una risita amarga.

Frankie inspiró profundamente antes de encararse con su madre y sus mejores amigos.

—¡Fuera! ¡Todo el mundo fuera! Ya no puedo más. ¿Por qué ninguno de vosotros puede comportarse como una persona normal durante un puñetero minuto? —vociferó Frankie. Seb, Putu y Cat la miraron patidifusos.

—Pero... —protestó la madre de Frankie.

—Putu, Seb, vamos.

Cat los agarró a los dos por el brazo y los arrancó a toda prisa de la librería, entre el persistente tintineo de la campanilla.

Frankie suspiró. La librería se había quedado desierta. Tan solo el ronroneo del aire acondicionado la acompañaba de fondo. Ladeando la cabeza, contempló los alegres colores de los libros que atestaban las estanterías y respiró aliviada. Fitzwilliam Darcy, Mark Antony, George Emerson, Edmond Dantès, el príncipe azul. Vivía rodeada de poéticos rompecorazones. ¿Debería contentarse con eso? ¿Acaso estaba destinada a enamorarse únicamente de personajes literarios? Ansiosa por pasar un rato en compañía del descarado pero adorable Henry Tilney, Frankie echó mano de *La abadía de Northanger*, que había dejado junto al datafono. Al cogerlo, algo cayó revoloteando del libro al suelo. Frankie lo recogió. Era un marcapáginas, con una inscripción en letra azul que decía:

Frankie, ¿y si charlamos de libros en un entorno más privado?

0455 718 281 Sunny

Sin poder reprimir una sonrisa, Frankie se llevó al pecho el punto de libro.

☞ Frankie: Eh, soy Frankie:)

☞ Sunny: Eh, soy Sunny:)

☞ Frankie: Perdona por lo de antes... Mis amigos y mi familia están como cabras. Totalmente chiflados.

☞ Sunny: Me encantan los chiflados. Mejor eso que ser aburrido.

☞ Frankie: Ja. Bueno, respecto a lo de quedar...

☞ Sunny: Sí, vayamos directos al grano. ¿Te va bien el sábado por la noche a las 8? Yo te recojo.

☞ Frankie: Pues sí, me va bien. Bell Street, 8-12, Richmond. ¿A dónde iremos?

☞ Sunny: «El tiempo lo dirá.»

☞ Frankie: ¿¡Una cita de Jane Austen!?

☞ Sunny: Sí, la he buscado en Google. Sigo sin haber leído nada de esa autora.

☞ Frankie: Cada cosa en su momento. Le veo el sábado, señor Sunny.

☞ Frankie: PD: Katniss Everdeen es un homenaje a Thomas Hardy, ¿lo sabías? (Lo he buscado en tu honor.)

☞ Sunny: ME ENCANTA *Los juegos del hambre*.



Una hora más tarde, la puerta de la librería se abrió y Cat entró de puntillas con un revuelo de cabello pelirrojo en la cabeza. Plantada detrás de la silla de Frankie, le rodeó los hombros en un tierno abrazo.

—Perdona, Frank —dijo—. Siento que hayamos ahuyentado a Sunny. Pero tenías razón. Es John Knightley, el señor Darcy y Edmund Bertram, todo en

uno.

—No lo habéis espantado —sonrió Frankie, y le mostró el teléfono.

—Oh, Dios mío —musitó Cat mientras revisaba los mensajes—. ¿Vas a salir con ese hombre tan guapo? ¡Tienes una cita! ¡Tienes una cita! —canturreó entre saltitos.

Frankie se levantó de un brinco y tomó las manos de Cat.

—¡Tengo una cita! ¡Tengo una cita! ¡Tengo una cita! —coreó con su amiga, uniéndose a los brincos.

—¿Y quién ha ligado con un inglés que tiene un acento de rechupete? ¿Quién ha quedado con él mañana por la noche?

—Yo misma. Puedes llamarme «Madame Bovary» —respondió Frankie entusiasmada.

—¡Estás en racha, amiga! ¿Sabes qué deberías hacer ahora? —se emocionó Cat.

Frankie miró a Cat con los ojos como platos.

—¡Escribir! Algo más aparte del blog. Otra novela. Siempre estás esperando una chispa que te inspire. Y mírate, estás que ardes —Cat rodeó la cara de su amiga con las manos y se la estrujó con cariño.

—No, no puedo —replicó Frankie, zafándose de la caricia.

—Hazlo, Frank. Eres una escritora estupenda y todos lo sabemos. Pasa de las críticas, no les hagas ni caso. Tú pon manos a la obra y demuéstrales de lo que eres capaz. Por intentarlo no pierdes nada.

—¿Tú crees? —dudó Frankie.

—¡Sí! La librería es un cementerio ahora mismo. Coge esto, vete a Stagger Lee y ponte a escribir, maldita sea —ordenó Cat al mismo tiempo que abría el bolso de Frankie y cerraba el portátil.

—Vale, vale —accedió ella entre risas mientras Cat le estampaba el ordenador contra el pecho—. Muy bien, allá voy. ¡Allá voy! —añadió, nerviosa.

—¡Ya era hora, madame Bovary! —le gritó su amiga mientras Frankie se alejaba.

—Gracias, Cat. Por todo. Te quiero.

Frankie le sopló un beso al cruzar la puerta de la librería.



Vale, escribir, escribir, escribir, pensó Frankie, que miraba con atención el parpadeante cursor de la pantalla en blanco. Estaba sentada en un rincón de su cafetería favorita de Brunswick Street. Le gustaba porque los camareros eran encantadores, preparaban un café de muerte y reinaba una tranquilidad relativa. Si bien últimamente estaba atestado de hípsteres con vaqueros ajustados y barbas desaliñadas, al igual que los mejores cafés de Brunswick Street. Frankie mordió su tostada con aguacate y un montón de migas le salpicaron los vaqueros blancos.

—¿Otro café? —preguntó un camarero con la cabeza rapada. Un piercing le destellaba en el labio.

—No, gracias. Ya llevo cuatro. Creo que estoy al borde de la sobredosis —respondió Frankie.

—¿Ha probado la bebida de remolacha con leche? Está deliciosa y no tiene cafeína.

—¿Sin cafeína? ¿Y entonces para qué la quiero? —replicó Frankie entre risas.

—Le encantará, de verdad. —El camarero le hizo un guiño.

—¿Sabe qué? ¿Por qué no? Una remolacha con leche, por favor.

—¡Marchando!

Vale, Frank —se ordenó—, *concéntrate. Si eres capaz de escribir cuatro chorradas en un blog, seguro que puedes terminar el capítulo de un libro.*

—¡Aquí tiene!

El camarero reapareció para plantar delante de ella una taza caliente de líquido rojo y espumoso.

—¡Hala! ¡Qué rojo.

Sonriendo, él aguardó a que probara su sugerencia.

Frankie, insegura, tomó un pequeño sorbo.

—Es verdad. Está delicioso —observó, según saboreaba el extraño dulzor de la bebida—. Casi puedo notar los antioxidantes.

—¿Qué le he dicho?

El camarero se alejó con paso de *chassé* para servirle a un cliente una tostada de pan negro con fruta.

Vale, ponte a escribir. Ponte a escribir. Venga, Frank, puedes hacerlo. Cerró los ojos y tomó aire, esperando la chispa de inspiración, pero casi todos los pensamientos que le venían a la mente guardaban relación con los motivos que la llevaron a renunciar a la escritura. Un par de años atrás estaba viviendo un sueño hecho realidad: había publicado dos libros y disfrutaba de una relación estable con el amor de su vida. Y entonces, súbitamente, todo se vino abajo, pieza por pieza. No había vuelto a escribir nada desde que su segundo libro cosechara las peores críticas del mundo y su editora, Marie, dejara de devolverle las llamadas. Le encantaba trabajar en la librería con Cat, pero en ocasiones temía que su vida acabara reducida a eso. Su pensamiento voló al momento en que la editorial Simon & Schuster le ofreció el primer contrato. Aquello fue pura dicha. Quería volver a sentirse así. Más que nada en el mundo.

Y por eso ahora, por primera vez desde entonces, había decidido probar suerte. Conceder a la vida, al amor y a la escritura otra oportunidad. Es cierto, le daba miedo volver a escribir. La aterraba ser una escritora penosa, como decían las críticas. Pero hoy no tocaba pensar en eso. Había llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva. De empezar una página en blanco.

Posó las manos sobre el teclado, con delicadeza, y agitó los dedos sobre las teclas. *Vale, tú empieza y ya está, Frankie. ¿Qué haría Jane en tu lugar? Tecléo: Hoy, por primera vez, la vida de Evie había comenzado realmente.*

Frankie sonrió. No era «Es una verdad universalmente reconocida», pero, como principio, no estaba mal. *Puedo trabajar a partir de esto*. Devolvió las manos al teclado, lista para continuar, pero antes de que se diera cuenta había entrado en Facebook. Solo un momento. Para saber qué andaba haciendo la gente.

Foto de bebé.

Foto de perro.

Foto de novios.

Diatriba política.

Foto de perro.

«¿Cómo vas de flujo? Descubre en cinco minutos qué tipo de regla tienes.»

Ohh —pensó Frankie al ver el test—. ¡Solo son cinco minutos! ¿En qué me puede perjudicar? El cursor planeó sobre el enlace. *Pero, en cuanto termines* —se prometió— *vuelves al libro*. Tomó otro sorbo de la intensa bebida y, rodeando la taza caliente con la mano, usó la otra para responder a una serie de cuestiones relativas a su menstruación.

—Tres tampones diarios —musitó Frankie, según contestaba las preguntas a toda prisa, una por una.

—Posición fetal.

—Calambres.

—Compresa maxi.

Frankie envió las respuestas y esperó a conocer su tipo de menstruación. ¡Oh, prodigios de la tecnología! La respuesta parpadeó en mitad de la pantalla.

—¿Regla abundante? ¡Y un cuerno! —exclamó Frankie en voz demasiado alta al tiempo que se levantaba de un salto, con tanta precipitación que derramó la estridente bebida por sus vaqueros blancos. Frankie gritó cuando el líquido ardiente traspasó la tela. Echó mano de una servilleta para secarse los pantalones, pero su gesto únicamente sirvió para empeorar las cosas. Oyó una risilla a lo lejos y, cuando levantó la vista, vio a dos jovencitas que se

tapaban la boca muertas de risa. La enfocaron con los móviles.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó Frankie—. ¿Me estáis grabando?

Las chicas acercaron los teléfonos entre carcajadas.

—¡Basta! —les ordenó. Ellas soltaban risitas sin inmutarse lo más mínimo. Frankie gimió. Agarrando bolso y portátil, salió del café como un vendaval, sin acordarse siquiera de pagar la estúpida remolacha con leche.

9

Sinsentido e insensibilidad

Una vez más, he protagonizado una de esas citas que, en la teoría, parecen lo más de lo más.

Arquitecto: *chic*.

Voluntario en su tiempo libre: *chic*.

Le encantan los perros: *chic*.

Probabilidad de un acento sexy: *chic*.

Recién llegado de Oxford (¿acento británico? ¡Dios salve a la reina!), mi ligue prometía emanar exótica elegancia por los cuatro costados. ¿Sería posible que un soltero aparentemente maduro, concienciado y amante de los chuchos se hubiera topado con uno de mis trotatrenes? Gracias a Nuestro Señor, George Wickham, puede que al fin y al cabo sí existiera un dios de las citas a ciegas.

Así pues, optimista pero cautelosa, acudí a su encuentro pertrechada con un sencillo aunque interesante «maquillaje sin maquillaje» y apenas un toque de arrogancia Jane Austen. Llegué al bar con unos minutos de antelación y, según lo acordado, deposité mi adorado ejemplar de *Sentido y sensibilidad* sobre la mesa.

Después de que unos cuantos «no-Ashleys» desfilaran junto a mi cuartel general, me entretuve intercambiando miraditas insinuantes con una especie de Roger Federer en versión 2014 mezclado con Jamie Fraser (¡toma grandes torneos de tenis!) que estaba sentado en la otra punta del local. Jo, qué bien me sentía.

Hasta que sucedió lo siguiente.

Una mujer pequeñita, envuelta en terciopelo lila y gruesas cuentas de resina, se deslizó en el asiento que tenía delante. Y la cosa fue más o menos así:

—Tú debes de ser Frankie —ronroneó con un inconfundible acento inglés.

—Perdona, me parece que te confundes. Estoy esperando a un amigo —le espeté, demasiado a la defensiva.

—Ashley. Disculpa el retraso.

Y yo en plan: ¡Esto no me puede estar pasando!

Resulta que Ashley es en efecto una arquitecta, voluntaria, amante de los perros e incondicional de la Austen más trágica, de Oxford. También resulta que Ashley es lesbiana.

Pasé la siguiente hora y media esquivando el enorme malentendido que planeaba sobre nosotras. ¿Cómo darle la noticia de que, por mucho que intenté convertirme en lesbiana en 2009, después de jurar que había terminado con los hombres como consecuencia de una segunda cita particularmente traumática con un camarero muy retozón, nunca me voy a sentir atraída por esa estupenda rosa inglesa?

En una maniobra que pretendía distraerla de mis atractivos femeninos, desvié la conversación hacia temas neutrales y nada románticos en absoluto. Durante el tiempo que pasamos juntas hablamos de:

La crisis del petróleo de 1998.

La muerte de Michael Jackson.

Marcapáginas contra esquina doblada.

La boda real.

Moby Dick.

Moños masculinos.

Ni siquiera la historia de que en cierta ocasión pasé dos semanas enteras sin ducharme le provocó rechazo. Notaba cómo sus pies invadían mi lado de la sucia tarima. (¿Os he mencionado mi fobia a los pies?) «¿Crees que Michael Jackson de verdad era pedófilo?» Su mano rozó con delicadeza mi rodilla. «¿Y qué te parece que Kate se maquillara ella misma?» Noté una presión en el muslo. ¡Maldita sea, qué poder de seducción! ¿De dónde había sacado ese nuevo atractivo? Si bien Ashley derrochaba encanto, simpatía y era muy culta, por desgracia no era mi tipo, y decidí que no sería justo darle falsas esperanzas.

Así pues, en un delicado *lapsus linguae*, me sorprendí a mí misma

soltándole sin más: «¡ME ENCANTA TRUMAN CIPOTE!»

Una humillante copa en la cara más tarde, estoy de nuevo en circulación ferroviaria. No os perdáis la próxima cita de la turbulenta serie: «Cómo me las arreglé para perder el tren de mi vida amorosa y enemistarme con excelentes personas».

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

Deja un comentario (8)

El gato Garabato > Todavía me estoy riendo

No te ofendas, pero... > (tos) homófoba (tos)

Stephen Prince > (tos) aguafiestas (tos)

No te ofendas, pero... > @StephenPrince, eres un payaso misógino. Deja de criticarme a través de este blog.

El gato Garabato > @Noteofendaspero... & @StephenPrince La tensión sexual que hay entre vosotros dos se podría cortar con un cuchillo.

Libro parlanchín > Qué texto más divertido. ¡Estoy deseando que llegue la próxima cita!

Chico en rústica > ¡Estoy buscando tus libros por todas partes!

Alex David > Acabo de descubrir este blog y estoy como loco. Eres mi diosa.

El proyecto esposa, de Graeme Simsion

Tranvía 78 a Richmond norte

—**R**ose, me vas a provocar un parto prematuro. —Cat se retorció frente al portátil, muerta de risa—. Tu blog es la bomba.

—¡Ay, venga, para de reír! Ya me siento bastante mal sin que tú lo empeores. —Frankie no solo se moría de la vergüenza sino que también estaba desanimada—. ¿A quién pretendo engañar? ¡Toda este rollo de poner libros en circulación es una farsa! Una pérdida de energía.

—Anímate, Frank. Solo ha sido la primera respuesta. ¡Al menos ahora sabemos que a la gente le encanta tu blog! Tienes más visitas que la página de calceta de Claud. Y la gente encuentra los libros —la consoló Cat—. Ya sabíamos que esto no iría de paseos románticos por la playa y confidencias de infancia junto al fuego. ¡Por lo menos no era una chiflada!

—Sí, Cat, siempre es un consuelo. —Frankie procedió a reorganizar los exhibidores del mostrador. Nerviosa, ordenó las tarjetas regalo—. Todo eso no me hace sentir mejor, la verdad.

—Frankie, querida mía, me importa un pimiento —replicó Cat tan campante.

Frankie le tiró uno de los marcapáginas que tenía en la mano. Cat lo esquivó con agilidad y el señalador se estampó contra el diploma enmarcado de *Finalista del Concurso de Calceta* que colgaba de la pared.

—Hala, eres rápida para estar embarazada.

—Twerking. Deberías venir alguna vez. —Cat hizo girar el culo en las narices de Frankie—. Olvídalo, Rose, tienes cosas más importantes entre manos. ¿No habías quedado esta noche con Sunny? —ronroneó.

Sunny. Frankie se estremeció. Por primera vez en mucho tiempo, la idea de acudir a una cita la ponía nerviosa. Sunny era encantador y misterioso, pero también impredecible (sobre todo a bordo de vehículos en movimiento). ¿Y si el primer hombre por el que se interesaba en mucho tiempo la rechazaba? O peor, ¿y si él no estaba a la altura de sus expectativas?

—¡Hala, por mis agujas de punto!

Cat y Frankie se miraron cuando Claud prorrumpió en exclamaciones en el despacho de la parte trasera.

—Ay, Señor, ¿qué le pasa ahora? —Cat miró al techo con cara de aburrimiento.

Al cabo de nada la puerta de la trastienda se abrió con tantas prisas que provocó un pequeño temblor en los estantes del fondo. Dos libros cayeron al suelo.

—Tienes que ver esto. —Deshecho en risas, Claud aguijoneó a Cat con un dedo envuelto en una hebra de lana—. Mira lo que me acaba de enviar mi hermana.

—¿Qué? —preguntó Cat con curiosidad.

Claud le mostró la pantalla de su teléfono.

Durante los quince segundos siguientes, la cara de Cat fue todo un poema. Su expresión de frustración mal contenida mudó al desconcierto, luego a la absoluta perplejidad, al estupor, de nuevo a la perplejidad y, por último, a una hilaridad incontenible. Frankie observaba divertida los cambios de expresión de su amiga, hasta que, asomándose por encima de su hombro, miró la pantalla. Y se quedó de piedra.

—¿Qué es esto?

Le arrancó el teléfono a Claud.

La pantalla mostraba lo que parecía ser una imagen congelada de Frankie. En el vídeo aparecía en mitad de un movimiento, detrás de una mesa de cafetería, con la cara torcida. Frankie alzó la vista hacia Claud.

—Es brutal —resolló Claud, muerto de risa—. Reprodúcelo.

Frankie empezó a sudar conforme su dedo planeaba ante el móvil. Por fin, con un gemido de resignación, tocó la flecha de reproducción. Se vio a sí misma en la pantalla levantándose de un salto y llevándose las manos a la entrepierna mientras un chorro de, sí, sin duda era remolacha con leche, le

corría por los pantalones blancos. Y allí, en mayúsculas blancas, apareció la etiqueta: *#ChicaConLaRegla*.

Se llevó una mano al pecho, conteniendo el aliento.

—¡Pequeñas zorras! —gritó—. ¡Soy un meme!

—Y te estás haciendo viral, Rose. Te han compartido... —Cat le arrancó el móvil para buscar la información— más de cuatro mil veces. Incluso hay un hashtag rondando por ahí: *#fluyelibremente*. ¡Eres la sensación de Internet!

Frankie se tapó la boca con las dos manos y se quedó petrificada, mirando al infinito.

—¡Mirad, al final se le ha ido la olla! —Cat agitó la mano delante de la mirada fija de su amiga.

Rodeándole los hombros con el brazo, ayudó a Frankie a sentarse.

—Vale, reacciona, Frank.

Cat lanzó una ojeada rápida a la puerta para comprobar si entraba algún cliente y, al no ver a nadie, abofeteó a su amiga en la cara. Frankie gritó y se llevó las manos a las mejillas.

—¡Por Dios, Cat! Eso sí que es mano dura.

—Bienvenida a la Tierra, amiga. —Cat frotó los carrillos de Frankie con energía y luego se cruzó de brazos—. ¿Mejor?

—Ay, Señor —dijo Frankie, antes de volver a enterrar la cara entre las manos.

—No te preocupes. Dentro de nada algún bebé hiperactivo o felino emocionalmente inestable te habrá remplazado —gritó Claud—. ¡Disfruta tus quince minutos mientras duren!

Alzó los brazos al aire como fingiendo un gesto emocionado.

Frankie seguía desmadejada en la silla.

—Cat, anda, sé un cielo y cancela mi cita con Sunny, por favor.

—¿Me tomas el pelo? —exclamó la otra—. Como que me llamo Cat que no te vas a escaquear, chica con la regla!

Hundió las manos debajo de las axilas de Frankie y tiró de ella hasta obligarla a ponerse en pie, más o menos erguida.

—Deja de compadecerte de ti misma. ¡Hay que ponerse las pilas! —Cat echó mano de su teléfono y empezó a teclear con furia—. Vale, ¿qué nos apetece? ¿Adele? No, demasiado sentimental. ¿Algo del anticuado de Timberlake? ¿Drake? Eh, aquí estás, vieja amiga. —Cat miró a Frankie con una sonrisa pícaro—. Nelly.



Frankie estaba plantada delante del armario, desnuda salvo por una toalla. Estudió las opciones que tenía delante. ¿Un vestido de lunares? *Demasiado señorona*. Deslizó las prendas por la barra. ¿*Top de seda con cuello de pico*? *Demasiado picante*. Sacó un vestido suelto, blanco. *Uf, demasiado virginal*.

Echó un vistazo al reloj de pared.

—Mierda —maldijo entre dientes. Sunny pasaría a buscarla dentro de veinte minutos. A toda prisa, echó mano de unos vaqueros negros que iban con todo, los combinó con un top de seda adornado con delicados bordados y se dirigió al baño para darse los últimos retoques al cabello. Abrió el portátil sobre el taburete para poder ver el vídeo de YouTube que tenía preparado. Junto con un desafío de baile en el que Frankie, de mala gana, había accedido a participar, Cat le había enviado toda una colección de vídeos grabados por «destacados gurús y exploradores de las relaciones».

«¿No te has enterado? YouTube ha sustituido a los psiquiatras», le había soltado su amiga. Frankie marcó la flecha.

—Tres claves para conquistar a un hombre —anunció una voz chillona—. ¡Una! ¡Cuando le hagas un cumplido, se creativa! —*Caray, qué vivaracha*—. ¡Céntrate en aspectos en los que la gente normalmente no se fija! Dile cosas como: «¡Qué sonrisa más bonita!» o «¡Me encanta que valores las opiniones de los demás!»

—Yo sí que valoro tu opinión —le dijo Frankie al espejo mientras se

enrollaba un mechón de pelo en el rizador—. Vaya trucos tan originales que das para ligar.

Asintió con gravedad. Por más consejos de autoayuda que buscara en YouTube, ninguno le garantizaría el éxito en la cita de esta noche.

Cuando sonó el interfono, Frankie se ahuecó la melena para desapelmazar los rizos y que le cayeran por los hombros con naturalidad. Corrió hacia el telefonillo echando mano del bolso por el camino.

—Bajo enseguida —avisó. Mientras se disponía a girar el pomo, cerró los ojos y respiró tres veces profundamente. *Muéstrate irresistible. Confía en ti misma. Emanas feminidad.* Frankie puso los ojos en blanco, exasperada consigo misma, y empezó a bajar las escaleras.

Abrió la puerta principal del edificio y tuvo que hacer un esfuerzo para disimular el éxtasis que se apoderó de ella ante el momento *Greased Lightning* que la esperaba al otro lado. Allí, apoyado en su coche con indolencia, estaba Sunny, enfundado en una cazadora de cuero y unos vaqueros. Cuando la oyó llegar volvió la cabeza hacia ella, casi a cámara lenta, y sonrió de oreja a oreja.

—Hey, Frankie —la saludó avanzando a su encuentro—. Bonita choza.

Le plantó un cálido beso en cada mejilla. *Maldita sea, qué estilazo tiene.*

—¿Es tu coche? —preguntó Frankie, clavando la vista en el llamativo Honda Civic rojo.

—Ya lo creo que sí.

Sunny, orgulloso, propinó unas palmadas al capó.

—¿S-N-N-Y-D-Y? ¿Sunny Day? —leyó Frankie en la vistosa matrícula personalizada.

—Ese es mi nombre —sonrió él.

—Venga ya. ¿En serio? ¿Te llamas Sunny de nombre y te apellidas Day? —alucinó Frankie.

—Sí. Ya lo sé, la crueldad de los padres no tiene límite —bromeó Sunny

mientras ella se partía de risa.

—Perdona, perdona. No te preocupes. Mi nombre también es horrendo —le aseguró entre risillas incontrolables.

—¿Cómo te apellidas? —quiso saber él.

—Rose.

—¿Frankie Rose? No le veo ningún problema. Es precioso —le aseguró Sunny, y Frankie notó un revuelo en el corazón. No hacía falta confesarle que la llamaron así en honor a la línea de tren en la que fue concebida. Aún no, en cualquier caso.

En el coche, Sunny se apoltronó en el asiento con una mano en el volante y la otra apoyada contra la ventanilla bajada.

—Bueno, ¿y a dónde vamos? —preguntó Frankie en el tono más indiferente que pudo adoptar. El nerviosismo la recorría a oleadas.

—Tendrás que esperar a verlo. —Sunny esbozó una sonrisa de medio lado —. Bueno, y esa pandilla tuya de la librería... Qué grupo más original, ¿eh?

—¿Mi pandilla? No sé de qué hablas. No los había visto en mi vida.

—Sí, yo también llamo «mamá» a las desconocidas, solo para ver cómo reaccionan.

—Llamas «mamá» a las desconocidas, las besas en los transportes públicos... ¿Qué más les haces a las chicas que por casualidad se cruzan contigo?

Sunny rio entre dientes.

—Bueno, ya sabes, lo típico. Les doy la contraseña de mi correo electrónico y una lista detallada de mis alergias.

Frankie sonrió.

—Si no te sienta bien la pizza, esto no va a funcionar.



Quince minutos más tarde aparcaron y caminaron un par de manzanas antes de detenerse ante lo que parecía el clásico edificio de oficinas.

—¿Dónde estamos? —Frankie miró a un lado y a otro.

—Por aquí, señora.

Sunny alargó la mano e hizo un gesto con la barbilla para indicarle el camino. De camino al edificio, Frankie notó una descarga eléctrica cuando sus brazos se rozaron. ¿Lo ha hecho adrede? Él abrió una puerta y la guio por un vestíbulo de mármol blanco hasta unas escaleras de caracol, a cuyo pie se erguía una altísima estantería repleta de libros polvorientos. Frankie acarició los lomos.

—Bueno, pues ya estamos aquí —declaró Sunny con orgullo.

—¿Y dónde es «aquí», exactamente?

La única entrada que veía Frankie era la que acababan de cruzar.

Sunny le hizo un guiño y se acercó a la estantería. Empezó a extraer libros al azar.

—Tiene que estar por aquí, en alguna parte —dijo—. ¡Ajá!

Separó la parte superior de un viejo volumen azul de tapa dura y la estantería cedió con un chasquido.

Sunny miró a Frankie con una sonrisa.

—He pensado que este sitio te gustaría.

Empujando con ambas manos un extremo de la librería, Sunny la abrió del todo. Frankie lo siguió al otro lado y miró la zona interior de ese portal mágico: allí, antes sus ojos, apareció un espacio suavemente iluminado que estaba amueblado con sillones antiguos, mesas auxiliares con libros amontonados, paredes cubiertas de espejos suntuosamente decorados y extrañas piezas de taxidermia. A lo largo de una pared se extendía una barra, tras la cual un hombre ataviado con impecable camisa blanca y tirantes lustraba un vaso de whisky.

—¿Cómo has encontrado este sitio, si se puede saber? ¿Y cómo es posible que nadie me haya hablado de él?

Palpablemente satisfecho de sí mismo, Sunny la tomó de la mano y la llevó a

un diván empotrado en un rincón.

—¿Genial, eh?

Frankie intentó no mirar a Sunny con expresión pasmada. A ese hombre guapísimo, interesante sin pretenderlo, que de momento estaba acertando en todo. *Tómatelo con calma, Frankie. No nos emocionemos.* Al otro lado del local, de pie delante de la barra, había una mujer enfundada en un vestido color esmeralda con la espalda escotada y una pluma de pavo en el pelo. Un hombre de esmoquin se le acercó despacio y le posó la mano en la parte baja de la espalda, con naturalidad. Ella se dio la vuelta y lo besó. Tres mujeres ataviadas con faldas de colores brillantes conspiraban apiñadas mientras reían a carcajadas de alguna broma privada. *Oh, Dios, qué mal vestida voy.*

Un camarero se aproximó a ellos y les tendió un menú a cada uno.

Frankie abrió el suyo y leyó detenidamente la lista de cócteles. Gin Twain, Bloody Jane, Granadina Brooks, El Aperol de Lady Chatterley, Lo que el Whisky se llevó, Or-well, Mejor doble. *Si no supiera que es imposible, pensaría que este lector de ficción juvenil ha creado este sitio por arte de magia.*

—El menú no está mal, pero no veo ningún Bajo la misma Shirley Temple o El Negroni del Laberinto. —Frankie alzó la vista con expresión inocente—. ¿No tendrán un menú infantil?

—Entonces, ¿un Tequila Resabiondo para ti?

—¡Eh, leer a los clásicos no me convierte en una sabionda! —replicó Frankie—. Es cuestión de sentido común.

—Vale, Martini altivo no agitado, ¿qué te traigo entonces? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Un Margarita, por favor, si eres tan Dahlante —sonrió ella con dulzura.

—Marchando.

Sunny se alejó para pedir las bebidas bajo la atenta mirada de Frankie. Incluso visto por detrás era perfecto. Frankie suspiró y se dedicó a observar el

entorno. Miró debajo de la mesa que tenía delante y encontró una pila de libros. *Vale, Frankie, de momento todo va de maravilla.* Escogió un ejemplar de *Rebelión en la granja* y buscó su parte favorita, donde aparecía el lema «cuatro patas, bueno; dos piernas, malo».

Sunny regresó con dos turbias copas de Martini rematadas por un borde de azúcar. Dejó una delante de Frankie y se sentó de nuevo en el sofá. Sin pronunciar palabra, tomó un trago largo y exagerado de su bebida.

Permanecieron un momento en silencio, saboreando los cócteles.

—Y bien, Sunny —empezó Frankie—, ¿a qué te dedicas cuando no estás ocupado leyendo el último Patrick Ness?

—Trabajo en publicidad. Pero estoy haciendo un descanso ahora mismo.

—¿Y eso? —preguntó Frankie, que pensó de inmediato: *genial, mi ligue está en el paro.*

—Me harté del ambiente que había en la última agencia —explicó antes de tomar otro trago—. Decidí marcharme y probar a establecerme por mi cuenta.

—¿Por tu cuenta? En plan, ¿montar tu propio negocio o vivir de renta?

—Lo primero, espero —respondió Sunny a toda prisa—. ¿Y tú? ¿Qué le gusta hacer a Frankie Rose cuando no está trabajando en la librería o besando extraños en un tren?

—Acabas de resumir mi vida —contestó ella.

Sunny enarcó una ceja, a todas luces desilusionado con la respuesta, pero ¿qué más quería que le dijera? No andaba metida en mil proyectos ahora mismo. Él intentó tomarle la mano, pero Frankie la retiró e intentó esconder detrás de un trago sus sentimientos heridos.

—Sabes, ahora que lo pienso, me parece que nunca he conocido a ninguna Frankie. ¿Cómo se les ocurrió ese nombre a tus padres? —probó suerte Sunny de nuevo.

—Es una historia muy larga.

—Pues qué bien, porque no tengo ninguna prisa. —Se retrepó en el sofá y se

pasó una mano por detrás de la cabeza—. Cuéntame.

Ella suspiró y decidió compartir algo con él.

—Resumiendo, mi madre se lio la manta a la cabeza y decidió aprovechar un vagón de tren vacío para hacerlo.

—¿Hacerlo?

—Sí, hacerlo.

—¿Y qué relación tiene eso con tu nombre?

Los ojos de Sunny empezaban a arrugarse.

Ay, Señor, pensó ella, ¿cómo se las arregla para sonreír con toda la cara?

—Viajaban en el tren a Fr... —Bebiendo un largo trago, Frankie musitó la palabra «Frankston».

—¿Fran qué?

Sunny se acercó más a ella, ahora al borde de la risa.

—Con destino a Frankston —murmuró.

—¿Con destino a qué?

—A Frankston. ¡Me pusieron el nombre de una línea ferroviaria! —terminó en voz demasiado alta. Un camarero que pasaba por allí con una bandeja llena de copas de champagne se volvió para mirarla.

Sunny reía ahora a carcajadas, sujetándose la barriga.

—¡Para ya! No tiene tanta gracia.

Frankie le pellizcó el brazo con suavidad.

—Menos mal que no era un tren con destino a Craigieburn. No te pega nada llamarte Craig —le espetó Sunny con una última risa.

—No todos podemos tener nombres tan radiantes y adorables como tú, *Sunny Day*.

—¿Te parezco adorable? —bromeó él.

—Ya te gustaría, ¿eh?

—Sí, me gustaría, Frankston.

A Frankie se le escapó una sonrisa. Pero le estaba costando seguir el ritmo

de una cita que cada vez se parecía más a una montaña rusa. ¿Se enmarcaban los comentarios jocosos de Sunny en la zona de amistad? ¿O rozaban el coqueteo? Frankie echó mano de las copas vacías y se levantó.

—Esta vez invito yo.

—Yo tomaré La Chica del Tren, por favor —gritó él mientras Frankie se alejaba hacia la barra.



Poco rato después, la camarera, vestida con un centelleante vestido al estilo de los años veinte, se inclinó para dejar la siguiente ronda de bebidas sobre la mesa. Miró a Frankie con curiosidad. Sintiendo incómoda, ella apartó los ojos.

—¿Nos conocemos? —le preguntó la chica—. ¿Estabas en la fiesta de los treinta de Bobby Pentrith la semana pasada?

—Perdona, debes de confundirme con otra persona.

Frankie tomó su bebida y se volvió hacia Sunny.

—No, estoy segura de que te he visto en alguna parte —insistió la camarera—. ¿Vives cerca del café Streat de Collingwood?

—No, lo siento.

—Ay. Dios Mío. ¡Ya lo sé! —chilló la chica—. Mi jefe me va a matar por pedirte esto, pero ¿te importa que me haga un selfie contigo?

—Qué vergüenza, Sunny —susurró Frankie—. Escribí un par de libros hace unos años, pero no creía que nadie los hubiera leído.

—¿Un libro? —intervino la camarera—. ¡No, tu eres la chica de la regla!

El corazón de Frankie se detuvo en seco. Echó mano de su bebida, se la ventiló en tres largos tragos y sujetó a Sunny del brazo.

—Perdona, tenemos que irnos.

Frankie arrastró al hombre hacia la puerta, lo obligó a subir las escaleras a toda prisa y solo cuando salieron a la calle se atrevió a mirarlo un instante a los ojos.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —dijo, pero dejó de hablar cuando notó una presión en el hombro.

—¿Por qué no empiezas por contarme eso de que escribiste un libro?

Cuando Frankie levantó la vista, se encontró con la tranquilizadora expresión de Sunny, que le devolvía la mirada.

—Y luego terminas con un beso —sonrió.

Labios de nácar, de Sharon Krum

Tren de Almein a Flinders Street

—**M**e parece que es una infección de las vías respiratorias. Y creo que también he pillado una conjuntivitis. Soy una masa mucosa, viscosa y contagiosa.

Frankie estaba acurrucada en el sofá, hojeando un manoseado ejemplar de *Y las montañas hablaron*, con el teléfono en precario equilibrio entre el hombro y la oreja.

—Sí, por lo que dices debes de estar sufriendo un caso agudo de hibernación, chica con la regla. Venga, ponte las pilas, Rose. Ya llevas dos días encerrada. Tenemos que empezar a preparar la tienda para la firma de libros de Zoë Foster Blake. ¡Llevamos toda la vida esperando este momento!

Cat resollaba con fuerza al otro lado del teléfono. Frankie se la imaginó corriendo por Runswick Street y abriéndose paso a empujones para abrir la librería a las nueve.

—¡Cat, tú no entiendes lo humillante que es esto! —Frankie tiró el libro al suelo con rabia—. No puedo ir por la calle sin que alguien me grite: «¡fluye libremente!». Ni siquiera puedo salir con alguien sin que me pregunten si soy la maldita chica con la regla. No me extraña que Sunny no haya dado señales de vida. Ha salido huyendo —suspiró.

—Solo han pasado dos días, Frank. Seguro que se está haciendo el interesante. Bueno, ¿vas a venir o tendré que traerte a rastras? —insistió Cat.

—Un día más, Cat. Por favor. De verdad que no me encuentro bien.

Frankie tosió débilmente en dirección al teléfono.

—Ya te vale —replicó Cat.

—Gracias, gracias, gracias. Te debo una.

Frankie echó mano de una chocolatina Snickers mordisqueada que había dejado en el suelo la noche anterior y tomó un bocado. A través del teléfono oyó el débil tintineo de la puerta. Alguien acababa de entrar en la librería.

—¡Eh! ¿Quién es? A ver si lo adivino. ¿Seb? ¿Millie? ¿Mi madre?

Aunque en teoría no podía ni moverse, Frankie se abalanzó ante la posibilidad de un poco de animación. No podía vivir eternamente comiendo chokolatinas rancias y mirando compulsivamente mini series de Austen.

—No, no y no —susurró Cat.

—¿El dicharachero Bryan? ¿La anciana que solo compra ficción erótica? ¿El hípster obsesionado con Marian Keyes? —preguntó Frankie con la boca llena de chocolate.

—Vuelve a probar —ronroneó Cat.

—¡Ah! ¿Es el hombre lagarto?

—Hola, Cat. ¿Está Frankie por aquí?

Una voz masculina se dejó oír a lo lejos y Frankie estuvo a punto de ahogarse con el Snickers. ¡Ay, Dios mío!

—¡Cat! ¿Es Sunny? Es Sunny, ¿verdad? Dile que estoy enferma. Dile que me llame. No, mejor no se lo digas; no quiero parecer desesperada. Dile que no estoy. Sé fría. Pero no demasiado.

Frankie se levantó del sofá como impulsada por un resorte, mientras su pensamiento viajaba a un millón de kilómetros por minuto.

—Hola, Sunnny —oyó decir a Cat, cuya sonrisa burlona se oyó hasta la otra punta de la ciudad.

—¡Cat! Por favor, no digas ninguna tontería —suplicó Frankie.

—¿Qué? ¿Buscas a la chica con la regla? —canturreó Cat, hablando con Sunny—. Ahora mismo estoy hablando con un cliente muy pesado. En cuanto cuelgue estoy contigo, guapo.

Lo último que Frankie oyó antes de que Cat cortase la comunicación fue su risa franca y escandalosa. Tiró el móvil y, poniendo los ojos en blanco, rogó a Dios que Cat no la pusiera todavía más en evidencia. ¿A quién pretendo engañar?, pensó, y se desplomó otra vez en el sofá. *Es Cat. Pues claro que me pondrá en evidencia.* Frankie se tapó con una mantita gris hasta la barbilla.

Había caído más bajo que nunca, aun para ser ella: escondida en su piso como una ermitaña. Su vida era oficialmente absurda. Y a pesar de todo no pudo evitar preguntarse qué hacía Sunny en la librería. ¿Se había pasado por allí para dejar claro que no quería volver a verla? Pero solo habían salido juntos una vez; con un mensaje de texto habría bastado.

El estómago le rugió como si se alegrara de haber sido alimentado a base de chocolatinas y leche las últimas dieciocho horas, así que Frankie abrió la aplicación de Uber Eats y ojeó distraída el despliegue de hamburguesas, bocadillos, fideos chinos, sushi y pho. El rugido se convirtió en un trueno entusiasta cuando Frankie encontró lo que estaba buscando: Pizza Jo, abierto las veinticuatro horas todos los días de la semana, a punto para llevarle una vegetariana suprema, dos panes de ajo y una mouse de chocolate a la puerta de su casa. Encendió la tele, cerró los ojos y se durmió arrullada por los tranquilizadores murmullos del televisor.



La despertaron unos golpes en la puerta, monótonos e intensos. Solo de pensar en la pizza se espabiló al momento. Se puso un jersey anchote y manchado y se calzó sus botas ugg. Cuando llegó a la entrada, intentaba recogerse el pelo con una pinza en lo alto de la cabeza.

—¡Por fin! ¡Mi salvador! —exclamó Frankie cuando abrió la puerta.

—Vaya, hola a ti también —sonrió Sunny a la vez que miraba de arriba abajo su desaliñada estampa.

Frankie retrocedió sorprendida y cruzó los brazos para ocultar la ausencia de sujetador.

—Oh, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has subido?

—La puerta de abajo estaba abierta. Me han dicho que estabas enferma, así que se me ha ocurrido traerte una cosa que te ayudará a encontrarte mejor.

Sonriendo, Sunny le tendió una bolsa de papel.

—Ah, uh... Ah. Gracias. ¿Cómo sabías el número de mi apartamento?

Frankie se recogió la melena deprisa y corriendo. Mientras tanto, suplicaba que se la tragara la tierra.

—Me lo ha dicho Cat —respondió él y, como quien no quiere la cosa, apoyó su fuerte brazo en la jamba. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta de color amarillo intenso que le marcaba los pectorales. Estaba parar morir, como de costumbre.

¡Maldita seas, *Cat!*, pensó Frankie, que empezó a planear modos de asesinar a su amiga.

—Bueno, ¿no me invitas a entrar?

—Uf, no creo que sea buena idea. Podría contagiarte.

Frankie tosió mientras visualizaba para sus adentros los envoltorios de chocolatina, las tazas vacías y la ropa interior usada que se esparcían por toda la casa.

—No me importa —respondió Sunny en tono alegre—. Tengo el mejor sistema inmunológico de Australia. No he caído enfermo desde séptimo, cuando Kimmy Swanton me escupió en la boca en pleno brote de mononucleosis.

Sunny intentó pasar, pero Frankie le cerró el paso.

—Qué asco.

—Ya lo sé. Bueno, ¿puedo entrar?

Frankie suspiró.

—Mi casa es una pocilga. Peor que una pocilga. Los cerdos no entrarían ni muertos ahora mismo.

—Afortunadamente, no soy un cerdo —rio Sunny, que ya se estaba abriendo paso al interior del revuelto apartamento.

Frankie lo siguió, nerviosa.

—Siéntate aquí. Y no te muevas.

Lo condujo al mismo sofá en el que ella había estado acostada todo ese rato y empezó a corretear de un lado a otro recogiendo envoltorios y lencería

usada.

—En serio, no hace falta que recojas nada. Deberías ver mi piso.

Sunny se quitó los zapatos de dos patadas y se acomodó en el sofá.

—¡No tardo nada! —gritó ella mientras llevaba el montón de basura y ropa sucia a su habitación. Se despojó de las prendas manchadas y se enfundó unos vaqueros y un top de flores. La nube de perfume ayudó, pero no podía hacer nada con el desastre del pelo, así que rebuscó en un estante alto, encontró una gorra de béisbol y se la encasquetó.

—Vale —dijo Frankie cuando salió de su habitación.

—Vale —sonrió Sunny con aire burlón, sentado tranquilamente en el sofá.

—Bueno, ¿y qué decías que hacías aquí?

Frankie se sentó también, dejando un hueco de seguridad entre los dos.

—Ya te lo he dicho, te he traído una cosa que te ayudará a encontrarte mejor.

Volvió a tenderle la pequeña bolsa marrón, cerrada con un par de dobleces en el borde.

—Ay, no tenías que molestarte. —Tomó la bolsa con aire inseguro y la miró con curiosidad—. ¿Qué es?

—Adivina.

—¿Chocolate? ¿Pastel? ¿Una magdalena? Por favor, dime que es una magdalena.

Solo de pensarlo se le hacía la boca agua.

Sunny negó con la cabeza. Con ojos brillantes, observó cómo Frankie abría la bolsa.

—Espero que sea comestible. Me muero de hambre —exclamó ella según retiraba la tapa del envase de comida china para echar un vistazo al interior.

—¿Qué? —se horrorizó Frankie al ver el contenido. Desplazó el envase a un lado.

—Es una tortuga. Mira qué monada. —Sunny tomó al animalito verde por el caparazón y se lo depositó con suavidad en la palma de la mano. La tortuga se

torció hacia la izquierda. Su cuerpecillo apenas ocupaba un tercio de la mano abierta.

—¿Una tortuga? ¿Me has traído una tortuga?

—Sí. ¿A que es adorable? Mira qué carita. —Sunny acarició el minúsculo caparazón con un dedo, bajo la incrédula mirada de Frankie—. Anoche fui a Chao. ¿Has estado alguna vez en Chao? ¿El mejor pollo agridulce de toda la zona norte? Estaba recogiendo la cena cuando vi de reojo una tortuga pequeña ¡en una jaula! ¡Prácticamente sin agua para nadar! Todo el mundo sabe que las tortugas no pueden vivir en jaulas. No sé en qué estaba pensando Chao. Te lo juro, aquello era como una dictadura tortuguitaria. El caso es que le pregunté a Chao: «¿Cuánto quieres por ella?». Y me dijo que por otros cinco me la podía llevar. Y allí estaba yo, con mi pollo agridulce en una mano y una tortuga en la otra, y pensé. «¿Sabes a quién le encantaría esta tortuga? ¡A Frankston Rose!» —soltó Sunny de un tirón con la cara iluminada por la emoción.

—Pero, Sunny —farfulló Frankie, intentando contener la risa—, no puedes regalarle a alguien una tortuga. ¿Qué quieres que haga con ella?

No puedo cuidar de un animalito —pensó con desesperación—. Si ni siquiera soy capaz de cuidar de mí misma.

—Cuidarlas está tirado. Lo he buscado en google. Es una tortuga del río Murray de cuello corto, así que es semiacuática. He comprado la luz ultravioleta, el calefactor, el filtro y el terrario. Lo he dejado todo en el coche. Ahora bajo y te lo traigo. Esta chiquitina necesita bañarse cada dos horas más o menos. Pero tendremos que comprar más comida y suplementos de calcio. Podemos ir a la tienda de animales de Church Street.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Me parece raro que sepas tanto de tortugas.

—Tan en serio como este bichito que tienes aquí —replicó a la vez que le daba unos toques en el caparazón con el dedo.

—¿Un acuario? ¿Suplementos de calcio? Yo no he pedido una tortuga, Sunny. ¡No me la puedo quedar! —protestó Frankie, en un tono un poco más alto de lo normal.

Sunny no dijo nada y tampoco Frankie. La palabra «tortuga» flotaba en el ambiente mientras Frankie se preguntaba qué narices estaba pasando y quién era aquel hombre. El silencio empezaba a alargarse cuando lo quebró — Gracias a Dios— el timbre de la puerta.

—¿Pizza para Frankie?

Un hombre de corta estatura entró en el recibidor cargado con la gran bolsa de papel que ella sí había pedido.

—¡Gracias!

Frankie se la arrebató mientras Sunny se escabullía a hurtadillas. Desconcertada y repentinamente enfadada —sin motivo—, cerró de un portazo y dejó la pizza, el pan de ajo y la mousse de chocolate en la mesita de café. Luego, después de darse un momento para respirar profundamente, abrió la caja de la pizza de mala manera y tomó un bocado de una porción caliente y gratinada. Cerró los ojos y la saboreó, pero antes de pudiera asestarle otro celestial mordisco llamaron a la puerta. A regañadientes, Frankie se levantó y miró por la mirilla.

Con un gemido, abrió la puerta y observó cómo Sunny metía en su casa toda una colección de parafernalia tortuguística, incluido un gigantesco terrario de cristal con su tapa de malla y su iluminación. Lanzándole una ojeada a la perpleja Frankie, empezó a reunir los objetos en un rincón del salón sin pronunciar palabra.

Frankie suspiró derrotada y volvió a su pizza en el sofá.

Cuatro porciones más tarde, notó la mirada de Sunny posada en ella. Había terminado de montar el terrario y ahora sostenía al animal en la mano, que llevaba un jersey de punto morado por encima del caparazón. A Frankie se le escapó una carcajada.

—Es mono, ¿eh? —sonrió Sunny.

—¿De dónde has sacado eso?

Ahora ella reía con ganas solo de pensar que había una tortuga con una chaqueta de punto en su salón.

—Lo he comprado en la tienda Etsy de Claud. Por eso he pasado hoy por la librería.

—¡Es una tortuga con un jersey de cuello de tortuga! No puede ser verdad. Vale, ven aquí. Tengo que subir esto en Instagram.

—Entonces, ¿nos la podemos quedar?

Sunny avanzó hacia ella subiendo y bajando las cejas con un gesto divertido. Oh, maldito seas, Sunny Day, pensó Frankie, que notó cómo su corazón se agitaba y sus ojos se ponían en blanco, todo al mismo tiempo, ante el uso del «nosotros». Seguía molesta por ese regalo no deseado, pero ¿cómo podía negarse a acoger a un tortuga que llevaba cuello de tortuga?

—Vale, supongo que se puede quedar —accedió Frankie. Echó mano del teléfono y, contenta, tomó una foto al animalillo acurrucado en la mano de Sunny.

Mientras Frankie actualizaba su Instagram, él dejó a la tortuga en el acuario y se sentó junto a la chica.

—Y bien, ¿esto es lo que sueles desayunar a las diez de la mañana? —le preguntó a la vez que miraba el grasiento festín desplegado ante ellos.

—Nada de esto se parece a lo que suelo hacer —sonrió Frankie.



—¿Qué te parece Tor? —sugirió Frankie. Estaba hecha un cuatro en el sofá, mirando a la tortuga nadar en el enorme terrario, que debía de ocupar una cuarta parte de su salón. Sunny estaba sentado a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro.

—No, demasiado obvio. ¿Y Emily? —propuso él.

—¿Emily? ¡Pero si es un chico!

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición materna.

Llevaban diez minutos buscando nombre para el animal sin ponerse de acuerdo.

—Y qué, ¿les regalas una tortuga a todas las mujeres que entran en tu vida?
—coqueteó Frankie.

—Normalmente me conformo con algo más tradicional, como un periquito
—replicó Sunny, casi con demasiada precipitación.

—Bueno... —dijo Frankie tras un ratito de silencio, que había dedicado a intentar no preguntarse qué había querido decir Sunny con eso—. Habrá que darle de comer a este chiquitín. No quiero que me acusen de negligencia.

—¿Quieres que vayamos ahora a la tienda de mascotas? —Sunny se levantó de un salto del sofá.

—¿Por qué no? —Frankie tuvo que vencer un súbito impulso de echarse atrás. *Es demasiado bueno para ser verdad*—. Voy a buscar los zapatos —añadió con cautela, a medida que su grave caso de «voy a hibernar hasta que la calamidad del meme pase al olvido» empezaba a remitir.

Mientras rebuscaba en su armario, estuvo pensando en el hombre que la esperaba en el salón. *Es... peculiar. Distinto. Pero en el buen sentido. Peculiar en el sentido de «eternamente niño». En el sentido de «eres increíblemente guapo, vamos a hacerlo aquí mismo en el salón». No necesariamente alguien con quien planear un futuro, pero... Pero Cat siempre le estaba diciendo que se divirtiese mientras durase. Puede que deba fluir libremente*, decidió al mismo tiempo que se calzaba unas alpargatas con estampado de leopardo y cerraba la puerta del dormitorio al salir.

—¿Qué haces? —preguntó Frankie, nerviosa, cuando vio a Sunny plantado delante de su estantería, hojeando un libro verde. ¡Por favor, que sea cualquier libro menos el que creo que es! Se acercó de puntillas. Sí, el libro llevaba el nombre de Frankie Rose estampado en el lomo. *Genial*.

—¿Es tu libro? ¿El que tu escribiste?

Sunny la miró con expresión maravillada.

—Sí. Por favor, devuélvelo a su sitio.

Frankie intentó arrancarlo de las manos de Sunny, pero él lo aferró con fuerza.

—¿Me lo prestas? —preguntó él.

—No. No te gustaría. No es juvenil.

Frankie asió el libro nuevamente y Sunny retrocedió un paso. El ambiente cambió entre los dos.

—Estaría encantado de abandonar los géneros de la distopía y la ficción adolescente por una escritora como tú —insistió él.

Frankie frunció los labios e inspeccionó su biblioteca, ahora desesperada por encontrar algún volumen con el que distraerlo. La deteriorada portada amarilla de un libro que adoraba captó su atención.

—¡Prueba con este! Es mi favorito de siempre.

Frankie plantó en las manos de Sunny un ejemplar de *Poemas completos de Winnie-the-Pooh*, de A. A. Milne.

Él hojeó el volumen, que ahora cubría el de Frankie.

—Sí, es mi obra literaria favorita. Desde que tenía dos años —confesó Frankie.

—Me lo sé de memoria —dijo Sunny, súbitamente serio—. Dormí con este libro debajo de la almohada hasta los diecisiete.

Vaya.

—De manera que sí. Ya tengo un ejemplar de *mi* libro favorito. Pero gracias. ¿Vamos a la tienda de animales?

Para enorme alivio de Frankie, Sunny devolvió el libro a su estante y le tomó la mano.



—¿Qué es esto, si se puede saber?

Frankie tomó la pequeña silla que colgaba de una repisa.

—Es una trona de chihuahua, para que puedan comer contigo. Mi hermana tiene una —explicó Sunny.

Él y Frankie recorrían los pasillos de la gigantesca tienda de animales Pet Barn, entre juguetes de colores y bolsas de pienso gigantes. Los peces nadaban con elegancia en los acuarios que se apilaban al fondo de la tienda y el tufillo característico de las crías de perro y gato los rodeaba.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó una guapa dependienta. La melena negra se le derramaba con elegancia sobre los hombros y su piel oscura resplandecía. Pasar todo el día rodeada de animales bonitos debía de provocar ese efecto.

—Sí, sí, gracias. Mi esposa Darlene y yo acabamos de comprar una preciosa tortuguita. Nuestra hija Stephanie no paraba de pedir una y por fin hemos accedido. Primero un golden retriever, luego un caballo y ahora una tortuga. Consigue todo lo que quiere. Vaya pieza —concluyó Sunny con una sonrisa empalagosa.

Frankie lo miró sorprendida antes de seguirle la corriente.

—Ay, sí, mi maridito, Derek, y yo no podemos negarle nada a nuestra Stephanie. ¿Por qué no adoptar un animal más? Nuestra mansión es tan grande que cabría toda el arca de Noé —dijo impostando un horrible acento inglés. Sunny estrujó la mano de Frankie, aguantándose la risa.

—Ah, vale. Entonces, ¿qué necesitan para su tortuga? —preguntó la chica, que mascaba chicle mientras hablaba.

—Bueno, pues... necesitamos comida. La comida de tortuga más barata que tenga. ¡Pero también la más exquisita! —exclamó Sunny.

—¡Sí, solo lo mejor para nuestra preciosa tortuguita! —añadió Frankie, que súbitamente había perdido el acento inglés.

La vendedora miró a la pareja de arriba abajo, dio media vuelta y avanzó por el pasillo con andares afectados.

—¿Tiene nombre? —preguntó por encima del hombro.

—*Winnie*. Por *Winnie-The-Pooh* —replicó Sunny sin perder comba. Frankie y él se miraron a los ojos.

—Oh, qué bonito —respondió la chica con voz monótona. Los acompañó a un pasillo situado casi al fondo de la tienda y los dejó allí inspeccionando las bolsas de grillos, cucarachas, larvas y gusanos deshidratados, alimento congelado a base de pescado y preparados comerciales para tortuga.

—*Winnie*. Me gusta —dijo Frankie. Sunny le hizo un guiño y le recogió un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Estamos concha-bados.

Sunny se inclinó hacia Frankie hasta casi rozarle la nariz.

—Qué malo —susurró ella, y dio un paso adelante.

Él torció la cabeza y le acarició la mandíbula con el pulgar, suavemente. Y entonces, allí mismo, junto a los terrarios de las tortugas, Sunny atrajo a Frankie hacia sí para besarla. Lenta, apasionada, genuinamente. Ella le enredó los dedos en el pelo según giraba y giraba presa de un vértigo embriagador.

Al cabo de un par de minutos, Frankie se apartó.

—¿Dónde está *Winnie*? —preguntó sin aliento.

De: Dean Masters

A: Frankie Rose

Asunto: ¿La Chica con la Regla?

Eh, Frank:

Cuánto tiempo. Creo que la última vez que te vi nos lo estábamos montando encima de la lavadora de Becca Rudaizky, después de los finales del instituto.

Se me ha ocurrido escribirte porque acabo de ver tu meme. Qué divertido. Siempre has sido muy graciosa.

Bueno, ¿y qué más te cuentas? Yo sigo tocando con John, Allan y Nutto. Estamos a punto de saltar al estrellato. Nuestro tema Pumpkin Ketchup quedó el número 97 de la lista de los 100 Principales de Triple J.

Me he casado con Rachel Wong. (Resulta que tenías razón, ¡siempre me gustó!) Tenemos dos hijos preciosos y otro más en camino.

En fin, espero que estés bien. Felicidades de nuevo por esa movida de la Chica con la Regla.

Dean

De: Frankie Rose

A: Catherine Cooper

Asunto: FW: RE: ¿La Chica con la Regla?

Tierra, trágame.

Chocolat, de Joanne Harris

Tren a Glen Waverley, procedente del centro

☞ Sunny: ¿Eres religiosa?

☞ Frankie: Nada de nada. ¿Y tú?

☞ Sunny: No. Pero Winnie sí.

☞ Frankie: ¿Cómo lo sabes?

☞ Sunny: Tengo esa capacidad. Así pues, sería apropiado que la bautizáramos. ¿Qué me dices?

☞ Frankie: ¿Un bautismo tortuguil? ¡Qué carey! Me apunto.

☞ Sunny: Genial. Os recojo a ti y a The Pooh a las 8. Bs.

☞ Frankie: Te veo entonces, chiflado. Bs.

—Está todavía más locatis que tú.

Cat miraba la foto de *Winnie* con su chaquetita morada de punto. Ahora era el salvapantallas de Frankie.

—Ya lo sé.

Frankie suspiró. Llevaba un rato marcando los precios de las novedades casi sin enterarse de lo que hacía. Su mente no dejaba de viajar hacia Sunny y *ese beso*. Después de veinte minutos corriendo de acá para allá por la tienda de animales, buscando a *Winnie* con frenesí, la habían encontrado por fin encaramada a un acuario de peces, donde les devolvió la mirada como diciendo: ¿Por qué habéis tardado tanto? Les entró un ataque de risa incontrolable hasta que por fin reanudaron el beso, tan increíble y apasionado que Frankie casi se sintió capaz de volver a enfrentarse al mundo.

—Pero no lo entiendo. ¿Se presentó en tu casa con una tortuga? ¿En la segunda cita? ¿Por las buenas?

—Sí. Es absurdo —respondió Frankie con una sonrisa y un precioso rubor en la tez sin maquillar.

Sí, Sunny era poco práctico, espontáneo y algo temerario. No durarían mucho (eso Frankie ya lo sabía), pero le parecía una persona divertida y emocionante, y hacía que Frankie se sintiera más divertida y emocionante también. Además, nunca había conocido a nadie que besara tan bien como él. Besaba todavía mejor que aquel batería francés con el que se lio cuando trabajaba en Shakespeare and Company. Y eso era mucho decir. El otro era francés, al fin y al cabo.

—Frankie, Frankie, Frankie, Frankie —la llamó Cat una y otra vez.

Sobresaltada, Frankie dio media vuelta para mirar a su amiga, que la observaba irritada.

—Llevo medio minuto pronunciando tu nombre. Deja de imaginar que te lo montas con Sunny. Necesito que me ayudes a marcar estos libros.

Cat tiró a Frankie de la camisa de algodón verde menta.

—Vale, vale, perdona. Cambiemos de tema. ¿Cómo está Claud? —preguntó ella, que se levantó para acudir junto a Cat. Colocó un adhesivo de descuento en la última novela de Jodi Picoult.

—¡No quiero hablar de Claud! Quiero hablar de Sunny. Tan solo pido que me respondas en lugar de cerrar los ojos y prácticamente tener un orgasmo por el mero hecho de imaginar sus labios —le espetó Cat.

—¡Cat! Vale, ¿qué quieres saber? Pregunta.

Frankie volvió a sentarse y cambió la pistola de etiquetar por una bolsa de anacardos fritos con miel que llevaba en el bolso, preparada para someterse al interrogatorio de su amiga.

—No quiero saber nada. Tengo una opinión que expresar.

—¿Y esa opinión es?

—No creo que vaya a funcionar.

Cat le arrebató los anacardos y se llevó tres a la boca con chulería.

—¿Y eso por qué? —rio Frankie.

—Empecemos por repasar los hechos —dijo Cat con la boca llena de anacardos—. Lee a James Dasher. Tú tienes un máster en literatura inglesa. Te ha regalado una tortuga. Tú asfixiaste una vez a un pez de colores. Es increíblemente guapo. Tú...

—¡Cat! —la interrumpió Frankie—. Vaya humor que te gastas hoy. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Cuenta.

Cat vació directamente en su boca los restos que quedaban en la bolsa. Una lluvia de migas le roció las mangas enrolladas de la camisa.

—Es que me siento culpable, ¿sabes? —confesó Cat. Agachó la cabeza y unos cuantos bucles rojizos le taparon la cara.

—¿Por lo de Jin Soo?

Frankie abrió una bolsa de almendras azucaradas.

—¡No pronuncies su nombre aquí dentro!

Echando un vistazo a la tienda vacía, Cat le tapó a Frankie la boca con la mano.

En ese momento se dejó oír el tintineo de la puerta. Frankie y Cat se levantaron de un salto para comprobar quién entraba.

—¡Kama Sutra y sátira política! —gritó Cat cuando vio entrar a Putu acompañada de Seb.

Frankie extrajo los dos billetes de su cartera y se los plantó a Cat en las narices.

—Pero bueno, ¿qué tal, hija de mis entrañas?

Putu, envuelta en una túnica esmeralda y luciendo bisutería verde a juego, se inclinó sobre el mostrador para retirar un mechón suelto de la cara de Frankie.

—Vaya, hola, madre. ¿De dónde venís los dos juntos?

—Ya sabes que a Sebastian y a mí nos gusta quedar una vez al mes para

tomar un chai. Yo lo instruyo sobre el mundo y él, a cambio, me instruye sobre mi única hija, que se niega a compartir conmigo nada de lo que acontece en su vida. —Putu sonrió con dulzura.

—No lo sabía. —Frankie se volvió a mirar a Seb—. ¿No te preocupa lo que pueda pensar la gente? ¿Una mujer de cincuenta y ocho que va a recoger al cole a un chaval de diecisiete para corromper su candorosa mente?

—Por favor, Frankston. Ya estoy corrompido. Putu solo me ayuda a explorar mi identidad. —Seb le hizo un guiño a Putu—. Además, hoy no tengo clase. Mañana es el estreno de *Oliver*, por si lo habías olvidado. Nos han dado un día libre para que «nos preparemos mentalmente». —Miró a Frankie a los ojos—. Vas a venir, ¿no?

—¡Pues claro! Cat y yo estaremos allí sin falta.

—¡Eso espero! El año pasado se os «olvidó» venir a verme interpretar a Bruce Bogtrotter.

—¡No se nos olvidó! —le espetó Cat—. Fue una protesta. ¿En qué cabeza cabe que un chico tan delgadito como tú interprete a Bruce Botrotter? Es un insulto a Roald Dahl.

—Como iba diciendo —prosiguió Seb, haciendo caso omiso del arrebató de Cat—, este año voy a interpretar al señor Sowerberry. —Se volvió a mirar a Putu—. Es el director de la funeraria en *Oliver*. El papel me va que ni pintado. La revista del colegio ya ha calificado mi actuación como «una interpretación inolvidable» —sonrió Seb, sacando pecho.

—Ay, cariño, ojalá pudiera ir. Pero ya sabes que mañana por la noche doy clases de fabricación de abalorios. Ahora bien, estaré allí la noche siguiente. Prometido.

Putu revolvió el cabello rojo fuego de Seb.

—Bueno, ¿y cuál de mis secretos le has contado a mi madre, dechado de locuacidad? —le preguntó Frankie al muchacho.

—Ah, solamente los más importantes, dechado de discreción —fue la

respuesta de Seb. Birló una almendra del paquete recién abierto y se la llevó a la boca.

—Ay, sí, incluido el reptiliano regalo de cierto amigo... —canturreó Putu.

—Pues sí, y yo también te he traído algo. —Con cierta dificultad, Seb extrajo de su mochila un cordón decorado con nudos, de color fucsia—. Es una correa para tortugas. Por lo visto resulta muy útil para sacarlas de paseo.

—¿Una correa? ¿Me has comprado una correa? Si no hace ni un día que tengo la tortuga... Qué detalle.

Frankie se inclinó hacia Seb para pellizcarle la mejilla y se dio media vuelta antes de ver cómo el chico se ponía rojo como un tomate.

—Sí, fui a comprarla con mi novia, Celeste, ayer por la noche.

—¿Tu novia? —exclamó Frankie.

—Eso es, cariño. Te alegrará saber que mi poción amorosa ayudó a Seb a conquistar a la chica de sus sueños —exclamó Putu con orgullo.

—¿Una novia? Lo creeré cuando lo vea —musitó Cat.



Frankie se despojó de su mono con estampado azteca y lo tiró al suelo, al lado de otros ocho conjuntos que se había probado para desechar de inmediato. Observó con atención las curvas de su cuerpo en el espejo, desnudo salvo por el bikini negro que Sunny le había insistido en que llevara puesto. *¿Qué modelito es el apropiado para asistir al bautizo de una tortuga?*, pensó según estudiaba el contenido de su armario por decimoséptima vez con la esperanza de hallar la indumentaria perfecta. *No tardará ni dos minutos.* Suspirando, recogió del suelo un vestido amarillo y se lo enfundó. Se calzó unas sandalias marrones de cuña y completó el conjunto con una chaqueta vaquera justo cuando sonaba el timbre del interfono.

—¡Ya voy! —gritó a nadie en particular al mismo tiempo que echaba mano del bolso y hurgaba en el interior hasta dar con su brillo de labios sabor fresa. Tras aplicárselo a toda prisa, se llevó una pastilla de menta a la boca, trasladó

con sumo cuidado a *Winnie* al interior de su terrario portátil y salió disparada.

—Hola —saludó Frankie al sonriente Sunny, que de nuevo la esperaba recostado en su coche con indolencia, como una estrella de rock. El hombre avanzó hacia ella y se inclinó para plantarle un cálido beso en la mejilla.

—¡Estamos listos para el bautizo! —exclamó Frankie, y le mostró el pequeño terrario.

—¿Estamos? Yo solo te prometí bautizar a *Winnie*. Pero veré qué se puede hacer.

Sunny introdujo la mano en la caja y acarició a la tortuga con unos golpecitos en la cabeza antes de abrirle a Frankie la portezuela del coche.

—Perdona por la corriente. Se me ha estropeado el techo solar.

Señaló el techo entreabierto, que dejaba pasar el aire.

—¿Y bien? ¿A dónde? —quiso saber Frankie.

—Pronto lo averiguarás.

Sunny arrancó el motor.

—Qué misterioso. A ver... Debe de ser un sitio con agua. ¿La playa? ¿Los baños de Santa Kilda? —trató de adivinar Frankie, que sujetaba el terrario de *Winnie* con fuerza, usando las manos de cinturón.

Sunny negó con la cabeza. Una sonrisa empezaba a insinuarse en su rostro.

—¿La piscina pública de Richmond? ¿Ese balneario tan elegante del centro? —preguntó Frankie.

—¿El sitio ese donde te obsequian con un smoothie de plátano al llegar? Ni en broma. Odio los plátanos. Con toda mi alma —declaró Sunny con seriedad.

—¿Los odias? ¿Cómo puedes odiar los plátanos? Es absurdo. Son el ingrediente básico de los smoothies, los pasteles y la ensalada de frutas.

—Son asquerosos —se estremeció.

Frankie observó los nudillos blancos aferrados al volante y la mandíbula tensa.

—Ay, Dios mío. Una vez leí algo acerca de esto. Platanofobia. De verdad te

dan miedo los plátanos. Si ahora mismo te enseñara un plátano, ¿te asustarías?

—Calla, por favor —pidió Sunny.

—Porque, casualmente, llevo uno en el bolso, por si me entra hambre. Está aquí mismo —Frankie empezó a rebuscar—. ¡Has pegado un bote! ¡Te dan miedo los plátanos! ¡Salgo con un hombre que sufre platanofobia! —exclamó Frankie, regodeándose.

—Supongo que sí, Frankston. Y yo salgo con una chica sumamente hermosa. Sunny le tomó la mano y no la soltó.

Inspirando profundamente, Frankie dejó de hablar de plátanos.



Frankie, Sunny y *Winnie* se encontraban delante de una puerta roja, pequeña y anónima, situada en mitad de un callejón sembrado de grafitis.

—¿Qué sitio es este?

—Vamos a averiguarlo.

Sonriente, Sunny abrió la puerta despacio. Frankie, temerosa, remontó tras él los cinco peldaños que llevaban a una segunda puerta. Allí los recibió una hermosa mujer japonesa enfundada en un vestido rojo, largo y vaporoso, y un kimono amarillo a modo de chaqueta.

—Hola y bienvenidos al Onsen Ma. Aquí, en nuestra casa de baños, podrán relajarse, sosegar y experimentar zen. Por favor, descálcense antes de entrar en su baño privado —pidió la mujer con una leve reverencia.

Frankie se arrancó las sandalias y las dejó en una caja. Descalza sobre las cálidas baldosas, aguardó sosteniendo a *Winnie* y mirando a Sunny inquisitivamente.

—Por aquí —dijo la mujer al tiempo que echaba a andar con brío. Sunny tomó a Frankie de la mano y, juntos, siguieron a su anfitriona por un breve pasillo. Entraron en un vestidor encortinado que emanaba un fuerte aroma a incienso. El trino de los pájaros y el suave tañido de las arpas los acompañaba. En un rincón del vestidor había dos taquillas y, junto a estas, una

gran pila con dos enormes botellas de agua.

—Por favor, quítense ropa y dejen sus objetos personales en taquillas — indicó la mujer japonesa con tono firme, mirándolos a los ojos. Frankie y Sunny intercambiaron una mirada nerviosa antes de despojarse de sus prendas de playa y dejarlas en las taquillas. Entretanto, no podían dejar de notar la inflexible mirada de la mujer clavada en ellos. Al ver a Frankie en bikini, Sunny le pegó un repaso no demasiado sutil y sonrió contento.

—¿Qué pasa? —preguntó Frankie.

—Nada. ¿Puedo guardar el móvil en tu bolso? —pidió él.

Frankie dejó a *Winnie* sobre una mesa que había a su lado, guardó el teléfono de Sunny y depositó el bolso en la taquilla junto con su vestido amarillo.

—No permitimos ropa de baño. Por favor, desnúdense —repitió la mujer.

—¿Perdone? —preguntaron los dos al unísono.

La mujer, palpablemente molesta, señaló un cartel de la pared que indicaba: *Rogamos se desnuden y se laven antes de entrar en el onsen*. Se recogió el kimono para que no rozara el suelo y dijo:

—Tortuga no puede entrar en el onsen. Hace demasiado calor.

Dicho eso, se marchó. Sunny y Frankie estaban solos ahora.

—No me voy a desnudar —declaró Frankie, y se cruzó de brazos.

—Pero el cartel... —Sunny le hizo un guiño.

—¿Lo tenías planeado? ¿Arrastrarme a este supuesto onsen para «bautizar a *Winnie* y verme desnuda? —resopló Frankie.

—No, no, no. Te lo prometo, no tenía ni idea. No pienses eso. Mi amigo Matt viene a menudo con su novia y me aseguró que sería un sitio genial para una cita. No mencionó el tema de la ropa. Supongo que me ha gastado una broma —se explicó Sunny, nervioso, al tiempo que se pasaba una mano por el pelo. No llevaba nada encima salvo un bañador rojo. *Ay, por favor, qué cuerpo. Es tan, tan hermoso*, pensó Frankie, antes de volver a la realidad.

—¡Ni siquiera dejan entrar a *Winnie* en el onsen! —alegó con una carcajada.

—Ya lo sé. Mierda, la he fastidiado bien. Entremos *en bañador* y disfrutemos lo que queda de esta cita fallida —propuso Sunny, y echó mano de una toalla que descansaba sobre un banco.

—Eh, espera un momento. Tú me has traído aquí, ¿no? Y el cartel dice que nada de bañadores. Sería más apropiado que al menos uno de nosotros entrara en pelotas.

Frankie esbozó una sonrisa pícaro. Miró a Sunny de arriba abajo, sin saber muy bien de dónde procedía esa seguridad recién adquirida, pero decidida a explotarla.

—¿Yo? Ni hablar. O nos desnudamos los dos o ninguno —replicó Sunny.

—Ni de coña me pienso quitar el bikini, caballero. Yo solo soy un testigo inocente. Eres tú el que ha querido venir a este onsen nudista.

Sunny le acercó tanto la cara que prácticamente la rozó con la nariz.

—¿Esperas que me quede en cueros mientras tú te dejas el bikini puesto?

Frankie asintió con arrogancia.

Él enarcó las cejas y, con un movimiento raudo, se bajó el bañador hasta los tobillos.

Frankie, boquiabierta y prácticamente notando cómo se le hacía la boca agua, observó con descaro las vistas que acababan de revelarse ante ella.

Sunny sonrió con naturalidad.

—Bueno, ¿entramos en el onsen o no? —la desafió. Dejando atrás el bañador, cruzó la cortina.

Frankie recogió a *Winnie*, la depositó con sumo cuidado en su cesta y siguió el trasero de Sunny a través de las cortinas que daban a los cálidos baños.



—Me parece que me estoy cociendo —dijo Sunny. Estaba sumergido en las humeantes aguas del onsen, que muy oportunamente le cubrían hasta el

ombliigo.

—Me cuesta mucho mirarte ahora mismo —confesó Frankie. Sentada junto a él, desviaba la vista de su desnudez.

—Tú lo has querido.

—No sé si ha sido buena idea —se ruborizó ella—. Mira, solo porque te haya pedido que te desnudaras no significa que me vaya a acostar contigo —añadió.

—Solamente me lo has repetido siete veces.

Sonriendo con malicia, Sunny descruzó las piernas para mostrar al mundo lo que tenía.

—¡Por Dios, Sunny! —rio Frankie a la vez que se tapaba los ojos.

—¿Sabías que, si estuviéramos en Japón, no te habrían permitido entrar aquí? —comentó él.

—Sí, sí, ya lo sé. Porque llevo puesto el bañador —replicó Frankie, y salpicó a Sunny.

—No, por esto.

El hombre se le acercó y tocó el minúsculo tatuaje en forma de corazón que Frankie tenía detrás de la oreja. Ella se estremeció.

—¿Por mi tatuaje? Lo odio. Tenía dieciocho años, vivía en París y me las daba de rebelde. Un tópico tras otro. El mayor error de mi vida —explicó en todo desenfadado.

—A mí me gusta. —Sunny se aproximó un poco más—. Apenas si me has hablado de tu pasado. Cuéntame más. ¿Qué hacías en París? —preguntó.

—Trabajaba en una librería, pero por lo demás me aburría como una *huître* —fue la respuesta—. Y dime, ¿qué tiene Japón contra los tatuajes? —preguntó, cambiando de tema a toda prisa.

—Los tatuajes están prohibidos en la mayoría de los onsen con el propósito de impedir que pueda entrar la Yakuza, el sindicato del crimen organizado en Japón —respondió él, sin dejar de acariciar el tatuaje de Frankie.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, que hacía esfuerzos por respirar con normalidad.

—Estudí cultura e historia japonesa diez años.

—¿En serio? —se sorprendió Frankie.

—No, lo he leído en Google unos cinco minutos antes de ir a buscarte, para impresionarte.

—¿Y no has leído la parte relativa al nudismo?

—La habré pasado por alto —sonrió Sunny.

—Es la cita más rara de mi vida.

—Y hablando de eso, ¿cuándo bautizaremos a nuestra tortuga? —preguntó él.

—Después de esto.

Frankie se mordió el labio y luego lo besó.

🐢 Frankie Rose: La tortuga Winnie está bautizada oficialmente. Me siento muy #zen.



—No es posible. ¿Eso ha hecho? —exclamó Sunny, estupefacto. Llevaban una hora sentados en el coche, junto al edificio de apartamentos de Frankie, hablando de todo lo habido y por haber, desde horóscopos hasta salsa de rabanitos picantes.

—Lo que te digo. Mientras estabas en el cuarto de baño, la mujer japonesa se ha acercado y me ha dicho: «Usted es la Chica de la Regla, ¿sí?» —gruñó Frankie. Hacía un rato, Sunny había reconocido haberse tropezado con el infame vídeo la noche que fuera al restaurante Chao. Delante de la noticia, las alternativas de Frankie se habían reducido a dos: negarlo hasta la muerte o adoptar una actitud «me río de mí misma porque tengo una capacidad de la hostia para superar las adversidades».

—Todo el mundo te conoce, literalmente. Salgo con una celebridad.

Frankie sonrió de mala gana.

—Será mejor que me marche —decidió, titubeante. ¿Le pregunto si quiere subir?, preguntó una vocecilla en su cabeza.

—Sí, yo también. Nos vemos, Frankston. Nos vemos, *Winnie* —se despidió Sunny, y las besó a las dos en la cabeza, cerrando así la posibilidad de la invitación. ¿Será que no le apetece?

—Adiós, Sunny —respondió Frankie. Recogiendo el bolso y a la tortuga, se bajó del coche.



Frankie se detuvo en seco al ver la puerta principal entornada. Estaba segura de haberla cerrado al salir.

—¿Hola? —gritó. No recibió respuesta.

Dejó a *Winnie* en la seguridad del terrario portátil y aferró las llaves con

fuerza, de manera que los dientes asomaran entre sus nudillos, al mismo tiempo que repasaba mentalmente las charlas que solía endilgarle su madre sobre cómo reaccionar en caso de amenaza: «aséstales un puñetazo en la cara y arráncales los ojos», venía a ser el mensaje. Inspiró profundamente y entró con tiento, las manos extendidas ante sí.

—¿Hola? —volvió a probar con su tono de voz más profundo e intimidante. Le respondieron unos fuertes sollozos procedentes de su dormitorio. Avanzó despacio hacia el origen del llanto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, ahora en susurros. Los lamentos aumentaron de volumen. Despacio, Frankie empujó la puerta de su habitación y encontró a Cat tendida de bruces sobre la cama, a oscuras—. Por el amor de Dios, Cat. Me has dado un susto de muerte. Te he dicho mil veces que no uses mis llaves de repuesto a menos que se trate de una emergencia —la regañó Frankie según se acercaba para tenderse junto a su amiga.

—Era... una... emergencia —protestó Cat entre sollozos.

Frankie se acostó en la cama.

—¿Qué ha pasado, Cat? Cuéntamelo.

Le propinó unas palmaditas en la espalda y la abrazó por detrás.

—Soy una persona horrible. Me acosté con Jin Soo estando embarazada del bebé de mi marido. ¡Soy peor que Henry Crawford, peor que Wikham, peor que cualquiera de ellos!

Cat sollozaba tan desconsoladamente que a Frankie le costaba entenderla.

—No lo eres. No lo eres. Eres un ser humano maravilloso, alucinante e increíblemente bondadoso que cometió un repugnante error.

Frankie acarició el cabello de su amiga.

—Chocolate —pidió Cat, sorbiéndose.

—¿Qué?

—¡Chocolate, necesito chocolate!

—Sí, sí, claro. Tengo algo en el bolso.

Frankie hurgó en el interior, pero se detuvo cuando palpó el teléfono de Sunny.

—¿Qué pasa? —Cat se acurrucó de lado para averiguar qué había encontrado Frankie—. ¿Es lo que yo creo?

—Cat, no.

—Eso me animará. Pásamelo —exigió, a la vez que se limpiaba la nariz con la manga.

A regañadientes, Frankie le tendió el teléfono a Cat y volvió a acostarse a su lado para poder mirar juntas la pantalla.

—Pero solo porque estás destrozada emocionalmente. De todos modos, seguro que está bloqueado —advirtió Frankie mientras Cat conectaba el móvil, que destelló con intensidad.

Y estaba bloqueado. Pero el salvapantallas de Sunny —el hombre con el que acababa de pasar la noche prácticamente desnuda— era una fotografía en la que aparecía él con un mujer muy hermosa.

Y se estaban besando.

14

Sencillamente, un tipo del montón

Puede que el dicho sea cierto y en realidad haya muchos peces en el mar, pero a juzgar por mi historial romántico, abundan más las sardinas que los Koi.

Hay citas románticas que se asemejan a un intento de leer el *Ulises* de una sentada (las 732 páginas).

Hay otras tan atterradoramente horribles que *El resplandor*, a su lado, parece un viaje a Disneylandia.

Y luego hay citas que recuerdan mucho a *Cincuenta sombras de Grey* y muy poco a *La princesa prometida*.

Y por último están los ligues que te provocan la misma reacción que *Historia de dos ciudades*. Sabes que deberías caer rendida a sus pies, pero les falta «chispa».

Tom es uno de esos. Un abogado alto, guapo en el sentido convencional y culto. Tiene todo lo que tu madre soñó y que tu ex despreciaría.

Te cede el paso delante de las puertas. Se levanta cuando te dispones a abandonar la mesa. Formula preguntas interesantes, del tipo: «¿cuál es el primer libro que recuerdas haber leído?» y escucha tus respuestas con atención. Cree que *funemployed* (estar en el paro pero contento) significa que te encanta tu empleo. Se ríe de tus chistes y hace un juego de palabras decente de vez en cuando. Y ha leído todas y cada una de las novelas de Oscar Wilde.

Tras descubrir mi ejemplar de *Fuera de quicio* (encontró los detalles de mi propuesta cuando estaba hojeando el libro de camino a objetos perdidos #san #estechicoesreal?), sintió tentaciones de leerlo para conocer mejor a la «fantástica chica» que había escrito la nota.

—¿Y por qué FDQ?

(De ahora en adelante usaré el acrónimo por abreviar, porque ¿quién tiene tiempo para eso?)

Ya habíamos pedido el vino y estábamos entrando en materia.

—Ocupa un lugar especial en mi corazón. Me sacó de un bajón lector en 2013.

—No me sorprende. Animales, amor familiar, personajes ingeniosos, Karen Joy Fowler. ¿Qué más se puede pedir?.

—¿Te gusta Karen Joy Fowler?

—¿Lo preguntas en serio? *El club de lectura Jane Austen* es mi vida.

La conversación fluyó con facilidad durante dos horas más después de ese comienzo. Hablamos de todo y de nada, desde Sarah Canary hasta *Sister Noon* o si Emily Blunt daba bien como Prudie en la adaptación cinematográfica. Me sentía de maravilla charlando con alguien que disfrutaba con la literatura tanto como yo. Cuyos ojos se iluminaban a la mención de Jane Austen, que reía al oír el nombre de Gavroche e identificaba de inmediato de dónde procedía la idea de que no entiendes realmente a una persona hasta que no contemplas las cosas desde su punto de vista. No puedo explicarlo, salvo que me sentí como si fuera una turista en otro país y súbitamente hubiera encontrado a alguien que hablaba mi idioma.

Cuando la velada llegó a su fin, salimos del restaurante y rematamos la tertulia con recomendaciones mutuas. Yo le sugerí *1984* de Orwell (¿quién no ha leído *1984*?) y él me recomendó encarecidamente *Tan poca vida*, de Hanya Yanagihara (que ya estaba en mi lista de libros pendientes). Y entonces llegamos al momento crucial de toda primera cita: besar o no besar. A todas luces Tom se había decidido por la primera opción, pues tan pronto como me despedí, se abalanzó sobre mí. Literalmente. Y pegó sus labios a los míos. Yo deseaba con toda mi alma que fuera uno de esos besos «te vas a derretir de gusto» al estilo de Rhett Butler y Escarlata O’Hara, de verdad que sí. Por desgracia, mi vida amorosa no es una novela romántica, más bien una sátira absurda. De ahí que mi besuqueo con Tom, el bueno de Tom, fuera absoluta e increíblemente normalillo. Justo lo que le pides al primer beso.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O’ xx

Deja un comentario (23)

No te ofendas, pero... > Rhett Butler sí que tenía talento para besar con frecuencia y hacerlo bien!!!

Stephen Prince> @Noteofendaspero... Es el primer comentario remotamente sugerente que aportas a este blog.

No te ofendas, pero... > @StephenPrince Eres un hombre horrible.

Stephen Prince> @Noteofendaspero... Es muy posible. Pero beso de maravilla... y a menudo.

Miranda Brissa > ¡Así se habla, hermana! ¡Todavía estoy esperando salir con alguien que me provoque un tembleque a lo Jamie Fraser!

El gato Garabato > Yo te pegaré un buen morreo, tía buena;)

Cindy-Emma > ¿Y qué me decís de cuando acabas con ganas de enviar a un ligue a tomar por Agatha Christie?

Pequeñas mentiras, de Liane Moriarty

Tren a Morang sur, procedente del centro

—¡Sí, es una tortuga! —le espetó Frankie con naturalidad a la encargada de la taquilla cuando recogió las entradas—. Padece una ansiedad por separación extrema —susurró, arrojando a una silenciosa *Winnie* con el brazo.

—No te preocupes —apostilló Cat—. La lleva con correa.

Columpió el cordón rosa fucsia en el aire.

Cat y Frankie se encaminaron al concurrido vestíbulo del Instituto Yarrawood. Recién salidas de una clase de baile con música de Beyoncé (que consistió en cuarenta y cinco minutos de aguantar a Cat gritando a voz en cuello: «¿dónde está mi máquina de viento, si se puede saber?»), llegaron justo a tiempo para ver cómo Seb interpretaba al señor Sowerberry. Yarrawood era una rareza. Escondido en una meca de la modernidad de las afueras, defendía a ultranza los valores más tradicionales. Nadie albergaba la menor duda de que la función iba a respetar al dedillo el espíritu de la obra original. Prepárate, *Oliver Twist* de 1948, pensó Frankie, están a punto de modernizarte para convertirte en algo todavía más insulso si cabe.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —Cat le propinó un codazo a Frankie.

—Practicar para la maternidad. —Frankie y Cat se abrieron paso como pudieron entre las sillas de plástico y se acomodaron entre una familia de cuatro miembros enganchados a sus respectivos dispositivos y una pareja de entregados abuelos—. Ah, y también impedirme que haga alguna tontería con el teléfono de Sunny.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Veintidós horas y cincuenta y tres minutos. Y conste que no lo he estado cronometrando —musitó Frankie mientras hojeaba un programa grapado a mano.

—Yo propongo que lo abandones como Fermina abandonó a Florentino.

¿Qué tarado no mira su teléfono cada cinco coma veintitrés minutos, como mínimo? Y si eso no pregona sociopatía a los cuatro vientos, no sé qué lo hará.

—Puede que le haya dado fuerte por el mindfulness.

—Cuéntale eso al artículo de BuzzFeed sobre «los cinco mayores fiascos de Eurovisión» que seguramente nunca leerá.

—De todas formas, ahora mismo no quiero saber nada de él. O sea, hay muchas posibilidades de que yo sea la... —Frankie bajó la voz para susurrar —. *La otra*.

—No sé por qué no te esfuerzas más en piratear su contraseña. ¡Como si fuera el primer hombre al que espías en tu vida! Eres una pardilla total, Rose.

—Seguro que no me llama porque sabe que lo he visto morreándose con otra en el teléfono.

Sabía que no podía estar realmente interesado en alguien como yo. Frankie se propinó una colleja mental por haberse atrevido a pensar lo contrario.

—¡Bueno, pues ahora está atrapado en su repugnante red de mentiras! — exclamó Cat en voz demasiado alta para el relativamente silencioso auditorio, atestado de niños.

Frankie le propinó un codazo a Cat y susurró:

—Hay que ser idiota para olvidarse el teléfono en mi bolso. Y hay que ser idiota para confiar en él. Seguro que lo hizo adrede para que viera la foto. Para informarme de que soy la segunda sin tener que confesarlo. Qué cobarde.

—Qué sabandija.

—Qué cretino.

—Qué Nick Dunne.

—Qué Hester Prynne.

—Qué Moby Dick.



Las luces del auditorio empezaron a atenuarse. Se multiplicaron los siseos

mientras la gente cambiaba los teléfonos a modo silencio. La orquesta arrancó y, al momento, un coro de huérfanos desharrapados salió a escena. Golpeando cacerolas con cucharas de metal, los alumnos cantaron a voz en cuello (la mayoría sin desafinar) «Glorioso es comer». Frankie notó cómo los hombros de Cat subían y bajaban un instante antes de que se inclinara hacia ella para susurrarle al oído:

—Tú y Ron Weasley me debéis una. De las gordas.

Veinticinco interminables minutos más tarde, Seb, envuelto en una gruesa capa negra, apareció en escena. Frankie despertó a Cat y lo vitoreó.

—Los precios señalados por el hospicio son excesivamente bajos, señor —dijo Seb, en un horrible remedo del acento Cockney.

—También lo son sus ataúdes —replicó un muchacho minúsculo, vestido de señor Bumble, con un marcado dejo indio.

—Es que no me cuadra —susurró Cat—. Primero se te tira encima en el tren. Luego te lleva a un bar de inspiración literaria porque sabe que te encanta leer. A continuación te regala una tortuga. O sea, no es un anillo de diamantes, ¡pero mírala! —Cat bajó la vista hacia *Winnie*—. Es preciosa. Y patética. —Ambas se concedieron un instante para contemplar con amor el inmóvil caparazón—. Ahhhh... Y eso por no mencionar la romántica picardía japonesa.

—Pero ¿de verdad fue romántica? Me llevó a uno de los pocos sitios de Melbourne en los que el nudismo es obligatorio.

Frankie acarició a *Winnie*, que estaba acurrucada en el interior de su concha.

—Bueno, en ese caso se presentará en plan: «Por favor, señor, ¿podría tomar un poco más?». —Cat, haciendo caso omiso de los irritados llamados a callar disfrazados de toses, siguió presionando—. Dame su móvil. Tengo que volver a mirar esa foto.

Frankie hundió la mano en el bolso y extrajo el teléfono de su ligue. Cuando

Cat prendió la pantalla para examinarla, apareció Sunny, resplandeciente en la oscuridad de la sala, pegado a una mujer preciosa. El golpe fue tan duro como la primera vez. El lenguaje corporal, la pasión que reflejaba su rostro: aquel no era un beso cualquiera.

Cat negó con la cabeza.

—Bueno, salta a la vista que no es su hermana.

En ese momento el teléfono empezó a vibrar. Las dos amigas brincaron en los asientos.

—¿Quién es? —cuchicheó Frankie, alargando la mano hacia el dispositivo. Cat, demasiado rápida para su amiga, lo puso fuera de su alcance—. No contestes, Catherine.

Antes de que El Pillastre pudiera *robar un bolsillito o dos*, Cat susurró:

—Hola, aquí Catherine Cooper, ¿en qué puedo ayudarle?

Varias cabezas se volvieron molestas.

—Perdón. —Cat cubrió el móvil con la mano—. Tengo que contestar.

Se levantó y se abrió paso por la izquierda, repartiendo pisotones a su paso y estampando bolso y barriga contra varios cogotes. Frankie se encogió de hombros a guisa de disculpa con los espectadores que tenía alrededor. *Esto no puede acabar bien*. Cruzó y descruzó las piernas varias veces, sujetando a *Winnie* con firmeza, según trataba de prestar atención a la obra.

Cinco interminables minutos y un atronador «De acuerdo» más tarde, Cat regresó por fin. Pasó a trompicones entre los asientos y se acomodó junto a Frankie como si nada, sin pronunciar palabra. Frankie le propinó un codazo impaciente.

Sin despegar los ojos del escenario, su amiga respondió:

—Hemos quedado con él cuando termine la función.

—¿Con quién? —Cat intentaba adoptar un tono quedo, si bien sus niveles de ansiedad aumentaban por momentos.

—Con el adúltero.

—¿Con Sunny? ¿Cuando termine la función? ¡Mírame! ¡Estoy hecha un asco!

Frankie se palpó la cara. Aun en la oscuridad del teatro notaba la transpiración seca en su piel. ¿Cómo se las arregla Beyoncé para *estar siempre fresca como una lechuga*?

—No te preocupes —dijo Cat—. Lo tengo todo controlado.

—Por el amor de Dios —exclamó un hombre, sentado dos filas más adelante—. ¡Esto es una producción infantil!



Hora y media más tarde, las dos estaban plantadas entre el despliegue de champús y cepillos de dientes de una farmacia cercana. Frankie protestaba a viva voz contra el desafortunado plan mientras Cat asaltaba los estantes. Ya había rociado a su amiga con desodorante, tras introducirle las manos por debajo del top sin miramientos, y le había aplicado tres tonos distintos de brillo labial.

—¡Ja! ¡Ya lo tengo! —anunció mostrándole a Frankie un tubo pequeño y blanco.

—¡Crema para las hemorroides! Debes de estar de broma.

Frankie se apartó asustada.

—Si Sandra Bullock lo usa, Frankie Rose también puede usarlo. — Desenroscó el tapón y acercó el tubo a la cara de Frankie—. Enséñame esas ojeras que tienes, Frankston.

Cat dejó la tarjeta de crédito sobre el mostrador y Frankie abrió una bolsa de gominolas.

—Y bien, ¿cuál es el plan, Cat?

—Vale, pues resulta que está aquí cerca por un asunto de trabajo. Así pues, la buena noticia es que quizás tenga ingresos fijos, al fin y al cabo. —Cat le hizo un guiño a su amiga.

—Ahora no me vengas con esas.

Cat desdeñó la respuesta con un gesto de la mano.

—He quedado con él en la puerta del Hotel Nacional.

—¿Solo para intercambiar el teléfono? ¿Nada más?

—Nada más.

Cat recogió la bolsa de papel con las compras —aceite de coco, crema para las hemorroides y Colgate— y arrastró a su amiga al exterior. Hacía una noche cálida, pero Frankie tenía escalofríos.

—¿Y qué le digo? ¿Quién es la fresca esa? ¿O te parece demasiado directo?

—Creo que yo optaría por algo más ambiguo, como: «¡Elígeme, escógeme, ámame!».

—Vale, *Anatomía de Grey*, acabemos de una vez con esto.



Aparcaron junto al pub, a la vuelta de la esquina. Cat le tendió a Frankie el móvil de Sunny y la aferró por los hombros con fuerza:

—Recuerda, claro y conciso: «Aquí tienes tu teléfono». Nada más.

—Tu móvil. Aquí lo tienes —repitió Frankie.

—Y luego te largas pitando.

—¿Y tú me estarás esperando aquí?

—Yo te estaré esperando aquí.

Frankie cerró la portezuela del coche y, despacio, se encaminó hacia el final de la calle, flanqueada de casas pareadas de estilo vintage. Al llegar al cruce, se volvió a mirar a Cat, que le hizo un gesto de ánimo con los pulgares y articuló con los labios: «¡A por ellos, tigre!». Se alisó el top de algodón blanco, irguió los hombros y echó a andar hacia el pub. Lo avistó al momento, parado de espaldas a ella. Llevaba una camisa de color berenjena y pantalón de traje. *Maldición*, pensó ella, casi sin darse cuenta. *De espaldas está todavía más guapo*. Aparentando confianza en sí misma y cierta indiferencia, avanzó hacia él con zancadas largas, exageradas. Cuando llegó a la altura de Sunny, llamó su atención con unos toques impertinentes en la espalda.

—Eh, hola, Frankie. —Sunny dio media vuelta y la abrazó. ¿No me saluda

con un beso? ¡Hola, *relación de amigos!*

—Sunny.

—Eres un cielo por traerme el móvil. Pero, si te soy sincero, me han entrado ganas de no recogerlo. No sabes hasta qué punto resulta liberador estar ilocalizable.

Frankie retrocedió un paso y, con el brazo tendido, le plantó delante el teléfono.

—Toma. Te lo devuelvo —le espetó con voz monótona, y se dispuso a dar media vuelta para marcharse.

—Gracias, Frank. ¿Y qué? ¿Cómo va todo?

—Mi amiga me está esperando.

—Entonces, ¿no me vas a contar qué has hecho estos días? Por Dios, qué lacónica. —Soltó una risa nerviosa. Frunció el ceño y luego despegó los labios como para decir algo, pero decidió no hacerlo.

—Tengo que irme de verdad. Me parece que acabo de oír cómo Cat rompía aguas.

Con un apretón de manos por toda despedida, Frankie dio media vuelta y huyó como alma que lleva el diablo.



Frankie encontró a Cat esperando de brazos cruzados en el interior de su Mini Cooper, en la misma esquina donde la había dejado.

—¡Rápido! ¡Sube! —le gritó Cat a través de la ventanilla abierta. En cuanto Frankie se desplomó en el asiento, Cat pisó el acelerador a fondo.

—¿Qué pasa? Ah, Dios mío, no me digas que de verdad has roto aguas.

—¿Qué? No digas tonterías. ¡Es ella!

—¿Quién es ella?

—¡Ella!

—¿Ella? ¿Ella?

—¡Sí, *ella!* ¡La mujer del móvil de Sunny! Ha llegado andando por el otro

lado en cuanto has dado media vuelta. —Torció a la izquierda y ambas salieron disparadas en sentido contrario—. Bonito pelo, por cierto.

Frankie ignoró el comentario.

—¿Y estás segura de que era ella? Está muy oscuro.

—Bueno, tenía la misma constitución, idéntico color de pelo. Y...

—¿Y?

—Lo presiento, Frankie. —Cat se inclinó hacia su amiga—. Lo noto en las entrañas.

—Por Dios, Cat. ¡Eso no demuestra nada!

—No discutas con mis entrañas, Frankie. Que yo sepa, las tuyas no albergan a un ser vivo. —Aparcó en la calle siguiente y se volvió a mirar a Frankie—. ¡Vamos!

—Cat, no. No vamos a volver al pub. Apesto a crema para las hemorroides.

—¿Piensas de verdad que voy a permitir que esa diosa, la misma que se pasea por ahí con tu novio, vea ni que sea de lejos tus ojos hinchados? Por favor, que no nací ayer.

Cat se desabrochó el cinturón y salió del coche a trompicones.

Con un suspiro, Frankie bajó detrás de su amiga. Se concedió un momento para comprobar, a través del parabrisas trasero, que *Winnie* estuviera sana y salva en su improvisado transportín acolchado, así que no vio cómo Cat extraía de su bolso dos pasamontañas negros, de punto. Se caló uno sobre la indomable mata de cabello al modo de un gorro y le lanzó el segundo a Frankie.

—Sígueme.

—¿Qué? ¿Pasamontañas? Cat, da miedo descubrir hasta qué punto has venido preparada.

—¡Los tejió Claud!

Avanzaron a hurtadillas, con los ásperos pasamontañas a la altura de las acaloradas frentes, hasta llegar a un angosto callejón de adoquines. Cat aferró

a Frankie por el cuello y la empujó contra la pared.

—Cat, en serio, deja de montar el número. —Se frotó el cuello.

—Tú límitate a hacer lo mismo que yo. —Se caló el pasamontañas hasta el cuello. Frankie puso los ojos en blanco y, a regañadientes, imitó a Cat. Pasaron junto a un pequeño garaje y rodearon unos cubos de basura que apestaban a sobras y a cerveza rancia. Cat se volvía de vez en cuando para indicarle a su amiga que avanzara o para llevarse un dedo a los labios y Frankie la seguía, avergonzada. Por fin encontraron un hueco en la valla por el que pudieron pasar. Se acuclillaron entre unos arbustos, ahora con los pasamontañas a la altura de la frente para que no les restaran ángulo de visión.

—Mira. —Cat señaló una mesita del interior del bar.

Frankie forzó la vista entre las hojas. La terraza estaba ocupada por unos cuantos grupos que charlaban y gente que pululaba entre las mesas. Escudriñó con furia entre minifaldas y barbas cuidadas hasta que localizó a Sunny. Lo vio sentado en una escalera de mano, de cara a Frankie y a Cat, así como a la mujer de pelo castaño, seguramente deslumbrante, que charlaba con él.

—¿Cómo lo has...? —Frankie aferró la mano de Cat.

—Mis entrañas. —Cat se señaló la entrepierna con orgullo.

—Vale, Miss Marple, ¿y ahora qué?

Esperaron. Y esperaron. Sunny y la Salvapantallas pidieron una ronda de bebidas y se sentaron a charlar. Durante una eternidad. Sunny miraba a su acompañante con una gravedad que sorprendió a Frankie. La mujer, con las piernas cruzadas, parecía llevar el peso de la conversación.

—Estamos perdiendo el tiempo, Cat. ¿Por qué me has traído aquí?

—Ten paciencia. Además, tampoco es que tengas nada mejor que hacer.

Los minutos se arrastraban. Acurrucadas, las dos chicas guardaban silencio, apoyando el peso en una pierna y luego en la otra. Sunny se animó y empezó a gesticular con entusiasmo. Y entonces, súbitamente, su mano apareció en la cintura de la mujer. Una intimidad informal que le provocó a Frankie un

estremecimiento de furia en la barriga. Allí estaba, camuflada entre ramas y chapas de cerveza observando cómo Sunny, un hombre al que apenas conocía pero al que por lo visto no podía ignorar, rodeaba la cintura de otra con la mano. La misma mano que había posado en su espalda mientras se besaban entre maderos decorativos para acuarios y luces infrarrojas. Su palma, cálida, envolvente, ahora rozaba a esa mujer que andaba por el salvapantallas de Sunny como Pedro por su casa. Y mientras él ladeaba la cabeza en el bar, las preguntas se agolpaban en la mente de Frankie. *¿Quién es esa mujer? ¿En qué estás pensando ahora mismo, Sunny? ¿Y por qué diantre me importa tanto? ¡Si no hace ni un mes que lo conozco!*

—Vale, mi recapitulación final es —anunció Cat con voz queda, retorciéndose sobre la punta de los pies— que esto no tiene buena pinta.

—¡No me digas, Sherlock! —Frankie se apartó de la valla y se levantó. Sacudió las piernas para desentumecerlas y se frotó los brazos—. Ya he visto bastante.

Cat, ahora detrás de Frankie, la siguió hasta el coche.

—Anímate —dijo Cat, que rodeó a Frankie con un abrazo protector—. ¡Ese tío no vale la pena! ¿No has quedado mañana con otro chico del tren?

Frankie no respondió. Ahora mismo no podía pensar en la decepción que, casi con total seguridad, le deparaba la siguiente cita.

—Llévame a casa, Cat.

—Al menos aún tienes a la tortuga.

El niño que gritó: «¡que viene el lobo!», y luego volvió a gritar

¿Conocéis el dicho que afirma que los chicos no lloran? Bueno, pues es un cuento como la copa de un pino. Los chicos lloran. Uf, ya lo creo que lloran.

Pero será mejor que empiece por el principio.

Hace tres días recibí un correo electrónico de un hombre llamado Michael. Había encontrado mi ejemplar de *Nunca me abandones*, de Kazuo Ishiguro, en la estación de Burnley. Me dijo que le había encantado y que le gustaría comentarlo conmigo delante de una copa de vino. Después de confirmar que se trataba de un hombre (como ya sabéis, nunca está de más) me encogí de hombros y accedí. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder. Ah, sí, eso me recuerda otra cosa. He terminado oficialmente con Edward Cullen, mi gran amor desde hacía un mes. Veréis, parece ser que no solo le pirraba la literatura juvenil, sino que también le pirraban otras mujeres mientras salía conmigo.

En fin, que accedí a reunirme con Michael en el Jungle Boy de Windsor. Lo que me lleva a mi velada de anoche.

Cuando entré en el local, tristemente iluminado, con cinco elegantes minutos de retraso, vi a un hombre muy guapo sentado a una mesa para dos. Mi manoseado ejemplar de *Nunca me abandones* descansaba a su lado.

—¿Michael? —sonreí al moreno de ojos castaños enfundado en un jersey de lana marrón con coderas.

—¡Frankie! Eres tan guapa como imaginaba a Ruth —respondió mientras yo me sentaba.

Un cumplido de temática literaria... La cosa prometía.

Charlamos de todo y de todos, desde Virginia Woolf hasta Donald Trump, y compartíamos puntos de vista sobre ambos (épica y horrible, como si hiciera falta preguntar). Así pues, la cosa iba bien; de maravilla, diría.

Hasta que pedí un Martini expreso.

—¿Qué acabas de pedir? —me preguntó, estupefacto.

—Un Martini expreso...

—Ah.

Michael se quedó destrozado, como si acabara de pedir la sangre de veinte niños inocentes.

—¿Qué pasa? —pregunté, mosqueada.

—Es que... mi ex, Diana, siempre pedía eso mismo. Llevamos dos años separados —me reveló con tristeza.

Y entonces la cosa empezó a declinar. A pasos agigantados.

Reticente a hablar de su ex (el gran paso en falso de cualquier cita romántica), traté de desviar la conversación a otro tema, a cualquiera, me daba igual. Pero dijera lo que dijese, siempre íbamos a parar al mismo sitio.

—¿Tienes alguna mascota?

—No, a Diana no le gustaban los animales.

—Es horrible lo que está pasando en Siria.

—A Diana no le gustaba hablar de política.

—Está haciendo un tiempo increíble. ¿Has visto qué sol?

—A Diana le encantaba el buen tiempo.

Finalmente, acabamos hablando de Diana. (Que, por cierto, debe de ser un horror. Odia los animales y se niega a comentar la actualidad. ¿Está mal de la cabeza o qué?) Charlamos un poco más de los otros libros de Ishiguro (ambos los habíamos leído casi todos) y la cita, gracias a Dios, fue llegando a su fin. (Traté de no expresar excesiva alegría ante la idea de separarnos.) Eché mano del teléfono para mirar el horario de los trenes y, de golpe y porrazo, oí un sollozo contenido. Alcé la vista hacia Michael, que ahora tenía los ojos enrojecidos. *Oh, no, pensé. No está, ¿verdad?* Pues sí. Se le saltaban las lágrimas. De verdad, se le saltaban. Sí, estaba. Estaba a punto de romper en llanto.

—¿Qué pasa? —pregunté, insegura.

—Tú teléfono. Es el mismo que el de Diana —se sorbió. Tengo un iPhone.

Tenía que desactivar la situación antes de que estallara. De modo que hice

lo que suelo hacer cuando no quiero que la coca cola, en plena efervescencia, escape de la botella: taparla con la mano. Incómoda, posé la mano en su hombro. ¿Cómo iba a saber yo que ese gesto sería el punto de inflexión?

Michael berreó. Y cuando digo que berreó, hablo en serio. En un bar lleno de gente animada, ese hombre de treinta cinco años lloró a moco tendido por su exesposa, que lo había abandonado dos años atrás y a la que ni siquiera le gustan los perros.

En fin, lo que hice a continuación debió de ser el gesto más caballeroso que tendré en mi vida. Mientras toda la clientela nos miraba con descaro, a mí y al hombre que lloraba enfrente, me levanté, me acerqué a su lado de la mesa y le abracé. Un abrazo en toda regla. Y él aulló, sollozó y moqueó durante veinte penosos minutos sobre mi top de seda favorito.

Cuando por fin recuperó la compostura, se deshizo en disculpas. Y, como es natural, yo le dije que no se preocupara. Al fin y al cabo, sé muy bien cómo te sientes cuando te destrozan la vida. Y no pensaba tenérselo en cuenta, de verdad que no. Hasta que alzó la vista hacia mí, esa piltrafa de hombre que acababa de llorarme encima como si yo fuera una almohada, y dijo:

—Eh, ¿te vienes a mi casa?

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

Deja un comentario (379)

El gato Garabato > ¡Buahhhhh! Estoy llorando (de risa) casi tanto como Michael.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Me sorprende que todavía no hayas dejado algún comentario absurdo del tipo «esto apesta a sexismo».

No te ofendas pero... > @StephenPrince... ¿qué pasa? ¿Me echas de menos?

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Echo de menos tus estúpidos comentarios, sí.

No te ofendas pero... > @StephenPrince... Eres un idiota. Por cierto, Escarlata O', estuve en el Jungle Boy la otra noche, puede que al mismo tiempo que tú.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... ¿Vas por el Jungle Boy? Me encanta ese local. A lo mejor podemos ir juntos algún día;)

No te ofendas pero... > @StephenPrince... Como no sea en tus sueños...

Jumping Josh > Me encantó *Nunca me abandones*.

Lici Lou > ¡Hablando de no abandonar! Me estoy riendo a carcajadas, literalmente. Gracias por ser tan auténtica.

El gran Gatsby, de F. Scott Fitzgerald

Tranvía 86 a Bundoora RMIT por Smith Street

El tranvía llevaba pocos pasajeros, diseminados por todo el vagón, cada cual defendiendo con firmeza su espacio personal. Frankie y Cat viajaban en la segunda fila empezando por el final, con los ojos clavados en el asiento que ahora albergaba un ejemplar de *El gran Gatsby* sustraído clandestinamente de la cubeta de rebajas en La Pequeña Librería de Brunswick Street.

«¡Es un verdadero crimen que un clásico como ese haya acabado ahí!», le había dicho Cat a Claud según lo birlaba al salir. La mente de Frankie volaba una y otra vez a su blog y al impulso que había tomado en las pocas semanas que llevaba escribiéndolo. No paraba de recibir mensajes, auténticos masajes para su ego, que aplaudían su sentido del humor y su descaro, además de prodigarse en elogios a su estilo. Empezaba a concebir esperanzas de que tal vez, solo tal vez, no tuviera que descartar todavía la idea de escribir otro libro, todavía no. *Puede que este sea mi gran año*, pensó. *Si consigo continuar con el blog*.

—¿Y por qué no te podía acompañar Claud? No sé nada sobre clases prenatales, pero imagino que algo tendrá que aprender.

—Ah, a Claud no le apetecía asistir a clases semanales antes de lo acostumbrado. Además, estar rodeado de mujeres jadeando a cuatro patas no es su rollo, que digamos.

—Me sorprende, pensaba que era exactamente su rollo —replicó Frankie, y Cat le respondió con un codazo fuerte pero cariñoso en las costillas.

—¿Alguna noticia de Edward Cullen? —preguntó Cat sin apartar la mirada del libro solitario.

—No.

—¿Sigues decidida a hacerle el vacío?

—¿Y tú qué crees? —Frankie desvió un momento la atención del ejemplar

—. Es evidente que ya está comprometido. Y yo me niego a jugar a eso.

—Tú tampoco eres quién para hablar, Bridget Jones. Sigues en el terreno de juego.

—No es lo mismo —se defendió Frankie—. Uno: mis citas no son más que una especie de experimento social que me dan una excusa para escribir. Dos: ¿tengo que recordarte que fuiste tú la que me convenció de que me metiera en esto de buen comienzo? Y tres: ¡ninguno de mis ligues ha alcanzado la categoría de salvapantallas!

—Lo que tú digas, Ana Karenina.

El tranvía se detuvo con una sacudida. Un padre y su hijo de corta edad se apearon y al momento fueron remplazados por un chico desgarbado que andaría por los veintitantos. Llevaba chinos de color beis con camiseta azul marino y sujetaba con una mano un móvil y un libro, el uno encima del otro. Ahogando una exclamación, Frankie y Cat se aferraron las manos con fuerza. Se echaron hacia delante a la vez para leer el título. *El arte de conducir bajo la lluvia*.

—Es él —se atragantó Cat.

—Venga, ratón de biblioteca amante de los perros, recoge ese libro —lo animó Frankie a distancia.

El hombre pasó la tarjeta de transporte por el lector, echó un receloso vistazo a las dos mujeres que lo miraban con atención y se sentó dos filas por delante del ejemplar. Suspiraron. Era demasiado bueno para ser verdad. Meciéndose al ritmo del tranvía, Frankie y Cat reanudaron su viaje con la mirada clavada en el volumen.

—¿Y qué me dices del Señor de los Mocos? ¿Has sabido algo de él o de su terapeuta?

—Sí, me ha enviado un rollazo de disculpa hace una hora. Por lo visto, llorar a moco tendido por su ex en la primera cita no hace honor a su «verdadera personalidad» —citó Frankie, dibujando las comillas en el aire.

—Procura desengañarlo con suavidad. No parece que pueda soportar más rechazos.

—Ni yo tampoco, Cat. Ni yo tampoco. ¿No te parece de locos que estuviera a punto de darle otra oportunidad? De no haber sido por su grosera propuesta final, claro. ¿Tan desesperada estoy?

—Sí —respondió Cat sin vacilar.

El tranvía redujo la marcha hasta detenerse en una zona de tiendas y cafeterías. Frankie se levantó del asiento y ayudó a su amiga a hacer lo propio. Cuando pasaron junto al chico mono que leía muy concentrado, Cat le propinó un toque con el pie, le lanzó una mirada elocuente y señaló con la cabeza la creativa tarjeta de visita. El chico miró hacia atrás con expresión dubitativa mientras ellas descendían al agradable calorcillo del día y echaban a andar.

Google Maps las guio a un edificio de ladrillo rojo con ínfulas victorianas. Al doblar la esquina llegaron a la entrada de un local cuyo cartel anunciaba: *Mamá mola*. Al otro lado de la puerta las recibió una escalera muy larga y estrecha.

—¿Es broma o qué? —exclamó Cat, llevándose las manos a su expansiva panza—. ¿Qué zorra escuálida ha diseñado esto?

Subieron las escaleras con dificultad, entre fotos de mujeres abrazadas a sus prominentes barrigas y recién nacidos arrugados y berreantes. Frankie experimentó un anhelo en las entrañas cuya existencia ignoraba y que la pilló por sorpresa, igual que el giro inesperado de una novela. *Por otro lado*, pensó mientras seguía a Cat en su parsimonioso ascenso, *todo el mundo me dice que siente la cabeza, encuentre pareja y forme una familia. ¿Por qué no me lo iba a decir mi cuerpo?*

Una mujer embarazada de muchos meses y su pareja las adelantaron por el largo pasillo. Frankie y Cat se apretujaron mientras seguían en silencio las flechas que indicaban el camino al aula. Frankie se preparó mentalmente para la hora siguiente. Justo antes de entrar en la sala, Cat aferró a su amiga por las

manos y le dio las gracias al oído. A continuación, abrió la puerta.

Haciendo de tripas corazón, Frankie se asomó con tiento. Y se le cayó el alma a los pies. *Ads.*

—Está aquí —susurró.

—¿Quién? —le gritó Cat.

—¡No levantes la voz!

Frankie hizo un gesto con la cabeza para señalarle a Cat la horrible estampa que acababan de ver sus ojos.

Allí, rodeado de embarazadas y sus atentas parejas, estaba Ads y —*No, por el amor de Dios*, gritó Frankie mentalmente— su nueva novia. Gracias al espionaje casual de Frankie en Internet, sabía que Ads y Priya no podían llevar juntos mucho más de un año. Puede que conociera su existencia por Facebook, pero verla en carne y hueso —embarazada— le puso la piel de gallina.

En ese preciso instante, Ads levantó la vista y sorprendió la mirada de Frankie. Ella intentó desviarla, pero era demasiado tarde. El hombre se dispuso a saludarla.

Esto no está pasando. Esto no está pasando, entonaba Frankie para sus adentros.

—Frankie —exclamó Ads cuando llegó a su altura—, cuánto me alegro de verte. Precisamente el otro día estaba pensando en ti.

Su novia lo seguía de cerca.

Frankie respiró con dificultad y Cat le tomó la mano para infundirle ánimo. Un remolino de emociones se apoderó de ella, tan fuerte que se sintió incapaz de respirar y mucho menos hablar. Cat le propinó un codazo.

—Ads, ¿qué haces aquí? —consiguió articular Frankie y luego, de inmediato, comprendió que la frase no podía ser más estúpida. Sabía muy bien lo que Ads hacía allí.

—Es obvio, ¿no?

La mujer asomó por detrás, le entrelazó el brazo a Ads y se posó la mano en su bonito vientre distendido.

Esto no está pasando. Esto no está pasando.

—¿Y tú eres...? —metió baza Cat, aunque sabía muy bien quién era.

—Priya, la novia de Adam.

Frankie la miró con atención. No pudo evitarlo. Se trataba de una mujer menuda, eso ya lo sabía, pero Facebook no la había preparado para su resplandeciente piel bronceada y sus voluptuosos bucles, que parecían brillar incluso a la luz tenue de la sala. Frankie oyó cómo Ads hacía chasquear la lengua con suavidad, un tic nervioso, no demasiado sutil, que lo caracterizaba.

Priya acarició la mano de Ads.

—Felicidades, Frankie. Hacéis una pareja genial. —Agitó un dedo nudoso entre Cat a Frankie.

—¡Sí! —Cat atrajo a Frankie hacia sí, le pellizcó el trasero y le besó la mejilla—. Estamos emocionadísimas ante la idea de traer un angelito al mundo. Y solamente hizo falta un donante de esperma para conseguirlo —les soltó de un tirón.

—¿Frankie —intervino Ads— madre? ¿La misma mujer que es capaz de liquidar a cualquier planta en cuatro días?

Soltó una carcajada incómoda y el chasquido de su lengua se dejó oír nuevamente.

—Ay, no, yo no... No somos... —balbuceó Frankie.

Priya sonrió con aire de suficiencia y al momento asaltó a Frankie un fuerte sentimiento de inferioridad.

—Lo que intenta decir Frankie... —empezó Cat antes de que la interrumpiera la entrada de una mujer corpulenta que inundó la sala de energía.

—Muy bien, mamás y papás —comenzó la instructora, a la vez que pedía silencio— es hora de poner a respirar esas barriguitas.

Frankie miró agradecida a la recién llegada mientras el grupo se dispersaba.

Cat arrastró a su amiga a una esterilla de yoga, a solo seis personas de Ads — ¿no podría esta habitación ser *un poco más privada?*— y le estrujó la mano por última vez para tranquilizarla antes de sentarse en feliz equilibrio sobre una pelota de gimnasia. Frankie se agachó a su lado.

—Nunca subestiméis el poder de una buena rutina kegel, señoras —entonó la mujer desde la parte delantera de la sala—. ¡Hay que reforzar el suelo pélvico!

Frankie respiró profundamente y buscó a Ads por el rabillo del ojo. Priya estaba tendida en su esterilla, con la espalda apoyada entre los brazos abiertos de Ads. El hombre le acariciaba las piernas y ella reía las bromas que él le soltaba al oído. Frankie inspiró. Allí estaba su exnovio, el hombre al que un día consideró su futuro, abrazando su nuevo futuro con otra persona. Intentó no mirar, pero no podía apartar los ojos. ¿Desde cuándo deseas siquiera una familia? La pregunta persistió amarga en su boca.

—Cariño, abrázale las posaderas. Así.

La instructora estaba ahora agachada entre las rodillas de Cat. Con los brazos extendidos para aferrarla por detrás, mostraba a la clase lo que tenían que hacer.

—Paso, gracias —musitó Frankie, incómoda.

La mujer se encogió de hombros, se alejó y procedió a guiar a los alumnos por una serie de técnicas respiratorias desde el bajovientre.

—Frankston, estás muy tensa —farfulló Cat, estirando la pierna izquierda—. ¿Cómo quieres que mi cérvix se expanda si estás ahí haciendo chirriar los dientes con tanta fuerza que te deben de estar oyendo los vecinos del cuarto?

—¿Y qué quieres que haga? —cuchicheó Frankie—. ¡El mismo hombre que atropelló mi corazón y se dio a la fuga acaba de arruinarme el día! ¿Y por casualidad te he contado que llegó a la cima del mundo corporativo y dejó preñada a un pibón de mierda en la misma época en que yo me arranqué las tres primeras canas y me convertí en la Chica con la Regla?

—Lo siento, Frank. ¿Quieres que nos marchemos? —preguntó Cat.

—No, no. No pasa nada —respondió Frankie, mordiéndose la lengua.

Veinte minutos más, recitó en silencio. *Piensa en el hijo nonato de tu menor amiga. No pienses en la familia feliz que tu ex está a punto de crear.*

—Bueno —vociferó la instructora— es posible que las posturas «bamboleo» y «baile lento» os proporcionen alivio durante las primeras fases del parto. Mamás y papás, dejad que vuestra pareja se apoye en vuestros hombros. Mamás, recostad la cabeza en el pecho del otro y meceos con suavidad adelante y atrás.

Frankie ayudó a Cat a incorporarse y le rodeó la espalda con los brazos. Por encima de la cabeza de su amiga, vio cómo Ads abrazaba a Priya y le rozaba la frente con los labios. Se le aceleró el pulso. ¡Que alguien traiga una daga y me la clave en el pecho, ya! En un intento de apartar los ojos, hizo girar a Cat con brusquedad, pero tropezó con el borde de la esterilla y no solo se pegó un tortazo sino que arrastró a Cat con ella.

—¡Frankie! —exclamó Cat—. ¡Cuidado con la embarazada!

Todos los ojos se volvieron a mirarlas. Frankie pudo percibir la sonrisilla burlona de Priya, que le cosquilleaba la espalda.

—¡Ay, Dios mío! ¿Te encuentras bien, Cat? Cuánto lo siento, he tropezado —se aturulló Frankie al mismo tiempo que ayudaba a su amiga a reanudar el baile.

—Frankie, ya sé que te están chinchando —susurró Cat, señalando a Ads con un gesto de la cabeza. Observaron, hipnotizadas, cómo Ads y Priya compartían unas risas silenciosas.

—¿Sabes qué? ¡Hasta aquí he llegado! —Frankie era consciente de que estaba al borde de un ataque de nervios. Ya no había vuelta atrás—. Lo siento mucho, Cat —dijo echando mano de su bolso, que había dejado detrás de la pelota de ejercicio, antes de abandonar la sala como un vendaval entre las risitas de Priya y Ads. Frankie bajó las escaleras a la carrera y cruzó como el

rayo la puerta principal. Echó mano del teléfono y marcó el número de su padre.

—Papá —gritó cuando este respondió, a la tercera señal—. ¿A ver si adivinas a quién acabo de ver en la clase de preparación al parto de Cat? A Ads, nada menos. Y con su novia, Priya, que está embarazada. ¡EMBARAZADA! —Frankie se interrumpió para tomar aliento y oyó la respiración de su padre en el auricular—. ¡Es la madre de su hijo! ¿Te lo puedes creer? Frankie recorrió la calle a toda prisa sin dejar de gesticular como una posesa—. ¡Me dijo que no se veía formando una familia hasta dentro de seis años, como poco! ¡Y ahora ha dejado preñada a una Daisy Buchanan que tira de espaldas! Y Cat ha esperado al último momento para preguntarme si quería marcharme, cuando ya era demasiado tarde. Ah, ¿y te he contado que Sunny, el tío al que estaba viendo últimamente, me ha estado engañando todo el tiempo? Eso es, papá. ¡Pretendía que yo fuera la otra! No puedo más. Todo me sale mal de un tiempo a esta parte. —Frankie aminoró el paso. Con el teléfono pegado al oído, se abrió paso por la acera súbitamente atestada, sorteando cochecitos de niño y parejas que paseaban de la mano—. Todo irá bien. Solo ha sido un episodio grave de *Una serie de catastróficas desdichas*. Gracias por la charla. Siempre te las arreglas para que me sienta mejor. Tengo que irme. Que pases una buena tarde, papá. Ah —añadió Frankie—, por favor, no se lo cuentes a mamá.

Cortó la llamada, abrió Twitter y empezó a buscar.

🐦 @Adamsegler: Acabo de disfrutar una clase de preparación al parto con mi nuevo equipo «Futuro Bebé»: @priyavinay y @elgatogarabato (¿dónde está Frankie?)

De: Lachlan Rennard

A: Escarlata O'

Asunto: Me encantaría quedar

Qué pasa, Escarlata:

¡Anda que no eres creativa ni nada! Me topé con tu ejemplar de *Matar a un ruiseñor* hace un par de semanas. No lo había leído desde secundaria y me ha encantado este viaje por los recovecos de la memoria. Siempre ha sido uno de mis libros favoritos. O sea: «En ocasiones como esa yo pensaba que mi padre, que odiaba las armas y no había participado en ninguna guerra, era el hombre más valiente sobre la faz de la Tierra». No hay nada que pueda superar eso, ¿verdad?

Ahora bien, encontrar tu nota al final fue la guinda del pastel. ¿Cómo se te ocurrió una idea tan elegante? Mira lo que te digo: ¡a Tinder le ha salido una dura competencia!

Me encantaría salir contigo para charlar largo y tendido de Scout Finch y Boo Radley. ¿Has estado en el Mercado Nocturno de Fideos Chinos? Dicen que el ramen está de lujo.

Salud,

Lachy

De: Escarlata O'

A: Lachlan Rennard

Asunto: Re: Me encantaría quedar

Hola, Lachy:

Muchas gracias por tu email. Me alegro mucho de que hayas disfrutado de tu viaje por la Alabama de la década de 1930. ¿Verdad que Harper Lee es un genio? ¡Tengo *Ve y pon un centinela* en mi montón de libros pendientes desde hace demasiado tiempo!

¿Que cómo se me ocurrió esta idea, preguntas? Bueno, resulta que estoy empleada en la librería de mi mejor amiga, Cat. Trabajar allí es como refugiarse en un enorme libro. Después de todo el día ordenando estanterías, salgo del trabajo oliendo igual que un volumen en rústica. En realidad fue idea de Cat que usara los libros para encontrar novio (o un nuevo miembro de nuestro triste club literario de dos miembros).

¿Te he mencionado que Cat está embarazada? De hecho, acabo de acompañarla a la primera clase de preparación al parto de su vida. La misma clase a la que han asistido mi ex y su NUEVA novia, que está EMBARAZADA. Ah, y por si fuera poco, resulta que últimamente he estado saliendo con otro tío, del que POR CIERTO paso al cien por cien, pero he pensado que debería decirte que ME ENGAÑÓ. Bueno, en realidad, pretendía que yo fuera la otra. ¡Tenía novia desde el principio! ¡Qué morro! ¿Tengo razón?

Oye, perdona que me haya dedicado a despotricar. No suelo ser tan *harpía* (¿lo pillas?). Si bien mi madre siempre me está animando a que «hable de mis sentimientos» y me dice que «un problema compartido es un alma que respira», yo prefiero encerrarlos en un minúsculo cofre y guardarlos en el Fort Knox que tengo por corazón. Lo siento, he tenido un mal día. Ah, y acabo de

trincarme toda una botella de tinto.

Pero no hay nada como un buen tazón de miso para animar a una chica. ¿Qué te parece el próximo jueves?

Frankie (mi verdadero nombre) xx

De: Lachlan Rennard

A: Escarlata O'

Asunto: Re: Re: Me encantaría quedar

Me parece que ahora mismo tienes demasiados asuntos que resolver. Quizás deberíamos dejarlo para otro momento.

Lachlan

De: Escarlata O'

A: Lachlan Rennard

Asunto: Re: Re: Re: Me encantaría quedar

Lachlan,

No tengo ni idea de qué me pasó el otro día. Lamento mi injustificada y del todo inapropiada explosión de sentimientos. Y te prometo que no suelo beber de día (no a solas). Entiendo perfectamente que ya no te apetezca que quedemos.

Pero que conste que ya no siento nada por mi ex.

Dime algo si cambias de idea.

Con mis mejores deseos,

Un ratón de biblioteca profundamente avergonzado.

El lector que fue infiel una vez nunca
dejará de serlo

En fin, por si alguien aún no lo sabe, hace poco me engañaron. Bueno, más o menos. Descubrí que el tipo con el que estaba saliendo mantenía una relación seria con otra persona. Yo era, si se me permite decirlo, la incauta Andie Hardy de su Amy Dunne. La Megan Hipwell de su Rachel Watson. En otras palabras, yo era «la otra». De modo que hice lo mismo que haría cualquier mujer con una pizca de amor propio. Me puse en plan *Desaparecida* a tope y me convertí de nuevo en *La chica del tren*, que busca el amor allá donde esté.

Estos días he estado meditando qué pasa por la cabeza de alguien cuando decide engañar a otra persona. Quería entender qué te dices antes de serle infiel a alguien que te gusta, incluso a alguien que amas. Y eso me llevó a pensar: ¿engañar a una persona es tan fácil como engañar a un libro? Si alguien es capaz de ponerle los cuernos a un libro, ¿será capaz también de ser infiel a la vieja usanza? De ser así, encerradme y tirad la llave, porque me declaro culpable.

¿Nunca os habéis encontrado con un libro que, a priori, debería conquistaros? Me refiero a los *La amiga estupenda* que corren por ahí. Todo el mundo habla de lo bueno que es y posee hasta el último de los ingredientes que hacen falta para que entables con él una sólida relación literaria a largo plazo. Es intenso, encantador y generoso, pero por alguna razón a ti no te acaba de llenar. Buscas algo más emocionante. Tal vez con un poco más de romance, pasión, riesgo (y quizás incluso una escena un tanto picante o tres). Así pues, decides empezar *Algo prestado*. No es nada serio, únicamente un poco de diversión desenfadada. Lees el primer capítulo y te seduce la emoción que transmite. Pero eso no puede continuar para siempre. A regañadientes, dejas el libro y retornas de mala gana a *La amiga estupenda*. Al cabo de un tiempo, te sorprendes a ti misma leyendo ambos libros simultáneamente, una página por aquí, otra por allá, según intentas seguir ambas tramas. Sin embargo, un equilibrio tan precario nunca dura mucho tiempo. Al final, *Algo prestado*, esa aventura sin importancia, acaba durmiendo a tu lado, con la

esquina doblada, en la mesilla de noche. Y *La amiga estupenda* yace en el suelo olvidado, como haría cualquier otro libro tan agradable como prescindible.

En fin, mi pregunta es la siguiente: en mi situación, ¿soy *La amiga estupenda* o *Algo prestado*?

Ambas posibilidades me parecen terribles.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

Deja un comentario (905)

Emma Alicia > Qué reflexión tan acertada. Me encanta cómo comparas la literatura con la vida real.

Sarah Josh > No me había dado cuenta de que te habían engañado. Espero que te hayas recuperado, cari
Bss.

No te ofendas pero... > No estoy segura de lo que pretendes decir con todo eso, pero si estás justificando el engaño, tendré que dejar de leer este blog.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... ¿Es que no sigues su blog? ¡¡Ella es la engañada!! PD Yo nunca te engañaría;)

No te ofendas pero... > Jamás tendrás la ocasión.

Cumbres borrascosas, de Emily Brontë
Tren de Lilydale a Flinders Street

🗨️ Frankie: Cat, ¿dónde estás?

🗨️ Cat: A un minuto de distancia, te lo prometo.

🗨️ Frankie: ¡Que empiece el APPC!

Desde que tenían veinte años, cada vez que Frankie subía una foto poco favorecedora de Cat a Facebook (en plan, ojos entrecerrados, camiseta arrugada, semilla negra entre los dientes) celebraban un APPC o Almuerzo Perdona Por Cagarla. Cuando una de las dos se pasaba de la raya, le tocaba invitar a la otra al mejor piscochabís del mundo. Cruasanes, tostadas con aguacate, bircher muesli y, cómo no, mimosas. Todo estaba permitido.

Frankie llevaba quince minutos esperando a su amiga en Great Eggspectations, el restaurante en el que tradicionalmente celebraban sus APPC. Ya se había disculpado con Cat por abandonarla en mitad de una técnica de relajación preparto y Cat la había perdonado. Pero ninguna de las dos perdonaba la oportunidad de disfrutar un APPC por todo lo alto. Frankie volvió a mirar el reloj. ¿Dónde narices está Cat? Últimamente llegaba más impuntual que nunca, siempre con veinte minutos de retraso.

—Frankie, cuánto tiempo sin verte. ¿Quién ha metido la pata esta vez? —le preguntó Tommy, a la vez que echaba un vistazo a las ofrendas de paz que había sobre la mesa—. Donuts y Dickens. Debe de haber sido algo gordo.

Tommy, que siempre desprendía un olorillo como a café con leche, era el dueño de Great Eggspectations. Con el tiempo, había acabado por esperar con ilusión las escasas visitas de Frankie y Cat, que siempre adoptaban el mismo patrón. En primer lugar, se gritaban toda clase de barbaridades, seguidas de una montaña de comida devorada con fruición y rematadas por largos abrazos y declaraciones de amor.

—Ah, nada importante, eso tan típico de abandonar a tu amiga en mitad de su primera clase de preparación al parto —confesó Frankie.

—Auch. —Tommy hizo una mueca de dolor.

Como si la hubiera oído, Cat entró como un vendaval en el restaurante, ataviada con un vestidito de punto azul cielo, pendientes de punto a juego y disculpándose a gritos por llegar tarde.

Cat le plantó a Tommy un beso en la mejilla antes de sentarse.

—El APPC de costumbre, oh gentil patrón.

Echó mano a uno de los donuts de Frankie y lo mordió con avidez. Un goterón de mermelada se le derramó, sin que se diera cuenta, en la pechera del vestido. Frankie sonrió y se lo limpió con una servilleta.

—Y bien, ¿qué te cuentas, Frankston? ¿Alguien más ha encontrado otro libro? —preguntó Cat, que se zampó lo que quedaba del donut en dos bocados.

—Ayer recibí un email de un tío. Pero lo asusté con mi parloteo demencial.
—Frankie suspiró.

—Esa es mi chica.

Tommy se acercó con parsimonia, cargado con una bandeja repleta de platos y vasos. Depositó cada artículo en la mesa ceremoniosamente mientras Frankie y Cat aplaudían encantadas. A continuación recogió su propina habitual, un donut de Nutella, y regresó paseando a su puesto en la parte delantera del café.

—He dejado *Cumbres borrascosas* esta mañana, pero, si te soy sincera, no estoy de humor para más ligues. Ni siquiera me apetece seguir con el experimento. Es que estoy harta de esta tontería con Sunny. Sé que debería olvidarlo y ya no pienso en él, de verdad que no. Pero sigo tan enfadada por habérmela jugado como lo hizo. Me siento tan idiota.

Frankie mordió una tostada generosamente untada con mermelada de moras.

—¡Pues díselo! No sé por qué sigues sin responder a sus llamadas. La próxima vez que ese fracasado te llame, contesta y suéltale lo que piensas de él —sugirió Cat con la boca llena de muesli.

—He escogido la vía elegante, Cat.

—La vía elegante es la más transitada. ¿Y sabes qué significa eso? Es aburrida del carajo. —Cat vertió más miel en su yogur—. Si no lo vas a poner verde, al menos haz algo que te ayude a cerrar la historia —añadió al mismo tiempo que lamía la miel con las cejas enarcadas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Frankie, que se revolvió incómoda en el

asiento.

—Ya sabes, una buena dosis de venganza a la antigua.

—Cat, esto no es el instituto. No voy a urdir otro plan de venganza contigo.

—¿Por qué no? ¡Se lo merece! Pretendía que fueras «la otra», Frank. Además, recuerda lo bien que nos sentimos cuando le teñimos de azul el pelo a Richie Lucas —recordó Cat en tono de burla a la vez que echaba mano a los cruasanes calientes.

—Sí, sí. Ya me acuerdo. Vale, ¿de qué clase de venganza estamos hablando? Nada demasiado dañino. Tirando a burlón.

—Burlón, me gusta. Seguro que se me ocurre algo. —Cat sonrió—. ¿Y si le pirateamos el Facebook? ¿O publicamos algo en el ciberespacio?

—Demasiado exagerado. Eso sería pasarse. ¿Y si le dejamos un mensaje de voz fingiendo que se ha atrasado en el pago del teléfono? —sugirió Frankie con gesto apocado.

Cat frunció el ceño.

—Frankie, esa es literalmente la peor idea que he oído en mi vida. —Pero entonces una sonrisa se extendió por su semblante—. Una vez Claud me apuntó en broma a una suscripción anual de *Cincuenta sombras de Grey* —recordó.

—¿Y qué te envían cuando te suscribes a *Cincuenta sombras de Grey*? —rio Frankie.

—Ejemplares de los libros firmados, esposas y un montón de cuero. Al final acabó por gustarme. Bueno, salvo por los tirantes que Claud me tejió. Picaban. —Cat hizo una mueca. Frankie rio con ganas—. Vale, ¿hay algo que Sunny deteste? —insistió.

—¿El racismo? ¿Las personas arrogantes? ¿Las tortugas enjauladas?

—Qué aburrido. ¿Algo más?

Frankie mordió su tortita de plátano. Y entonces miró a Cat con una sonrisa.



—¿Cuántos plátanos dices que quieres? —preguntó Trixie, la frutera.

—Doscientos, por favor —repitió Cat.

—Muy bien. ¿Qué vas a hacer con ellos? ¿El pastel de plátano más grande del mundo? —rio Trixie.

—Algo así.

Frankie estaba sentada en un cajón de la frutería, revisando nerviosa sus entradas de Instagram. Sonrosadas granadas, voluptuosas cabezas de brócoli y rubias calabazas la rodeaban. La dulce fragancia de las uvas maduras y las naranjas ácidas inundaba el local.

—Tienes suerte. Hoy mismo me ha llegado una entrega. Normalmente no tengo tantos en la tienda, a menos que me los encarguen —explicó Trixie al mismo tiempo que procedía a amontonar en un carrito de la compra los plátanos que iba tomando de los estantes.

—¡Trix, eres mi ídolo! —Cat le propinó una palmada en la espalda.

—No hay problema, cariño. ¿Tenéis que caminar mucho? Esto va a pesar mucho —se preocupó la frutera.

—No, casi nada. En realidad vamos aquí al lado. —Cat sonrió.

—Vale, serán ciento cuarenta dólares —dijo Trixie, tecleando en una calculadora.

—Cat, es mucho dinero. —Frankie se acercó al rebotante carrito—. Estoy empezando a arrepentirme.

—Vale la pena. —Cat extrajo la tarjeta de crédito de su cartera—. Y corre de mi cuenta.



Contoneándose, Cat recorría una concurrida Lygon Street arrastrando el carrito lleno de plátanos hasta los bordes. Iba cantando una desfinada versión de *Hollaback girl*, de Gwen Stefani. Por desgracia, no recordaba nada más que la parte de B-A-N-A-N-A-S.

—Cat —le soltó Frankie, que caminaba junto a su amiga y el carro—. Me estás volviendo tarumba con tantas bananas. ¡Deja de cantar!

La otra la ignoró y cantó con más fuerza.

—¡Vale, para! Este es su coche.

Frankie señaló el flamante Honda Civic que estaba aparcado a dos pasos de Lygon Sreet.

—Ja, bonita matrícula.

—Es su nombre —dijo Frankie.

—¿Se llama Sunny Day?

—Sí.

Cat se detuvo junto al vehículo y se volvió a mirar a Frankie.

—¿Se apellida Day y sus padres lo llamaron Sunny?

—Sí.

—Es casi tan absurdo como ponerle a tu hija el nombre de una línea de ferrocarril, Frankston. Puede que vosotros dos estéis destinados a formar pareja.

Frankie puso los ojos en blanco.

—Vale, ¿y cuál es el plan? —preguntó Cat.

Era típico de su amiga, meterlas a las dos de cabeza al lío y dejarle el final a Frankie. Esta calibró la situación al mismo tiempo que se acariciaba la barbilla con ademán pensativo, para añadir salsa a la situación.

—Tiene el techo solar estropeado, así que podríamos entrar por ahí.

—¿Perdona? Puede que tu escuálido culo quepa por ese minúsculo hueco, pero es imposible que yo pueda meter todo esto ahí dentro —replicó Cat, señalándose las caderas.

Frankie resopló y se descalzó de dos patadas. Intentó subirse al coche pero no pudo apoyar el pie y cayó por un lado.

—Resbala demasiado. Empújame.

Cat apoyó el carrito contra el coche, rodeó con los brazos la cintura de Frankie y la sujetó contra la cálida carrocería. A la cuenta de tres, Cat le dio impulso desde abajo al mismo tiempo que Frankie saltaba para aterrizar de un

trompazo en el techo del coche.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Frankie, ya sin aliento. Se sentó sobre las piernas e introdujo los dedos en el hueco del techo solar. Hizo presión contra la cubierta hasta dejarla entreabierta.

—Maldición. No consigo abrirla del todo.

—Tu mueve el culete al estilo de Beyoncé. Tienes que llenar de plátanos hasta la última rendija —la instruyó Cat desde la calle.

Frankie inspiró hondo e, introduciendo los pies, se deslizó por el pequeño hueco hasta que ya no pudo seguir bajando. Metió la barriga y se contoneó para abrirse paso, pero... se había quedado atascada.

—No hay manera —graznó.

—Sal y vuelve a intentarlo.

—No puedo. No puedo subir ni bajar. Estoy atrapada —dijo Frankie mientras se retorció con furia. Tenía las puntas de los pies apoyadas en los asientos de cuero, los brazos libres en la parte exterior.

—Vale, alarga las manos y te sacaré —propuso Cat.

—No, no. No hay tiempo. Sunny podría regresar en cualquier momento. Pásame los plátanos y yo los dejaré caer dentro. ¡Acabemos de una vez!

El pánico se apoderaba de Frankie, que notaba cómo el techo solar se le clavaba con saña en la cadera. Mirando nerviosa a un lado y a otro, tomó el puñado de frutas que le tendía Cat. Las dejó caer con cuidado en el coche, para que aterrizaran con suavidad sobre el asiento. Los plátanos parecían decir al caer: «Toma esto», «mentiroso», «sinvergüenza», «malnacido». Los transeúntes que pasaban miraban con curiosidad la escena que se desplegaba en la tranquila calle residencial. *Debemos de tener pinta de lunáticas*, pensó Frankie, que de repente se sintió profundamente avergonzada.

—Esto parece la típica escena ridícula de *Los siete secretos* —gruñó Frankie, mientras seguía introduciendo plátanos en el coche de Sunny.

—Ya lo sé, ¿no es genial? —canturreó Cat.

—¿Cuántos crees que habremos metido ya? —preguntó Frankie agobiada, dejando caer un plátano tras otro.

Cat miró el interior del carrito y revolvió las frutas con la mano.

—La mitad, más a menos. ¡Cien más y habremos terminado!

Frankie miró a su alrededor, nerviosa. La gente la observaba con atención; bueno, a la mitad de ella que sobresalía del techo del Honda Civic como si fuera una adolescente borracha en el baile de fin de curso.

—Frankie —dijo Cat, que de repente había empezado a bailotear en el sitio.

—¿Sí?

—La vejiga.

—¿Qué?

—Tengo que hacer pis. Ahora.

—¡Aguanta, Cat! Termina de pasarme los plátanos y larguémonos —gritó Frankie.

—Frankie, estoy embarazada. Si no encuentro un baño antes de dos minutos, se me escapará el pis. Y no querrás ver cómo me resbala por las piernas, créeme —advirtió la otra—. No tardaré nada. Iré corriendo a la tienda de Trixie.

Ahora Cat daba saltitos al mismo tiempo que se sujetaba la entrepierna.

Frankie observó con horrorizada incredulidad cómo su amiga doblaba la esquina a la carrera acompañada del rebote de sus rizos. Sin la protección de Cat, Frankie se sintió más vulnerable que nunca. E idiota. ¿Quién me he creído que soy? ¿La condesa de Montecristo, que vuelve para ejecutar su *retorcida venganza*? *Esto se tiene que acabar. No puedo dejar nunca más que Cat me arrastre a estos planes tan absurdos.*

—¿Va todo bien por ahí? —le preguntó un hombre pecoso que pasaba en bicicleta. Se había detenido junto al coche y la observaba con extrañeza.

—Sí, sí, todo bien. Solo estaba tomando el aire.

Fingiendo un exagerado bostezo, Frankie se desperezó al mismo tiempo que

apartaba los plátanos con los pies para impedir que el otro los viera.

—Vale, que te diviertas.

El hombre se alejó pedaleando.

Cat, ¿dónde estás? Desesperada, intentó escapar una vez más contoneándose a derecha y a izquierda, en vano. Luego se sacudió arriba y abajo, con la esperanza de que la fricción de su cuerpo contra el coche desplazara el techo solar.

—¿Frankie?

Al oír una voz que conocía muy bien, Frankie pegó un respingo y luego se volvió lentamente hacia un lado.

—Eh... Hola, Sunny.

El secreto, de Donna Tartt

Tren de Frankston a la ciudad

Con una mano en la cadera y usando la otra a modo de visera contra el resplandor del sol, Sunny alzaba la vista hacia Frankie, que seguía atrapada en el techo del coche. En un vano intento por disimular la disparatada situación que estaba protagonizando, Frankie se cruzó de brazos. Pero nada podía disimular el aprieto en el que se encontraba.

—¿Qué está pasando aquí, Frankie?

—¿Dónde diantre estás, Cat?

—Esto... Te lo puedo explicar.

—Estoy deseando oírlo. ¿Por qué no bajas y me lo cuentas?

—Me encantaría.

Frankie no se movió.

—Estás atrapada, ¿verdad?

—Sí.

Frankie dejó caer los brazos y agachó la cabeza.

Sunny se encaramó al techo del Honda para colocarse detrás de ella. Pasándole las manos por debajo de los brazos, la ayudó a retorcer el cuerpo. Juntos, consiguieron desatascarle las caderas para que pudiera apoyar el pie en el respaldo del asiento del copiloto y darse impulso para salir, mientras Sunny acompañaba sus maniobras desde fuera con mucho tiento. Frankie se desplomó en el techo del vehículo, con el culo apuntando al cielo, antes de arrastrarse al estilo comando para acabar aplastada como una tortita sobre la capota.

Sunny posó la vista en el techo solar entreabierto. Hizo una mueca y negó con la cabeza antes de saltar a la acera.

—¿A qué viene todo eso, Frankie? —gritó mientras ella se sentaba en el coche para dejarse caer al suelo—. ¿Plátanos? ¡Nunca podré quitarle el tufo! ¡Tendría que venderlo al desguace ahora mismo!

Sana y salva en tierra firme, Frankie se estrujaba los sesos para encontrar la manera de recuperar la dignidad. ¿Qué es eso que hace Cat? ¡Ah, sí, *posturas de poder!* A trancas y barrancas, se plantó delante de Sunny con las piernas abiertas y los brazos en jarras.

—Sunny, ahí tienes lo que te mereces

—¿Lo que me merezco? ¿De qué va todo esto? —Saltaba a la vista que el hombre estaba perdiendo la paciencia—. Llevo semanas sin saber nada de ti y, de golpe y porrazo, llego a casa y te encuentro encajada en el techo de mi coche.

—¡No disimules! ¿Sabes muy bien de qué va esto! —replicó Frankie, al mismo tiempo que golpeteaba el pie contra el suelo para dejar todavía más clara su indignación.

—Lo creas o no, no entiendo nada, Frankie.

—Echa un vistazo al salvapantallas de tu teléfono y repite eso de que no entiendes nada.

Sunny se apretó las sienes con los dedos. Frankie le clavó la mirada, con las cejas enarcadas con ademán desafiante.

—Frankie, te lo puedo explicar.

—Seguro que sí —replicó ella—. Apuesto a que has contado la misma historia cien veces.

—No es lo que parece. De verdad.

—Es exactamente lo que parece. ¿A cuántas mujeres has enredado con tus trucos para divertirte un rato? ¿A dos? ¿Tres? ¿Cinco? —Frankie se agachó para recoger el bolso y calzarse las sandalias. Dio media vuelta con brío y gritó por encima del hombro—: Buena suerte con los plátanos.

Dicho eso, salió andando calle abajo.

—¡Frankie! —Sunny trotó tras ella. La sujetó por el hombro y la obligó a girar el cuerpo para que lo mirase—. Te lo prometo, no es lo que crees.

Le clavó los ojos con tal gravedad que incluso ella dudó. Resopló con

fuerza y apartó la mano de Sunny de un manotazo.

—Te concedo un minuto —accedió, agitándole el dedo índice en la cara.



Se sentaron en el bordillo, junto al coche de Sunny. Abrazándose las rodillas, Frankie miró la calzada. Hacía esfuerzos por instalarse en su onda más apática, sentada a una distancia segura y desviando la mirada. Se inclinó a un lado con aire desganado, como diciendo: será mejor que la explicación sea buena, pero en cualquier caso paso mucho de lo que me cuentes, porque todo me resbala.

Sunny se revolvió incómodo. Por fin, empezó a hablar.

—La mujer de la foto era mi novia.

—¿Era? Ah, ¿habéis roto? ¿Y entonces qué hacías con ella la otra noche? Os vi juntos en El National.

Él se quedó helado, la mandíbula crispada.

—Eso es imposible.

—¿Ah, sí? —Frankie no pensaba recular—. ¿Y entonces quién era la mujer que iba contigo? Y no te atrevas a decir que se tratata de una pariente a la que llevabas mucho tiempo sin ver. Me di cuenta de cómo la mirabas.

Sunny negó con la cabeza. Ella advirtió cómo la frustración —¿o era sentimiento de culpa? ¿dolor? — se acumulaba en él.

—Era una colega del trabajo. Nos reunimos para comentar un importante proyecto en potencia. Y conste que no tengo que justificarme contigo.

—Vaya, qué guay.

—Mira, Frankie, no quería que te enteraras así —empezó Sunny—, pero, bueno, tienes razón. La chica de la foto y yo nunca rompimos.

—¡Te pillé! ¡Cerdo mentiroso! ¡Lo sabía! —Frankie se levantó de un salto y fulminó a Sunny con la mirada—. No quiero saber nada de esto, Sunny. No hace falta que digas ni una palabra más.

Se echó el bolso al hombro y salió disparada. Cuando encontrara a Cat, la

iba a matar. *Su maldita conspiración de los plátanos me ha colocado en esta situación tan horrible. ¿Y dónde narices se ha metido? ¡Y a la mierda el rollo de la chica superguay!*

—¡No rompimos porque murió! —gritó Sunny tras ella. Frankie se quedó petrificada, sin atreverse a dar media vuelta. *Vaya, eso no me lo esperaba.*

—Falleció hace unos años. Ya sé que debería cambiar la foto, pero no tengo fuerzas.

Frankie inspiró profundamente antes de volverse a mirarlo. Sunny estaba plantado con un pie en la acera y otro en la calzada, la cabeza gacha, las manos colgando a los costados. Estaba lívido. Ofrecía el mismo aspecto que debió de mostrar Henry de Tamble cuando supo que nunca volvería a ver a Clare Abshire, imaginó Frankie.

—Por Dios, Sunny... —Frankie emprendió el regreso con el rabo entre las piernas. Dejó el bolso otra vez en el suelo, junto con su ego, al lado del hombre—. Cuánto lo siento. —Le apoyó la mano en el brazo y se lo presionó ligeramente.

Se sentaron en el borde de la mustia zona ajardinada. Ahora era Frankie la que se revolvía incómoda. Podía afrontar la existencia de otra mujer. Esto, en cambio, le parecía más complicado. Una novia muerta proyectaba una sombra demasiado alargada.

—Ya lo sé. Va siendo hora de que pase página. —Sunny rompió el silencio—. Hace cinco años. *Cinco años.* Pero, en el mundo actual, cambiar una foto parece un gesto tan definitivo... No sé si me explico.

—Ah, lo entiendo perfectamente —fue la respuesta de Frankie, aunque aquello la sobrepasaba. Había ido hasta allí dispuesta a castrarlo, no a consolarlo, y no pudo evitar que las siguientes palabras salieran de sus labios—. Mi familia tenía un gato. Un tragón de cuidado. Literalmente comió hasta morir. No pude cambiar la foto de mi perfil de Facebook hasta pasados seis meses.

—Sí, claro, es exactamente lo mismo —dijo Sunny con voz monótona.

Frankie carraspeó con demasiada intensidad, miró al suelo y por fin reunió valor.

—¿Me cuentas la historia?

—Estuvimos juntos cosa de dieciocho meses antes de que muriera. —Sunny se interrumpió—. Estábamos enamorados. Y un día murió. De la noche a la mañana. No es el tipo de situación que esperas vivir antes de los treinta. Ni nunca. Nada te prepara para un dolor tan grande.

—Ya sé que antes he dicho que me hacía cargo por la historia esa del gato, pero la verdad es que no me hago cargo. No puedo ni imaginar lo que se siente ante una pérdida como esa.

Frankie estaba de los nervios. Experimentaba un dolor casi físico, por él y un poco por sí misma también. Le ardía la cara de la confusión y el arrepentimiento.

Sunny sonrió y le posó una mano en el muslo.

—Fueron días oscuros, Rose. Realmente oscuros. Le disgustaría saber que sigo echándola de menos. Siempre fue de las que agarran la vida por los cuernos. —Volvió la vista hacia el coche, por encima del hombro de Frankie—. ¿En qué diantre estabas pensando con la historia esa de los plátanos.

—Una venganza frustrada. —Frankie se encogió de hombros con aire inocente—. Mira, de haber sabido la verdad, te habría ahorrado los podridos.

—Eres de miedo, Frankston Rose.

Permanecieron sentados sobre la hierba en silencio, con la vista fija en la calzada, observando los pocos automóviles que pasaban zumbando ante ellos y a los perros que marcaban su territorio a última hora de la mañana. Sus hombros se rozaban apenas.

—¿Sabes qué? —Sunny echó mano de su teléfono—. Si tú eres capaz de actualizar la foto de tu gato en Facebook...

—William Shakespat.

—Si tú eres capaz de actualizar la foto de William Shakespat —repitió, al tiempo que conectaba el móvil—, yo también.

Alargó el brazo para enfocarlos a los dos.

—No hace falta, de verdad —le aseguró Frankie, que intentó apartar el teléfono, pero Sunny se lo impidió y se acurrucó más cerca.

Le pasó el brazo por los hombros crispados.

—Por los nuevos comienzos. Di: ¡William Shakespat!



Frankie entró como una tromba en La Pequeña Librería de Brunswick Street. Encontró a Cat parada delante de su nuevo exhibidor «El libro es mejor», sosteniendo *La mujer del viajero en el tiempo* y *Por la vida de mi hermana* en una mano y el móvil en la otra. Delante de ella, Seb amontonaba volúmenes en forma de pirámide precaria.

—Bueno, la cosa es todavía peor de lo que pensábamos —anunció Frankie.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cat, sin apartar la vista del teléfono.

—¿A quién narices le estás enviando un mensaje?

Frankie se inclinó hacia ella para escudriñar la pantalla.

—Estoy creando la página de Instagram «Tíos buenos que hacen calceta». Con la presencia estelar de Claud, Claud y más Claud.

Cat volvió el móvil hacia Frankie para mostrarle la nueva página de Instagram inundada de fotos de Claud: haciendo calceta en el trabajo, tejiendo junto al fuego, tejiendo en el autobús y haciendo punto en la cocina (sin camiseta).

—A Claud le va a encantar. —Seb puso los ojos en blanco—. ¿Y qué, señorita Rose, dónde ha pasado la mejor parte de la mañana?

Frankie se detuvo y alargó el cuello en busca de signos de vida entre las estanterías. *Ningún cliente a la vista.*

—Cat —susurró por fin—, está muerta.

—¿Quién? —preguntó ella sin mirarla a los ojos.

—La Salvapantallas.

—¿Qué? —chillaron Cat y Seb al unísono—. ¿Cuándo? ¿Cómo? Dios mío, es horrible.

Cat abandonó el móvil por fin y se volvió hacia su amiga.

Frankie revolvió un montón de recibos que la gente había dejado sobre el mostrador. Todavía estaba tratando de procesar el bombazo que Sunny había dejado caer hacía un rato. Había tantas cosas que quería saber. Que necesitaba saber.

—Murió hace cinco años. Él dice que quiere pasar página. Incluso ha cambiado el salvapantallas. Lo ha remplazado por una foto de nosotros dos. ¿Qué te parece, como gesto romántico de la vida moderna?

—¿Te ha contado cómo murió? —quiso saber Seb.

—No, dice que todavía no se siente con fuerzas para entrar en detalles. —Frankie suspiró—. Parece todavía tan triste por la pérdida.

—Bueno, es comprensible. —Cat asintió—. Y para que no quepan dudas, ¿has sospechado en algún momento que él pudiera asesinarla? —Entornó los ojos—. ¿Da muestras de conducta antisocial? ¿Tendencias de *voyeur*? ¿Fijación con el fuego?

—Cat, no es un asesino en serie. Tienes que olvidarte de una vez del rollo ese de los sociópatas.

—¿Y qué pasa con la mujer del pub? ¿Era su cómplice, tal vez?

—¡Ja! Una colega del trabajo, por lo visto.

Frankie recogió una guirnalda de banderines del suelo y procedió a colgarla nerviosa en el expositor de «Cita a ciegas con un libro». Qué giro de la trama tan endiablado.

—Ay, Señor. ¿Qué voy a hacer ahora?

—No tiene por qué ser el fin del mundo. Vale, está muerta. Y sí, cinco años después sigue en su salvapantallas. Pero al menos sabes que no van a volver juntos.

—Pero ¿acaso no lo entiendes? —Frankie se encaró con Cat—. Todo lo malo desaparece automáticamente cuando mueres. Yo siempre iré un paso por detrás de ella. ¡Haciendo esfuerzos por estar a la altura de la mujer perfecta que ya no está!

—Díselo a Bateman.

—Seb, por favor, no metas a Patrick en esto. —Frankie empezó a caminar en pequeños círculos—. Ni siquiera tenía fuerzas para borrarla del móvil. ¿Cómo va a borrarla de su vida? Y yo tampoco se lo pediría. Es que no voy a estar a la altura. Nunca podré superarla.

—Tú puedes superar a cualquiera, Frankie —le aseguró Seb en un gesto amable pero inútil.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —lo interrumpió Cat.

—No tengo ni idea. ¿Pagarle la limpieza del coche? —Frankie se detuvo y enarcó una ceja en dirección a Cat—. Gracias por el detalle, por cierto. Abandonarme en mitad de un acto de vandalismo. Es la última vez que me arrastras a uno de tus descabellados planes.

—Ah, de nada, Frankie. ¿Un coche inundado de plátanos? Es brillante.

—¿Y por qué no has vuelto? ¿Dónde narices estabas? —preguntó Frankie.

—El baño de la frutería estaba atascado, así que he tenido que ir andando hasta Seven Seeds. Para cuando he vuelto ya estabas hablando con Sunny. Parecíais muy enzarzados en algo y, ya me conoces, no me gusta entrometerme.



Pasaron la tarde como la pasan los buenos libreros: intercambiando recomendaciones con los clientes y, cada vez que podían, escaqueándose para leer... con el fin de aconsejar mejor a los clientes, claro está. Pero Frankie no podía evitar que su mente viajase a los acontecimientos de la mañana. Una novia muerta. Un novio en duelo. Una fotografía con una historia detrás. ¿Qué significaba ella para ese hombre de infinitas capas? Inquieta, echó mano del móvil y empezó a escribir con furia.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó Cat desde el almacén, donde estaba reorganizando los libros de viajes.

—Buscando respuestas.

—¿Respuestas a qué? No me digas que estás en WebMD otra vez. Ya te lo he dicho, ese pliegue de piel extra es totalmente normal.

—No estoy buscando mis síntomas, señorita «seguro que es cáncer, por favor poned *Another one bites the dust* en mi funeral» —replicó Frankie con desdén—. Busco información sobre la novia de Sunny.

—¿Sabes al menos cómo se llama?

—Todavía no —murmuró Frankie mientras revisaba la página Facebook de Sunny (gracias a Dios, Cat la había convencido de que le pidiera amistad después de la primera cita) en busca de entradas sobre su difunta amante—. ¡Aja! Hazel D.

—Caray, qué rápida eres. —Cat se reunió con Frankie y se asomó por encima de su hombro—. ¿No aparece el apellido? Me parece sospechoso.

La puerta de la tienda se abrió para ceder el paso a la clienta más puntual de La Pequeña Librería de Brunswick Street. Aun cuando sonreía, la Chiflada Matilda siempre parecía enfadada e irrumpía con furia en la tienda cada tarde a las tres y media como un reloj. Cat murmuró un saludo por encima del hombro y luego siguió observando cómo Frankie se abría paso por el laberinto de Internet, donde revisaba esquelos e informes forenses y buscaba con frenesí cualquier mención de una chica de veintitantos cuyo nombre o iniciales coincidieran con los de Hazel.

Notificación de la muerte de Hazel D

¡Nada!

Hazel D muere inesperadamente

¡Nada!

Hazel D, novia de Sunny Day, ha muerto

¡Nada!

Cuarenta y cinco minutos más tarde, seguía sin encontrar nada.

—¡Me rindo! —Frankie plantó el teléfono sobre la mesa, sin hacer caso de las miradas sorprendidas de un cliente que deambulaba por la sección infantil—. Es como si nunca hubiera existido.

Súbitamente, Frankie retrocedió horrorizada.

—¡Mierda!

Desplazó el teléfono al otro lado de la mesa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Cat, sobresaltada.

—¡Es él!

—¿Quién? ¿Sunny? ¡Contesta!

—No puedo. Aún no puedo hablar con él. ¡Todo esto me supera!

—Por Dios, Frank, te estás portando como una boba.

Cat recogió el móvil, que seguía vibrando, y respondió en tono cordial. Intercambió un par de comentarios educados antes de pasárselo a su aterrada amiga.

—¿Qué tal, Sunny? —dijo Frankie, de nuevo en plan chica superguay que pasa de todo. Cat la miró expectante, asintiendo inconscientemente al ritmo de los «ajá» y «mmm» de Frankie. Al cabo de un ratito, Frankie abandonó el teléfono y se agachó a recoger el libro de reservas de debajo del mostrador. Con talante indiferente, procedió a buscar la última anotación.

—¿Y bien? —se impacientó Cat.

—Ah, perdona —dijo Frankie como sin darle importancia—. He quedado con él mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche?

—Sí. —Frankie, indolente, comprobó unas cuantas entregas—. Dice que me va a preparar la cena. Me ha preguntado si me gusta el pastel de plátano helado.

—¿Helado? ¿Y eso qué significa?

—Dice, y cito literalmente: «La venganza es un plato que se sirve frío».

22

Fue Hemingway mientras duró

Cuentan que sir Thomas Beecham afirmó en cierta ocasión: «Hay que probarlo todo una vez, menos los bailes tradicionales y el incesto». Bueno, sir Tommy, permite que dé inicio a este texto diciendo: no sabes cuánto lo lamento.

Pero mejor empiezo por el principio. Hace unas cuantas semanas dejé mi queridísimo ejemplar de *Middlesex*, de Jeffrey Eugenides, en el autobús de Hoddle Street. El típico grupo de niñas en edad escolar subió al autobús entre risitas en el preciso instante en que yo me apeaba y supuse (horrorizada) que una de ellas arramblaría con mi adorada novela. Sin embargo, para mi sorpresa, hace apenas dos días recibí un delicioso correo de un hombre llamado Ernest. Había encontrado mi libro, le había encantado y quería quedar conmigo. Bueno, ¿cómo negarse a algo así? Sobre todo si la invitación procede de alguien con nombre de premio Nobel. Era el destino. O eso creía yo.

Antes de continuar, permitidme un inciso sobre la situación con Edward Cullen. Resulta que no se trata tanto del infiel Tom Buchanan que yo me temía como de un doliente capitán Norval Chase. Así es, perdió al amor de su vida. Y al hablar de perder no me refiero a que lo dejó olvidado en un supermercado, donde habría podido recuperarlo más tarde en objetos perdidos, como hice yo ayer con mi ejemplar de *Lady Susan*. Hablo de deceso, defunción, luto, fallecimiento, muerte. Como podéis imaginar, el escenario me conmueve tanto como me abruma. Pensé en cancelar la cita con Ernest a causa de mi situación emocional, pero:

1. Una chica tiene que cenar.
2. Resulta que estoy volviendo a encontrarme a mí misma. Es decir, tengo una sensación de propósito, de que mi vida tiene sentido, porque, por más que me guste leer, escribir aún me gusta más, lo necesito, y este blog me está ayudando a recomponerme.
3. ¿Cómo dejar pasar la oportunidad de comentar la brillante obra de Jeffrey Eugenides?

De ahí que decidiera no cancelar la cita con Ernest.

Sin embargo, la velada, para ser sincera, fue una lenta *Muerte en la tarde*. Me informó de que asiste regularmente a clases de danzas tradicionales israelíes en Elsternwick y me invitó a acompañarlo. Después de que mi mejor amiga (que es fanática de toda clase de ejercicio físico, baile y ligoteo) me animase encarecidamente a aceptar, acabé respondiendo: *Qué diantre, ¿por qué no?* Tomé el tren a Elsternwick, dejé unos cuantos libros en la línea de Sandringham por el camino y encontré a Ernest parado delante de un viejo almacén, tal como me había prometido. Llevaba mi roñoso libro en una mano y una botella de agua color naranja fosforito en la otra. Como de costumbre, mi primera pregunta fue: «Y bien, ¿qué te ha parecido Middlesex?». A lo que él respondió: «Genial. Sencillamente genial.» La cosa pintaba bien.

La clase de danzas tradicionales israelíes fue entretenida, cuando menos. Una estrepitosa música de Oriente Medio atronaba en los altavoces, fijados a la parte alta de las paredes, y en lo más profundo de mis venas. La temperatura en el recinto superaba en unos diez grados a la del exterior y todo el mundo acabó bañado en una espesa capa de sudor. Bailamos en círculos, aprendimos danzas como la Grapevine, la Cherkesia y la Yemenita y gritamos «yalla», «oi» y «hey» cada pocos pasos. Ernest me dijo que tenía un don natural y, para ser sincera, era verdad.

Ahora bien, no os emocionéis demasiado. Los problemas comenzaron con el baile de parejas. Ernest agarró mi pegajosa mano y me estrechó contra su pegajoso cuerpo. Empezamos a gritar para hacernos oír por encima de la música y hablamos de todo, desde Calliope Stephanides hasta las complejidades del género pasando por nuestra pasión compartida por cualquiera que gane el premio Pulitzer. Me habló de su dominante madre y yo rajé de la mía.

Y fue entonces cuando entramos en terreno peliagudo.

—La prima tercera de mi madre también se cambió de nombre tras una

experiencia transformadora en un ashram balinés— dijo.

—¿Ah, sí?—. Le animé a continuar.

Al cabo de un rato, volvió a la carga.

—La prima tercera de mi madre también concibió a su hija en un vagón de tren.

—La prima tercera de mi madre se llama igual que tu madre.

—¿Me enseñas la foto otra vez? La prima tercera de mi madre es idéntica a tu madre.

¿Intuís cómo acaba la historia? Resulta que estaba bailando danzas tradicionales con mi primo tercero, al que llevaba años sin ver.

Bueno, cuentan que Jeffrey Eugenides dijo en cierta ocasión: «Lleves el tiempo que lleves en ello, siempre empiezas de cero». Supongo que se refería a mi vida amorosa.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

Deja un comentario (121)

El gato Garabato > LOL Qué tío más majo ese sir Thomas Beecham

Jane Ostentosa > Una colega me dijo que leyera tu blog y no me ha decepcionado. ¡Es DIVERTIDÍSIMO! Ah, qué tragedia estar soltera en Melbourne.

No te ofendas pero... > Tu entrada me parece un tanto racista. ¿Era necesario mencionar la procedencia étnica de las danzas?

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Otro comentario ridículo, típico de alguien tan irritante como tú.

No te ofendas pero... > @StephenPrince, otro comentario chirriante de un insoportable como tú.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... ¿Vamos a tomar una copa en Two Wrongs y cambiamos juntos de marcha?

No te ofendas pero... > @StephenPrince YA TE GUSTARÍA

Demonio de Harry Potter > Mil LOLs. Esto debería ser un libro.

Crónica del pájaro que da cuerda al mundo, de Haruki Murakami

Tren de Pakenham a Melbourne Central

Frankie se quedó parada ante la puerta de Sunny e inspiró hondo. Respirar la tranquilizó, pero igualmente no pudo evitar jugar nerviosa con la botella de Pinot que llevaba en las manos, agitando una esquina de la etiqueta entre el índice y el pulgar. Se arregló la camiseta de talle bajo y se recolocó la cintura del pantalón. Si bien Sunny le había asegurado que no hacía ninguna falta, había pasado todo el día frotando su coche a cuatro patas, y después de tres duchas todavía apestaba a plátanos.

Suspiró al recordar la expresión de Sunny cuando le habló de Hazel D. Nunca había visto una pérdida tan inmensa reflejada en unos ojos. Imaginaba que eso debió de sentir Dexter Mayhew cuando Emma Morley murió. *Venga, puedes hacerlo* —pensó—. *Puedes...*

—Me parecía haber oído una respiración siniestra al otro lado de la puerta.

Sunny abrió de repente y Frankie, sorprendida, dio un respingo.

—Perdona. Estaba a punto de llamar. Toma, para ti —dijo Frankie a toda prisa, y le plantó la botella de vino en las manos.

—Pinot, mi favorito. Entra.

Con un gesto natural, Sunny le posó la mano en la parte baja de la espalda y la condujo suavemente al interior de su casa.

El intenso aroma a queso fundido y a masa recién horneada inundó los sentidos de Frankie. El apartamento de Sunny estaba pintado de un azul vívido y sobre la mesa del comedor había esparcidas grandes hojas de papel de estraza con esbozos dibujados.

—Hala —dijo Frankie.

—Ya te dije que soy un desastre. —Sunny se encogió de hombros.

Frankie se sintió atraída por un dibujo a color en particular, una imagen hermosa y sin embargo desafiante de una mano sosteniendo un corazón sangrante delante de un abeto adornado con luces de Navidad y farolillos de

colores, cuya leyenda decía, en grandes letras negras: UNA VEZ UN HOMBRE ENTREGÓ SU CORAZÓN POR NAVIDAD. Palpó el grueso papel de estraza y miró la ilustración colocada a un lado con descuido. DESTINOS CRUZADOS, rezaba el eslogan sobre una hermosa imagen de los que parecían Romeo y Julieta entrelazados por un mismo riñón sangrante.

—¿Qué son? Qué pasada —exclamó Frankie, incapaz de apartar los ojos.

—Ah, solo es una idea en la que estoy trabajando. No te fijas demasiado, aún están en proceso —respondió Sunny, sin darse importancia.

—¿Los has dibujado tú? ¡Son preciosos!

—Sí. Son cuatro rayas. Aún estoy buscando el concepto.

Frankie miró de reojo a Sunny, que trasteaba por su minúscula cocina. Tenía los hombros tensos y parecía sentirse, si no nervioso, sí expuesto.

—Son geniales. No sabía que supieras dibujar —observó Frankie.

—Fui el director de arte de AKDB hasta el año pasado, cuando lo dejé para montármelo por mi cuenta.

—¿Director de arte de AKDB? ¿No es una de las agencias de publicidad más importantes de Australia?

—Puede.

—¿Y por qué yo no lo sabía? —preguntó Frankie.

—Nunca has preguntado —replicó Sunny, y ella se sintió culpable al instante.

—No me puedo creer que tuvieras las pelotas de marcharte de una agencia tan importante —comentó ella con voz queda.

—Me encanta dibujar, resolver problemas y generar grandes ideas. Pero estaba harto de concebir esas ideas para anunciar pasta de dientes y bancos. ¿Me explico? O sea, ya sé que algo hay que hacer para pagar las facturas, pero quería dedicar mi tiempo a cosas más importantes. Más relevantes. Así que propuse una idea para ofrecer a la Asociación Australiana de Trasplante una campaña desinteresada. Es una organización benéfica con la que me siento

muy comprometido porque... bueno, por Hazel. —Sunny se interrumpió y a Frankie le dio un vuelco el corazón—. A la directora creativa le encantó, pero no estaba dispuesta a trabajar gratuitamente, aunque la agencia es multimillonaria. Y la asociación no tenía dinero para sufragarla. —Frankie advirtió una nota de amargura en la voz de Sunny—. Así pues, al día siguiente presenté mi dimisión. Estoy en conversaciones con la Asociación Australiana desde entonces.

—Qué valiente por tu parte.

—En realidad, no. —Sunny desdeñó el comentario con un gesto de la mano—. Solo era algo que tenía que hacer. Ya sabes, para poder mirarme al espejo por las mañanas.

—Tienes las cosas tan claras, Sunny —observó Frankie mientras pasaba la vista por los bocetos, cada cual inspirado en las ilustraciones de libros diversos—. Entonces... ¿esto tiene algo que ver con la causa de su muerte? ¿De Hazel?

Frankie pronunció el nombre con sumo cuidado y vio cómo Sunny fruncía el ceño al oírlo.

—Ay, me parece que la pizza se está quemando. Será mejor que la saque del horno antes de que prenda fuego a mi casa otra vez. ¡Esa historia tampoco te la he contado!

Sunny regresó corriendo a la cocina y dejó a Frankie entre los dibujos, con el nombre de Hazel todavía en los labios.



—Esta pizza está in-creíble. —Frankie hincó el diente a una porción cubierta de champiñones, pimienta y olivas—. No me puedo creer que la hayas hecho tú.

Estaban sentados a la mesa de madera rústica de Sunny. Habían apartado a un lado los papeles y bocetos para tener espacio.

—Es lo único que sé cocinar, en realidad. Pero me sale bien, modestia

aparte.

Sunny sonrió entre bocados.

—Ya lo creo que sí. Y yo entiendo de pizza. No sé si te lo he dicho, pero es mi comida favorita —dijo Frankie.

—Me lo imaginé cuando pediste una pizza tamaño familiar el otro día en tu casa —rio Sunny.

—¡Eh! A grandes males, grandes remedios, amigo mío. Si convertirte en «la chica con la regla» no requiere una pizza tamaño familiar, no sé qué lo hará.

—¿Y qué? ¿Estás escribiendo? —preguntó Sunny.

Frankie tomó un sorbo de vino y se planteó si contarle lo del blog. Seguramente le haría gracia. *Mejor otro día.*

—Nada de nada.

—¿Por qué? Venga, Frank. He leído tu último libro. Es genial. De verdad. Y eso que me revienta la ficción romántica. —Sunny sonrió.

—¿Has leído *Austen para chicas de hoy*? ¿Cuándo?

—El día que supe que tú lo habías escrito.

A Frankie se le aceleró el corazón mientras se tapaba la cara con una porción de pizza.

—No es verdad, ¿a que no?

Sunny posó la mano sobre la de Frankie e hizo la pizza a un lado.

—Deberías estar orgullosa. Es un libro increíble, Frankie. De verdad. Tienes un estilo muy artístico.

—No me hables de cosas artísticas, señor director de arte. Esos dibujos sí que son alucinantes.

Con ánimo de distraerlo, y distraerse, Frankie señaló los bocetos colgados de las paredes.

—No son nada. Solo esbozos. Deberías ver mis pinturas al óleo —presumió Sunny en plan de broma.

—¿Tus pinturas al óleo? Eres una caja de sorpresas, señor Day. ¿Puedo

verlas? —pidió Frankie.

—Bueno, hay una colgada en mi dormitorio que podrías ver dentro de un rato, si quisieras. —Sunny le guiñó un ojo.

El corazón de Frankie se desbocó cuando miró de reojo la puerta sumida en sombras al final del breve pasillo que partía del salón.

—Entonces, esas ideas —dijo Frankie, recuperando la compostura—. ¿Dices que se las presentaste a la Asociación Australiana de Trasplante?

—Sí, me he reunido unas cuantas veces con ellos y, por lo que parece, les encanta el concepto. Tengo un buen presentimiento. Por fin. Llevan años usando datos y cifras para tratar de involucrar a la gente, y no les funciona. Yo les digo que tenemos que conmovierlos. Hacerles pensar, sentir. Espero que unas ilustraciones grandes y cautivadoras acompañadas de mensajes emocionales y todo ello conectado con imaginería gráfica, realista y sangrienta, consigan el efecto que busco. Solo es cuestión de conseguir que suelten dinero suficiente como para poner en marcha el proceso. Lo haría gratis, pero producir anuncios no es barato —explicó Sunny.

—¿Cuál es el siguiente paso? —quiso saber Frankie.

—Bueno, me reuní con la mandamás de la asociación el otro día. En realidad, justo después de que me devolvieras el móvil —dijo Sunny con una sonrisa—. De ahí la reunión en el National. La mujer con la que me encontré, la directora de *marketing*, parecía entusiasmada. Fue mi primer logro. Los dos estábamos emocionados.

—Ah, ya —fue la respuesta de Frankie, que se moría de vergüenza al recordar cómo lo había espiado entre los arbustos—. Es genial, Sunny. Un proyecto alucinante.

No podía sino sonreír al ver a Sunny tan animado, tan rebosante de pasión.

—En fin —dijo Sunny a la vez que apilaba los platos vacíos—. ¡Es la hora del postre!



Después de comer demasiados brownies de chocolate, Sunny se apoltronó en el sofá rojo brillante del salón y observó cómo Frankie revisaba su biblioteca, rozando con el pulgar el lomo de cada novela.

—John Green, Rainbow Rowell, Cassandra Clare, Veronica Roth, Stephanie Meyer... Eres, literalmente, la persona que posee la mayor colección de literatura juvenil de toda la gente que conozco —rio Frankie.

—Te pones tan esnob, cuando hablas de libros —la criticó Sunny, y le tiró un cojín.

—No es verdad —replicó ella a la vez que se lo devolvía—. Solo pienso que hay cosas más interesantes que la ficción para jóvenes. Sobre todo si eres un hombre de treinta y dos años.

—Discrepo. Te puedo dar cinco razones por las que los libros juveniles son mejores que cualquier otro género —dijo Sunny, y se encajó el almohadón debajo de la cabeza.

—Vale, señor Day. Cinco razones. ¡Venga! —lo desafió Frankie.

—Primera: son tesoros literarios —empezó él, antes de ser interrumpido por un desdeñoso: «ja».

—Déjame terminar —pidió Sunny—. La literatura juvenil a menudo se considera un género menor, por parte de los críticos arrogantes, como la presente —Frankie puso los ojos en blanco—. Una manía que me parte el corazón. Piensa en libros premiados como *El odio que das*, de Angie Thomas, o *The giver*, de Lois Lowry. ¿Me vas a decir que no tienes buena opinión de esos dos libros brillantes e intemporales, Frankston?

Antes de que ella pudiera responder, Sunny prosiguió:

—Segunda: exploran nuevos territorios. O sea, *Finding Nevo*, de Nevo Zisin, describe de maravilla las complejidades del género, la religión y la sexualidad. Tercera: reflexionan sobre la cultura popular y la actualidad. Piensa en *Dear Martin*, de Nic Stone, que trata de un chico que es arrestado por razones incomprensibles para él. Cuarta: son místicas y ambiciosas, a

diferencia de los libros que te gustan a ti. Y quinta, dos palabras: Harry Potter.

Sunny concluyó su discurso saludando con una inclinación de cabeza.

—Hala —exclamó Frankie.

—Hala, ¿qué?

—Nunca habría pensado que la pasión de alguien por la literatura juvenil pudiera ser tan sexy. —Frankie sonrió.

—Entonces, ¿significa eso que vas a darle una oportunidad? —preguntó él, enarcando una ceja.

—Desde luego que no. —Frankie trataba de disimular su sonrisilla de superioridad cuando sus ojos se posaron en algo del estante inferior—. ¡Oh! Aquí está tu ejemplar *de Winnie-the Pooh*.

Extrajo el libro, más ajado que su propio ejemplar. Casi todos los cantos de página habían sido doblados. Parecía un volumen más amado que ninguno que hubiera visto en su vida.

—Es precioso —dijo Frankie, al pasar las páginas con cuidado.

—¿Cómo está *Winnie*, por cierto? —quiso saber Sunny.

—De maravilla. Está en casa, en su terrario, seguramente dándose un festín de pienso de tortuga. Cat ha insistido en quedarse a cuidarla esta noche.

—¿No le importa dejar solo a Claud?

—Si te soy sincera, creo que quería alejarse de él. Esos dos se comportan de un modo muy raro últimamente —reveló Frankie.

—Deben de ser los nervios de la espera —sugirió Sunny.

Frankie devolvió el libro a la estantería y lo colocó en su sitio con demasiada fuerza. Una foto enmarcada cayó a trompicones de un estante superior y el cristal se hizo añicos contra el suelo.

—¡Mierda, Sunny, lo siento! —se lamentó Frankie, al mismo tiempo que recogía el marco. Y allí, a sus pies, se encontró con una foto de Hazel y Sunny abrazados delante de la torre Eiffel—. Ay, Dios mío. Lo siento muchísimo —repitió mientras se arrodillaba para recoger el cristal.

—No recojas los pedazos con las manos, Frankie. Traeré una escoba —dijo Sunny con un atisbo de gravedad en la voz al levantarse del sofá con brusquedad.

—No, no, no pasa nada. Ya lo tengo. Yo lo haré.

Frankie amontonó los cristales con tiento en su mano, pero no con la precaución suficiente...

—¡Mierda! —exclamó cuando se cortó el dedo. Se lo llevó a la boca para absorber la sangre.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Sunny, ahora corriendo hacia ella—. Déjame ver.

—Estoy bien, estoy bien. Es un corte superficial. Perdóname, Sunny, no tenía ni idea de que esa foto estaba ahí.

—Tranquila —respondió él con frialdad.

Frankie volvió a disculparse con voz temblorosa.

—Compraré otro marco. No es el fin del mundo —suspiró él.

—No sabes cuánto lo lamento —insistió ella—. No me puedo imaginar lo que debe de ser pasar por algo así. No lo mereces. Ni nadie. Ojalá ella siguiera en tu vida. Así no tendrías que salir con idiotas como yo por culpa de una tragedia que no se pudo evitar.

Sunny bajó la vista hacia las piernas de ambos, en contacto por la zona de las rodillas. Acarició con el pulgar la costura de sus vaqueros oscuros.

—No es eso, Frankie —murmuró, todavía sin mirarla a los ojos—. O sea... perder a Hazel fue la peor experiencia de mi vida. Y te hablaré de ello cuando me sienta preparado. Pero no soy de esas personas que se conforman con cualquier cosa. Jamás me involucraría en una relación con alguien si no tuviera la seguridad de que es una persona increíble. Y supe que eras increíble en el instante en que me besaste en la nariz en la librería.

A Frankie se le puso la piel de gallina.

—Perdona —musitó.

—¿Frankie? —le pidió él con dulzura.

Ella alzó la vista.

—Debes dejar de disculparte por ser tú.

—¿Puedo besarte en vez de pedirte perdón?

—Sí, eso estaría bien.

Las mejillas de Frankie rozaron la barbita incipiente de Sunny cuando se inclinó hacia él para buscar sus labios. Sunny la levantó en volandas y Frankie le rodeó el cuerpo con las piernas. Soltó una risita contra su cuello cuando la llevó en brazos al dormitorio y la depositó sobre la cama con suavidad. Volvió a besarla, ahora con más pasión, y pronto las camisas de ambos yacían en el suelo. Sunny la contempló e inspiró profundamente. Desplazó el dedo despacio por la tira del sujetador de Frankie, cerca de la clavícula, pero en lugar de retirar la tira del hombro, como ella esperaba, siguió acariciándole el pecho con los dedos para dibujarle las constelaciones de las pecas.

—Me encanta salir contigo —susurró Sunny entre besos.

Frankie retrocedió. Le dio un vuelco el corazón, pero ninguna palabra acudió a su mente. Así que hizo lo único que le pedía el cuerpo: cerró los ojos y lo estrechó entre sus brazos.



Tendida junto al durmiente Sunny, Frankie se dejó envolver en las suaves respiraciones del hombre. Lo miró y sonrió al tiempo que le acariciaba el remolino del cabello con delicadeza. Los mechones rizados de la base del cuello se doblaron bajo sus dedos. Hacía mucho tiempo que Frankie no se sentía como ahora. De hecho, puede que nunca se hubiera sentido así. Lo que había pasado entre ellos emanaba algo tan íntimo, tan especial. Ads le inspiraba seguridad, la tranquilidad de saber lo que iba a suceder a continuación, pero con Sunny era distinto. Él era una caja de sorpresas, cada una mejor que la anterior. Echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche, que descansaba sobre un ejemplar de su libro. La una y doce de la madrugada. No

podía dormir. Miró la preciosa pintura al óleo de Sunny que decoraba la pared de enfrente. Los colores creaban lo que parecía el perfil de Melbourne recortado contra el cielo, pero en lugar de edificios estaba compuesto de altísimos árboles. Al fondo de la pintura, en gruesas letras negras, destacaban las palabras: *¿Por qué no podemos empezar de cero y crearlo todo de nuevo?*

Frankie suspiró y sonrió. En el fondo no podía evitar preguntarse si las palabras, la pintura al completo, no hablarían de Hazel. No podía dejar de pensar en la hermosa chica castaña; y experimentó una punzada de tristeza por Sunny, pero también el pellizco de los celos. *¿Cómo iba Sunny a quererla tanto como amaba a Hazel? Y tampoco estaban listos para entrar en ese terreno, ni mucho menos.*

Frankie dio media vuelta y se asomó por el borde de la cama. Buscando su teléfono, palpó la moqueta con la mano. Lo encontró enredado con una tira de su sujetador, lo recuperó y lo conectó.

👤 Cat: ¿Puedo darle chocolate a la tortuga? PD ¿Ya os habéis acostado? x

👤 Frankie: No y sí. xx

Frankie abrió su página de correo electrónico. En lo más alto de su bandeja de entrada encontró un email cuyo asunto rezaba: *He encontrado tu ejemplar de El hombre en busca de sentido en el tren.*

Tragó saliva y leyó el email. Era bueno. Muy bueno. Le proporcionaría un material excelente para su blog. Frankie miró de reojo a Sunny, que dormía tranquilamente a su lado, y se sintió un poquitín culpable. Había encontrado a alguien que le gustaba de verdad. ¿Y acaso no era ese el objeto de todo el experimento del tren? ¿No debería ponerle fin, antes de que alguien se hiciera daño? Pero su blog estaba tomando impulso. Ahora contaba con un par de miles de suscriptores y una revista virtual independiente de la ciudad había reproducido su última entrada, con el titular: «Leyendo entre líneas... ¡literalmente! ¿Alguna vez habéis oído hablar de citas relámpago en los trenes? La “lectora ninja” deja sus libros favoritos en los ferrocarriles con la esperanza de encontrar a su media naranja.» Le daba casi demasiado miedo como para creerlo, pero una vocecilla interior le decía que este podía ser el trampolín que necesitaba para volver a escribir. La razón de ser del blog ya no era tanto encontrar el amor como abrirse paso en la literatura. Antes de que le diera tiempo a cambiar de idea, Frankie respondió a toda prisa al hombre situado al otro extremo del email.

Me encantaría conocerte. ¿Dónde te va bien?

Escarlata (alias Frankie).

En realidad no es una cita romántica, se dijo. No voy a acudir a ella en busca de amor; tan solo de contenido para mi blog. No pasa nada. Estás actuando bien. Oyó a Sunny revolverse en sueños y confinó el sentimiento de culpa al fondo de su mente.

24

El acosador entre el centeno

¡En fin, allá vamos otra vez! Hace unas cuantas noches, recogí mi top de seda de la tintorería, me pertreché con pañuelos de papel y un frasco de Valium (por si las moscas) e hice de tripas corazón para afrontar otro encuentro ferroviario.

Antes de que lo preguntéis, sí, estoy viendo a Edward Cullen. En ese caso, ¿por qué acudir a esta cita? (#discorrayado) Bueno, como dijo la venerada filósofa Samantha Jones en cierta ocasión, eres un agente libre hasta que él te declara su amor. (Además, desde que me llevé el chasco de mi vida, cuando la cosa empieza a tornarse real prefiero salir por piernas/autosabotearme/reprimir las emociones profundas. Sí, soy una contradicción andante. Perdonadme, por favor.

Y eso me lleva a Jai. Se puso en contacto conmigo después de encontrar mi ejemplar de *El hombre en busca de sentido*. (Si algo bueno podéis sacar de este montón de fanfarronadas es la lectura de ese libro. ¿Ya lo habéis leído? Volved a leerlo.) A juzgar por nuestra correspondencia electrónica, Jai es un maestro de escuela con debilidad por la ficción histórica y las danzas latinas. Y está buscando desesperadamente el amor.

Nos encontramos en la terraza del Bomba, un concurrido bar de tapas ubicado en mitad del bullicio de Lonsdale Street. Yo no suelo tomar tapas. Me gustan las raciones potentes (#damemaspor menos), pero el hecho encontrar a mi ligue sentado en un rincón con toda una selección de minúsculas golosinas desplegadas como una ofrenda (benditos sean sus calcetines de algodón) tornó súbitamente esa merienda de muñecas en algo más aceptable. ¡Puntos por la consideración, pero que no dejen de llegar!

¿Primeras impresiones? Jai ofrecía un aspecto deliciosamente descuidado, ojos brillantes y sonrisa enmarcada por barbita de dos días. Se levantó para saludarme y me fijé en sus manos, del tamaño de un plato llano. Pero vayamos al quid de la cita. La conversación fluyó con suma facilidad. Por lo general una diría: «Genial. La conversación fluyó con suma facilidad». Sin embargo, en este caso en particular, me refiero a que Jai se saltó alegremente todos los límites que se dan por sobreentendidos en un primer encuentro. Sí, la conversación pasó de ser educada a animada, y de ahí a profunda, y luego rápidamente a «para el carro, Jai». He aquí un pequeño resumen.

1. Jai educado

Hablamos de mascotas y de profesiones. Le solté un rollo sobre *Winnie* y él me enseñó las fotos de su bulldog francés. Compartió puntos de vista interesantes sobre la relación progenitor-maestro y yo eludí cualquier intento de conversación sobre memes de Internet.

2. Jai animado

Soy capaz de reproducir los tres primeros pasos de la rumba. ¡Chico, menuda clase!

3. Jai profundo

Sé que está muy unido a su madre. Mucho. Sigue en contacto con casi todos sus profesores de secundaria. Se sabe de memoria toda la banda sonora de *Les Misérables*. Para cuando cumpla treinta y cinco, le gustaría tener tres hijos (será mejor que le metas caña, Jai) y le dan miedo los murciélagos.

4. Te estás pasando, Jai

No, no te puedo decir qué día ovulé por última vez. No sé si en mi familia hay casos de displasia de cadera. Y te agradezco las molestias que te has tomado, pero ¿cómo sabes que suelo tomar el tranvía 86?

En cuestión de noventa minutos, el encuentro había escalado de gracioso y original a desquiciado e inapropiado. Después de escaquearme para que no me examinara las caries, me zampé disimuladamente el último entremés, musité una excusa y me largué por piernas. Desde que me separé de él, HACE TRES DÍAS, he recibido treinta y ocho mensajes (no deseados) de Jai. He aquí algunos de los más memorables.

👉 Jai: Eh, Frankie, no dejar que te acompañe a casa demuestra que eres una mujer fuerte e independiente. Ya veo que has llegado sana y salva. Gracias otra vez por una noche genial. Jai x

👉 Jai: Buenos días, Frankie, ¿qué tal has dormido? Yo he pasado en vela casi toda la noche. No podía dejar de pensar en ti. No es frecuente conocer a alguien tan agradable. De trato y a la vista. ¿Cuándo puedo volver a verte? Jai x

👉 Jai: Hola, Frankie, sé que acabas de llegar del trabajo y me hace sentirme fatal molestarte, pero estaba echando un vistazo al programa del próximo Festival de Comedia y quería saber si te gustaría ver a Tommy Little el 22 de marzo. Jai xx

👉 Jai: Perdona, te habrá parecido raro. ¿Marzo? Me estoy precipitando.

👉 Jai: He visto que has comprobado tus mensajes desde el último que te envié. ¿Estás molesta por algo? Jai xx

👉 Jai: ¿Qué estás mirando? Jai xx

👉 Jai: No dejo de pensar en ti.

👉 Jai: Mi terapeuta me dice que entro con demasiada brusquedad, pero cuando veo algo bueno no quiero arriesgarme a perderlo. Creo que entre tú y yo hay una conexión especial. ¡Sal conmigo una vez más! Jai xx PD: Estabas guapísima con ese vestido esta

mañana. El rojo te sienta de maravilla.

☎ [21 de febrero, 16:12] Llamada perdida de Jai

☎ [21 de febrero, 19:42] Llamada perdida de Jai

☎ [21 de febrero, 20:43] Llamada perdida de Jai

☎ [21 de febrero, 22:27] Llamada perdida de Jai

☎ [22 de febrero, 4:18] Llamada perdida de NO RESPONDER A ESTE NÚMERO BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA

👤 NO RESPONDER A ESTE NÚMERO BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA: ¿Va todo bien? Me parece que te has dormido. Llamaré al timbre por si acaso.

👤 NO RESPONDER A ESTE NÚMERO BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA: Lo siento por ti.

👤 NO RESPONDER A ESTE NÚMERO BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA: Por favor, dime en qué me he equivocado.

Parece ser que Jai se ha dedicado a acosar, ejem, amorosamente, a cosa de cinco mujeres después de arrastrarlas en Tinder. Lleva siete meses ligando de manera compulsiva, y atiborrando de flores y lugares comunes a mujeres y espiándolas a través de las cortinas. Ahora la policía controla de cerca sus actividades románticas. En estos momentos se están planteando si incluirlo en un programa de vigilancia para depredadores sexuales.

En ocasiones, ser soltera no está tan mal, al cabo.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

Deja un comentario (1434)

No te ofendas pero... >@Stephen Prince, me recuerda mucho a ti. ¡UN ACOSADOR!

Stephen Prince > @Noteofendaspero... ¡AUCH!

El gato Garabato > Tengo miedo por ti, en serio.

Fat Foodie > Esas tapas me interesan. ¿Detalles, por favor?

La canción del cielo, de Sebastian Faulks
Tren de South Morang a South Morang

El placer del amor, de Alain de Botton
Tren de Hurstbridge a Flinders Street

En el andén, Frankie retrocedió un paso cuando el tren, ahora cargado con un ejemplar de *Estación Once*, de Emily St. John Mandel, se alejó pesadamente. Había llegado con cierto margen a su cita con Cat para colarse en unos cuantos trenes, dejar libros en los asientos vacíos y salir pitando antes de que las puertas se cerraran. Trataba de llegar a más gente, aunque no tenía muy claro por qué. *Esto guarda más relación con el blog que con las citas*, se decía una y otra vez. Mientras miraba cómo el tren se perdía de vista, tuvo la desagradable sensación de que la estaban observando. Giró sobre los talones, con las manos en postura de kárate. Nada. Solo los viajeros normales pululando de un lado a otro.

Mientras se encaminaba a su andén, dejó con disimulo *Pequeños fuegos por todas partes*, de Celeste Ng, encima de un banco. Buscó a Cat con la vista y se recostó contra la fresca superficie de una pared de ladrillos, dispuesta a esperar. De nuevo hacía uno de esos días inusualmente cálidos de Melbourne, que había comenzado con una llovizna caliente y ligera para ir evolucionando hacia una agradable tarde de verano.

Se encontraba cerca de dos mujeres, las dos con los párpados bien delineados y gruesos flequillos que enmarcaban rostros de facciones menudas. Fragmentos sueltos de su conversación flotaban entre los traqueteos y siseos de los trenes.

—...me regaló flores.

—Hala, qué mono.

—No, es demasiado.

—... Freddy...

— Lo arrastro a la derecha...

Frankie avistó a Cat, que la saludaba a través del gentío, y observó con una sonrisa cómo sostenía un espeso batido verde con una mano mientras con la otra se apartaba furiosamente unos cuantos rizos sueltos de los ojos e intentaba introducirlos en el gran moño que se le torcía en lo alto de la coronilla. Frankie miró el reloj.

— ¡No me lo puedo creer! Pero qué puntualidad, Cooper. ¡Solo seis minutos y medio tarde!

— Ya sabes que no puedo afrontar el miércoles sin un buen chute de All Kale the Queen.

— Lo que tú digas, mami —respondió Frankie a la vez que le plantaba a su amiga un beso en la mejilla.

El tren entró en el andén con apenas dos minutos de retraso y ellas entraron en tromba junto con sus compañeros de viaje. Cat se abrió paso a codazos al asiento reservado más cercano y se desplomó, la camiseta de punto expandida sobre su enorme barriga. Tomó un sorbo de bebida y miró a su amiga con las cejas enarcadas. Frankie comprobó con la vista la disponibilidad de asientos libres y, con la conciencia tranquila, se acomodó junto a Cat.

— ¿Y bien?

— ¿Y bien, qué? —preguntó Frankie.

— No te hagas la tonta conmigo, Franklin Roosevelt.

Esta miró a un lado y a otro, como buscando la respuesta al enigma que conocía como su mejor amiga.

— Ha llegado el momento —insistió Cat.

— ¿El momento de qué?

— De que pase un poco de tiempo de calidad con tu novio. —Cat levantó una mano para cortar las protestas de Frankie—. Bla, bla, bla. No acepto un «no» por respuesta. Con este no podemos correr más riesgos. Tengo que saber de una vez y para siempre si merece tu tiempo.

Frankie miró a Cat de hito en hito.

—En primer lugar, Sunny no es mi novio —dijo. A continuación, tras una pausa dramática, añadió—: Y en segundo lugar, seamos sinceras, Cat, ya has hecho bastante daño a una sola relación.

Fingió pelar un plátano y asestó un gran mordisco a la fruta imaginaria.

—¿Daño? ¡Cómo te atreves! —Cat hinchó los carrillos y levantó la barbilla con aire ofendido—. Qué desagradecida, Frankie. Qué desagradecida.

La otra sonrió; no podía resistirse a los carrillos hinchados de Cat.

—Te quiero, Cat, pero incluso tú debes de ser consciente de que es total y absolutamente innecesario que pases muchísimo rato con Sunny. O sea, ¡yo apenas he pasado tiempo con él!

Cat hinchó los carrillos de nuevo y se cruzó de brazos con un sonoro *pfff*, pero su supuesto enfado no duró demasiado.

—Lo hago para protegerte, ¿sabes? —prosiguió, antes de que llegaran a la siguiente parada—. No soporto la idea de que alguien pueda jugar contigo. Solo quiero asegurarme de que es de fiar —dijo con ternura, a la vez que hundía la mano en su enorme bolso de bandolera y hurgaba por el interior haciendo ruido.

—Ya lo sé, Cat.

—Mierda —masculló Cat al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás—. Me he dejado el teléfono en casa y Claud me ha pedido que le enviara un mensaje en cuanto llegaran sus agujas cortas. Está impaciente por dominar la técnica del encaje. Qué disgusto se va a llevar.

Frankie sonrió y le tendió el teléfono. La imagen del fornido Claud atendiendo a sus delicadas creaciones, dando vida a las prendas con tanto amor, siempre conseguía alegrarle el día. Mientras Cat escribía en el teléfono como una posesa, Frankie se recostó en el asiento y se dejó mecer por el traqueteo del tren.

Cuando llegaron a su parada, Frankie y Cat se abrieron paso hacia la salida.

En cuanto sus pies tocaron el andén, Cat giró sobre sí misma con una sonrisa sospechosamente radiante en la cara.

—¿Verdad que los miércoles son maravillosos, Frankie? —exclamó con alegría al deslizarse hacia el control de viajeros.

En ese momento, el teléfono de Frankie vibró. Al sacarlo del bolso y ver un mensaje de un tal Sunny Day, echó una ojeada a su amiga, que había salido disparada.

☛ Sunny: Será divertido. Nos vemos pues

¿Qué?, pensó Frankie. ¿Cómo he quedado con él? Revisó sus mensajes para comprobarlo.

☛ Frankie: Hola, tío bueno, ¿te apuntas a una *rave* matutina con mi mejor amiga (posiblemente la más guapa y sofisticada de las dos)? Ven a buscarme a las 6.30 de la mañana. Besos, Frankie

Frankie corrió hacia Cat y la aferró por el hombro para obligarla a detenerse.

—¿De qué vas, Cat? —exclamó a la vez que le plantaba el teléfono en las narices—. ¿Le has enviado a Sunny un mensaje desde mi teléfono?

—Perdona, Frank, no he podido resistirme —fue la respuesta de Cat—. Por favor, dame la oportunidad de echarle un ojo de cerca para estar segura de que no estás saliendo con el típico cafre que solo piensa en una cosa.

—Eres increíble.

—Gracias, Frankie.

Cat frotó la espalda de su amiga con afecto.

Frankie se zafó del gesto con rabia y aceleró el paso.

—Nos vemos en la tienda —gritó por encima del hombro al tiempo que adoptaba unos andares de poder para largarse de allí a toda mecha.

«Qué valor. No tiene vergüenza ni la conoce. ¿Tío bueno? Se va a acordar de esta. ¡Juro que me las pagará!», rezongó Frankie entre dientes. Llegó a la librería, insertó la llave en la cerradura y, maldiciendo por última vez el día que posó los ojos en *Catherine*, abrió la puerta. Cerró los ojos al entrar e inspiró el intenso aroma de los libros de bolsillo mientras se concedía un instante para dejarse inundar por la magia de los grandes clásicos.

Apenas si había dejado el bolso debajo del mostrador cuando oyó el infausto tintineo de la puerta principal. Convencida de que sería Cat, pidiendo perdón de rodillas, dio un respingo al ver a sus propios padres entrar en la tienda. Bueno, más que entrar, Putu corrió hacia su hija arrastrando a su reticente marido, Rudolph, del brazo. La imagen por poco le arranca un gemido a Frankie.

—Mamá, papá, cuánto me alegro de veros —los saludó apretando los dientes.

—Hola, mi precioso ratoncito de biblioteca. —Putu, sin soltar a su marido, usó la mano libre para estrujar a Frankie contra su pecho—. ¡Tu padre y yo no podíamos esperar al fin de semana para verte! Rudolph, cuéntale a tu hija la maravillosa noticia.

Frankie consiguió a duras penas no poner los ojos en blanco.

—Mamá, me encantaría charlar un rato, pero no puedes entrar como una tromba para interrumpir mi jornada laboral cada vez que te venga en gana. No tengo tiempo ahora mismo.

Putu echó un vistazo rápido a la librería desierta.

—Querida, por favor, estoy segura de que los libros pueden cuidar de sí mismos un ratito de nada. Es un asunto familiar.

Frankie tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no abalanzarse por encima del mostrador y tirarse al cuello de su madre.

—Muy bien —gruñó—. Tienes dos minutos —añadió, y señaló con un gesto el reloj inspirado en *Alicia en el país de las maravillas* de la tienda para recalcarle a su madre que hablaba en serio.

Putu se irguió, se echó hacia atrás el alborotado cabello y le propinó un codazo a Rudolph, que hojeaba distraído una sátira de Enid Blyton: *Los cinco dejan el gluten*.

—¡Tu padre y yo hemos decidido mudarnos a Richmond! ¿Verdad, Ruddy?

Frankie pasó la vista de su radiante madre a su sosegado padre. ¿A

Richmond? Actualmente Putu y Rudolph vivían a cuarenta y cinco seguros minutos (en un día de poco tráfico) de allí, en Eltham. Y, en ocasiones, incluso ese trayecto se le antojaba demasiado breve.

—¿A Richmond? —preguntó Frankie, horrorizada—. ¿Os mudáis a Richmond? ¿A dónde? ¿Cuándo?

Por favor, dime que lo tenéis previsto para dentro de veinte a treinta y cinco años.

—Ruddy, ¿se lo quieres decir? —Putu no podía dejar de sonreír. Volvió su risueño semblante a su marido, que se limitó a propinarle unas palmaditas en la espalda—. ¡Dentro de dos semanas! Acabamos de aterrizar en un preciosa casa victoriana con dos dormitorios, un baño y porche delantero.

Putu aplaudió entre risitas.

—¿Y supongo que estará en la otra punta de la ciudad? —preguntó Frankie, rezando a Dios, a Alá, a Buda y a su difunto perro Bratwurst. *Por favor, que esté hablando de una estancia breve en un Airbnb.*

—¡Viviremos a dos calles de tu casa! Será tan divertido... Celebraremos noches de chicas y podremos quedar antes de las fiestas para aconsejarnos sobre los modelitos. ¡Ay! —Putu se llevó las manos al pecho—. Incluso podré pasar el rato contigo y con Cat en la librería. ¡Estaremos a un tiro de piedra!

Putu aplaudió nuevamente, emocionada, pero a Frankie la asaltó una súbita jaqueca. Quería a su madre, pero no podía, bajo ninguna circunstancia, vivir a menos de cincuenta kilómetros de ella. ¿Cómo había accedido su padre a semejante desastre? Fulminó con la mirada a Rudolph, que ahora dormitaba en una silla de la sección infantil.

Todavía estupefacta, Frankie se estrujó los sesos para dar con una respuesta mínimamente delicada.

—Uf... Vaya cambio.

En ese momento, Cat cruzó la puerta a paso vivo.

—¡Vaya, pero si está aquí mi grupito favorito!

Putu se apresuró a abrazarla antes de retroceder un paso para mirarla. Sin pronunciar palabra, posó la mano en el vientre de Cat, cerró los ojos y empezó a tararear. Pasados unos instantes los abrió y contempló las profundidades de sus ojos.

—¡Mi hermosa creadora de vida! ¡Cuánto me alegro de verte!

La puerta trasera se abrió con un chirrido y Claud apareció con las agujas de tejer en una mano y un bolígrafo y papel en la otra. Se encaminó hacia la creciente reunión antes de detenerse en seco, a todas luces desconcertado ante la escena que se desplegaba ante él.

—Rudolph, Putu, qué agradable veros por aquí. —De todos era sabido que detestaba las visitas sorpresa de Putu, que dejaban a su paso una estela de destrucción y distracción—. ¿Te ayudo a buscar algún libro?

—Querido —respondió Putu, haciendo caso omiso de la pregunta—, tan despampanante como siempre.

Claud se ruborizó. No llegaba a acostumbrarse a que la gente hiciera comentarios sobre su perfecta estructura ósea y su marcada mandíbula.

Se dio la vuelta para extraer un montón de libros de los estantes que se extendían al fondo del mostrador.

—Ay, me encantaría quedarme todo el día cotilleando con vosotras dos —suspiró Putu con un guiño—, pero será mejor que vaya meneando las caderas. Vamos a echar un vistazo a esa tienda de muebles de segunda mano que hay un poco más abajo, a ver si encontramos unas lámparas graciosas. Como ahora somos hámpsters.

—Hípsters. —Frankie puso los ojos en blanco.

Putu se encaminó hacia Rudolph para despertarlo.

—Dime cuándo te va bien que te envíe a mi experta en feng-shui a tu casa. Andará por aquí las próximas dos semanas, vecina.

Y tras eso, tan precipitadamente como habían llegado, se marcharon. Frankie recordó en ese momento el asunto de los mensajes y se encaró con Cat.

—Cat, ¿cómo se te ocurre invitar a Sunny a mis espaldas? ¿En qué diantre estabas pensando?

—Perdona, son las...

—¿Hormonas del embarazo? —le espetó Frankie—. ¡Ni se te ocurra meter en esto a esa bananita que llevas dentro!

—Vale, vale. —Cat relajó los brazos con ademán derrotado—. Es que estoy preocupada por ti. Quiero estar segura de que te merece.

Frankie fulminó con los ojos a su entrometida pero sinceramente preocupada amiga y se deshinchó. No podía albergar resentimiento hacia ella.

—Vale —accedió—. Pero será mejor que no me hagas quedar aún peor mañana. Y abstente de cualquier clase de contacto virtual.

👍 Cat Cooper es ahora amiga de Sunny Day.

26

La chica (y el chico) del tren

Lo he hecho. He sucumbido. He accedido a salir con Tom nuevamente. (¿Os acordáis de Tom? ¿Encantador de la muerte pero sin chispa? ¿Magnífica conversación, besos horribles?) Mi mejor amiga me había programado un encuentro con Edward Cullen al día siguiente y yo necesitaba con desesperación algo que le quitara hierro a la cita (#fobiaalcompromiso). Además, cuando tus sentimientos fluctúan entre «me lo dice el corazón» y «me está llamando pero ahora mismo prefiero ver *Outlander*» necesitas algo que te confirme si de verdad el césped es más verde en el jardín de al lado.

Aceptar un segundo encuentro con un chico a todas luces encantador, inteligente y atractivo pero que no te acaba de hacer tilín se parece a decidir que vas a leer un capítulo más antes de cerrar la luz. Sabes que te arrepentirás al día siguiente, pero no te puedes resistir a saber qué pasará a continuación. Además, cuando un hombre te escribe: «Sé el Willem de mi Jude (¿¿¿YA HAS LEÍDO *TAN POCA VIDA!*?!?). Quedamos esta noche a las 20:17 en el último vagón de la línea Morang Sur a Flinders Street», es imposible negarse. Soy humana, al fin y al cabo.

Así que me enfundé un sencillo vestido negro y un par de alpargatas fucsia y cargué mi tarjeta de transporte. En la estación de Richmond Oeste, dejé en un banco desierto un ejemplar de *Eleanor Oliphant está perfectamente* con mis datos de contacto y aguardé indecisa al final del andén.

Flujo de conciencia entre las 20:12 y las 20:17:

1. ¿Qué quiso decir Edward Cullen cuando comentó, como quien no quiere la cosa, que le apasionaba charlar conmigo? El uso de las palabras «pasión» y «charlar» en la misma frase no puede ser más confuso. ¿Somos colegas o amantes? ¿Salimos juntos cuando nos apetece o tenemos una relación más seria? ¿Siente *pasión* por mí o sencillamente le *apasiona* mi manera de ser? ¡Por el amor de Dios, que alguien me diga lo que significa!
2. ¿Y qué diantre significa «esa persona especial»?
3. Si Tom fuera un personaje de Jane Austen, ¿quién sería? ¿El coronel Brandon (tan respetable como el de Austen, quizás excesivamente serio), Henry Tilney (por el efecto triple A: audaz, afectuoso, abierto) o John Knightley (un seductor lento pero seguro)? A estas alturas, creo que me conformaría con cualquiera que no fuera el señor Collins (mi primo) #resignada.
4. Pizza.

Por fin llegó el tren, abrió las puertas y ahí, en la última fila de asientos, estaba Tom, que me hacía señas entusiastas. Me acerqué (*golpe de melena casual*) y me senté a su lado. Y entonces el corazón se me derritió un poquitín. Llevaba en la mano una botella envuelta en una bolsa de papel marrón y un paquete de caramelos de goma. Fue igual que si todas mis Navidades hubieran llegado a la vez. Al instante tomé un trago y un puñado de chuches, y luego me acomodé en el asiento. Puede que Tom no fuera tan predecible, al cabo.

Tras ponernos al día (no, todavía no he leído *Tan poca vida* y me odio por ello) y entonarnos un tanto con su *gin- tonic* de bolsillo, acabamos fascinados por nuestros compañeros de viaje. Nos dio por cavilar quiénes eran y a dónde iban, de qué pie cojeaban y qué situación podía inducirlos a tirar algo contra la pared.

La anciana de la pañoleta impermeable procedía —a todas luces, para nosotros— de Rusia, disfrutaba viendo reposiciones de *Bold and the Beautiful* y poseía una mazmorra sexual secreta en el sótano. A ese chico de veintitantos apoyado contra la puerta, con una gruesa línea negra en el párpado inferior, emborronada, y vaqueros superajustados le gustaba asistir a festivales tecno y leer poesía para niños en su tiempo libre. Y nuestro favorito, un hombre de mediana edad enfundado en un traje de raya diplomática, algo grueso de cintura: contable de día y modelo de desnudo artístico por la noche.

Y antes de que nos diéramos cuenta, estábamos otra vez en mi parada. Habíamos llegado al final de la línea y regresado por la vía de circunvalación sin percatarnos. ¿Sería posible que Tom, ese chico encantador pero sin chispa, hubiera prendido algo en este tren del amor? Destino: ciudad Desastre Inminente.

Súbitamente sobrios (pero sin venirnos demasiado arriba) por el beso que se palpaba en el aire, bajamos del tren. Yo dije, con timidez: «Hemos llegado a mi parada», y él respondió: «Es bonita, ¿verdad?». Miramos a un lado y a

otro para observar el triste entorno de hormigón. Y entonces me rodeó la cara con las manos. Sí, plantado a medio metro de distancia, me rodeó la cara con las manos. Contempló las profundidades de mis ojos aterrados de puro mal agüero y se inclinó hacia mí. Me preparé para el baboso besuqueo, el rígido lenguaje corporal, el uso supereducado de la lengua.

Me alegra poder informar de que superó con creces nuestro primer beso. Menos tenso, una pizca más apasionado y con la saliva justa (y cierto complejo de culpa).

¿Quería yo que aquella fuera la última parada para nosotros?

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita

Escarlata O' xx

Deja un comentario (273)

Ruby Lulu > No te comas más el coco. Edward Cullen no pretende decir nada más que: eres alucinante y perfecta en todos los sentidos, por favor, nunca me dejes, cástate conmigo y sé la madre de mis hijos.

Danielle Marin > ¿Cómo es posible que no hayas leído *Tan poca vida*?

Ratoncita de biblioteca > @DanielleMarin LO MISMO DIGO

No te ofendas, pero... > ¿Por qué mencionas que la anciana del tren debía de ser rusa? Este blog se me antoja más racista por momentos.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Esperaba con ansia tus absurdos comentarios. Me alegran el día.

No te ofendas, pero... > @StephenPrince, Métete en tus cosas, Stephen.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Igualmente... ¿cómo te llamas en realidad?

No te ofendas, pero... > @StephenPrince, Stephanie.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Qué bonito J

Orgullo y prejuicio, de Jane Austen

Tranvía 78 a Richmond

Frankie gimió y se levantó de la cama con rabia. Medio dormida, se encaminó al recibidor para responder la estrepitosa llamada del interfono.

—¿Qué? —gruñó al telefonillo.

—¡Arriba, preciosa! —gritó Cat desde abajo. Frankie puso los ojos en blanco con aire aburrido. De mala gana, pulsó el botón para ceder el paso a su amiga. Abrió la puerta de la calle y se acurrucó con una manta en el sofá, preparada para la efervescencia que suponía una ración de Cat a las seis y veinte de la mañana. Tal como esperaba, Cat se abalanzó al interior enfundada en un dos piezas de punto color azul fosforito, toda «¡Buenos días, guapísima!» y «No te vas a creer las tres novedades que he observado de camino hacia aquí!». Pero también le tendió a Frankie una enorme taza de café para llevar, de modo que prácticamente se hizo perdonar.

—Por muy rico que esté el café, todavía te odio por haberle pedido amistad a Sunny en Facebook después de que te dijera, con total claridad, que nada de contacto virtual con él —gruñó Frankie al mismo tiempo que tomaba un sorbo de la humeante bebida.

Cat besó a Frankie en la mejilla.

—Perdona, perdona, lo siento mucho. Eres tan sufrida.

Frankie se limitó a suspirar.

—Pero Frank, ¿te puedo contar por qué estoy tan emocionada en realidad?
—dijo Cat.

—¿Porque piensas llenar de fruta otra vez el coche de Sunny? ¿Porque te has vuelto a acostar con tu profesor de K-Pop?

—Augh y doble augh. ¡No, por pasar un poco de tiempo de calidad con Sunny! Hacía siglos que no te veía ni remotamente interesada en un chico. ¿Puedo insinuar que pareces incluso dispuesta a cerrar un poquitín «el

hueco»?

—Gracias, Cat. Ni se te ocurra contarle nada de eso a Sunny. O te mataré.

Cat se cerró una cremallera imaginaria en los labios.

—Y tampoco le hables del blog. No sabe nada de mis ligues ferroviarios. Y no le menciones a Ads ni a mi madre, ni le cuentes que una vez le espiamos, ni...

—¿Qué te parece si hago lo que mejor se me da y me limito a hablar de mí misma? Así no se me escapará sin querer tu besito furtivo de anoche.

—Perfecto.

—Pues venga, prepárate. ¡Llegará dentro de cinco minutos! —la apremió Cat, que medio empujó y medio arrastró a su amiga para levantarla del sofá.

—Vale, vale. ¿Y qué modelito debería escoger, para una *rave* matutina?

Diez minutos más tarde, Frankie regresó enfundada en unas mallas verde chillón, una camiseta blanca de tirantes ceñida y una diadema rosa, de tela. Cat acariciaba a *Winnie* en el sofá y Sunny estaba sentado a su lado con las piernas cruzadas. Vestía un mono morado tan ajustado que delataba cada curva y protuberancia de su hermoso cuerpo.

—¡Sunny! —rio Frankie—. ¿Pero qué narices te has puesto?

—Es lo que llevan los chicos de hoy a las *raves* matutinas —sonrió Sunny con suficiencia al tiempo que estiraba las piernas.

—¿Te puedes imaginar qué pinta tan sexy tendría yo si me enfundara un mono como ese? —ronroneó Cat, contoneándose—. Y antes de que digas nada, no hace falta que me lo recuerdes, Frankston. Ya me he disculpado por la banapocalipsis. Le he dicho que fue idea mía y de nadie más.

Cat le lanzó a Sunny una mirada elocuente.

—Tú tampoco estás nada mal, Frank —sonrió Sunny.

Frankie se retiró el pelo de la cara y le devolvió la sonrisa.

—Ay, pero mira qué tortolitos. Me recordáis a la joven Elizabeth y al señor Darcy. —Cat se llevó la mano al corazón.

—¿Quiénes? —preguntó Sunny.



Una muchedumbre enfundada en colores chillones se aglomeraba en la entrada del Campo de Críquet Melbourne cuando Frankie, Sunny y Cat llegaron a las inmediaciones. Un ritmo grave e intenso reverberaba en el ambiente, tan potente que recorrió las venas de Frankie hasta inundarle el corazón.

—¿Entradas? —preguntó una joven con el pelo pintado de verde con aerosol. Cat le tendió el teléfono para que lo escaneara y la chica les entregó a cambio tres chupitos de un denso líquido verde—. Aquí tenéis vuestros lingotazos alternativos de germinado de trigo—canturreó.

Se bebieron los chupitos de un trago y, todavía haciendo muecas a causa del sabor, cruzaron la entrada y contemplaron boquiabiertos la escena que se desplegaba ante ellos. Miles de personas habían invadido el estadio, todas apiñadas en la hierba, bailando. Grandes nubes de purpurina caían del cielo como por arte de magia y revoloteaban con la brisa que se colaba por el tejado abierto. Al momento sus pies se estaban moviendo al ritmo de los graves latidos.

—¡Venga, vamos!

Cat agarró a Sunny y a Frankie de la mano y los arrastró al centro de la acción.



—¡Es! ¡Tan! ¡Divertido! —gritó Cat entre respiración y respiración. Se había pasado el rato mezclando danza del vientre con giros de hip-hop entre tentempiés de arándanos y sesiones de recarga. Observó a Frankie, que saltaba arriba y abajo con rigidez, sin moverse del sitio. Sunny hacía lo mismo, incómodo, a su lado.

—¡Venga, chicos! ¡Tenéis que soltaros! —Cat hizo rodar las caderas en su dirección—. Frank, piensa la cantidad de material que puedes sacar de aquí

para tu blog —sonrió, y luego se quedó helada cuando Frankie la asesinó con la mirada—. O sea, si estuvieras escribiendo uno. Hace años que le digo a Frankie que escriba un blog, pero no me quiere hacer caso —se apresuró a explicarle a Sunny.

—Yo también la animo a que escriba. Tiene muchísimo talento, ¿verdad? —dijo Sunny.

—Ya lo creo, amigo mío. Pero ahora no es momento de hablar del talento de Frankie. ¡Es hora de bailar! —exclamó Cat, haciendo un violento *chassé*. Frankie siguió su ejemplo, despegándose de Sunny.

Empezó a caer una lluvia ligera. Una, dos y por fin tres gotas rozaron la cara de Frankie.

—¡Solo es un poco de lluvia, Frank! —le gritó Cat cuando ella se cruzó de brazos—. ¡Vive la vida!

—Voy a despejarme un poco —anunció Frankie.

—Te acompaño —se apresuró a decir Sunny.

—¡Volved cuando hayáis terminado de despejaros y estéis listos para bailar! —les gritó Cat.

Frankie se abrió paso entre el gentío de energéticos *ravers* con Sunny pegado a su espalda, su aliento un cosquilleo en la nuca. Casi había llegado a la salida cuando lo oyó gritar su nombre. Al dar media vuelta, lo encontró agitando los brazos en alto y meneando las caderas.

—¡Espera, me encanta esta canción! —gritó.

—Me tomas el pelo. ¿Beyoncé?

—Pero si es la mejor canción y la más profunda de todos los tiempos. O sea, whoa oh ho, whoa oh oh. ¡Venga! Es mágica. —Sunny la cogió por las manos y la arrastró adelante y atrás entre giros y revueltas.

—¡Sabes moverte, Sunny! —rio Frankie, que echó la cabeza hacia atrás y empezó a relajarse un tanto.

—Es lo que tiene un año de clases de claqué —respondió Sunny.

—Es usted una caja de sorpresas, señor Day.

Frankie se dejó llevar por Sunny mientras el trueno estallaba en lo alto y el cielo se abría sobre ellos. La lluvia mudó de una llovizna ligera a un auténtico chaparrón, que los azotó con tanta inclemencia como un momento de máxima tensión al final de capítulo. Pero nada podía pararlos; daban vueltas y virajes, giros y espirales a medida que la lluvia caía cada vez con más fuerza. El gentío que los rodeaba empezó a dispersarse, hasta que solo quedaron ellos y los *ravers* más duros bailando bajo el diluvio. Y en ese momento Frankie se sintió más libre de lo que se había sentido en mucho tiempo. No le importaba que su vida no estuviera exactamente donde a ella le habría gustado, nada en absoluto. Porque en ese instante era plenamente feliz. Genuina, sencillamente feliz. Giró entre los brazos de Sunny, le echó los brazos al cuello y lo besó bajo la lluvia. Fue su particular momento Elizabeth Bennet y el señor Darcy... aunque Sunny no los conociera.



—Cat nunca se cansa, ¿verdad? —comentó Sunny mientras seguía a Frankie al interior de su apartamento. Estaban empapados y sin aliento, tras haber corrido a casa bajo la lluvia.

—Le encanta mover el esqueleto. Cuando mi primer novio rompió conmigo, me llevó a un club de salsa y no paramos de bailar hasta que dejó de doler. Me pasé dos días con agujetas.

—Es una buena amiga —observó Sunny.

—Está loca. Pero es leal a muerte —sonrió Frankie.

—Se nota.

—¿Y eso?

—Esta mañana, mientras te vestías, me ha dicho que si te hago daño me rebanará el pescuezo. No paraba de pasarse el dedo por el cuello cada vez que mirabas hacia otro lado —rió Sunny.

—Ay, por Dios. Cuánto lo siento. A veces se pasa de protectora.

—En realidad me parece una actitud adorable.

Frankie desplazó la tapa del terrario de *Winnie* y azuzó a la tortuga con afecto justo cuando estalló un trueno tan tremendo que botó sobresaltada.

—No me puedo creer que tengamos tormenta —dijo.

—Bienvenida a Melbourne.

—Debes de estar congelado. ¿Te quieres duchar? —preguntó Frankie, a la vez que admiraba el cuerpo que se adivinaba bajo mono el elástico, aún más adherido si cabe al cuerpazo de Sunny por efecto de la humedad.

—No, no te preocupes, tú primero. Estás empapada —dijo Sunny con una sonrisa. Le tensó la orilla de la camiseta, ahora tan transparente que se adivinaba la sombra de su sostén. Se aproximó un paso y le plantó la mano abierta en la barriga, las yemas de los dedos contra la piel desnuda.

—Yo tampoco tengo frío. Voy a cambiarme. —Frankie titubeó, pero la sensación de flotar que la había invadido una hora atrás ya se estaba disipando—. Seguro que encuentro algo para ti también. Un mono elástico mojado nunca es buena idea. —Frankie rio y lo miró de arriba abajo—. Vuelvo enseguida.

Retrocedió un paso, con cierta reticencia, y la mano de Sunny cayó fuera de su cuerpo.

Frankie cerró la puerta del dormitorio tras ella y se apoyó contra la hoja. Con los ojos cerrados, inspiró a fondo antes de despojarse de la ropa mojada y tirarla en la cesta de la ropa sucia mientras se encaminaba a coger una toalla. Se secó a toda prisa antes de ponerse unos vaqueros y una camiseta negra. Solo entonces abrió el último cajón. El cajón de Ads. No lo había tocado en dos años. Bueno, salvo en las escasas y trágicas noches en que sacaba su jersey para aspirar su aroma. El suéter y unos vaqueros era lo único que le había dejado, pero en esta ocasión, por primera vez, no se le encogió el corazón cuando los desplegó con cuidado. Empujó el cajón con el pie para cerrarlo y regresó al salón. Sunny estaba sentado en el sofá, desnudo salvo por los calzoncillos, el mono hecho una bola en el rincón.

—Perdona, tenía frío —explicó.

Ella depositó ante él las prendas limpias, con tiento.

Sunny se enfundó el jersey por la cabeza.

—¿Debería preocuparme que haya ropa de hombre en tu casa?

—Para nada. Son cosas de mi exnovio.

Sunny enarcó una ceja, a punto de preguntar, pero Frankie intervino sin darle tiempo.

—Son viejas. Debería haberlas tirado hace mucho tiempo —dijo, y se sentó a su lado—. ¿Te apetece comer algo? ¿O beber?

—La verdad es que tengo hambre. El germinado de trigo no llena demasiado. ¿Qué tienes? —sonrió Sunny.

—Tengo un paquete de Skittles, un Kit Kat y una loncha de queso —rio Frankie.

—Yo voto por los Skittles —sonrió Sunny.

—¡Pues que sean Skittles!

—Gracias, Hazel.

Frankie se quedó helada.

—Quiero decir, Frankie. Gracias, Frankie.

Sunny se pasó una mano por el pelo, aturullado.

Frankie se encaminó a la cocina en silencio y echó mano de las pastillas de chocolate. Y mientras observaba el colorido paquete, lo comprendió. *No la ha olvidado. Nunca la olvidará* ¿Cómo pudo pensar Frankie que llegaría a ocupar el lugar de Hazel? La hermosa Hazel, con su precioso cabello castaño y sus ojos azules. Debió de ser médico. O trabajadora social. Seguramente murió de manera heroica, salvando vidas. Ella...

—Frankie, lo siento. No sé por qué he dicho eso.

La voz de Sunny la sobresaltó y dio media vuelta de un salto para verlo plantado en el umbral de la puerta.

—No pasa nada —dijo ella a la vez que se llevaba cinco Skittles a la boca y

le tendía el paquete.

—Yo creo que sí pasa.

Tomando la bolsa, Sunny posó la otra mano sobre los dedos de Frankie.

—De verdad, lo entiendo perfectamente —insistió ella, que esbozó una breve sonrisa y trató de creer sus propias palabras.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó él.

Cuando se hubieron acomodado en el sofá, Sunny la miró con expresión atormentada.

—Hazel murió inesperadamente hace cinco años.

Frankie inspiró hondo, súbitamente insegura acerca de todo.

—No hace falta que hablemos de ello, de verdad.

—Fue un golpe tremendo para todos, incluido yo —prosiguió Sunny—. Y lo peor es que se podría haber salvado. Si más gente optara por donar sus órganos, todo habría ido bien...

Se le quebró la voz y se quedó mirando al infinito, como si hubiera retrocedido en el tiempo.

—¿Qué pasó? —se atrevió a preguntar Frankie tras un silencio que se le antojó eterno.

—Estábamos de vacaciones, haciendo una ruta en coche por el sur de Francia. Fue tan romántico. Hablo de cruasanes y baguettes a diario, semanas enteras. —A Sunny se le empañaron los ojos—. A Hazel le daba miedo conducir por la derecha. Pero a mí, como es natural, me parecía lo más divertido del mundo. Parte de la aventura, nada más. El último día viajamos de Saint Tropez a Niza. Le supliqué a Hazel que condujera ella. Estábamos a solo noventa minutos de Tolón. Le dije que tenía que vivir un poco. —Frankie se estremeció—. Cuando llevaba media hora al volante, se armó un lío en un cruce y acabó circulando en sentido contrario. —Sunny se interrumpió, tenso ante el recuerdo—. Nos estampamos contra un camión. Yo perdí el sentido y desperté en el hospital con un pulmón perforado y el brazo roto. Lo último que

recuerdo es una voz diciendo que Hazel había muerto.

Calló, respiró y se estremeció ante los ojos de Frankie.

Hazel. El amor de su vida. Muerta en un instante. Sin tener siquiera la oportunidad de despedirse. Frankie se peleó con lo que estaba oyendo, bregó por comprender el dolor que Sunny debió de sentir.

—Sunny, lo siento. Lo lamento tantísimo. No sé qué decir. No puedo ni imaginar lo mucho que debes de haber sufrido. El sentimiento de pérdida.

—Por eso me tomo tan en serio mi colaboración con la asociación de trasplantes —dijo Sunny en tono quedo—. Tal vez pueda hacer algo por compensarlo.

—¿Compensarlo? —repitió Frankie, antes de posarle una mano insegura en el hombro—. No fue culpa tuya. No podías saber lo que iba a pasar.

Él negó con la cabeza.

—No debería haber insistido en que condujera. No se sentía cómoda. El sentimiento de culpa. Tendré que vivir con él durante el resto de mi vida —prosiguió Sunny con un tono escalofriante de tan monótono.

—Sunny. Tú no tuviste la culpa. No puedes castigarte así —repitió Frankie, y como él no respondía siguió parloteando—. Siento mucho que perdieras al amor de tu vida, Sunny. No me imagino hasta qué punto debió de resultar traumático. Y lo sigue siendo.

Bajó la vista y se vio a sí misma propinándole unas torpes palmaditas en el hombro, como si fuera un pariente lejano al que veía una vez al año, por Navidad.

—Gracias, Frankie. Y solo para que lo sepas... —Sunny le tomó la mano y la envolvió con la suya antes de inclinarse para besarla—: Pienso sinceramente que es posible enamorarse de veras más de una vez.

Frankie se crispó.

—Tengo un hueco.

—¿Un qué?

—Un hueco. Bueno, es el nombre que le damos Cat y yo. Mis sentimientos se quedan aquí atrapados —se señaló el pecho—. Y cuando intento compartirllos con alguien como, pongamos, tú —apuntó a Sunny con ese mismo dedo— caen directamente al abismo. —Ahora indicó el espacio que los separaba—. Lo atribuyo a un miedo que no me puedo quitar de encima. Miedo a que me decepcionen, a que me hagan daño, a que no me entiendan. —Frankie se interrumpió y se palpó las manos—. Bueno, pensaba que debía contarte algo, ya sabes, algo personal, porque tú has sido franco conmigo —añadió.

—Eso no es personal, Frankie —rio Sunny—. Todos tenemos un hueco. Solo que algunos lo rellenamos con más facilidad que otros.

Frankie reculó una pizca, sorprendida ante la naturalidad con que Sunny le había restado importancia a su confesión.

—Ah. Vale, pues pregúntame lo que quieras —propuso—. Te he obligado a contarme algo que no estabas preparado para compartir. Puedes preguntarme lo que te plazca.

Él la escudriñó un momento antes de decir:

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa.

—¿Por qué has dejado de escribir?

—¿Has leído las críticas? —preguntó Frankie con un conato de carcajada—. Por eso he dejado de escribir. De escribir algo de peso, en cualquier caso.

—No me lo creo —replicó Sunny en tono desapasionado—. Me parece que tienes miedo. Igual que tienes miedo de mostrarme tus sentimientos, de correr riesgos conmigo. Eres una escritora. Llevas la literatura en tu ADN. Imagina que alguien criticara a Katniss Everdeen por su forma de luchar. Le traería sin cuidado. Seguiría disparando sus flechas con toda el alma.

—Bueno, por suerte para mí, yo no me juego la vida —dijo Frankie.

—Frank, he leído lo que escribes. Es fantástico.

—En contra de la opinión general —replicó ella.

Sunny se levantó. *Se acabó*, se reprendió Frankie en silencio.

—¿A dónde vas? —le gritó. Él echó mano de una libreta y un boli de la mesa del comedor.

—Toma —dijo.

—¿Para qué?

—Escribe algo. Lo que sea. Te demostraré que no hay motivos para tener miedo.

—¡No puedo escribir algo por las buenas! —protestó Frankie a la vez que apartaba el cuaderno.

—¿Por qué no?

—Porque no funciona así.

—Venga, Frankston. Tú escribe algo y ya está. Te prometo que no te juzgaré. Sunny agitó las manos ante sí.

—Vale —suspiró Frankie—. Pero no mires.

Sunny le dio la espalda mientras ella clavaba la vista en el cuaderno que tenía entre las manos. Abrió la cubierta, por probar, despegándola del lomo. Una hoja de papel en blanco. Frankie alzó la vista para mirar a Sunny. La solidez de su espalda, el contorno de sus omóplatos, que asomaban ligeramente a través del jersey. Presionó el botón del bolígrafo y, antes de que le diera tiempo a cambiar de idea, escribió algo a toda prisa.

—Ya está —dijo Frankie. Cerró la libreta y se la tendió.

—¿Qué dice? —quiso saber él.

—Ábrelo.

*Creo que me estoy colgando de ti... pero me da miedo
que me dejes caer.*

SEGUNDA PARTE

*«No necesitas montones de pretendientes.
Con uno es suficiente... siempre y cuando sea el adecuado.»*

Mujercitas, Louisa May Alcott

De: Miguel Oliveira

A: Escarlata O'

Asunto: El alquimista me ha encontrado

Hola, encantadora Escarlata:

Estoy agradablemente sorprendido de encontrar el libro suyo *El alquimista* en el tranvía número tres. Paulo Coelho es uno de mis escritores favoritos de siempre y muy estimado por mí, debido a la circunstancia de que ambos compartimos ciudad de residencia (Río de Janeiro).

Dejaré el libro en el asiento del tranvía para que otro viajero lo encuentre y lo lea, pero mi emoción no tiene límite. Afortunadamente recogí el libro suyo y lo leí, porque encontré la nota suya al lado de mi cita favorita, la que habla de encontrar tu tesoro donde está tu corazón.

¡Qué idea tan original ha tenido, Escarlata! Buscar el amor de la vida con ayuda de un libro. Es un gesto muy romántico que ciertamente ha resonado en mí. Parece algo sacado de una película.

Saldré con usted si le parece bien. Esta es mi historia: me llamo Miguel y me trasladé de Brasil a Australia dos meses atrás para participar en una audición del *Cirque du Soleil*. No me aceptaron, así que estoy practicando acrobacias a tiempo completo para las audiciones del próximo año. En mis horas libres soy poeta y le leeré un poco de poesía mía cuando nos encontremos. ¿Qué le parece? ¿Mañana por la noche?

Atentamente,

Miguel.

El jinete de bronce, de Paullina Simons

Tranvía 246 a Clifton Hill

Frankie despertó lentamente. Se dio la vuelta para tenderse de espaldas y observó la pintura al óleo, como solía hacer cada mañana. Dejó que las relajantes tonalidades rojizas y moradas se filtraran en sus sentidos hasta despejarla. Notó un ligero dolor de cabeza al repasar los acontecimientos de la noche anterior. Recuerdos borrosos de pasta, sexo, montones de vino y una partida de Scrabble ridículamente reñida inundaron su cerebro.

—¿Todavía te reconcome la derrota de ayer? —le preguntó Sunny con voz ronca a la vez que entreabría sus deslumbrantes ojos azules. Yacía relajado a su lado, ciñendo con el brazo la cintura de Frankie.

—Te lo dije ayer y te lo repetiré mil veces. MILF no es una palabra —se enfurruñó Frankie.

Sunny rio con ganas y le plantó un besito en la frente.

—Te quiero mucho cuando te pones tan competitiva.

El corazón de Frankie flaqueó ante el contacto y todavía más si cabe ante las dos primeras palabras. Llevaban cuatro meses juntos y, si bien ahora pasaban más tiempo en mutua compañía que a solas, seguían sin pronunciar esas dos palabras. *Te quiero*. Cat opinaba que Frankie debía dejarse de rollos y lanzarse de una vez. «¡Díselo y en paz!», gimoteaba. Y es cierto que, cada vez con más frecuencia, le rozaban la punta de la lengua, a punto de derramarse sin previo aviso. Pero el miedo las contenía. ¿De verdad estaba lista para esa clase de compromiso?

—MILF no es una palabra que se pueda aceptar en una partida de Scrabble —repitió Frankie.



Ahora llevaba un rato abriendo cajones y revisando armarios.

—¿No queda muesli?

Descalza, Frankie bailoteaba de acá para allá por la cocina de Sunny, sin nada encima salvo una de las camisetas grises que él usaba para andar por casa. Le encantaba la sensación de ir descalza por las frescas baldosas, tan distintas a la cálida tarima de su propio piso.

Sunny le rodeó la cintura con el brazo y señaló la encimera con la otra mano.

—Está ahí. Como siempre.

Frankie se inclinó hacia él para besarle el nacimiento del cuello. A continuación, echando mano de la caja de muesli, hundió la mano en el interior, extrajo un puñado y lo devoró.

—¿Seguro que no quieres leche con eso? —preguntó Sunny.

—Ya te lo he dicho, me gusta así.

—Eres un bicho raro. —Volvió a besarla—. ¿Y qué? ¿Me vas a pedir revancha esta noche?

—¡Por favor! Además, esta noche tengo clase de K-Pop —sonrió Frankie.

—¿K-Pop? ¿Cat todavía sigue con eso? —preguntó él al tiempo que se servía un zumo de naranja, sin soltar la cintura de Frankie.

—Sí, treinta y seis semanas y cada vez más entusiasmada. Aunque ahora se pasa la mayor parte del tiempo sentada en un rincón viendo cómo hago esto.

Frankie le dio la espalda y agitó el trasero ante él.

—Qué ritmo tienes, amiga. —Sunny rio con ganas—. Y dime, ¿vas a escribir algo hoy? —la pinchó.

Frankie se encogió acobardada. El blog. No se lo podía contar. Ahora no.

—¿A qué hora tienes la reunión con la Asociación de Trasplante? ¿Estás motivado?

Frankie se llevó al gonzate otro puñado de muesli.

Sunny frunció el ceño, abrió la boca y luego, optando por no presionarla, la cerró.

—Estoy de los nervios. Uf, espero que nos den el visto bueno. —Sunny echó

un vistazo al reloj—. ¡Y tengo la reunión dentro de una hora! Mierda, tengo que ducharme.

—¿Te importa si me apunto? —Frankie proyectó estrellitas por los ojos.

—¿Por qué no?

Sunny la levantó en volandas y se la cargó al hombro entre las carcajadas de ella.



—Para ya —gruñó Cat. Había plantado las piernas, cada vez más hinchadas, en la silla que tenía delante y sostenía un ejemplar de *Belly Laughs*, de Jenny McCarthy, en precario equilibrio sobre su embarazadísima panza. A su lado, Frankie y Seb montaban un expositor bajo el lema «autores que no sabías que fueran judíos», aunque Frankie se interrumpía cada dos por tres para frotar el vientre de Cat.

—No puedo evitarlo. Estás tan enorme —dijo Frankie mientras masajeaba, presa del asombro, la barriga de su amiga.

—Ay, Señor. Gracias, Frank.

—Sí, ahora tu barriga supera en tamaño a tu cabeza —se burló Seb al tiempo que decoraba un ejemplar de *El guardián entre el centeno* con una gruesa cinta roja.

—¿Qué haces aquí todavía, Sebastian? —le espetó Cat, que no estaba de humor para las bromitas del chico. Cuanto más embarazada estaba, más aumentaba la irritación que Seb le inspiraba.

—Te lo he dicho tropocientos mil veces. Hoy es fiesta en el colegio así que ahora trabajo aquí.

Seb plantó el libro recién decorado sobre un ejemplar de *El cuello no engaña*.

—Ah, entonces ¿te pago para que me insultes? —replicó Cat. Seb puso los ojos en blanco y siguió apilando libros en silencio.

—Pero qué barriguita tan rica. No me puedo creer que haya una personita

ahí dentro.

Haciendo caso omiso del rifirrafe entre Seb y Cat, Frankie acarició la panza de su amiga con aire reverencial.

—Para. Me estás asustando.

—Una niñito diminuto se está cociendo en tu horno.

Ahora frotaba el dilatado jersey de punto que le cubría el vientre con movimientos circulares.

Cat tragó saliva, se sorbió y soltó un pequeño aullido.

—Ay, por Dios, Cat. Perdona. ¡No pretendía disgustarte!

Frankie despegó la mano de la barriga de Cat. Incómoda, pasó los dedos por la cubierta en relieve de un ejemplar de *Indignación*.

Cat lanzó un segundo aullido cuando las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas. A punto de finalizar el tercer trimestre, parecía verdaderamente a punto de estallar. Frankie le propinó unas torpes palmaditas en el brazo y sonrió azorada a los clientes, que miraban boquiabiertos a la llorosa calamidad en que había mudado su mejor amiga.

—¡No estoy lista para criar a un niñito diminuto!

Durante los últimos nueve meses, Cat había estado tan ocupada con las clases de preparación al parto, los pijamas de punto y *Qué puedes esperar cuando estás esperando* (el libro y la película) que, por lo visto, había olvidado el hecho de que al final del desenfrenado viaje asomaría alguien con quien tendría que compartir el resto de sus días.

—No he terminado de vivir mi propia vida. No quiero tener que cuidar de otra persona todavía —se lamentó.

Melvin, un cliente habitual un tanto cascarrabias que doblaba la esquina de los libros mientras los hojeaba (todavía no había comprado ni un solo ejemplar en los ocho meses que llevaba frecuentando la librería) las miraba con atención. Frankie enarcó las cejas con aire desafiante.

—Venga, Cat. —Le frotó la espalda a su amiga para tranquilizarla—. Tu

vida no ha terminado. Sencillamente será distinta, nada más.

—¡No quiero que nada cambie! —gimió Cat.

—Pero piensa que los cambios serán alucinantes, Catty. Criarás a un niño maravilloso que te querrá sin condiciones. Y tú lo amarás también con todo tu corazón.

—¿Y si no soy buena madre? —sollozó Cat.

—Bueno, Claud estará a tu lado —dijo Frankie.

—¡Y yo! —intervino Seb.

Cat hizo una mueca.

—Y también me tendrás a mí. Y vamos a querer como locos a ese chiquitín y entre todos lo vamos a mimar tanto que se unirá a una pandilla de motoristas, se teñirá el pelo de morado y se pondrá un piercing en el pezón para proclamar su independencia.

—Gracias, Frank. Ahora me siento muchísimo mejor —resopló Cat.

—Venga, Cat —dijo Seb—. Ya sé que me meto mucho contigo, pero, en serio, dudo que pueda haber en el mundo una madre más alucinante que tú. Jolines, seguro que le lees al pobrecillo *El exorcista* como cuento de buenas noches. ¡Ojalá fueras mi madre!

—Soy demasiado joven para ser tu madre, Sebastian. —Cat fingió fruncir el ceño, pero sus ojos la delataban.

—¿Habéis terminado ya vosotros tres? —gruñó Melvin, a la vez que deslizaba un ejemplar de *Anatomía de la melancolía* hacia Frankie—. ¿Me puedes reservar este?

Suspirando, Frankie tomó el libro con la intención de devolverlo a las estanterías en cuanto el hombre se marchara.

—Que disfrute de la tarde —le deseó Cat con sarcasmo.

—Que disfrute del bebé. ¿Ve esto? —le soltó el cliente, señalando la calva de su cabeza—. Estaba cubierta de gruesos rizos antes de que naciera mi hijo, hace dos años.

Dicho eso, abandonó la tienda de mala manera.

—Cerdo —masculló Frankie. Cuando se dio la vuelta para mirar a Cat, descubrió la palma de su amiga abierta ante ella.

—¿Qué pasa?

—Aposté que compraría filosofía. Paga —sonrió, todavía con huellas de lágrimas en las mejillas.

Riendo, Frankie echó mano de su cartera. Estaría encantada de darle a Cat todo su dinero si eso la ayudaba a recuperar su personalidad alegre y normal. Hurgando por el bolso notó la vibración del teléfono contra la palma.

—¿Hola?

—Frankie, ¿eres tú? —dijo una voz grave de mujer al otro lado de la línea.

—Sí. ¿Quién es?

—¡Frankie! Soy Marie, de Simon & Schuster. Hace mucho que no hablamos. ¿Cómo estás, querida?

—Marie, ah, hola, ¿cómo estás? Perdona, me pillas desprevenida. Espera un momento. —Frankie se levantó de un salto y, entre frenéticos gestos a su mejor amiga, corrió hacia la trastienda y cerró la puerta a su espalda.

—Hola, Marie. ¿Cómo estás? Cuánto tiempo. ¡Por lo menos hará dos años que no hablamos! —Frankie lanzó una carcajada incómoda. Mientras tanto, la mente le funcionaba a mil. ¿Por qué me llama? Ay, Dios mío, ¿habrá salido alguna otra reseña de Algo pasa con Jane, *todavía más atroz que las anteriores*?

—Sí, lo siento mucho. Estamos liadísimos por aquí, como puedes imaginar. En fin, supongo que te estarás preguntando por qué te llamo. Acabo de leer tu blog de «citas literarias» y, Frankie, es genial. Divertido, jugoso, ingenioso. Se aleja un poco de tu ficción romántica, pero me encanta. Creo que podríamos crear un libro magnífico con eso, Frankie. Un superventas, tal vez. No quiero hacerme ilusiones, pero estoy pensando en vender los derechos al cine también —parloteó animada.

—¿Mi blog? —preguntó Frankie, sorprendida.

—Sí, *La ninja de los libros*. Seguro que se nos ocurre un título mejor, algo que tenga más gancho, pero me encanta el contenido. ¿Lo que cuentas es verdad? ¿En serio has pasado por todas esas situaciones horribles? ¡En qué mundo vivimos!

—¿Cómo has dado con mi blog? —quiso saber Frankie.

—Ah, un contacto anónimo me lo envió. Me dijo que era lo mejor que había leído en años. Y, Frankie, estoy totalmente de acuerdo. Lo único que me molesta es no haber dado antes con él. Es estupendo, Frankie. ¡Estupendo!

Frankie se sentó en el taburete de madera que descansaba en un rincón de la trastienda. Un hilillo de sudor frío le corría por la espalda.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Por qué no quedamos y ponemos el proyecto en marcha? Me encantaría volver a trabajar contigo, Frankie. Envíame un email cuando te venga bien y empezaremos desde ahí. Todavía tienes mi correo electrónico, ¿verdad?

—Esto... sí. Vale. Vale, claro —murmuró Frankie.

—Genial. Tengo que dejarte. Como te decía, voy de cabeza. Pero mándame un email y nos pondremos a trabajar. ¡Lo estoy deseando, Frankie! —canturreó Marie.

Frankie colgó. Le daba vueltas la cabeza. ¿Cómo sabe Marie que *soy yo la autora del blog*? Y si ella lo sabe, ¿quién me asegura que Sunny no vaya a descubrirlo también? ¿Y quién es ese informador anónimo? Frankie puso los ojos en blanco. ¿Quién si no?

—¡Catherine!

Frankie regresó a la tienda como un huracán. Dos clientes que andaban curioseando por la nueva sección de magia y brujería, vestidos de negro de la cabeza a los pies, dieron un brinco al verla aparecer hecha un basilisco.

—¿Sí?

Recuperada la compostura, Cat respondió con un tono inocente. Ni siquiera

se molestó en levantar la vista del libro que estaba leyendo.

—¿Le has enviado a mi editora el enlace del blog?

—Culpable. —Cat alzó la mano con aire compungido—. Pero antes de que te enfades, deja que te explique. —Se levantó con torpeza y su barriga asomó ante ella con toda su majestuosidad—. Ya sé que te cuesta aceptar elogios en relación a tu blog, pero es bueno, es muy bueno. ¿Has leído los comentarios que recibe? —Cat desbloqueó la pantalla y empezó a buscar—. «Hacía años que no lloraba de risa.» «Estás describiendo mi propia vida.» «Me paso toda la semana esperando la nueva entrada.» Hay miles de personas enganchadas a él, ¿y tú te planteas cancelarlo? Tienes que publicarlo, Frank. Esta es la ocasión que estabas esperando, tu gran oportunidad. Es una apuesta segura — terminó Cat, con los brazos levantados.

—Como ya te he dicho otras veces, Catherine, aunque parece ser que te niegas a escucharme, me trae sin cuidado el éxito que tenga el blog. Esta noche cierro el chiringuito. Si no hay blog, no hay citas. No le puedo seguir mintiendo a Sunny. Es demasiado importante para mí —replicó Frankie, si bien la imagen de un libro recién publicado no dejaba de bailar ante sus ojos. Ella también había estado pendiente de los comentarios y del flujo de nuevos lectores. Y debía reconocer que el blog funcionaba de maravilla.

—Pues cuéntaselo —insistió Cat—. Si le explicas hasta qué punto está triunfando, te apoyará. Sabes que sí. Siempre te está diciendo que vuelvas a escribir.

—Puede que lo que dices fuera verdad hace unos meses, pero ahora estoy demasiado involucrada en la relación. No puedo llamarle y soltarle algo como: Ah, oye, cielo, he estado saliendo con varias personas durante meses, a tus espaldas, para poder escribir un blog sobre mis cómicas experiencias. No te molesta, ¿verdad? —replicó Frankie con sarcasmo.

—Es exactamente lo que deberías hacer —le soltó Seb en tono flemático.

Frankie dio un respingo.

—¡Seb! ¿Cuánto tiempo llevas ahí escuchando?

—El suficiente para saber que te han ofrecido un contrato para un libro. Y, sinceramente, estarías loca si lo rechazaras. Es tu sueño, Frankie. —Seb le posó una mano en el brazo. El jersey gris le colgaba suelto por encima de las manos, el cabello rojo y desaliñado se le arremolinaba alrededor de la cara. Pero sus ojos, por lo general vivaces, parecían cansados.

—Como ya os he dicho a los dos, voy a borrar el blog —insistió Frankie, poco convencida.

—Vale, pues harás una idiotez —dijo Seb, y Cat asintió a su lado.

—¿Por qué no publicas el libro de manera anónima? ¿Bajo el seudónimo «Escarlata O'»? O, mejor aún, ¿por qué no le cuentas la verdad a Sunny? Dile que lo hiciste por la publicidad, nada más —Cat volvió a sentarse.

—Muy buena idea, bombo.

Frankie temía a ese par cuando se compinchaban. Meditó lo que sus amigos le estaban diciendo y, por un momento, se permitió imaginar cómo sería volver a ver un libro firmado por ella en las librerías. Tal vez si se lo plantease a Sunny de ese modo, lo entendería.

—Y puedes borrar el blog de todos modos. Pero guarda los archivos —continuó Cat, emocionada.

—Ahora bien, tendrás que marcharte por todo lo alto. Tu último ligue tiene que ser aún mejor que el siniestro acosador, Jai. Ha de ser tan divertido como ese —opinó Seb. Jai, sin que nadie lo invitara, se había presentado en la librería unas cuantas veces y había conocido a Cat y a Seb antes de que Claud le prohibiera la entrada indefinidamente por ser, bueno, un siniestro acosador.

—Seb tiene razón —se estremeció Cat—. Por más que me duela decirlo. Si vas a cerrar el blog, necesitas una última cita, la más espantosa de todas. Y luego cierras el chiringuito, firmas el contrato del libro y vives feliz para siempre jamás con Sunny, tu libro y mi hermoso bebé.

—Bueno, la verdad es que ayer recibí un email que no tenía desperdicio —

confesó Frankie con cautela.

—¿Sí? —preguntaron Cat y Seb al unísono, al tiempo que la miraban expectantes.

Frankie compartió con ellos la historia del poeta brasileño que soñaba con ser acróbata, segura de lo que sucedería a continuación.

—¡Sí! ¡Es perfecto! ¿Cuándo has quedado con él?

—¡Todavía no he quedado! No pensaba responderle. Porque, ya sabéis, los ligues se han terminado para mí. Pero puede que él me haya propuesto quedar esta noche.

—Tienes que verlo, Frank. Esto no tiene nada que ver con Sunny; tiene que ver con tu futuro como escritora. Ya se lo explicarás todo más adelante —trató de convencerla Cat.

¿Cómo conseguiré que Sunny me lo perdone?, pensó Frankie. Se sentía dividida hasta extremos desesperantes entre el deseo de entregarse total e irrevocablemente a Sunny y la curiosidad por llevar el experimento hasta el final. ¿De verdad se hallaba al borde de algo grande? Seb y Cat asentían con furia, igual que un par de muñecos cabezones para el salpicadero del coche. Frankie puso los ojos en blanco, echó mano del teléfono y buscó el email de Miguel. Le escribió una respuesta rápida en la que accedía a reunirse con él y, a toda prisa, para no cambiar de idea, pinchó «enviar».

—Vale, he quedado con él esta noche. Y me siento fatal. Espero que estéis contentos.

¿Qué estoy haciendo?, se angustió en silencio. A lo largo de los últimos meses, el sentimiento de culpa que le despertaban los encuentros con cada uno de sus ligues, el blog y cada pequeño engaño que contaminaba la base de su relación con Sunny había empezado a pesarle. Sin embargo, eso no había impedido que el blog acaparase atención ni que la ayudase en otros aspectos. Y ahora, con cientos de nuevos lectores a diario, a Frankie le preocupaba cada vez más que Sunny descubriera su secreto inconfesable. Había estado a punto

de contárselo todo en numerosas ocasiones, pero le asustaba demasiado perderlo a consecuencia de sus revelaciones. Pero si el contrato de edición se materializaba (*¿será verdad?*), Sunny descubriría sus devaneos de todos modos. *La razón de ser de este blog ya no tiene nada que ver con mi deseo de encontrar pareja; es un acicate para volver a escribir. Algo que Sunny lleva animándome a hacer desde que nos conocimos. Seguro que se alegrará por mí, ¿no?* Estresada, Frankie hizo crujir los nudillos. *Se acabó, se dijo. La cita de esta noche será la último. No habrá ni una más. Y luego...*

—Hola, mi querido Sunny —canturreó Cat cuando la campanilla de la puerta tintineó.

Frankie despegó los ojos de la pantalla del teléfono para levantar la vista. Sunny avanzaba hacia ella y parecía disgustado. *Mierda.*

—¿Qué pasa? ¿Qué tal te ha ido? —exclamó, al tiempo que corría hacia él para recibirlo con un beso.

—Ha sido horrible.

A Frankie se le cayó el alma a los pies.

—¡Es broma! ¡La reunión ha ido de maravilla! —exclamó Sunny emocionado, mudando de expresión—. Han decidido financiar toda la campaña. Vallas publicitarias, anuncios en Internet, spots de televisión... ¡todo el lote! Y quieren lanzarla antes de Navidad. No me lo puedo creer. Llevo tanto tiempo trabajando en este proyecto...

El corazón de Frankie dio un brinco cuando le echaba los brazos al cuello.

—Cuánto me alegro por ti, Sunny —exclamó con entusiasmo, y era verdad. La recorrió un estremecimiento de emoción al pensar que todos los esfuerzos del hombre, el dolor que había conseguido transformar en algo tan hermoso, tan trascendente, por fin habían dado fruto. Jamás en su vida se había alegrado tanto del éxito de otra persona. ¿Es esto lo que se siente?, se preguntó. ¿Es esto lo que *te invade cuando estás enamorada*? Enterró el pensamiento en las profundidades de su mente.

—Frankie —vociferó Ads a través del teléfono. Las risas, la música y la charla de fondo ahogaban su voz—. ¡Me han ascendido! De ahora en adelante, puedes referirte a mí como «Ads, asociado junior» —anunció con orgullo.

Frankie echó un último vistazo a la página de Goodreads antes de cerrar el ordenador. Las palabras «insípida» e «infumable» resonaban en su mente.

—Guau, Ads, es fantástico —consiguió articular—. Bien por ti.

—Tienes que venir. Estoy tomando unas copas con el equipo en el Arbory para celebrarlo.

Frankie dudó. Hizo girar la silla para darle la espalda al ordenador.

—Me encantaría, pero mañana tengo una entrega. Será mejor que no.

—Frankie carraspeó.

—Ay, mierda, se me había olvidado. —Frankie oyó cómo Ads alejaba el teléfono para pedir otra ronda de copas—. Vale, no me esperes levantada.

—Te quiero... —susurró Frankie a duras penas antes de cortar la llamada.

Sunny le plantó un besito suave en la frente. La leve caricia de su barba de dos días la arrastró nuevamente hacia él. Le dio un vuelco el corazón cuando recordó de súbito el email que acababa de enviar a otro hombre, el mismo con

el que había quedado esa misma noche.

—Estoy tan orgullosa de ti —declaró, y enterró la cara en el pecho de Sunny. La felicidad y el bochorno que bregaban en su corazón asomaron a sus ojos en forma de lágrimas.

—¡Id a un hotel! —gruñó Seb. Haciéndole caso omiso, Frankie siguió aferrada a Sunny, aspirando su reconfortante aroma.

—¿Qué te pasa, tío? No tienes buena aspecto. —Sunny miró a Seb de arriba abajo.

—Me alegro de que alguien se percate por fin. No, no me encuentro bien. Estoy sufriendo un caso grave de enamoramiento.

Histriónico, Seb se desplomó en el gran sillón anaranjado que descansaba junto al mostrador.

Frankie despegó la cabeza de Sunny, contenta de que le brindaran una distracción.

—¿Ah, sí? —dijo al tiempo que se enjugaba los ojos con disimulo—. ¿Celeste? ¿Ya le has dicho que la quieres?

—No, todavía no.

Seb bostezó y se hundió todavía más en el asiento.

—Apenas si sé nada de esa Celeste Fitness, y llevas meses saliendo con ella. ¡Nunca las has traído a la librería! ¿Cuándo podré conocerla? Cuéntamelo todo sobre ella.

Frankie propinó un codazo a su amigo.

—¡Ay, Frank, es perfecta! El mismísimo sol en un día lluvioso. Una dulce gota de agua en el desierto. Nunca he conocido a nadie como ella. Lista, increíblemente guapa, divertida de la muerte y ha leído un montón. —Las mejillas de Seb se tornaron tan coloradas como su pelo al describir a su amor—. El problema es que quiero hacer algo que la deje con la boca abierta. Urdir el plan perfecto para confesarle que la considero mi gran amor.

Se le empañaron los ojos.

—¡Ay, Seb, encanto, me estoy emocionando! —dijo Frankie, a la vez que le masajeaba los huesudos hombros—. Pero el escenario no tiene importancia. Lo que cuentan son las palabras. Tú díselo la próxima vez que la veas en el colegio. Con seguridad, claro.

—¡Frankston Rose! No es nada propio de ti ser tan prosaica —le espetó Sunny con sarcasmo, antes de añadir—: Sebastian, conozco la manera perfecta de decirle a una chica que la *amas*.

Puso tal énfasis en esa última palabra que Frankie se estremeció.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me propones que haga, Sunny Day? No todos tenemos unas fácciones tan perfectas como las tuyas ni un nombre que parece sacado de una novela, colega.

—Tres palabras, Seb: gran gesto romántico —respondió Sunny con gravedad, contando las palabras con los dedos. Dos chicas adolescentes, que fingían hojear revistas al mismo tiempo que devoraban a Sunny con la mirada, se quedaron tan patidifusas que un hilillo de baba les asomó por las comisuras de las boquitas de piñón.

—¿Cómo besarla en un tren atestado para evitar que la multen? —rio Frankie.

—¡Exactamente eso! ¿Me estás diciendo que hoy estarías con un fan de *Los juegos del hambre* si yo no hubiera sido capaz de dar una campanada como esa?

Sunny le guiñó un ojo.

Frankie sonrió al recordarlo y de nuevo se perdió en los acogedores brazos.

—Vale, Romeo y Julieta, volvamos a mí y a mi problema. ¿De qué clase de gesto romántico estamos hablando?

Seb se mesó el cabello con aire impaciente. Si bien tendía a sufrir por amor (casi siempre por personajes literarios, es verdad, pero eso no tornaba la angustia menos genuina), Frankie nunca lo había visto tan destrozado.

—Muy bien. Si de verdad estás dispuesto a pronunciar la palabra que

empieza por A, tienes que sacar la artillería pesada —Sunny hizo crujir los nudillos—. Va a tu colegio, ¿verdad? ¿Por qué no le llenas la taquilla de pétalos blancos, te saltas la clase y la invitas sobre la marcha a un pícnic junto al río Yarra? Hay un rinconcito tranquilo en la orilla donde la gente solía llegar a la tercera base.

—Qué horror. Demasiado típico. Y no creo que sea su estilo.

—¡Ehhh! ¿Y si cruzas el país a pie como en *El insólito peregrinaje de Harold Fry*?

—Sí, claro, tú lo que quieres es librarte de mí, Cat —replicó Seb con un bufido.

—Un juego de pistas como el de Amy en *Perdida* —siguió proponiendo ella.

—Eso ni siquiera era romántico, Cat. Más bien psicótico —señaló Frankie.

—Viene a ser lo mismo.

—¿Y si optas por algo tan anticuado y tradicional que tenga que derretirse a la fuerza? —propuso Frankie.

Seb enarcó las cejas con aire expectante.

—En plan, llena un aula con cientos de velas y escribe un discursito adorable sobre todas las cosas que te gustan de ella. Los clásicos nunca fallan —concluyó en tono soñador.

—Sí, algo así podría funcionar —musitó Seb, presa de una súbita timidez.

—Un gesto a la vieja usanza, ¿eh? ¿Qué te parece este? —Sunny atrajo a Frankie hacia sí y la besó delante de todos al estilo Hollywood. Cat y Seb gritaron: «¡Qué asco!» e «Id a un hotel», pero a Frankie no le importó. Notó un cosquilleo por todo el cuerpo y el amor que Sunny le inspiraba no hizo sino aumentar. Y entonces, de golpe y porrazo, él decidió que ya era suficiente.

—Tengo que marcharme —dijo con sequedad—. ¿Nos vemos esta noche?

—Sí —atinó a responder Frankie.

—No —se inmiscuyó Cat—. Frankie, esta noche tienes planes, ¿recuerdas?

Me prometiste que me acompañarías a clase de K-Pop y luego vendrías a mi casa para ayudarme con mis «asuntos femeninos».

Cat miró fijamente a su amiga hasta que la otra captó el mensaje. Frankie se encogió de hombros en dirección a Sunny, demasiado turbada como para decir nada.

—Vale, pues tendrás que compensarme mañana por la noche —dijo Sunny.

Frankie asintió, pero antes de que pudiera responder, Seb le estiró la mano con ferocidad. El chico se había levantado del sillón y, nervioso, se había escondido detrás del mostrador. Ahora intentaba arrastrar a Frankie para que se reuniera con él.

—¿Pero qué haces, si se puede saber? —cuchicheó Frankie.

Seb señalaba la puerta con gestos frenéticos. Su rostro había mudado del rosa a un amarillo antinatural.

—Jai —articuló con los labios.

Frankie giró la cabeza y se quedó helada al ver que su pretendiente, ahora convertido en acosador, se encaminaba con parsimonia hacia ellos. *Mierda. Mierda. Mierda. ¿Qué hace aquí? ¿Dónde narices está Claud cuando lo necesitas? ¿Qué le voy a decir a Sunny?*

—Frankie, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Sunny cuando ella, con el corazón desbocado, se reunió con Seb debajo del mostrador.

El pastel está a punto de descubrirse. No puedo dejar que se entere. ¡Así no! Cat, Seb y Frankie tomaron aire al mismo tiempo cuando Jai llegó a la altura de la mesa.

Asesinato en directo, de Ben Elton
Tranvía 16 a Fitzroy Street, St Kilda

—Jai, ¿en qué te puedo ayudar? —preguntó Cat, nerviosa.
—Estoy buscando a mi querida Frankie —respondió él a la vez que se alisaba el oscuro cabello contra la frente—. He visto...

—Este es Jai —lo interrumpió Cat antes de que pudiera decir nada más—. El acosador de Frankie.

Sunny pasó la vista de Cat a Jai. Las manos le colgaban inertes a los costados, los puños cerrados con fuerza. Entretanto, Frankie aporreaba con saña los abotargados tobillos de su amiga.

—No soy su acosador —se ofendió Jai—. Frankie está equivocada. Si me dejara explicarle...

—Es que no está. Ven conmigo, Jai.

Cat se bamboleó hasta la punta del mostrador, entrelazó el brazo con el de Jai y lo acompañó a la puerta.

Sunny hundió la cabeza debajo de la mesa y bajó la vista hacia Frankie.

—¿Ese hombre te está acosando? —preguntó, contrariado.

—Sunny te lo puedo explicar.

Frankie se incorporó con tiento, arrastrando a Seb consigo. Buscó la mano de Sunny pero él se zafó.

—No me puedo creer que me hayas ocultado algo así. Es típico. ¿Quién es? —preguntó Sunny a la defensiva. Frankie lanzó una ojeada a Seb, que se encogió de hombros. Ella inspiró hondo. *Se acabó. Ha llegado el momento de aclarar las cosas.*

—Bueno, verás, hace unos meses... empezó Frankie.

—¿Hace unos meses! —Cat regresó a la carrera—. Cuando Frankie era «la chica con la regla». ¿Te acuerdas? Acababais de conoceros —aclaró.

—¿Cómo lo voy a olvidar? —replicó él con frialdad.

—Bueno, pues unas cuantas personas vieron el vídeo y se obsesionaron con

ella. No duró demasiado, pero Jai parecía incapaz de pasar página. Hace meses que no lo vemos, en realidad. El caso es que merodeaba por aquí de vez en cuando. Es inofensivo. ¿No te lo habíamos contado? Se nos debió de olvidar —le soltó Cat de un tirón. Sunny escudriñó el rostro de Frankie y ella aguantó el tipo con la vista clavada en el suelo.

—¿Eso es todo? ¿Un fan chiflado? —Enarcó una ceja.

—Eso es todo. Qué absurdo, ¿verdad? Ya ves, no tienes que preocuparte por nada. Ya le he dicho a dónde se podía ir. —Cat lanzó una carcajada estridente.

Sunny no parecía convencido. Un sutil cambio en su semblante delató el paso de la inquietud a la desconfianza.

—Si vuelve a aparecer por aquí, decídmelo sin falta. Deberíais denunciarlo —les advirtió Sunny, que rozó con suavidad el brazo de Frankie.

Los tres amigos asintieron obedientes.

—Debería ir tirando. Tengo que redactar la propuesta definitiva antes de que acabe el día.

Se inclinó para despedirse de Frankie con un beso.

Cuando Sunny abandonó por fin la librería a toda prisa, Cat, Frankie y Seb respiraron aliviados.

Con un gemido, Frankie enterró la cabeza entre las manos.

—Soy una persona horrible.

—Pronto le dirás la verdad. Después de la cita de esta noche —la animó Cat.

☞ Sunny: Espero que vaya todo bien. ¿Algún otro acosador del que no me hayas hablado?

☞ Frankie: Solo ese. Todo va bien, te lo prometo.

☞ Sunny: Vale, chica con la regla. x

☞ NO RESPONDER A ESTE NÚMERO BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA:
Todavía te quiero.



Frankie se recogió el cabello en una coleta baja y se ajustó la cazadora vaquera. Inspirando hondo, trató de ignorar el sentimiento de culpa que le retorció el estómago como un ejército de minúsculos ninjas. Estaba plantada delante de la quesería Milk the Cow de St Kilda, donde había accedido a reunirse con Miguel. Se rodeó el cuerpo con los brazos, en parte para conservar el calor pero también para animarse. Se estaba planteando muy en serio dejarlo correr, pero la tentadora idea de firmar un contrato ventajoso por un nuevo libro y redimirse como escritora de una vez y para siempre la indujo a cruzar el portalón de madera para entrar en el caldeado bar.

Echó un vistazo al reloj: había llegado con cinco minutos de antelación. Se sentó a una mesa acogedora en un rincón del salón, dejó su ajado ejemplar de *El alquimista* a la vista y consultó el menú. *Consigue algo de material y lárgate pitando. No te costará demasiado, habida cuenta de que has quedado con un poeta que sueña con ser saltimbanqui y posee un dominio un tanto precario del inglés. Con su bolígrafo y su libreta mentales en ristre, se dispuso a tomar notas.*

—¿Frankie? —le preguntó un hombre bronceado, alto e increíblemente atractivo que hablaba con un acento encantador.

—¿Miguel? Encantada de conocerte.

Frankie le tendió la mano, pero el hombre, en vez de estrecharla, se inclinó hacia ella para plantarle dos besos, uno en cada mejilla. Descuidados rizos color caramelo le enmarcaban un rostro perfectamente simétrico, y Frankie notó un cosquilleo en la cara ante la mirada de sus penetrantes ojos azules.

—Siéntate, me estás poniendo nerviosa —sugirió con una risita.

—Soy tan feliz de conocerte —dijo Miguel, al tiempo que tomaba asiento.

Por Dios, hasta su horrible inglés resulta seductor.

—Yo también me alegro de conocerte, Miguel. ¿Qué te pareció *El alquimista*?

Nerviosa, Frankie rasgaba una servilleta de papel por debajo de la mesa.

—Ya lo leí, ¿recuerdas? Es mi favorito. Por eso creo, quizás, esto es el destino.

Los ojos de Miguel proyectaban estrellitas. *Maldita sea*. Frankie tenía el corazón en un puño.

—Pues claro. ¿Pedimos?

Frankie levantó la mano con un gesto torpe que pretendía, en vano, llamar la atención de la camarera. Por fin, una mujer altísima dotada de una preciosa nariz perforada se deslizó hacia ellos con elegancia y les preguntó qué deseaban tomar.

—Tomaremos la degustación de queso y vino. Si te parece bien, Miguel —consultó Frankie.

—Sí, por supuesto. Queso y vino, cómo decís, casan tanto como Romeo y Julieta.

Miguel sonrió y Frankie oyó carraspear a la camarera. Tras anotar el pedido, la mujer se alejó despacio sin despegar los ojos de él.

—Bueno, Miguel, ¿y dices que eres acróbata?

—Sí, ¿has conocido un acróbata antes, Frankie?

La temblorosa luz de las velas realzaba sus impecables facciones.

—Nunca. ¿Qué te llevó a entrar en ese campo? —le preguntó Frankie, impávida. *No coquettees*, se ordenaba en silencio una y otra vez.

—¿Un parque? No he ido a ningún parque últimamente —respondió Miguel, con aire desconcertado.

—¡Perdona! —se disculpó Frankie a toda prisa—. Tu trabajo. ¿Qué te llevó a escoger las acrobacias?

—Desde niño quería ser acróbata. Pienso que acrobacias son, cómo decís, el sexo del circo —respondió Miguel con semblante inexpresivo.

—Qué bonito.

Frankie reprimió una risa y tomó nota mental de esa pequeña joya para su blog.

—Igual que tú.

En ese momento la camarera los interrumpió para dejar sobre la mesa una gran bandeja de aromáticos camembert, Stilton y brie, además de tres tipos de vino tinto.

—Ah, esto se parece delicioso. —Miguel se relamió y luego se zampó un pedazo de queso de un bocado—. ¿Te gustaría ver un truco?

Hala, no sé cómo lo hace, pero hasta el gesto de devorar queso resulta seductor en él.

Frankie se encogió de hombros. Hacía lo posible por mostrarse indiferente pero educada.

Miguel le dedicó un guiño y vació de un trago el vaso de vino que tenía delante. A continuación se levantó y dobló los brazos por encima de la cabeza, un movimiento que dejó a la vista una franja de abdomen entre los vaqueros y la camiseta blanca.

Le tendió la mano a Frankie, que la tomó de mala gana, y la arrastró hasta la parte trasera de su propia silla sin dejar de acariciarle la palma. Frankie retiró la mano a toda prisa. Miguel empujó la silla hacia la mesa y procedió a desplazar hacia atrás la mesa contigua.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Frankie.

—Dejar sitio para mortal adelante —respondió Miguel, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Aquí? —preguntó Frankie.

—Sí. ¿Dónde más?

Frankie echó un vistazo al ambiente íntimo del restaurante, donde las parejas charlaban por encima de las tablas de queso y galletas, entrechocaban las copas y lamían cucharas compartidas. Miguel se acercó a la mujer de cabello rabiosamente violeta que tenía detrás, le tocó el hombro y la informó, en su inglés chapurreado, de que debía «abandonar por razones de seguridad». Ella entornó los ojos y, a regañadientes, desplazó la silla.

—¿Lista? —ronroneó Miguel, pero Frankie eludió el contacto visual. Tras contar hasta tres por lo bajo, el acróbata alargó los recios brazos y salió disparado con un armonioso movimiento que proyectó su cuerpo hacia delante. Las manos apenas rozaron el suelo cuando giró sobre sí mismo en el aire y aterrizó con elegancia sobre los dos pies. El restaurante al completo prorrumpió en aplausos y él saludó con una modesta reverencia.

—Ha sido espectacular —profirió con entusiasmo la mujer del pelo violeta, cuyas mejillas habían adoptado un color parecido al de su peinado. Aullidos de admiración se elevaron en la zona del fondo, los tenedores de los comensales se detuvieron en el aire, las bocas se abrieron ante Miguel, que les devolvía a todos una sonrisa orgullosa.

Frankie regresó a su silla, azorada ante la atención que su ligue estaba suscitando. Cortó una loncha de camembert y la untó con generosidad sobre una galleta, añadió pasta de membrillo y se la llevó a la boca. *¿Este tío es real?*

Miguel, haciendo caso omiso a las peticiones de un bis, se acomodó frente a ella y se dedicó a mirarla comer, a todas luces fascinado. Frankie intentó concentrarse en el queso y las galletas mientras evitaba su ardiente mirada.

Él carraspeó.

—Eres una chica preciosa. Eres mi perla del océano.

—¿Qué? —exclamó ella, atragantándose con el queso.

—Soy poeta, ¿recuerdas? Escribí un poema a ti, mi Frankie.

Ella suspiró. *Por el libro. Todo sea por el libro.*

Nos conocimos por Paulo Coelho, recitó Miguel.

Entrar en tu corazón es el cielo.

Como amamos los mismos títulos,

te cocinaré feijoada en capítulos.

Frankie, tus ojos son preciosos como los míos.

Y cuentan para mí una historia de amoríos.

Si yo soy tu libro, sujétame fuerte.

Acabaremos en mi casa con un poco suerte.

Frankie tomó un buen trago de vino.

—Ha sido increíble —suspiró la camarera, que había aparecido de repente. Pero Miguel no despegaba los ojos de Frankie, que se trasegaba el tercer vaso de vino tinto sin devolverle la mirada. Él se recostó sobre la mesa para hacerle cosquillas en el brazo. Frankie se estremeció.

—Bueno, cuéntame por qué te gusta tanto *El alquimista* —sugirió. Advirtió de sopetón que le vino se le había subido a la cabeza.

Con un murmullo seductor, Miguel repasó sus partes favoritas. Frankie, desesperada por llevar la conversación al terreno más neutral posible, intervenía cada dos por tres para citar escenas y compartir anécdotas de la primera vez que leyó el libro, durante un periplo por Europa. Miguel le contó que se enamoró del viaje de Santiago en cuanto cayó en sus manos, mientras estudiaba en el instituto. Aunque las dificultades idiomáticas entorpecían la comunicación, la conversación literaria animó a Frankie, a medida que una corriente eléctrica prendía chispas letradas entre los dos. Su corazón revivía conforme aportaba opiniones sobre *Brida*, *Once minutos*, *Aleph* y *El peregrino*, tan absorta en la charla que olvidó dónde estaba y con quién. Hasta que Miguel posó la mano sobre la suya y, de súbito, una burbuja de remordimiento estalló en su pecho.

—Debería ir tirando —dijo Frankie, y retiró la mano a toda prisa.

—Vale —asintió Miguel, que dejó un fajo de billetes sobre la mesa. Mientras la acompañaba al exterior, con una mano en la parte baja de su espalda, recibieron aún unos cuantos aplausos de los comensales que habían presenciado la actuación. Cuando llegaron por fin a la calle, Miguel se plantó incómodamente cerca de Frankie.

—Bueno, ha sido divertido. Acrobacias en mitad de un restaurante, eso no se ve cada día. ¡Ojalá fuera tan flexible como tú! Ni siquiera soy capaz de hacer el salto de estrella. —Frankie forzó una carcajada.

Miguel no rio con ella. En vez de eso enarcó una ceja y susurró:

—¿Confías en mí?

—Hum, supongo.

Miguel levantó a Frankie del suelo, la impulsó hacia arriba y la hizo girar una vuelta completa con el brazo. Frankie gritó tanto de la sorpresa como de pura histeria. Pero él la devolvió al suelo con cuidado y le alisó la chaqueta.

—Bueno... —trastabilló ella, sin habla.

Miguel rio y avanzó hacia Frankie. Presionándole los labios con el pulgar, se dispuso a besarla.

Frankie agachó la cabeza.

—Ay, lo siento. Tengo que irme, de verdad. Gracias por la agradable velada. Ya hablaremos —se despidió al mismo tiempo que se largaba como alma que lleva el diablo.



Frankie entró de puntillas en casa de Sunny. Había bebido tanto que la cabeza le daba vueltas. Avistó un merengue de chocolate en el centro de la mesa de la cocina junto con una nota autoahsiva pegada al dulce con torpeza.

He pensado que tendrías hambre después de pasar la noche ayudando a Cat con sus «asuntos femeninos».

Frankie desplazó una sensación tóxica a las profundidades de su cerebro y asestó un bocado al merengue, que le dejó un rastro de migas en el jersey al deshacerse. Despojándose de las bailarinas, se encaminó de puntillas al dormitorio. Oyó a Sunny antes de verlo. Una respiración superficial, suave, que con el tiempo había llegado a identificar con él. Con cuidado, abrió la puerta. Estaba tendido sobre las mantas, desnudo salvo por unos calzoncillos tipo bóxer, rojos. El contorneado abdomen ascendía y descendía con cada respiración. *Por Dios, cuánta belleza.*

Frankie entró en el dormitorio sin hacer ruido, se libró de la ropa y, pasando por encima de él, se acostó. Rodeó con los brazos el poderoso cuerpo del hombre, deslizó una pierna por encima de las suyas, se acurrucó contra Sunny, como si no pudiera acercarse lo suficiente. Le besó el cuello, aspiró su aroma.

—Te quiero —susurró, con cuidado de no despertarlo. Las palabras se le enredaron en los labios. Pero, por primera vez en toda una eternidad, Frankie era feliz.

Entonces, ¿por qué las lágrimas surcaban sus mejillas?

De: Jai Reddy

A: Escarlata O'

Asunto: Esto sí que es un poema

Oda a Frankie

De Jai Reddy

Piel tan blanca, cabello deslumbrante,
Un mechón quisiera de tu melena abundante.
La ciudad de Verona cuenta una historia oscura,
no te lo voy a negar, tú me la pones dura.

Tu sola presencia enciende mi corazón,
abrazarte con fuerza es mi mayor ilusión.
Con tu chaqueta tejana cual ser celestial,
no puedo negarlo, eres mi esposa ideal.

Tu imagen perfecta atribula mi mente,
El amor me ciega de anhelo ardiente.
Si la distancia aumenta la pasión que siento,
allá donde vaya llevaré conmigo este sentimiento.

Marley y yo, de John Grogan
Línea de Lilydale a las afueras

Frankie subió a la carrera las escaleras de su edificio. Se suponía que en media hora debía abrir la tienda y todavía tenía que ducharse, cambiarse y tomar un café. Un café bien cargado. Era martes. Y ella odiaba los martes. El martes era el día que dedicaban a forjar espíritu de equipo en la librería. Después de cuadrar los números semanales, Claud les pediría que compartieran sus mejores y peores momentos profesionales de la semana al mismo tiempo que practicaban mindfulness haciendo punto. Desde que asistió a un seminario de liderazgo llamado «cómo tener empleados felices pero productivos» estaba concienciadísimo sobre la importancia de «compartir los sentimientos» y «oxigenar la mente mediante el poder de la lana y las agujas». Por si fuera poco, el hecho de que fuera martes significaba que faltaban cuatro días para el viernes, el día que de verdad se labraba el espíritu de equipo. Nada como una buena botella de tinto (o un gin-tonic, dame el gin y quédate el tonic) y unas patatas fritas en el pub de la esquina para proclamar a los cuatro vientos: «formamos una pequeña familia».

Y tampoco podía quitarse de encima la sensación de desastre inminente. ¿Remordimiento? ¿Culpa? ¿O quizás un persistente exceso de lactosa? Cuando llegó a la puerta principal de su casa, Frankie estampó la cabeza contra la vieja madera. *No pasa nada*, se dijo. *Lo hiciste por el bien del blog. Se ha terminado*. Insertó la llave en la cerradura, levantó la barbilla y fingió que afrontaba el día con entusiasmo.

Se dirigió al terrario para desearle buenos días a *Winnie*. De camino, Frankie conectó la tetera eléctrica.

—Hola, amiguito —canturreó a la vez que abría la tapa del recipiente y dejaba caer unas migas de pienso para tortuga en un rincón—. Aún no te has despertado, ¿eh? —*Winnie* descansaba sobre un tronco ornamental. Frankie le frotó el caparazón, pero la tortuga no se movió. Le hizo cosquillas en las patas

traseras y tampoco reaccionó—. Eh, siempre te mueves cuando te toco los pies. —Nada—. *¿Winnie? ¿Winnie?*

Frankie pegó un brinco hacia atrás, con las manos en la boca.

—*¡Winnie!*

Echó mano del teléfono y, temblando, marcó el número de Sunny. Mientras esperaba su respuesta, paseaba de un lado a otro dando vueltas y más vueltas.

—*¿Ya me estás echando de menos?* —Frankie oyó la sonrisa de Sunny a través del teléfono.

—Tienes que venir. *¡A Winnie le pasa algo!* —Miró a través del cristal, insegura, tratando de percibir algún movimiento en el cuerpo de la tortuga—. Creo que ha muerto.



Treinta minutos más tarde Sunny se había plantado en casa de Frankie, despeinado y sin afeitar. *Ay, está tan guapo cuando se acaba de levantar.* Frankie sacudió la cabeza. *Venga, piensa en el pobrecillo Winnie, que muy posiblemente haya muerto.* Sunny le estrechó la mano con sentimiento y le depositó un beso cálido en la mejilla. Con un abrazo final, dejó a Frankie esperando y echó a andar hacia la sala.

—*¿Qué opinas?* —le gritó Frankie, escondida en el recibidor. Oyó a Sunny caminar lentamente por el salón y luego un golpe, cuando retiró la tapa del terrario. Crujido. Salpicadura. Chasquido. Rascada. Frankie pegó un bote cuando Sunny apareció de repente ante ella. La estrechó entre sus brazos y le frotó la espalda.

—Lo siento, Frank. Nos ha dejado.



Se sentaron juntos en el sofá con sendas tazas de café caliente y la mirada perdida en la caja de zapatos que descansaba ante ellos, sobre la mesita baja.

—No me puedo creer que haya muerto —sollozó Frankie.

—Ninguna tortuga se le podrá comparar nunca —suspiró Sunny contemplando el improvisado ataúd.

—¿Cómo ha podido pasar algo así? Era tan joven, tan alegre para ser una tortuga y de repente, puf, desapareció.

—Son cosas que pasan. No hay que buscarles explicación.

En ese momento, Sunny parecía muy lejos de allí. Frankie lo miró. ¿Todavía estás hablando de *Winnie*?, se preguntó sin poder evitarlo.

—Es que no me lo puedo creer —Frankie inspiró hondo—. ¿Crees tendrá algo que ver con la visita al onsen? Puede que hiciera demasiado calor para él. O quizás pasó demasiado tiempo fuera del agua. Nunca volvió a ser la misma tortuga lentorra después de aquello. Ay, Dios mío —sollozó—. ¿Y si lo freímos sin querer y ha estado hirviendo por dentro hasta la muerte sin que nos diéramos cuenta?

Frankie se levantó de un salto, pero antes de que pudiera ir a ninguna parte Sunny se incorporó también y la rodeó con sus brazos.

—Has sido una mamá fantástica. Y *Winnie* lo pasó de maravilla en todas esas excursiones. Tuvo una vida emocionante y preciosa gracias a ti —musitó a la vez que la mecía con cariño. Apoyada contra el firme pecho de Sunny, Frankie se fue relajando.

—Voy a llegar tardísimo —dijo por fin. De mala gana, Frankie se incorporó y se limpió los restos de las lágrimas. Sin mirar a *Winnie*, conectó el teléfono para llamar a Cat... y encontró tres notificaciones de Snapchat, todas de Miguel—. Se lo voy a contar a Cat —musitó antes de encerrarse en su dormitorio.

En la aplicación de Snapchat, una foto aguardaba a Frankie: Miguel haciendo el espagat. El pie decía: «Haciendo un dividido para despertar mi núcleo físico». A continuación, un breve vídeo en el que aparecía colgado boca abajo de unas anillas de gimnasio, que incluía el comentario: «Musculación del cuerpo superior es más importante». Y finalmente, una

fotografía que mostraba a Miguel, con los brazos extendidos, sosteniendo a una mujer sobre los hombros y a otra alrededor del torso, acompañada del comentario: «Imán para las mujeres;»).

—Mierda.

Frenética, Frankie toqueteó la pantalla para salir de la aplicación. Marcó el número de Cat acto seguido.

—Frankston —respondió Cat sin aliento—. Estoy en mitad de una sentadilla. ¿Dónde diantre estás?

Conteniendo un sollozo, Frankie le comunicó la triste noticia. Discutieron un rato, mientras Cat insistía en que se quedara en casa y Frankie le prometía que en una hora estaría recuperada. Después de la tercera protesta, Cat cortó la llamada. Mientras trataba de recuperar la compostura antes de reunirse con Sunny, Frankie oyó una voz chillona en el recibidor.

—¡Sunny, querido mío!

Era la madre de Frankie. Otra vez. La chica suspiró con fuerza, abrumada por una sensación física de repulsión y frustración. Desde que sus padres se habían venido a vivir a Richmond, se presentaban en su casa cada dos por tres y siempre en los momentos más inoportunos.

—Mamá, qué sorpresa —dijo Frankie con sorna cuando, al entrar en el salón, encontró a Putu frotando los hombros de Sunny con un masaje sensual y a Rudolph sentado en el sofá. Sunny la miró con cara de «por favor, dile a tu madre que deje de tocarme».

—Estábamos por el barrio y se nos ha ocurrido pasar a ver a nuestra hija favorita.

—Mamá, soy tu única hija. —Frankie le plantó a su padre un beso en la coronilla y se acercó a su madre para ofrecerle un abrazo desgano—. No habéis escogido un buen momento, la verdad.

Putu pasó la mirada de Frankie a Sunny, con picardía.

—¡Ah, quién fuera joven otra vez!

—Mamá —Frankie le pasó un brazo por los hombros y la condujo hacia la puerta—, ya hemos hablado de esto. No puedes presentarte en casa sin avisar. Llego tarde al trabajo. Tienes que marcharte. Y, por favor, deja de abusar de Sunny.

Putu se retorció para zafarse de su hija.

—Cariño mío, calabacita, deja al menos que salude a ese nieto reptiloide que tengo.

Crispada, Frankie echó la cabeza hacia atrás. ¡Santo cielo, *Winnie!* ¡Llévame contigo!

—Putu, ¿te he dicho ya cuánto me han gustado las bayas goji del Himalaya que me trajiste? Noto cómo los antioxidantes inundan mis venas —intervino Sunny. Miró a Frankie haciendo un gesto de asentimiento y ella retrocedió despacio hasta refugiarse en la seguridad de su dormitorio. Cerró la puerta en silencio y se enfundó a toda prisa unos vaqueros y un jersey de lana color crema. Oyó la puerta principal abrirse y luego cerrarse, y suspiró con alivio. ¡Qué suerte *tengo de contar con Sunny!* Sin embargo, el pensamiento le provocó al momento un agudo remordimiento. Sacudió la cabeza, agarró el abrigo y salió a reunirse con él, que la esperaba sentado en el sofá, a solas.

—Gracias —le dijo Frankie a la vez que le acariciaba las hirsutas mejillas—. Por todo.

—¿Seguro que te encuentras bien? Venga, Frank. Por favor, habla conmigo. Dime cómo te sientes.

Sunny escudriñaba las profundidades de sus ojos con nostalgia.

—Estoy bien.

Frankie se lo quitó de encima y se quedó plantada con los brazos colgando.



Frankie estaba acuclillada en el escaparate, organizando con aire distraído un expositor de álbumes ilustrados junto al cartel que detallaba las actividades de la Semana del Libro. *Koala Lou, Loni and the moon, Bajo el paraguas del*

amor, No one likes a fart. Sentada entre esas historias tan divertidas, dulces y conmovedoras, ansió de súbito volver a la infancia, sin preocupaciones ni complicaciones. En ese momento, Cat interrumpió su ensueño para despotricar sobre la tendencia de la literatura a liquidar a las madres, desde *Blancanieves* hasta *Guerra y Paz*, pasando por *Cometas en el cielo*.

—¿Qué clase de ejemplo les estamos dando a nuestros hijos? —aulló.

Antes de que Frankie pudiera formular una respuesta siquiera, el teléfono zumbó en el suelo. Otra notificación de Miguel: en esta ocasión la foto —que lo mostraba haciendo malabarismos con un limón, una pera, un pomelo y una naranja— llevaba la leyenda: «Una manzana todos los días mantiene al doctor en el extranjero». Sonó un trompazo en el escaparate y Frankie reculó mientras el cristal reverberaba a su alrededor. Alzó la vista y atisbó a Sunny, que le hacía señas desde el otro lado. Llevaba traje negro y corbata, transportaba una caja debajo del brazo y en la mano sostenía una maceta de la que asomaba una caléndula anaranjada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —articuló Frankie con los labios. Sunny le indicó por gestos que se reuniera con él en el camino de entrada, así que Frankie se abrió paso hasta la tienda otra vez, le gritó a Cat un rápido «¡Vuelvo enseguida!» y salió.

—¿Qué pasa?

Sunny la besó.

—Es hora de despedir a *Winnie*.

—Pero si estoy trabajando. No me puedo marchar sin más.

Sunny miró por encima de su hombro hacia la tienda. Cuando siguió su mirada, Frankie descubrió que Cat y Claud se aceraban. Cat se había echado un chal de punto negro (tejido a mano por Claud) sobre los hombros y Claud sostenía en alto dos bolsito de mano. Se asomó la cabeza entre los estantes y le hizo a Frankie un gesto de ánimo con los pulgares: «¡todo controlado!».

—Lo hemos preparado todo —dijo Sunny. Le tomó la mano y echaron a

andar calle abajo, acompañados de Cat y Claud.

Llevarían recorridas cosa de cuatro manzanas cuando Sunny los internó en un laberinto de callejones y calles estrechas hasta llegar a un pequeño jardín comunitario. Sembrado de hierba verde y fresca, estaba salpicado de distintas parcelas en las que crecían hortalías diversas. Sunny abrió la cancela blanca.

—¿Seguro que podemos entrar aquí? —Frankie avanzó un solo paso, indecisa.

—Vive la vida, Rose —le dijo Cat con un guiño a la vez que echaba a andar por el jardín, con un leve bamboleo, como si el terreno le perteneciera.

Frankie siguió a Sunny hasta un pequeño hoyo cavado al fondo del jardín. Se encontraba entre macizos de margaritas rosadas, a la sombra de un precioso roble. Sunny se agachó y colocó la caja de *Winnie* en el agujero. A continuación se levantó y rodeó a Frankie con los brazos para atraerla hacia sí y abrazarla con fuerza. El grupo se quedó allí plantado, observando con solemnidad el lugar de descanso de *Winnie*.

—¿A alguien le gustaría pronunciar unas palabras? —preguntó Sunny a la grave congregación.

Cat dio un paso adelante.

—Hoy estamos aquí reunidos para despedir a nuestro encantador compañero *Winnie*. Aunque fue una tortuga de pocas palabras, siempre estuvo en posesión de un alma sabia y hermosa que enriqueció considerablemente nuestras vidas. —Unió las manos ante sí con seriedad—. Me encantaba su manera de mantener el contacto visual, sobre todo mientras masticaba saltamontes deshidratados. Tenía un modo singular de hacerte sentir amada y amenazada al mismo tiempo. Te echaremos de menos, querido *Winnie*. Descansa en paz, reservado amigo.

Se llevó las manos a los labios y se inclinó con dificultad para tocar la caja. Antes de incorporarse, lanzó un puñado de tierra a la tapa.

—Gracias, Cat. Ha sido un discurso muy sentido —la elogió Sunny,

emocionado—. ¿Frankie? ¿Te gustaría decir algo?

Frankie miró a Sunny, vacilante. No creía que fuera capaz de mantener la compostura. No estaba lista.

—No, gracias —respondió Frankie con frialdad.

—Venga, Franks. Tú puedes.

Cat le propinó un pequeño empujón a su amiga en dirección a la tumba. Frankie la fulminó con la mirada.

Carraspeó.

—*Winnie* —dijo con voz queda a la vez que desplazaba las manos de la espalda a las caderas para unir las finalmente debajo de la barbilla—. *Winnie*, bueno, ¿qué puedo decir? Hum, como uno de mis héroes escribió en cierta ocasión: «en el instante en que te contemplé, perdí irrevocablemente mi corazón». Descansa en paz, amigo mío.

Las lágrimas fluyeron libremente por sus mejillas cuando se agachó y, con delicadeza, arrojó un puñado de tierra sobre la improvisada tumba. Sunny le pasó el pulgar por la mejilla, tiernamente, para enjugarle el llanto, y luego recogió la pequeña pala que yacía a sus pies. Bajo la atenta mirada del grupo, tapó la tumba con tierra entre los golpes sordos y solmenes de los terrones contra la caja.

—¿Qué diantre está pasando aquí?

Los cuatro se giraron de golpe hacia la severa voz. Un hombre rechoncho de mejillas congestionadas y ojos mezquinos los observaba desde la entrada del jardín.

—¿Quiénes sois y qué coño estáis haciendo?

—¿No me habíais dicho que podíamos estar aquí? —cuchicheó Frankie entre dientes.

—Perdona, colega. —Sunny se incorporó despacio y se limpió disimuladamente la tierra de los pantalones—. Estábamos admirando el roble. Nunca había visto uno tan alto. ¿Por casualidad no sabrás la edad que tiene?

—preguntó en tono desenfadado.

—Admirando el roble con una pala, ¿eh? —replicó el hombre.

Todos miraron la herramienta antes de devolver la vista al recién llegado.

—Últimamente me han desaparecido zanahorias del huerto. Le dije a mi mujer: ¡esto ya pasa de castaño oscuro! Como pille a los gamberros que merodean por mi huerta para robarme las verduras, desearán no haber nacido.

—Mira, colega, de veras, solo estábamos dando un paseo. No hemos cogido nada.

Sunny levantó las manos como para mostrar su inocencia.

El hombre echó una ojeada al montón de tierra revuelta.

—Conque sí, ¿eh? —dijo en un tono gélido.

—Estamos en pleno duelo. —Cat avanzó un paso—. Acabamos de perder a nuestra tortuga.

—Por mí, como si se acaba de morir vuestra abuela y estáis al borde del suicidio. Este es mi jardín y no tolero que unos extraños vengán a robarme col kale para echársela a su batido verde. ¡Y mejor ni hablar de ese agujero!

El hombre acompañaba sus palabras con gestos agresivos.

Frankie advirtió que Sunny se aproximaba por su derecha con sigilo, la mano posada en su espalda. La azuzó con suavidad y ella avanzó un paso.

—No pretendíamos hacer nada malo. Solo estábamos admirando su trabajo. No nos van los batidos verdes.

Sunny se desplazó otro paso más.

Frankie propinó un codazo a Cat, que lo miraba todo con la boca abierta de par en par. Su amiga solía mantener acalorados debates con aquellos que se negaban a aceptar el valor de las bebidas vegetales.

El hombre observó al grupo, que ahora se le acercaba centímetro a centímetro, pero mantuvo su posición, bloqueándoles el paso.

—¿Sabes? —prosiguió Sunny—. No puedo ni imaginar la rabia que debe dar descubrir que han arrancado unas verduras tan bien cuidadas.

Frankie miró de reojo a Sunny. Caminaba hacia el hombre, que de súbito parecía menos enfadado y más desconcertado.

—De hecho, paso por delante de este jardín a diario, de camino al trabajo, y a menudo pienso que se ven pocos terrenos tan bien aprovechados como este —prosiguió Sunny—. Siempre me pregunto quién cuirá las parcelas. Personas amistosas y atentas, me digo. Por eso he traído a mis dos hermanas y a mi cuñado, aquí presentes. —Sunny señaló con un gesto al variopinto grupo, que lo observaba de hito en hito. Claud avanzó un paso a su vez.

—Han venido de fuera y no he podido resistirme a mostrarles el secreto mejor guardado de Melbourne.

El hombre desplazó el peso de una pierna a la otra, a todas luces dudando de las intenciones de Sunny, que ahora se encontraba a poco más de un metro de distancia.

—Oh, sí, el secreto mejor guardado de Melbourne —soltó Cat en tono inseguro—. Me sorprende que *Time Out* todavía no haya publicado un artículo sobre este sitio.

—Le parecerá absurdo —ronroneó Sunny—, pero he traído esta maceta de caléndulas como ofrenda para el jardín. Quería sorprender a los propietarios con una muestra de agradecimiento anónima por su contribución a hacer de nuestra maravillosa ciudad un lugar más bello y sostenible.

El hombre miró la mano de Sunny, que descansaba en su brazo con gesto amigable, y luego su sonriente semblante.

—¿Qué está tramando Sunny? —susurró Claud a través de una frágil sonrisa.

—Ni idea. Tú límitate a mirar y prepárate para moverte —respondió Frankie.

—Teníamos la esperanza de poder plantar estas flores antes de que nadie se diera cuenta. ¡Pero nos ha pillado *in fraganti*!

El hombre pegó un brinco cuando Sunny gritó estas últimas palabras al tiempo que agitaba las manos en el aire.

—Dices la verdad, ¿no? —preguntó el hombre, cada vez más ablandado.

—Ya lo creo. Los gestos amables sin segundas intenciones y las muestras de gratitud se llevan últimamente. Yo tenía la esperanza de sorprenderles, a usted y a sus vecinos. ¿Le parece bien que deje las flores a su atento cuidado? —Sunny miró el reloj—. Mi hermana tiene diabetes y la otra podría ponerse de parto en cualquier momento. Si no les doy de comer cuanto antes, habrá consecuencias. Mujeres... —Le propinó un codazo al hombre en plan simpático—. Venga, señoritas, dejemos a este buen hombre con sus hortalizas.

Sunny cruzó la cancela y salió a la calle.

Cuando el grupo, sano y salvo, hubo doblado la esquina, Sunny se dio la vuelta sonriendo de oreja a oreja.

—No ha estado mal, ¿eh?

Frankie estalló en carcajadas. Todo el sentimiento de culpa, la tristeza, el miedo y la preocupación que llevaba reprimiendo desde la mañana estallaron de golpe y porrazo del modo más inesperado. Sunny la contempló con un inconfundible viso de adoración en los ojos.

Cat aguardó paciente a que su amiga recuperara la compostura, pero Claud frunció el ceño:

—¿Qué acaba de pasar?

—¿Qué te dije? —canturreó Sunny—. ¡Siempre funciona!

—¿Qué es lo que siempre funciona? —preguntó Cat, atónita—. ¿Qué diantre ha sido eso?

—Todos tendemos a reflejar la conducta de los demás: reaccionamos a la bondad con bondad, a la rabia con rabia —explicó Sunny adoptando el talante de un maestro, una faceta que Frankie desconocía en él—. Si modificamos el relato y, como ha sucedido hoy, afrontamos la hostilidad con amabilidad, generamos desenlaces inesperados.

Asintió con vehemencia.

—¿Todo eso lo has aprendido en esos libros juveniles que tanto te gustan,

Sunny? —se burló Cat—. Y pensar que yo me disponía a fingir que estaba de parto.

—No te preocupes. —Claud entrelazó el brazo con el de Cat—. Ya te llegará tu momento de gloria.

Pasearon hasta la librería en silencio, cada cual asimilando a su modo los acontecimientos del día. Frankie miró de reojo a Sunny, cuya frente mostraba ahora un pequeño ceño. Parecía tan sereno por fuera, pero Frankie empezaba a atisbar las profundidades por las que discurrían sus sentimientos, al igual que sus complejos y apasionados pensamientos. *Ay, Dios mío, ¿será posible que sea el hombre perfecto?*

—A tu lado, hasta los días más complicados se tornan asumibles —dijo con voz queda, y se acurrucó contra él mientras caminaban.

—A tu lado, todos los días son increíblemente especiales —respondió Sunny antes de detenerse para besar a Frankie con tanto ardor que le dejó su aroma tatuado en la piel.

👤 Cat: ECHA UN VISTAZO A TWITTER AHORA MISMO.

👤 Frankie: ¿Por qué?

👤 Cat: ¡LENA DUNHAM ACABA DE TUITEAR SOBRE TU BLOG!

👤 Frankie: ¡¡OH, DIOS MÍO!! ¡AHHH! ¡MI BLOG ESTÁ QUE ARDE! ¡TENGO 5000 NUEVOS SEGUIDORES! ¡Ahhh!

👤 Cat: Es de locos. Eres mi ídolo, Frankie Rose.

Lena Dunham acaba de hablar de mí
en Twitter

Saludos, nuevos lectores. Gracias por seguir mi blog inspirados por el comentario que LENA DUNHAM ha subido a Twitter.

Se trata sin duda de una de las cosas más emocionantes que me han pasado en la vida. Y eso incluye el memorable día en que una máquina expendedora sacó dos Kit Kat aunque yo solo había pagado uno. Lena Dunham (alias la voz de nuestra generación) acaba de tuitear sobre mi modestísimo blog australiano. ¡Mi blog!

Hace un par de años dejé de escribir por completo (no me pidáis que recuerde las diarreicas críticas que recibió mi segundo libro). La escritura era una parte tan importante de mi vida que, cuando renuncié a escribir, tuve la sensación de que había perdido una parte de mí misma también.

Hace muy poco que empecé a darle al teclado de nuevo, cuando abrí este blog. Y siento que por fin vuelvo a saber quién soy. Supongo que por eso he prolongado este experimento durante tanto tiempo. Sí, he encontrado a mi Edward Cullen, pero la fuerza cósmica que me induce a redactar este insignificante blog sigue ahí. Y esa fuerza, acabo de darme cuenta, se llama pasión. Y esto acaba de empezar.

Según dice la gran Lena Dunham (que acaba de tuitear sobre mi blog; ¿os lo he mencionado?) con suma sabiduría, si tienes la sensación de que has nacido para escribir, es probable que sea así.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

PD ¿Os he dicho ya que LA GRAN LENA DUNHAM HA DEJADO UN
COMENTARIO EN TWITTER SOBRE MÍ?

Deja un comentario (4950)

El gato Garabato > ¡Yo fui tu primera lectora!

Stephen Prince > @Elgatogarabato ¡LO MISMO DIGO!

Fan de Lena > ¡¡ADORO A LENA DUNHAM!!

Talya Klein > ¡*GIRLS* es la historia de mi vida!

Mujercitas, de Louisa May Alcott

Tren de Glen Waverley a la estación de Flinders Street

☞ Seb: He seguido tu consejo.

☞ Frankie: ¿Qué consejo?

☞ Seb: El gran gesto romántico. Le voy a declarar a Cel mi amor eterno aunque sea lo último que haga.

☞ Frankie: ¡Así me gusta, tigre!

A apoyada sobre el lateral de la cama, Frankie dejó que la luz del teléfono la fuera despabilando. La manta que la tapaba hasta el cuello atrapaba el calor corporal. Sunny gimió con los ojos entreabiertos antes de rodearla con los brazos sin estrecharla. Un estremecimiento recorrió la espalda de Frankie cuando se recostó contra el abrazo.

—¿Qué haces? —preguntó él con voz cavernosa.

—Le envió un mensaje a Seb —respondió Frankie antes de mandar su última respuesta.

—¿Debería ponerme celoso? —Sunny le olisqueó el cuello. Ella tiró el teléfono al suelo y se dio la vuelta para mirarlo de frente. Aspiró su aroma, le plantó encima las piernas desnudas y le dibujó una estela de besos por el cuello y la clavícula.

—Y bien, ¿qué vamos a hacer hoy? —murmuró Frankie entre beso y beso.

—¿Esto? —replicó él en tono ronco al tiempo que la deslizaba sobre su cuerpo con un hábil movimiento. Ella soltó una risita contra el pecho de Sunny. Por primera vez no quería abandonar esa cama ni a ese hombre en todo el día, hasta que llegara la hora de asistir a la fiesta de Paddy, esa misma noche. Paddy era un viejo amigo de Sunny de los tiempos del instituto. Quedaban de vez en cuando para compartir una maratón de películas *Marvel*, comentar sus últimas obsesiones culinarias, recomentarse podcast y criticar a sus equipos

deportivos favoritos. Su relación era el paradigma del amor fraterno, y a Frankie le parecía infinitamente adorable. De hecho, las pocas veces que había visto a Paddy, había gravitado hacia él al instante. Su sonrisa descarada y sus andares desgarrados le granjeaban simpatías instantáneas. Sunny llevaba unos días hablando de la fiesta con ilusión; estaba deseando reunirse con sus amigos extranjeros, a los que llevaba casi quince años sin ver, desde el año sabático que pasó viajando por Sudamérica. Frankie sonrió pensando que estaba guapísimo cuando se emocionaba.

—¿En qué piensas?

Sunny obligó a Frankie a torcer la cara para que lo mirara.

—En que eres mono —sonrió.

—Tú tampoco estás mal —respondió él, y la besó.



Frankie estaba tirada en el sofá en actitud de abandono. Tras arrancarse a sí misma de los brazos de Sunny para que este pudiera centrarse en su trabajo, Frankie decidió pasar el día dedicada a sí misma. Un ejemplar de *Amor y amistad* yacía abierto a su lado y se estaba pintando las uñas de rojo cereza al mismo tiempo que disfrutaba de la novela, pasando las páginas con cuidado para no estropear el esmalte fresco. Frankie ya estaba encantada con su día. No sería extraordinario, pero los mejores días a menudo eran los más triviales. Lo dedicaría a quedarse en casa y alternaría la lectura con episodios de *El cuento de la criada*.

En ese preciso instante sonó el interfono. Frankie gimió. *Si es mi madre otra vez, juro que me cambio de casa*. Sería su tercera visita intempestiva en una semana. Suspirando, recurrió a toda la energía que tenía para deshacer la cómoda postura que había encontrado en el sofá.

—¿Sí? —gruñó al interfono, preparada para escuchar la lírica respuesta de su madre.

—¿Frankie? Soy yo, Claud.

—¿Claud? —Frankie intentó que su voz no delatase excesiva sorpresa.

—Perdona, persona por molestarte —murmuró él.

—No, para nada. Sube. Pulsó el botón del interfono. ¿Le habrá pasado algo a Cat?, se inquietó mientras paseaba por delante de la puerta, aguardando la llega de su jefe. ¿Estará bien el bebé?

—¿Claud? —Frankie abrió la puerta deprisa y corriendo en el instante en que lo oyó llegar. Se fijó en el aspeco desaliñado del hombre, en sus ojos congestionados—. ¿Le ha pasado algo a Cat?

—No, no, Cat está bien —musitó él. Entró en el apartamento y se sentó en el sofá, no sin antes desplazar a un lado el libro y el esmalte de uñas. Frankie tomó asiento a su lado.

—Perdona que me presente sin avisar —se disculpó Claud. Se pasó una mano por el cabello, abundante y brillante, que llevaba inusitadamente revuelto y despeinado; nada que ver con el aspecto pulcro y aseado que lo caracterizaba.

—Claud, ¿qué ha pasado?

Frankie le posó los dedos sobre la mano. Aquel nivel de afecto se le antojó extraño. Aunque hacía más de una década que lo conocía, en realidad no acababan de congeniar. Claud se mostraba siempre tan serio, tan preocupado por pequeños detalles, tan satisfecho de relacionarse con la vida desde la calceta. Pero ahora mismo parecía cualquier cosa menos satisfecho. Sus puños prietos estaban blancos, su piel, por lo general radiante, mostraba un tono amarillento. A Frankie se le partió el corazón al verlo así y deseó con toda su alma poder ayudarlo.

—Es Cat —musitó él.

—¿Qué pasa con Cat? —preguntó Frankie, revolviéndose nerviosa en el sofá.

—Me preocupa que no esté del todo implicada en la relación. En nuestra relación. —Claud no paraba de moverse—. Es que... tengo que saberlo. Y no

cambiará nada. La apoyaré a las duras y a las maduras. Pero Frankie, Cat... ¿todavía me quiere?

Clavó los ojos en Frankie, en ascuas.

—Claud, eso tendrías que preguntárselo a Cat.

—Lo he intentado. Por Dios, ya lo creo que lo he intentado. Pero ya sabes cómo es. Y cómo está últimamente. Temo que, si se lo pregunto, si dudo de ella, bueno, me da miedo perderla para siempre. —Claud se estremeció.

—Pero ¿no es mejor saberlo? —lo tanteó Frankie.

Claud tragó saliva con dificultad.

—Claud, deja que te pregunte una cosa. ¿Tú todavía quieres a Cat? —le planteó Frankie con tiento.

Él la miró boquiabierto durante lo que a Frankie se le antojó una eternidad. Su rostro de corte perfecto se contorsionó, sus deslumbrante ojos azules la perforaron. Parecía a punto de estallar en llanto.

—¡Pues claro! La quiero más cada día que pasa —se le rompió la voz—. Después de tantos años, todavía se las arregla para sorprenderme.

Frankie lo rodeó torpemente con los brazos y lo estrechó contra sí. Claud le enterró la cara en el hombro y, ante su incredulidad, se echó a llorar.



Frankie evaluó la imagen que le devolvía el espejo. Llevaba un vestidito de polipiel combinado con medias, botines y un jersey de punto color crema. Los rizos sueltos le enmarcaban el contorno del rostro y se había aplicado un toque de pintalabios a juego con el esmalte de uñas. Sus brillantes ojos verdes chispeaban bajo una capa de máscara de pestañas y una leve lluvia de pecas le salpicaba la nariz. ¿Quién era esa mujer deslumbrante, despreocupada y feliz que tenía delante? Frankie aguardaba la noche con ilusión. Estaba deseando pasar un rato con los amigos de Sunny, descubrir una faceta distinta de ese hombre que tanto le gustaba. *Va a ser una noche genial, maravillosa*, se dijo. Y mañana le contaría a Sunny la historia del blog. Estaba decidida. Suspiró,

súbitamente aterrada ante la idea.

—Guau.

Recién llegado al apartamento de Frankie, Sunny se apoyó contra la jamba de la puerta, a la entrada del dormitorio. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo.

—Lo mismo digo —canturreó ella. El pelo de Sunny todavía estaba húmedo de la ducha y exhalaba el aroma de la colonia que acababa de rociarse en la piel. Se había puesto una impecable camisa azul y unos pantalones de traje. Frankie sintió deseos de abalanzarse sobre él, allí mismo.

—No hay tiempo, niña. Ya llegamos una hora tarde —le dijo Sunny.

¿Tanto se me nota? Frankie se enfurruñó y, deslizándose despacio hacia él, se encaramó de puntillas para besarle la mandíbula con suavidad.

—Venga. Pongámonos en marcha antes de que te deje seducirme otra vez.

Frankie sonrió, satisfecha al comprobar el poder que tenía sobre él.



—¿Qué crees? ¿Les gustaré a tus amigos? —preguntó Frankie. Tenía la mano apoyada en el regazo de Sunny, que conducía rumbo a la fiesta de Thornbury.

—Ya conoces a mis amigos y están enamorados de ti —dijo.

El corazón de Frankie se aceleró a la mención de la palabra «enamorado». *Ellos están enamorados de mí, pero ¿y tú?*

—No los conozco a todos. Solo a Paddy y a Richie.

—Son los más exigentes. Si ellos te adoran, los demás también, créeme.

—¿Y quiénes son los extranjeros? —se apresuró a preguntar Frankie, incómoda.

—Ah, solos unos cuantos chicos que conocimos mientras viajábamos por ahí. —Sunny sonrió—. Desfasaban tanto en aquel entonces. Pero yo también.

Haciendo una mueca al recordarlo, Sunny detuvo el coche en un semáforo en rojo. Frankie miró por la ventanilla y se fijó en un grupo de adolescentes rebeldes, vestidas con minifaldas y muy maquilladas, que recorrían la calle

cantando y echando tragos de una bolsa de papel.

—Me habría encantado conocerte cuando tenías dieciocho años —sonrió Frankie.

—Te habría enseñado un par de cosas sobre la vida.

—Qué horror —rio ella.

—Dime cómo eras a los quince —le pidió él.

Una imagen de sí misma feúcha y con granos se perfiló ante sus ojos. Prácticamente oyó a su madre entonando mantras y regañando a su padre en la habitación contigua. Se le aceleró el corazón.

—No hay gran cosa que contar —respondió, lacónica.

—Frank, ¿por qué no me dejas que te conozca de verdad? —le reprochó Sunny, en un tono exasperado que no era nada característico en él.

Frankie se crispó.

—Yo... Esto... Me gustaba leer —balbuceó.

—Qué interesante —replicó Sunny con un tonillo sarcástico.



La música de los noventa atronaba en la pintoresca casa adosada. Había tres hombres en el jardín delantero, riendo y fumando. Una morena despampanante enfundada en un ceñido vestido rojo se besaba apasionadamente con una rubia menudita en un discreto rincón junto a la puerta principal.

—Me siento igual que si hubiera vuelto al instituto —comentó Frankie con retintín.

—Bienvenida a las fiestas en casa de Paddy.

Sin soltarle la mano, Sunny acompañó a Frankie al interior de la casa. La música sonaba a todo volumen y el humo inundaba las habitaciones. Había botellas de vodka y latas de cerveza escampadas por las mesas junto con cuencos de palomitas y piruletas.

—¡Ya era hora! Gracias por dignaros a acudir a mi fiesta.

Paddy palmeó la espalda de Sunny con fuerza. Llevaba una camiseta que

decía: *A este chico le va la marcha.*

—Tío, cuánta concurrencia. No esperaba que hubiera tanta gente.

Soltando la mano de Frankie, Sunny abrazó a su amigo.

—Me alegro de verte, Frankie. —Paddy la besó en la mejilla.

—Lo mismo digo, Paddy. Gracias por invitarme.

Frankie se toqueteó la falda. Súbitamente se sentía desplazada. Esperaba encontrar música tranquila, tacos de queso y copas de vino, no a gente pegándose el lote en el pasillo, vasos de plástico rojos y... ¿era hierba ese tufo que notaba?

—¿Te traigo una copa? —le preguntó el anfitrión.

—Sería genial, gracias —respondió Frankie, y siguió a Paddy al salón. Él abrió una cerveza para Sunny y sirvió un vaso de vino blanco en un vaso de plástico para Frankie.

—¿Qué tal todo? —gritó él por encima de la música.

—Muy bien. ¿Y tú? Me ha dicho Sunny que a tu equipo de fútbol le va fatal.

Frankie se echó a reír cuando Paddy empezó a despotricar de los motivos por los que, según él, su equipo se estaba «hundiendo en la mierda» y lo que podían hacer para mejorar. Mirando a su alrededor, Frankie vio a un grupo jugando a encestar una pelota de ping pong en un vaso de cerveza y a alguien vomitando en una papelera. Un golden retriever deambulaba de acá para allá mordisqueando los restos de patatas fritas que había por el suelo. ¿Dónde estoy?

Sunny le propinó unos toques en el hombro.

—Frankie, este es mi viejo y querido amigo, Miguel.

Frankie dio media vuelta y se quedó helada.

—¿Frankie? Qué simpático verte otra vez. —El bronceado brasileño de cabello rizado le besó la mano. Frankie no podía moverse, no podía pronunciar palabra. *Mierda, mierda, mierda.*

—¿Otra vez? ¿Os conocéis?

Sunny miró a Frankie con curiosidad.

—Sí, en efecto —Miguel sonrió—. Nos conocimos el lunes. Salimos juntos a un bonito restaurante de queso y vino. Un cita genial, Franky. Soy contento de volverte a ver.

Miguel le acarició el brazo. Frankie palideció.

—Lo siento. Me parece que no he oído bien. ¿Vosotros dos salisteis juntos? ¿El lunes por la noche? —preguntó Sunny, desconcertado. Una mujer joven que lucía un vestidito lila con un escote veriginoso se acercó a Sunny y lo tomó del brazo para preguntarle si se acordaba de ella. Él la apartó de un codazo.

—Sí, salimos en cita el lunes. Frankie es muy sexy. Muy moderna. Yo soy uno de muchos hombres con que sale por su experimentación con libros. Espero ser el escogido, espero ser especial para ella.

Le guiñó el ojo a Frankie, que notó un escalofrío en la columna vertebral.

Sunny observaba a Frankie como si no la conociera.

—Sunny, te lo puedo explicar —empezó ella, abochornada. El rostro de Sunny se estaba tiñendo de rojo oscuro y una arruga inmensa se había dibujado en mitad de su frente.

—¿Saliste con Miguel? —Paddy frunció el ceño, pero Frankie no podía apartar la mirada de Sunny, que parecía estar rompiéndose en pedazos delante de ella. Alargó la mano para tocarle el brazo, pero él se apartó como si la mano de Frankie fuera venenosa.

—Por favor, Sunny, te lo puedo explicar. Escúchame. —Se le quebró la voz.

—Perdón. —Miguel se encogió de hombros con extrañeza—. No sabía que vosotros dos están juntos. ¿Por qué sales conmigo y con otros hombres si están juntos con el querido Sunny? —preguntó, echando más leña al fuego. *Cállate la puta boca, Miguel.*

—Colega, ¿te encuentras bien?

Paddy frotó el hombro de Sunny al tiempo que le disparaba dagas a Frankie

con la mirada. Sunny, inmóvil como una estatua, inspiraba profundamente sin despegar los ojos de la chica. Ella intentó una vez más establecer contacto para calmarlo, pero Sunny arrugó el entrecejo, dio media vuelta y se alejó. Sin una palabra, desapareció.

La puerta se cerró de un golpe tras ellos. Sunny entró pesadamente en su casa y tiró la chaqueta de cualquier manera sobre un taburete de la cocina. Frankie se entretuvo en dejar el bolso en el perchero del pequeño recibidor y, cuando llegó a la cocina, encontró a Sunny trasteando con el cargador del teléfono en la encimera, de espaldas a ella.

—Por favor, ¿podemos hablarlo? —Frankie reunió valor para acercarse y le apoyó la cabeza entre los omóplatos. Él adoptó una postura tensa—. Por favor, Sunny. Deja que te explique.

El hombre se dio la vuelta con tanto ímpetu que Frankie salió disparada unos pasos. Sunny la miró con desprecio y ella se replegó en sí misma. No soportaba ver tanta oscuridad en sus ojos, tanto dolor y decepción. Sunny no pronunció palabra.

—Sunny, vamos a sentarnos y hablarlo. Por favor, déjame que intente arreglarlo. —Frankie agachó la cabeza. Oyó que Sunny exhalaba con fuerza y, a regañadientes, se encaminaba al sofá. Frankie se sentó acto seguido y lo vio desplazarse a la punta del sofá, lo más lejos posible posible, como si ella fuera un sarpullido contagioso. Mirando el espacio que los separaba, el corazón de Frankie gritaba en su pecho.

—Sunny... —empezó Frankie—. Sí, salí con Miguel. Pero no porque me gustara y desde luego no porque tú no me importes. Me importas muchísimo. Seguro que lo sabes. Y tan pronto como accedí a quedar con Miguel me arrepentí.

Sunny no levantó la vista del suelo. Su pecho subía y bajaba mientras aspiraba grandes pero silenciosas bocanadas de aire.

—Toda esa historia de Miguel formaba parte de una comedia. La misma semana que te conocí, Cat y yo urdimos un plan. Decidimos usar los libros para ayudarme a encontrar novio.

La información captó la atención de Sunny. Alzó la vista para mirarla, intrigado.

—Te parecerá absurdo, ya lo sé. Pero es que yo estaba estancada. Personal y profesionalmente. Llevaba meses sin salir con nadie decente, no había escrito ni una palabra desde Dios sabe cuándo. Necesitaba un aliciente. —Trató de hilvanar las palabras para explicarle la trama, pero contada en voz alta la historia sonaba aún más delirante si cabe. La traición se tornaba todavía más grande—. Tú apenas si habías entrado en escena en aquel entonces. ¡No era más que un experimento tonto! Un juego inocente para conocer gente interesante aficionada a los libros. Carnaza para mi blog...

—¿Tu blog? —la interrumpió Sunny—. ¿Me has mantenido en la inopia durante meses y le has estado contando la historia a todo Internet?

Frankie desvió la vista.

—Sí —susurró.

—¿Cuántos fueron?

—¿Cuántos qué?

—Sabes perfectamente lo que te estoy preguntando, Frankie —gruñó Sunny. Desviando la vista, Frankie pronunció su confesión.

—¡Catorce! ¡Has salido con catorce hombres mientras estabas conmigo!

—Bueno, uno de ellos fue una mujer, así que apenas cuenta.

—No estoy de humor para bromitas, Frankie —le espetó Sunny.

Hablaba en un tono tan impropio de él, tan chirriante a oídos de Frankie...
¿Cómo he dejado que *se enterara de todo de este modo*?

—Frankie, no sé qué decirte. Y ahora mismo no se me ocurre ninguna manera de arreglar esto. Llevamos juntos cuatro meses. Cuatro meses —repitió, como blandiendo con furia la magnitud de la ofensa— y nunca me dijiste ni una palabra. Por si fuera poco, llevaba todo ese tiempo presionándote para que volvieras a escribir y tú me mentiste diciendo que no te atrevías a coger un boli.

—Sunny, lo siento mucho. Las citas no significaban nada para mí. ¡Seguro que lo sabes!

—¿Nada? ¿Pasó algo con alguno de esos tíos? —susurró Sunny.

Frankie palideció.

—No... Solo hubo... un beso...

—¡No me lo puedo creer! —estalló Sunny, que estampó el puño en el brazo del sofá.

—Sunny, lo siento muchísimo. En cuanto empecé a sentir algo por ti, algo importante, todo lo demás se convirtió en inspiración para el blog, nada más. Y luego la página empezó a cobrar impulso y yo me sentía cómoda escribiendo otra vez. No había experimentado esa sensación desde mi primer libro. ¡Mi editora incluso me ha propuesto convertir el blog en un libro! Supongo que empecé a depender de las experiencias para escribir. Y no quería renunciar a ellas. Ya sé que no es excusa para lo que ha pasado. —Ahora Sunny se toqueteaba la manga del jersey—. Me dejé llevar. Debería haberle puesto fin en cuanto lo nuestro se volvió más serio. Debería haber sido sincera contigo. —Se desplazó hacia él—. Llevo tanto tiempo soltera que he perdido la costumbre de pensar en alguien que no sea yo misma. He sido egocéntrica e interesada. Ahora me doy cuenta. Pero Sunny, por favor, tienes que saber que lo hice por el blog. Esto no cambia nada entre nosotros. —Se interrumpió—. La que estaba contigo era mi verdadero yo.

Frankie se arrepintió de haber pronunciado las últimas palabras en el instante en que salieron de sus labios.

—¿Tu verdadero yo? —Sunny se encaminó al sillón que descansaba en diagonal al sofá, para agrandar el espacio que los separaba. Se desplomó en el asiento y se apoyó en las rodillas, con las palmas unidas ante sí. Sus nudillos blancos apuntaban a Frankie, acusadores—. ¿Y esperas que me lo crea? Te has pasado toda la relación ocultándome cosas. Escondida en tu autodiagnosticado «hueco», cuando lo único que yo te pedía era que te abrieras a mí. Que me concedieras la oportunidad de conocerte. De conocerte de verdad.

Frankie observó la hebra de hilo que asomaba de un almohadón, el mismo

que descansaba contra su muslo. Lo estiró, con la sensación de que su propia vida se deshilachaba junto con esa costura.

—La cuestión es, Frankie —murmuró Sunny—, que esto no hace sino demostrar algo que llevaba temiéndome desde el principio.

Frankie levantó la cabeza de golpe. Escudriñó el semblante de Sunny, la preocupación que le ensombrecía los ojos.

—Nunca me has hecho un sitio, ¿verdad? Por más que digas, no te has dado permiso para sentir algo real por mí. Una parte de ti siempre se ha mantenido al margen, inaccesible, ausente. Has recelado de mí, de nosotros, todo el tiempo. No tenías suficiente.

—Eso no es justo.

—Pues claro que es justo. Alejas a los demás, Frankie. Ni siquiera eres capaz de responder cuando te formulan una pregunta sencilla sobre tu infancia. No crees en ti misma y no crees en los demás. No consigues convencerte de que no me voy a marchar a la primera de cambio, o a avergonzarte, ridiculizarte o cuestionarte. —La voz de Sunny se había alzado un decibelio.

—Te equivocas —replicó ella, poco convencida. ¿Se equivoca?

—Dime que no te has pasado noches enteras analizando hasta el último de mis gestos, estudiando todos y cada uno de los ragos de mi carácter. Dime que no has dudado de mi sinceridad o puesto en tela de juicio mis sentimientos. Dime que esas citas a ciegas no eran en el fondo una estrategia para asegurarte de que ahí fuera no había nadie más adecuado para ti. Dime que soy suficiente.

La espalda de Sunny se dobló hacia delante mientras se mecía despacio. Frankie sacudió la cabeza con vehemencia para negarlo todo, pero no pudo evitar preguntarse: ¿seguro?

—Frankie, he intentado ganarme tu confianza. He hecho todo lo posible para que te convencieras de que soy tal como me muestro. Te he ofrecido todo cuanto soy.

—Yo también te he ofrecido todo cuanto soy.

—¡Mentira! —Sunny se levantó nuevamente—. ¡Eso es mentira, Frankie! Me has escondido durante meses un secreto inmenso. ¡Has estado saliendo con otras personas a mis espaldas!

—Ya lo sé. Me he equivocado en todo. Pero tengo miedo, ¿vale? ¡Tengo miedo! —Las palabras salieron atropelladamente de sus labios.

—Todos tenemos miedo, maldita sea. ¿Crees que yo no estoy aterrorizado? ¿Qué no me asusta volver a perder a la persona que amo? Me atormenta cada día y cada noche. El miedo me persigue a todas partes. Pero me obligo a mirar más allá. A ver lo bueno de las personas y del mundo. Lo bueno que hay en ti. Porque la vida es así. Siempre van a pasar cosas. Y no tenemos más remedio que asumirlo y creer, como sea, que no todo son trampas a nuestro alrededor y que la gente no está ahí para fastidiarnos. Me concedí permiso para volver a amar porque me di cuenta de que eres una persona extraordinaria. De que conectábamos de una manera especial. Pero ahora todo ha cambiado.

—¿Me quieres? —preguntó Frankie con voz temblorosa.

Sunny negó con la cabeza.

—¿Tú qué crees, Frankie? Adoro todo cuanto eres —dijo Sunny. El dolor le prestaba vehemencia—. Me gusta la arruguita que se te marca en la frente cuando llegas a los pasajes tristes de un libro. Me encanta que busques mi mano en sueños. Adoro cómo cambia tu voz cuando hablas por teléfono desde el tren. Me encanta que siempre des las gracias dos veces cuando te sirven la comida. Me gusta que te cueste tanto decidirte. Me chifla tu sonrisa, tus pestañas, la pequita de tu cadera en forma de corazón. Me encanta tu costumbre de cruzar los brazos cuando estás pensando. Me gusta lo mucho que quieres a Cat y a Seb, y cómo contienes el aliento cuando la trama de un libro da un giro inesperado, aunque lo hayas leído un millón de veces. Pues claro que te quiero, Frankie.

Frankie profirió un pequeño sollozo. Me quiere. Me quiere un hombre que me ve tal como soy. Que me hace caso y quiere conocerme más, con defectos y

todo. ¿Lo he estropeado?

—¡Por favor, Sunny! Por favor, no dejes que esto cambie las cosas — suplicó Frankie—. Iré a casa y borraré el blog ahora mismo. A la mierda la editora. Tú eres más importante que nada de todo eso. Solo quiero que las cosas sean como antes. Convirtamos esto en un incidente del que podamos reírnos dentro de unos meses. Por favor, Sunny, esto no puede ser el fin. Porque —Frankie reunió el valor de confesar ante sí misma, en voz alta, eso nunca se había atrevido a decirle. Se concedió permiso para ser vulnerable. Sunny bien valía el riesgo—. Porque yo también te quiero.

—No lo entiendes, Franky. Es demasiado tarde —suspiró Sunny—. Me has mentido a lo largo de toda la relación. —Le dio la espalda—. Quiero que seas feliz. De verdad que sí. Quiero que triunfes y que te des cuenta del talento que tienes. Pero yo no podré superar esto.

El golpe de gracia colgaba de un hilo entre los dos. Grandes lagrimones rodaban por las mejillas de Frankie. Se le aceleró la respiración.

—Sunny...

Todavía de espaldas a ella, Sunny dijo con voz queda:

—Será mejor que te marches.

Y antes de que Frankie pudiera pronunciar otra palabra, entró en su dormitorio y cerró la puerta tras él. Sin molestarse siquiera en volverse a mirarla, la dejó meciéndose en el borde del sofá, gritando su nombre sin palabras.



Un instante (o una eternidad) más tarde, Frankie se levantó del sofá. Se planteó si aporrear la puerta de Sunny para tratar, una vez más, de demostrarle hasta qué punto estaba arrepentida, hasta qué punto iba en serio con él. *Pero ¿para qué? Él ya ha tomado una decisión.* Frankie miró a su alrededor a guisa de despedida. Admiró las hermosas obras que colgaban de la pared, los lemas que se desparramaban por la mesa de la cocina. *No sabes lo que tienes hasta*

que lo pierdes. Dios mío, qué tónico.

Frankie recogió sus pertenencias y se encaminó a la puerta de la calle sin hacer ruido. Cerró tras ella con un golpe concluyente. Se quedó un momento apoyada contra la sólida madera, pidiéndole a Sunny en silencio que saliera, que acudiera a buscarla para impedir que se marchara. Pero ya era demasiado tarde. Presa de la angustia, prestó atención un momento, con la esperanza de oír esos pasos que tan bien conocía de camino a la puerta. Imaginó que la rodeaba con los brazos y la besaba con frenesí en las mejillas y en el cuello mientras le susurraba que todo iba bien, que la perdonaba, que encontrarían la manera de sacar la relación adelante, que la amaba sin condiciones. Aguardó. Pero nada de eso sucedió.

Y ella se arrastró escaleras abajo, entre el trasiego de la noche, atenazada por un dolor físico. Le escocía la piel y notaba el corazón enroscado sobre sí mismo. *¿De veras que todo ha terminado? ¿Así, sin más? Ay, Dios mío, ¡lo he estropeado todo!*

Frankie apuró el paso conforme se acercaba a la parada del tranvía. Estaba deseando llegar a casa y acurrucarse en la cama. De hecho, nunca debería haberse levantado. Tendría que haberse quedado allí para siempre, sobreviviendo a base de chokolatinas, latas de maíz y vino. Frankie echó mano del teléfono para mirar los horarios del tranvía, agradecida de poder concederse esa breve distracción. Estaba tan absorta que cuando iba a levantar la vista ya se había estampado de bruces contra un transeúnte. El trompazo le arrancó el teléfono de la mano, que cayó rebotando al suelo mientras Frankie maldecía a viva voz.

Alzó la vista.

—¡Tom! —exclamó, sobresaltada. Tom, el de la cita del tren. Tom, el del experimento ferroviario que acababa de destruir su relación con el hombre que le importaba más que nada. *Sunny*. Claro, qué apropiado, encontrarse con Tom en ese preciso instante.

—Frankie. —Tom se agachó para recoger el teléfono. Le plantó dos besos en las mejillas y le devolvió el móvil—. Qué curioso que me haya topado contigo. ¡Literalmente! ¿Cómo va todo?

Frankie se tapó los ojos con un mechón de pelo para disimular los restos del llanto.

—Ah, bien, genial —balbuceó—. ¿Y tú? ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias. Tomando algo por ahí. Ahora volvía a casa. Precisamente el otro día estaba pensando en ti. Por fin me animé a leer *1984*, como me aconsejaste. Ahora entiendo por qué te pusiste en plan: «¿A qué estás esperando?». Vaya con Orwell, ¿eh? Es de locos hasta qué punto acertó con sus predicciones. Y esa frase que dice que no deseamos tanto ser amados como ser comprendidos. Desde que terminé el libro, no me la quito de la cabeza.

Frankie asintió con educación. Hacía solamente un día, un comentario literario como ese la habría hecho dirigirse volando al ordenador (y quizás a darse una ducha fría). Pero ahora todo se le antojaba distinto. El esfuerzo de mantener la compostura le impidió discurrir una simple respuesta. Asintió de nuevo.

—Será mejor que me vaya. Mañana tengo que levantarme temprano. —Tom consultó su reloj con un giro rápido de muñeca—. Pero me alegro muchísimo de que nos hayamos encontrado, Frankie. ¿Sabes?, leer ese libro me hizo recordar lo mucho que me habría gustado volver a verte.

—Perdona por no haberte contestado. Ha sido un mes de locos en el trabajo. —La voz de Frankie se fue apagando cuando se volvió a mirar por encima del hombro. ¿Dónde está el maldito tranvía?

—Son cosas que pasan. Tranquila. —Tom desdeñó el asunto con un gesto de la mano—. ¿Te importa que vuelva a intentarlo? ¿Quedar otro día?

El cuerpo de Frankie se tensó. *No digas nada*, se ordenó. *Te lo repito, ni una palabra.*

—Hum, ah... —fue su respuesta.

—Perdona, no quiero agobiarte. ¿Qué te parece si te doy unos días para pensarlo? —Tom le presionó el brazo—. Te llamo, pongamos, hacia el fin de semana y me dices cómo lo ves.

Frankie le devolvió la mirada en silencio y esbozó una sonrisa lánguida.

—Que disfrutes lo que queda de noche —se despidió Tom, y se alejó al trote.

Frankie respiró profundamente, dudando de haber tomado aire ni una sola vez en el transcurso de toda la conversación. Se arrepintió al instante de su papel en el encuentro con Tom, ese muchacho «encantador de la muerte pero todavía sin chispa». *Seguramente solo pretendía ser educado*, se dijo Frankie mientras subía al tranvía.

Frankie flotaba en una inmensa colchoneta hinchable en forma de sandía. Fogonazos de una luz intermitente brillaban a través de sus párpados cerrados. Se llevó un brazo a la frente, con desidia, para impedir el paso de los rayos solares. Mientras tanto acariciaba la superficie del agua con la otra mano. Un ejemplar de *Sentido y sensibilidad* yacía sobre su barriga desnuda. Las palabras «toma conciencia de tu propia felicidad» iban y venían por su cabeza. Aparte de esas seis palabras de nada, disfrutaba de un agradable vacío mental.

Se levantó una brisa que le erizó la piel levemente. El agua se agitó en torno a ella y las pequeñas olas mecieron la colchoneta arriba y abajo. Una bandada de gaviotas bajó en picado, entre fuertes graznidos. «¡Frankie! ¡Frankie! ¡Frankie!», gritaban. Sin previo aviso, las olas aumentaron de intensidad y la zarandearon de un lado a otro. «¡Frankie! ¡Frankie! ¡Frankie!», la llamaban las gaviotas. El movimiento se tornó virulento, el sonido chirriante. Frankie solo quería salir del agua y posar los pies en tierra firme. «¡Frankie! ¡Frankie! ¡Frankie!». Ella giraba y giraba entre sacudidas. «¡Frankie! ¡Frankie!».

Frankie abrió los ojos de golpe. Y allí, a pocos centímetros de su cara, estaba su madre, que le aferraba los hombros y la sacudía con furia.

—¡Frankie! ¡Frankie, cariño! Despierta —cuchicheaba Putu.

—Mm... ¿Qué haces aquí, si se puede saber? —Zafándose de las manos maternas, Frankie se retorció desmañadamente para sentarse—. ¿Qué hora es? —preguntó al tiempo que se frotaba los ojos.

Putu encendió la lamparilla con un movimiento rápido y cruel.

—¡Despierta, castañita mía! ¡He venido a secuestrarte!

Frankie gruñó y se tapó la cara con un almohadón. *Austen nuestra que estás en los cielos, ¿por qué te ensañas conmigo?* Notó que le arrancaban la almohada y, de nuevo, el rostro de Putu apareció a una distancia incómoda, con los ojos clavados en su hija.

—Mamá, es de noche. Estaba durmiendo. En mi cama, tras una puerta

cerrada con llave. ¿A qué has venido? Tienes que marcharte. Ahora.

Putu le arrebató las mantas con un movimiento raudo. Frankie se cubrió a toda prisa las piernas desnudas con el camisón. Enfocó la empañada mirada en Putu, que lucía un top de seda multicolor, unos bombachos con lentejuelas y una inmensa sonrisa. *Mañana sin falta cambio la cerradura.*

—Vístete, Frankie —ronroneó Putu—. Te vienes conmigo.

Diez tortuosos minutos más tarde, Frankie trastabilló hasta el salón enfundada en unas mallas y una enorme sudadera.

Se desplomó en el sofá y dejó caer la cabeza sobre el almohadón del respaldo. Eran las seis de la mañana y la oscuridad reinaba todavía en el exterior. La inundó una vaharada del grasiento pad thai del día anterior, cuyo contenedor de plástico seguía en la mesita baja. Frankie se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera.

—Cariño, hace dos semanas que rompiste con Sunny. Ha llegado la hora de salir de casa y seguir con tu vida —canturreó Putu a la vez que posaba una mano cálida contra la mejilla de su hija—. ¡Venga, tienes que mover el culete, Frankston!

¿De dónde sacaba su madre tanta energía? Frankie nunca tuvo tan claro como en ese momento hasta qué punto el palo y la astilla eran distintas.

—Mamá, ¿por qué no dejas que me acueste otra vez? ¿Y a dónde me llevas, si se puede saber?

Frankie se acurrucó de costado y miró a su madre desde abajo. Putu le sonrió y le retiró una legaña de la mejilla.

—No te puedes esconder para siempre. Algún día tendrás que salir de este apartamento, Frankston. ¡Y ese día es hoy!



Frankie miró por la ventanilla del coche en marcha. Un paseante solitario se arrastraba detrás de su entusiasta caniche. Un coche cruzó la puerta de un garaje hacia la calle y sus faros deslumbraron a Frankie. Dos comadreja

corrieron a esconderse detrás de un árbol, disfrutando en relativa tranquilidad de los últimos momentos de actividad nocturna. Putu le estaba explicando, casi sin pararse a respirar, que el «mindfulness es la meditación de los pobres» y «las rupturas son un bálsamo para el alma». Frankie intentaba desesperadamente desconectar.

Putu aparcó el coche y se apeó bailoteando para rescatar las dos esterillas de yoga que había traído consigo. Frankie, que la seguía de mala gana, se tapó la barbilla con la sudadera. Entornando los ojos a espaldas de Putu, atisbó la señal que marcaba el principio del parque Fairview, escondida detrás del tronco de un eucalipto. Más allá se perfilaba el borroso contorno del río Yarra.

Tras los pasos de su madre, Frankie recorría el camino de grava que serpenteaba entre densos arbustos y matas espinosas. Llegaron a la margen del río y buscaron un claro resguardado donde desplegar las esterillas. Putu obligó a Frankie a sentarse en la primera mientras ella, por su parte, adoptaba directamente la postura del loto en la segunda, con los pies encajados en los pliegues de las rodillas. Por gestos, pidió a su hija que la imitara.

—Bueno, Frankston, cielo, te voy a guiar por una sesión de yoga básico. — Unió las manos ante el pecho y Frankie puso los ojos en blanco—. No te resistas. Combatiendo las impurezas físicas de tu mente y tu cuerpo y concentrándonos en la parte superior de tu abdomen empezaremos a sanar el chacra del plexo solar.

—Mamá, por favor, prescinde de los chacras. Mi barriga no necesita yoga ni imposiciones de manos. Necesita un café con leche descremada. Y un cruasán de chocolate. ¿Podemos arreglar mi chacra descacharrado delante de un buen desayuno?

Haciendo caso omiso de Frankie, Putu adoptó la primera posición.

—Esta se conoce como la postura Ananda Balasana o del bebé feliz. — Tendida de espaldas, Putu levantó las piernas, se aferró los talones y separó

las rodillas dobladas hasta mostrar el mismo aspecto, pensó Frankie, que una rana boca arriba—. Ahora respira profundamente y aguanta el aire durante diez, nueve, ocho...

—Mamá, por Dios, has dicho que sería fácil —exclamó Frankie, que intentaba en vano levantar las piernas por encima de la cabeza. Por fin, consiguió agarrarse un pie pero de inmediato cayó de lado y se arañó la nariz con una rama suelta.

Putu pasó a la siguiente postura. Presion al oído.

—Tu mente se ha cerrado a la posibilidad de triunfar —recitó con serenidad—. Dile a tu cuerpo que lo puede hacer y lo hará. Recuerda que hubo un tiempo en que todos éramos flexibles como bebés. Éramos seres minúsculos que vivíamos en el seno de nuestra madre en posición fetal. No dejes que te distraigan las voces críticas. Solo existen en tu cabeza.

Putu se levantó y, plantada sobre el pie derecho, se sujetó el otro a la espalda con las manos. El sol empezaba a bañarlas con un clálido resplandor y el canto de los pájaros que se llamaban mutuamente inundaba el parque.

Frankie se puso de pie y dobló la rodilla despacio. Nunca había fumado, pero en ese momento ansiaba el calor de la nicotina; cualquier cosa capaz de quemar la agonía de esa mañana. Se agarró el tobillo e intentó mantenerse en equilibrio sobre una pierna, pero solo consiguió saltar a la pata coja.

—Inspira por la nariz y espira por la boca.

Frankie cerró los ojos y trató de relajarse, pero súbitamente notó que le rociaban la cara con una leve bruma de olor intenso.

—¿Pero qué haces, mamá? —Frankie pegó un salto hacia atrás y propinó un manotazo a la mano extendida de su madre—. ¿Qué narices es eso?

—Aceite de pachulí, corazón —murmuró Putu—. Es el antídoto perfecto para un corazón roto.

Frankie apartó a Putu con suavidad y se levantó de un salto.

—¡Ya basta! No entiendo cómo puedes ser tan egoísta, mamá. Me arrancas

de la cama para hacer yoga, que sabes que no soporto, me rocías con un aceite hippie y me obligas a meditar. Hablas, hablas, hablas sin parar, pero no escuchas. No tienes ni idea de las cosas que me han pasado. ¡Ni idea! No serías capaz de reconocer mis problemas en una rueda de identificación. Así que deja de decirme que adopte la postura del perro boca abajo, deja de presentarte en mi apartamento y deja de intentar que me sienta mejor, porque no está funcionando.

Putu hizo una mueca de dolor antes de relajarse de nuevo.

—Cariño, tu aura está hecha un desastre. Tus hombros soportan mucha tensión. Túmbate boca abajo para que pueda hacerte un masaje en los puntos delicados y liberar un poco de presión.

—Sigues sin escucharme. —Ahora Frankie hablaba a voz en cuello—. No quiero que me masajees el aura. ¿Por qué no puedes limitarte a ser normal por un maldito segundo? ¿No ves que nada de esto me ayuda? Que me estoy columpiando al borde de la locura y por mucho yoga que haga nada va a cambiar?

—Mira, cariño...

—¡No me vengas con «mira, cariño»! Mi vida está destrozada. ¡Soy una escritora fracasada y el hombre que me ama no soporta mirarme a la cara! ¡Y no me extraña nada que mi vida sea un desastre! Tengo una madre que prácticamente no deja hablar a su marido, un hombre poco menos que mudo, y que nunca, ni por un segundo, se ha parado a ponerse en la piel de nadie ni a tener en cuenta sus necesidades o sus valores. Y noticias de última hora, mamá: no me vas a cambiar. Esto es lo que hay. Esta soy yo. —Frankie se mesaba el cabello mientras paseaba de un lado a otro—. Y lo peor de todo es que nunca has hecho el menor esfuerzo por verme como soy. Únicamente me obligas a escuchar tus rollos del ashram y tus campanas vibratorias con la esperanza de que me convierta por arte de magia en la hijita budista que siempre has querido tener.

Frankie se detuvo por fin para respirar a fondo. Miró a su madre. Putu se había agachado en la esterilla de yoga, como si le faltara el aire.

—Frankie —empezó Putu—. Yo solo he intentado amarte del mejor modo que conozco.

—Y yo tan solo te he pedido que estuvieras presente, de una manera real. No para leerme el horóscopo ni para comprobar que me he pasado hilo dental orgánico por los dientes. Solo quiero que me preguntes por mi vida. Que te intereses por las cosas que me hacen reír o que me impiden dormir por las noches. No haces más que hablar de tus elevados ideales, pero nunca preguntas por las cosas importantes. ¡Es asfixiante!

Putu caminó hacia Frankie y la rodeó con los brazos para estrecharla y mecerla contra sí.

—Cuánto lo lamento, Frankie. Te quiero muchísimo. Solo deseo que seas feliz. Siento no haber estado a la altura.

Frankie se apartó.

—Ya sé que me quieres, mamá. Y sé que quieres ayudarme. Pero tienes que entender que sacarme a rastras de la cama al amanecer no resuelve nada.

—Yo solo quería hacer algo para que salieras del pozo. Apenas abandonas tu cuarto últimamente, excepto para ir a trabajar. Intentaba ayudarte. —Agachó la cabeza.

—Ya lo sé —suspiró Frankie.

—Las cosas se arreglarán, sé que lo harán.

Putu frotó la espalda de Frankie con movimientos lentos y circulares.

—¿Cómo lo sabes? A veces la gente se queda en la mierda. ¡O se hunde en la mierda todavía más!

—Cariño, disfrutas de buena salud, tienes a tus amigos, tienes a tu familia, aunque a veces no lo veas así. Y tienes talento.

Frankie puso los ojos en blanco.

—El mundo es un lugar hermoso, rebosante de inspiración y posibilidades;

basta con saber mirar al lugar adecuado.

Putu obligó a Frankie a darse la vuelta, con suavidad, a mirar el horizonte que se perfilaba entre las hojas de eucalipto. El sol empezaba a asomar y vibrantes tonos rosados y anaranjados pintaban el horizonte.

—Todo irá bien, mi preciosa Frankie. Sé que ahora no puedes creerlo, pero mi intuición de madre me dice que las cosas se arreglarán.

Se sentaron en las esterillas y observaron los colores que bailaban entre los árboles al otro lado del agua. Sentada junto a su madre, Frankie le apoyó la cabeza en el hombro y se concedió permiso para relajarse. Putu la atrajo hacia sí y le acarició la trenza que le caía por la espalda.

—Ya sé que no soy perfecta, pero te quiero con todo mi corazón, Frankie — le dijo Putu estrechándola contra sí.

—Yo también te quiero, mamá.

Se apoyaron la una contra la otra, en silencio, y observaron cómo los tonos naranjas del cielo se tornaban amarillos y luego de un azul pastel.

🗨️ Frankie:

Querido Sunny:

Entiendo por qué no has contestado mis llamadas ni has respondido a mis mensajes de texto. Sé que hice algo horrible, imperdonable. Lo comprendo. Pero, por favor, escucha lo que tengo que decirte.

Sunny, dicen que en la vida hay un único amor verdadero y un gran remordimiento. Creo que yo, contigo, he consumido las dos cosas.

No pasa ni un solo día sin que lamente lo que hice. Sin que desee poder deshacerlo todo. Quiero que sepas que nunca pretendí lastimarte. Todas esos hombres que conocí no significaron nada. Te quiero, Sunny. Te quiero más que a la escritura, más que a los libros, más que el mero hecho de respirar, más que a los cachorritos, que la pizza... más que nada. Y siento haber tardado tanto en reunir el valor para decírtelo. Eres lo más importante de mi vida y no sé si puedo seguir adelante sin ti. Si pudieras encontrar un espacio en tu corazón para perdonarme, prometo pasar el resto de mis días compensándote por lo que pasó.

Te echo de menos.

Frankie

🗨️ Frankie: Cat, acaba de borrarame de su Facebook. L

Trágicamente,

Frankie

Rupturas y libros

Las rupturas se parecen a terminar un buen libro.

Os explicaré a qué me refiero exactamente recurriendo a las cinco etapas del duelo que describe Elisabeth Kübler-Ross en su libro *Sobre la muerte y los moribundos*.

1. Negación

Acabas de terminar el libro de tus sueños. Todo estaba saliendo tan bien. Has experimentado algunos altibajos, pero las cosas habían tomado el rumbo adecuado por fin. Y justo cuando pensabas que te encantaría seguir leyendo... ¡BAM! El libro llega a su fin. No te lo puedes creer. No te lo crees. Tratas de idear maneras de seguir leyendo. «Puede que si volviera al primer capítulo y empezara el libro desde el principio...». «Quizás si le envío un mensaje al autor que le anime a escribir la segunda parte, solo para mí.»

2. Ira

Por fin has aceptado que el libro de tus sueños ha terminado. Nunca más podrás leerlo por primera vez. Y estás ENFADADA. Muy, muy enfadada. Le tiras cosas, lo maldices, le escribes mensajes agresivos en Facebook y le dices a todo aquel que quiere escucharte hasta qué punto ese libro es mezquino.

3. Negociación

Ponerte furiosa con el libro no lo ha devuelto a tu vida, así que tratas de pactar con él. Juras que serás mejor lectora. «¡Prometo admirar tus comentarios ingeniosos y tu perfecta prosa la próxima vez!». Te comprometes a hablarles del título en cuestión a más amigos. Harás lo que haga falta por disfrutar de una página más de su excelencia literaria.

4. Depresión

No puedes seguir adelante sin el libro. No tiene sentido leer nada más. Dejas la literatura para siempre. Nada será nunca tan bueno como el título que acabas de terminar. No puedes, comer, dormir ni hablar sin pensar en el libro. Ahogas tus penas en una botella (o dos) de vino tinto.

5. Aceptación

Poco a poco, empiezas a perdonar al libro por haberse terminado. Hojeas otros títulos. Nada serio al principio, solo un poco de literatura femenina ligera de vez en cuando. Y entonces te subes al carro otra vez, con un par de novelas históricas. Poco a poco, pasan varios días sin que hayas pensado en el libro ni una vez. Y cuando piensas, sonrías y lo recuerdas con cariño.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

Deja un comentario (1008)

Miss Amanda Marple > Mi vida misma.

No te ofendas, pero... > La vida real no tiene nada que ver con los libros. Deja de leer de vez en cuando, Escarlata.

Stephan Prince > @Noteofendaspero... ¡Venga! ¡Ha sido divertido!

No te ofendas pero... > @Stephen Prince, casi tan divertido como tus horribles comentarios.

El gato Garabato > Hay un tarro de helado esperándote en el trabajo. xx

40

Frankie se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de su dormitorio, sin llevar nada encima salvo el sujetador y las braguitas.

«Soy una mujer fuerte e independiente», repitió, inspirando profundamente con los ojos cerrados. Abrió un ojo para mirar la pantalla del ordenador: la mujer del vídeo de Youtube se estaba masajeando las sienes. Imitándola, Frankie se frotó los laterales de la frente con los índices. Tras probar sus técnicas antidesengaño habituales (zamparse diez bolsas de M&M, ver compulsivamente la serie *The baby-sitters club* y leer sus partes favoritas de todas las novelas de Jane Austen), Frankie seguía tan deprimida como siempre. Así que, igual que la última vez que le rompieron el corazón, pidió ayuda a su amigo Internet escribiendo «cómo superar el mal de amores» en YouTube y llevaba un buen rato viendo los mismos vídeos una y otra vez. Las tristes y repetitivas películas le recordaban el pesar inamovible que había experimentado cuando perdió a Ads. *Aunque este dolor es infinitamente peor.*

—Soy hermosa... —repitió Frankie junto con la mujer del vídeo, y luego gimió al comprender que estaba cerca de recitar una letra de Christina Aguilera. Cerró el portátil y se tendió con las manos sobre los ojos. ¿Cómo pude dejar que sucediera? ¿Cómo he podido perder al único chico con el que lo habría tenido todo? ¿Estoy mal de la cabeza o qué? Cat, Seb, Putu e incluso Claud habían intentado animarla a que siguiera con su vida, a que saliera y se enfrentara al mundo otra vez, pero Frankie no podía quitarse a Sunny de la cabeza. Y con su maravilloso rostro planeando sobre cada uno de sus pensamientos, cerrar ese capítulo de su vida se le antojaba imposible.

El timbre del teléfono interrumpió sus pensamientos. Se puso en pie de un salto —¡Sunny!— y corrió al sofá, donde lo había abandonado de cualquier manera.

Llamada entrante de Claud Cooper.

—¡Mierda! —exclamó Frankie. Desde el desmoronamiento que había sufrido unas semanas atrás, Claud la llamaba cada dos por tres para informarla

de cómo evolucionaba su relación con Cat. «Parece enfadada conmigo, ¿sabes por qué?». «Está más guapa últimamente, ¿te has dado cuenta?». Y luego preguntaba, en todas las ocasiones: «¿Te ha mencionado si todavía me quiere?». Frankie había intentado explicarle que ella no podía ser un jurado imparcial ni decirle nada a Claud en realidad porque, bueno, Cat era su mejor amiga y le chivaría cualquier conversación de inmediato. Pero a Claud le daba igual, solamente necesitaba alguien con quien hablar. Y Frankie, por desgracia sin novio, tenía todo el tiempo del mundo.

—¿Claud? —suspiró Frankie al teléfono.

—Frankie, ¿eres tú? —Parecía exasperado.

—Sí, Claud, soy yo.

¿Quién va a ser si no, Claud?

—¡Frankie! —le gritó Cat al oído. Habían conectado el altavoz.

—¿Cat? ¿Claud?

—¡Estoy de puñetero parto! —bramó Cat.

—¿Qué? Ay, Dios mío. ¿Dónde estás?

Frankie corrió a su dormitorio y cambió el teléfono al modo altavoz. Se enfundó unos vaqueros y un jersey negro antes de ponerse a buscar unos zapatos a juego.

—Estamos en el coche de camino al hospital Royal para mujeres. Llegaremos dentro de un minuto. ¡Claud! Conduce más deprisa. ¡Ya viene! —chilló Cat.

—¡Voy para allá!

Frankie se calzó unos mocasines y pidió un Uber a toda prisa.

—Frank. A que no sabes cómo ha pasado. Claud y yo lo estábamos haciendo y entonces, de repente, he tenido la sensación de que me hacía pis y, cuando hemos mirado, resulta que había roto aguas. ¡Ahhh! —gritó Cat cuando llegó la contracción.

—¿Haciéndolo? Te refieres a...

Frankie había bajado a la calle a esperar el taxi.

—Sí, estábamos haciendo el amor —gritó Claud al teléfono, con alegría.

—Pensaba que... —balbuceó Frankie.

—Sí, Claud ha tenido demasiado miedo como para «hacer el amor» durante nueve malditos meses, por si lastimaba al bebé. ¡Aughhhh! Pero un amigo de la calceta le dijo que el sexo podía inducir el parto y, bueno, los momentos desesperados requieren medidas desesperadas. Resulta que tenía razón. ¡Una sola vez y he roto aguas! ¡Aaaahhh! —explicó Cat entre gritos de dolor.

—Vale, no quiero saber más. Ya veo el Uber. Estoy a veinte minutos de distancia. ¡Intenta aguantar hasta que llegue! —dijo Frankie antes de interrumpir la llamada.



Cuando Frankie cruzó a la carrera las puertas del hospital, un fuerte olor clínico invadió sus fosas nasales. Pacientes en silla de ruedas se arrastraban ante ella mientras que los médicos, ataviados con sus uniformes azules, pasaban volando. Frankie tenía mariposas en la barriga. Por primera vez desde que había perdido a Sunny sentía algo que no fuera desesperación. Estaba nerviosa por Cat, pero también emocionada. No podía esperar a conocer al trastito con el que todos llevaban soñando los últimos nueve meses.

—Perdone, ¿dónde está la zona de maternidad? Mi mejor amiga está a punto de dar a luz —preguntó animada a la mujer de aspecto adusto que atendía el mostrador de recepción. La mujer señaló hacia delante, prácticamente sin alzar la vista, y Frankie dio media vuelta a toda prisa. Corrió hacia la esquina de los ascensores... y se detuvo en seco. Allí, delante de ella, esperando el ascensor, estaba Sunny. La barba le había crecido más de lo habitual y tenía los ojos inyectados en sangre. Llevaba un jersey de punto gris y vaqueros negros. Frankie sintió deseos de correr hacia él y abalanzarse a sus brazos, pero se contuvo.

—Sunny —dijo, inmóvil. Él volvió la cabeza y, al verla, dio un respingo. A

Frankie se le encogió el corazón.

—Frankie —respondió con voz monocorde.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Estoy trabajando —fue la respuesta de Sunny, que señaló con un gesto los dibujos enrollados de su mano.

—Claro. Yo he venido por Cat. Está de parto —explicó Frankie a la vez que hacía crujir los nudillos.

—Ah. Envíales mis mejores deseos

¿Sus mejores deseos? *¿Con quién estaba hablando, con una compañera de trabajo?* Las puertas del ascensor se abrieron ante ellos, y Frankie y Sunny entraron juntos. En el interior aguardaba un hombre de pelo blanco en silla de ruedas, que les sonrió. Frankie inspiró tres veces y le posó la mano en el brazo, con suavidad.

—Sunny, me alegro tanto de haberme cruzado contigo. He intentado llamarte...

—Basta —la interrumpió él, apartándole la mano—. Frankie, basta. Deja de llamarme, deja de enviarme mensajes, deja de enviarme emails. No puedes hacer nada. Tú y yo hemos terminado. Tienes que pasar página —le espetó con frialdad.

—Sunny, por favor, te quiero —gimoteó Frankie, desesperada.

Él siguió mirando al frente, impertérrito. Cuando las puertas del ascensor se abrieron nuevamente, Sunny salió. Las lágrimas surcaron las mejillas de Frankie, sin que pudiera contenerlas, cuando las puertas cerradas dejaron a Sunny al otro lado y con él todas sus esperanzas.

—No te preocupes, cariño, yo sí te querré —le dijo el anciano desde un rincón del ascensor.



—Catherine Cooper. ¿Me puede decir, por favor, en qué habitación está? —pidió Frankie por tercera veza la mujer sentada en la zona de las enfermeras,

que se introdujo un chicle en la boca y miró a Frankie sin el menor interés.

—Como ya te he dicho, te ayudaré en cuanto termine este papeleo —replicó la enfermera, mascando el chicle. Frankie intentó llamar a Claud por décima vez, pero le saltó el contestador.

—Mire, señora. Mi mejor amiga, Catherine Cooper, está en alguna parte de esta planta dando a luz. Ahora mismo. Está muerta de miedo y yo tengo su lista de canciones para los pujos. ¡Tiene que escuchar *I'm coming out* ahora mismo! Así pues, si no me dice dónde está, voy a ir habitación por habitación interrumpiendo a todas las mujeres que están de parto hasta que la encuentre —la amenazó.

—Tú misma.

La enfermera sopló una burbuja. Frankie se marchó como una tromba y entró en la primera habitación.

—¿Cat? ¿Claud? —preguntó a la vez que se asomaba por la puerta. Una mujer gruesa y pecosa, muy embarazada, estaba acucillada en mitad de la habitación con el cuello al aire. Gritaba en compañía de un hombre que le frotaba la espalda.

—Perdón, me he equivocado —se disculpó Frankie, que se largó pitando a probar en la siguiente. *Va a ser un día muy largo.*

—¿Cat? ¿Claud? —dijo sin convicción cuando asomó la cabeza en la puerta número treinta y dos.

—¿Frank? —respondió Cat con voz ronca. ¡Por fin!

Frankie entró en la habitación y encontró a Cat incorporada en la cama con ayuda de una almohada, las mejillas encendidas y un pequeño fardo en los brazos. Claud, a su lado, miraba embobado el paquete a la vez que lo acariciaba.

—¡Dios mío, Cat! ¿Ya ha nacido el bebé? —exclamó Frankie, de nuevo deshecha en lágrimas—. Eres madre.

—Sí, ha sido rápido. Ha salido disparado. ¿Por qué has tardado tanto —

replicó en tono fatigado, sin apartar los ojos del bebé. Frankie se dispuso a narrarle a Cat su encontronazo con Sunny y con la enfermera malvada, pero entonces comprendió que el momento pertenecía a Cat y a Claud. Acababan de ser padres. Nada más importaba.

—¿Es un chico? —Frankie se acercó a su amiga, que guardaba un silencio nada característico en ella. Besó la frente sudorosa de Cat. Con cuidado, desplazó la manta a un lado y contempló la carita arrugada y enrojecida.

Frankie se quedó helada. Hizo esfuerzos para no abrir la boca de par en par.

—¿No es precioso? —canturreó Claud.

—Precioso —respondió Frankie. Se le encogió el corazón.

—Tiene la cara hinchada por las estrecheces del parto —dijo Claud.

—Vale... —asintió Frankie, insegura—. ¿Ya tiene nombre? —preguntó.

—Todavía no nos hemos puesto de acuerdo —ronroneó Cat.

Frankie miró a Cat, al bebé y a Claud alternativamente. *Esto no tiene buena pinta.*

—Voy a buscar unos cafés —propuso Claud, despegando la vista del niño por primera vez—. Le he prometido un café a Cat en cuanto diera a luz. ¡Lleva nueve meses esperando este momento! Vuelvo enseguida —informó riendo entre dientes mientras abandonaba la habitación. Cat permanecía inmóvil, los ojos clavados en el bebé que sostenía en brazos.

—Cat, es precioso. —Frankie frotó el brazo de su amiga.

Esta sonrió.

—Y también tiene una cara muy coreana.

—Ya lo sé.

Cat se encogió con el rostro ruborizado por el remordimiento.

—Es de Jin Soo, ¿verdad?

—Sí.

El silencio se apoderó de la habitación, quebrado tan solo por los gorjeos del niño.

—Ay, Cat. ¿Cómo ha sido? ¿Se lo vas a decir a Claud? Se ha dado cuenta, ¿no?

—No hablemos de eso ahora mismo. Concentrémonos en este pequeñín tan increíble —dijo Cat a la vez que besaba la frente de su hijo.

Frankie acarició con suavidad la cabeza del bebé. Cat alzó la vista para mirarla y Frankie pensó que nunca había estado tan hermosa.

—Lo has conseguido, Cat —sonrió Frankie.

—Lo hemos conseguido —la corrigió ella. Frankie volvió a sonreír, sin saber si su amiga se refería a Claud o a ella—. ¿Quieres cogerlo? —preguntó.

Frankie se mordió el labio. Nunca había tenido un niño en brazos, y parecía tan pequeño, tan frágil.

Cat asintió para animarla y, con delicadeza, le depositó al pequeñín en los brazos tendidos. A Frankie le gustaba esa faceta nueva, maternal, de Cat. Su serenidad se le estaba contagiando y experimentó una tranquilidad instantánea cuando tomó al bebé con las manos y se lo acercó al pecho. El calor que desprendía se extendió por su cuerpo y tuvo la sensación de que verdaderamente encajaba allí, de que ese era su sitio. ¿Alguna vez me sucederá a mí?, pensó Frankie antes de ahuyentar a toda prisa cualquier retazo de Sunny de su mente. *Mira qué precioso es, qué perfecto.*

—¿Y qué? ¿Qué dices? —preguntó Cat, quebrando el ensueño de Frankie.

—¿Acerca de qué?

—De ser su madrina.

A Frankie se le saltaron las lágrimas, una vez más.

—¿De verdad?

—Pues claro, boba. ¿Quién si no? —Cat también tenía los ojos húmedos, algo poco habitual en ella—. Ya sabes que eres mi única familia, Frank. O sea, quiero a mi padre, pero él nunca se pone en contacto conmigo a no ser que necesite dinero o una recomendación laboral. ¿Y quién diantre sabe dónde estará mi madre? Rose, tú eres mi hermana, mi madre y mi mejor amiga, todo

en uno.

Las lágrimas surcaban las mejillas de Frankie, que acunaba con ternura al bebé dormido.

—Te quiero mucho. Y también quiero a este bebé medio coreano sin nombre —sollozó Frankie.

—Yo también te quiero, llorona.

Sollozaron en silencio, la una junto a la otra, sin pronunciar palabra pero diciéndolo todo.

La puerta se abrió y Claud, cargado con tres tazas de café desechables, entró.

—¿Qué tenemos aquí? —Besó a Cat en la frente—. He estado pensando más nombres. ¿Qué te parece Edward, como mi padre? —propuso Claud.

—No, ese nombre me recuerda a Edward Ferrars —lo descartó Cat.

El niño se estaba despertando y ahora se revolvía en los brazos de Frankie. Se lo tendió a su amiga con delicadeza, que lo cogió con brazos anhelantes.

—¿Y eso es malo? —rio Frankie—. Me encanta Edward Ferrars.

—¿Romeo? —sugirió Claud.

—¿Bromeas? —replicaron Cat y Frankie al unísono.

—¿Le quieres poner a tu hijo el nombre de un chico que se rebela contra su familia y luego se suicida? —señaló la madre.

Claud puso los ojos en blanco.

—Bueno, no parece que tú tengas ideas mejores.

—Tengo que conocerlo. Descubrir qué nombre le sienta bien —musitó Cat al mismo tiempo que acaricaba el pelo del bebé y sonreía, con estrellitas en los ojos. Contempló a su hijo durante lo que pareció una eternidad y luego dijo —: Quiero que se llame Jin Soo.

—¿Jin Soo? ¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó Claud. De golpe y porrazo, toda la atención de Frankie estaba depositada en la taza de café caliente que sostenía.

—Es el nombre del personaje coreano de *Perdidos*. Me gusta.

—Cat, es evidente que has perdido la cabeza.

Leer entre líneas

Puede que os estéis preguntando dónde me he metido estas últimas semanas (o no, porque sin duda tenéis una vida propia mucho más interesante de la que ocuparos). Pero si acaso, por la razón que sea, sentís una pizca de curiosidad, he aquí mis últimas andanzas.

Acudí a la cita final con el acróbata/poeta sudamericano (sí, habéis leído bien) que encontró mi ejemplar de *El alquimista*. Era alto, encantador, capaz de lanzarme al aire y volverme a recoger en un solo movimiento fluido y poseía un acento embriagador. Lo tenía todo para que yo me quedara en plan: «¿te importa que te pase la mano por los abdominales?» y «¿nos escapamos con un circo?». Pero yo estaba más bien en plan: «¿qué estoy haciendo aquí?» y «debería estar despachurrada en el sofá con el hombre que amo».

Habéis leído bien: estoy enamorada. Y ese fue solo el principio de mi perdición.

Hacía tiempo que se estaba fraguando el final de mi experimento romántico-ferroviario. No podía seguir negando lo que sentía por Edward Cullen ni tampoco el sentimiento de culpa, de hecho. Pero antes de que me diera tiempo a sincerarme, él descubrió mi traición en las circunstancias más deplorables, un encuentro con el susodicho acróbata en la fiesta de un amigo mutuo. Tan estupefacto como cabría imaginar y dolido hasta el infinito por mi engaño, no hubo forma de convencerlo de que no me soltara como si fuera una patata caliente.

No duermo. No como (productos frescos; para mí únicamente existen la comida enlatada y los aperitivos ultraprocesados). Y tampoco soy capaz de mirarme al espejo. Él ha cortado de raíz todos mis intentos de reconciliarme y yo he acabado hundida en mi propio arrepentimiento. Después de pasar tanto tiempo resistiéndome a mis sentimientos por él, por fin me doy cuenta de que he sido tonta a más no poder. De que este experimento no ha constituido nada más que un largo ejercicio de procrastinación.

Y entonces apareció Tom, el hombre infinitamente encantador pero todavía

sin chispa. Nos encontramos justo después del incidente de la patata caliente antes mencionado (y traumático hasta extremos indecibles). Mi reacción fue cerrarme emocionalmente y fingir que no existía. Pero tres mensajes sin responder y una llamada telefónica más tarde («nunca volveré a amar a nadie y moriré sola») y sabiendo que hacía mal (nunca escuchéis a una amiga que está en pleno colapso de fármacos post parto), me animé a darle otra oportunidad. Sufrir un rechazo continuado por parte del amor de tu vida y el miedo a convertirte en la señora de los gatos (no me gustan nada los gatos) provocan ese tipo de reacciones.

Así pues, quedamos para tomar un café después del trabajo. Comentamos las virtudes de las secuelas, de la necesidad de pasar al plural «el día de la madre» («el día no se ha creado para homenajear a una sola madre; es absurdo») y la capacidad que tienen los libros para potenciar la empatía de las personas. Y, como cabía esperar, fue una cita absolutamente encantadora. Él exhibió ante mí su profundo respeto por la palabra escrita y se ganó mi admiración mediante su intuición literaria y sus opiniones sobre la actualidad. Tom es listo, atento, amable y guapo en un sentido clásico. Igual que John Steinbeck, lo tiene todo. Pero no es Edward Cullen; un hombre más hermético que un coco recién arrancado y cuyo gusto literario es peor que el de la hija de doce años de mi prima segunda.

De súbito, todo se me antojó meridiana (y casi incómodamente) claro. ¿Habéis leído *Amor perdurable*, de Ian McEwan? He estado releendo algunas partes de camino al trabajo. La obra trata de nuestra tendencia a darnos cuenta de que el amor es un regalo del cielo tan solo cuando lo hemos perdido, y explica que deberíamos luchar por él de buen comienzo. ¿No os encanta encontrar un libro que parece escrito para vosotros?

Este no puede ser el final de nuestra historia de destinos cruzados. Encontraré el modo de recuperarlo.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, como la otra Escarlata O' dijo una vez: «Si me ha olvidado, conseguiré que me recuerde. Me las ingeniaré para que vuelva a quererme».

Escarlata O' xx

Deja un comentario (1271)

Deliciosa Martha > El césped siempre crece más verde en el jardín del vecino, ¿eh? ¡Espero que no sea demasiado tarde para vosotros dos!

No te ofendas pero... > Aún te pasa poco por mentir a la persona que amas.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Vaya, Stephanie, ya sabía yo que saldrías con algún comentario desafortunado. PD Yo nunca te he mentado;)

No te ofendas pero... > @Stephen Prince, eres un acosador. PD ¿Es siquiera tu verdadero nombre?
No te encuentro en Facebook.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... ¿Ah, sí? ¿Y quién es la acosadora entonces? Y sí, es mi verdadero nombre. Lo que pasa es que no tengo Facebook.

No te ofendas pero... > @Stephen Prince, Pfff... Me trae sin cuidado. Solo pretendía comprobar hasta qué punto eres un bicho raro.

Tully McGregor > ¡A por él, chiquilla! Y no olvides mantenernos informados.

El gato Garabato > Ya estás tardando. PD @StephenPrince y @Noteofendaspero... Me encantan vuestros coqueteos;)

Frankie estaba borracha. No llevaba encima un puntito encantador ni tampoco una copa de más. Estaba curda perdida. Columpiándose adelante y atrás, aplastó los pensamientos que le decían que aquello era una idea terrible. Tras beberse una botella de shiraz Barossa Valley (una que reservaba para ocasiones especiales), echó mano del teléfono y llamó a Sunny borracha. Le saltó el contestador directamente, como hacía siempre. Y así, tal como estaba, con la cabeza dándole vueltas y el corazón más encogido que de costumbre, Frankie se recogió el pelo con una pinza y salió trastabillando de su casa. Y allí estaba, un nauseabundo trayecto en Uber más tarde, ante la puerta de Sunny. A las dos de la madrugada.

—¡Sunny! —Aporreó la puerta, los nudillos más y más enrojecidos por momentos—. ¡Sunny!

Sabía que seguramente dormía. Sin duda estaría despatarrado encima de la manta, con el cuaderno de dibujo y el lápiz en equilibrio sobre el pecho desnudo. El corazón de Frankie se alteró solo de imaginarlo.

—¡Maldita sea, Sunny! Sé que estás ahí —farfulló, apaleando la puerta de mala manera. Oyó unos pasos impacientes al otro lado e inspiró profundamente. *Ya viene.*

—Frankie. ¿Qué estás haciendo aquí, si se puede saber? —Sunny abrió la puerta. Llevaba el pelo enmarañado, los calzoncillos tipo bóxer colgando de la cadera y, tal como Frankie había imaginado, su pecho se encontraba irresistiblemente expuesto.

—Sunnnny —masculló Frankie, apoyándole las manos en el pecho—. Justo el hombre que quería ver, el más apuesto que conozco.

Se dejó caer contra el torso de Sunny y lo besó entre risas.

—Por Dios, Frankie. Estás como una cuba.

Un ceño asomó a la frente de Sunny, como sucedía siempre que se agobiaba. Se libró del abrazo de Frankie y la miró de arriba abajo. No llevaba nada encima salvo los pantaloncitos y la camisola de su pijama de seda. Tenía la

piel de gallina.

—Y tú eres guapo.

Frankie soltó una risita y a continuación hipó de un modo nada femenino.

—Mierda, Frankie. Te estás helando. Venga, llamaré a un Uber para que te lleve a casa.

Sunny se dispuso a echar mano del teléfono, pero Frankie se lo impidió.

—No, quiero entrar. Invítame, tontorrón.

Estalló en risitas. *Todo es superdivertido esta noche.*

—No es buena idea, Frankie.

—¿No? ¿Por qué? ¿Estás con alguien? ¿Con otra mujer? —preguntó ella, y se torció a un lado para mirar—. ¡Hola! ¿Hay otra mujer ahí? ¡Hola! —gritó hacia el interior.

—Estás diciendo tonterías, Frankie. Voy a llamar a un Uber —le espetó Sunny enfadado.

—¡Sí que estás con otra mujer! ¡No me lo puedo creer!

Empujó a Sunny para abrirse paso (tenía mucha fuerza cuando estaba borracha) y corrió al dormitorio.

—¿Hola? ¡Señora Sunny! Salga, salga de dondequiera que esté.

Se detuvo junto a la cama. Allí, en la mesita de noche, donde el mundo entero podía verlo, había un retrato de Frankie. En el dibujo llevaba el cabello recogido, igual que ahora, y echaba la cabeza hacia atrás como en plena carcajada. Sunny había dibujado hasta el último detalle con perfecta precisión, incluida la peca que tenía sobre la ceja.

—¿Qué es esto?

Frankie tomó el dibujo. Le temblaban las manos.

—Sal ahora mismo de mi dormitorio, Frankie —ordenó él.

—¿Qué es esto? —repitió ella, que se puso de puntillas para acercarle el esbozo a la cara.

—No es nada. —Sunny le arrebató el dibujo y lo rasgó por la mitad—. Te

estaba dibujando para arrancarte de mi pensamiento, línea por línea.

Soltó el esbozo, que cayó flotando al suelo.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Frankie con un puchero, mirando el dibujo roto a sus pies.

—Frankie, por favor, tienes que irte. No puedes estar aquí.

El ceño de Sunny sobresalía más que nunca. Parecía cansado, exasperado incluso. Ella estaba a punto de marcharse cuando se percató que sus ojos le recorrían el cuerpo y se empañaban de... ¿deseo? Frankie avanzó despacio hacia él y le posó una mano en el bíceps.

—En realidad no quieres que me marche, ¿verdad? —ronroneó.

—Frankie, para —le espetó Sunny, retirando el brazo.

Ella sonrió y se apartó el cabello de la cara. Rebosaba una nueva seguridad en sí misma, inducida por el alcohol. Se acercó aún más, le echó los brazos al cuello y le susurró al oído, seductora:

—Venga. No significará nada. Será cosa de una noche, nada más.

Le besó el bíceps.

—Frankie —rogó Sunny con poco convencimiento.

Frankie interpretó el titubeo como una señal y se apoyó en él, despacio, al mismo tiempo que le besaba el pecho desnudo.

—Venga, ¿no echas esto de menos? Volvió a besarlo.

—Frankie —gimió él.

—Shhh... —apagó sus protestas mientras lo besaba una y otra vez—. ¿Lo echas de menos?

Frankie lo oyó tomar aire, titubear y luego soltar el aire de golpe.

—A la mierda —gruñó Sunny, y la levantó en vilo para cargársela al hombro. La tiró de mala manera al colchón y cayó sobre ella sin dejarle apenas ni un segundo para respirar.

—¿Y esto? ¿Lo echabas de menos? —susurró Frankie contra su piel, dejando que el peso de Sunny la engullera. Él respondió besándola con una

pasión rabiosa y ferviente, como si estuviera furioso y hambriento de deseo, todo al mismo tiempo. Ella le respondió con idéntica ansia y fiereza, hasta que ambos acabaron enzarzados en un ardiente frenesí.



Ay, mi cabeza.

Frankie abrió los ojos y se quedó de una pieza al descubrir que se encontraba en la cama de Sunny. Desnuda. La luz se filtraba por las cortinas y le producía una molesta jaqueca. Y entonces el recuerdo se manifestó como un fognazo sobrecogedor e intenso. La discusión en plena borrachera de Frankie, el dibujo, *el beso*. Gimió y se escondió debajo de las sábanas. Inspiró profundamente para impregnarse del aroma dulce de Sunny, que la rodeaba. Cuánto había echado de menos esa cama. Frankie se dio la vuelta con languidez para envolver a Sunny con el brazo. Pero en lugar de rodearlo estampó el brazo contra el colchón.

—¿Sunny? —lo llamó titubeante.

No recibió respuesta.

Salió de la cama trastabillando y se echó encima una de las camisetas de Sunny. *Esto me resulta muy familiar. Desgarradoramente familiar.* Se deslizó hacia el baño, los pies desnudos sobre las frías baldosas, y abrió la puerta con cuidado. Él no estaba allí. Inspeccionó la cocina, el salón, el despacho. No lo vio por ninguna parte.

—¿Sunny? —volvió a llamarlo, la cabeza como un bombo, los ojos abiertos solo a medias. Frankie encontró su propio teléfono tirado junto a la puerta de la cocina y lo conectó. Un SMS de Sunny, enviado hacía una hora, la estaba esperando.

☛ Sunny: Maldita sea, Frankie. No puedes hacer eso. No puedes presentarte en mi casa en mitad de la noche y fingir que nada ha pasado. Hemos terminado, Frankie. Hemos acabado de una vez y para siempre, y no debería haber hecho nada ayer por la noche que te hiciera pensar lo contrario. Por favor, deja de llamarme. Pasaré el día fuera. Cierra la puerta con llave cuando salgas.

Frankie inspiró y exhaló varias veces mientras notaba el ardor de las lágrimas en los ojos. Estrujó el teléfono, lo tiró a la otra punta de la habitación y soltó un grito penetrante y desgarrador.

Frankie se movía en piloto automático. Apenas si habían pasado unas horas desde que saliera avergonzada de la casa de Sunny y se sentía vacía. Hundió la mano en el bolso, sacó el pase de transporte y subió al tranvía. Avanzó a rastras hasta un asiento vacío y se desplomó en él sin ser apenas consciente del entorno. Una nube oscura y amenazadora la rodeaba y ella apenas si podía sacudirse de encima la inmensa sensación de pérdida. Estaba tan sumida en sus pensamientos que ni siquiera reparó en un ajado ejemplar de *Siempre Alice* que viajaba solitario en el asiento contiguo. De haberlo visto, tal vez lo hubiera recogido, hojeado y descubierto su propia letra en la séptima página empezando por el final. Hacía solamente unas semanas un capricho del azar como ese le habría provocado una intensa emoción, pero ahora, lo único que le despertaba viajar en transporte público eran los ecos de su última cadena de malas decisiones.

Frankie se encaminaba a visitar a Cat y a su hijo Jin Soo. A Cat le darían el alta al día siguiente y había insistido en que Frankie se tomara un descanso como directora suplente de la librería para estar presente en la última lección de la comadrona, dedicada al baño del bebé.

—Como madrina, tienes que conocer el abecé del cuidado infantil —le dijo Cat por teléfono—. Lección número uno: saber cuándo mamá necesita pasar un rato a solas.

Cat se estaba comportando de manera más errática que de costumbre; toda felicidad y sonrisas un instante y un mar de lágrimas al siguiente. Claud no paraba de enviarle mensajes a Frankie para preguntarle cómo podía ayudar a su aturullada esposa. Por lo general, Claud adoraba los excéntricos saltos de humor de Cat y sus cambiantes obsesiones, pero ahora que había otro ser humano en juego —cuya responsabilidad también recaía en él— estaba desesperado por envolver a su familia en un nido tejido en lana. La paternidad, por lo que parecía, no solo le había insuflado un nuevo instinto de protección sino también una cariñosa inseguridad. Consciente de que no

dominaba el terreno, dudaba hasta de sus instintos más básicos. Frankie intentaba consolarlo asegurándole que lo hacía de maravilla y que la inestabilidad de Cat tan solo se debía a la montaña rusa hormonal del postparto. Le aconsejaba que se mostrara útil asegurándose de que Cat tuviera siempre café y queso fresco disponible y también que la ayudara con las dolorosas y complicadas evacuaciones postparto. Frankie esperaba que Cat, a su vez, se tranquilizara al volver a casa, pero temía que el laberinto emocional de su amiga tuvieran raíces más profundas que un mero desequilibrio hormonal. El tranvía se detuvo con una sacudida y Frankie se levantó tan deprisa que se pegó un cabezazo con el poste de metal que tenía delante. *Si esto no es el karma, que baje Dios y lo vea.* Frotándose la cabeza, agarró su bolso, miró mal al conductor y se apeó. Mientras caminaba hacia el hospital, refrescaba de manera obsesiva las aplicaciones de su teléfono: correo, Facebook, mensajes, WhatsApp, Snapchat e incluso las alertas de la agenda, con la esperanza de que Sunny hubiera contactado con ella. Cerrando cada una de las aplicaciones sin nuevos mensajes se sintió igual que si fuera añadiendo clavos a su propio ataúd.



Frankie recorrió el pasillo de la maternidad hasta llegar a la zona exterior de la habitación de Cat. La puerta estaba entornada y en el interior se dejaba oír un llanto amortiguado. Frankie sonrió ante ese nuevo sonido, que le tocó la fibra sensible. Oyó a Cat caminar de un lado para otro en zapatillas y, por encima de las protestas del bebé, flotaron hasta ella frases sueltas de la conversación que su amiga mantenía al teléfono.

—No puedo mantenerlo en secreto por más tiempo—cuchiceó.

Silencio.

—Ya sé que no estás preparado, pero ¿sabes qué? No podemos pedir que nos devuelvan el dinero.

Silencio. Una respiración agitada. Llanto.

Frankie abrió la puerta con discreción y entró con tiento. Plantó un besito en la mejilla de Cat y, arrebatándole al pequeño Jin de los brazos, aspiró su delicioso aroma de bebé.

—Ahora tengo que dejarte. Te llamaré más tarde.

Cat cortó la llamada y, con cuidado, se acomodó en la butaca que había junto a la única ventana de la habitación. El banco que se extendía a su lado estaba ocupado por un despliegue de flores, pañales, ropa de bebé, biberones y chupetes; toda la parafernalia de la nueva vida de Cat.

Frankie inundó a Jin Soo a besos y arrulló sus lloriqueos hasta poder contemplar a placer su cara arrugadita y maravillarse ante el tacto de su sedosa piel.

—¿Quién te va a comer a ti? —canturreó.

—Te diré lo que yo quiero comer...

A Cat no le hizo falta terminar la frase; Frankie ya le había pasado el bolso de una patada. Su amiga unió las manos encantada y, doblada sobre sí misma con una pequeña mueca de dolor, procedió a revisar el contenido. Extrajo una pequeña bolsa de papel que contenía sushi fresco de salmón y la sostuvo en alto como si acabara de ganar el Open de Australia.

—Eres un regalo del cielo. ¡Nunca te he querido tanto como ahora! —dijo al mismo tiempo que se zampaba uno de los rollitos. Entre bocado y bocado de arroz, dejó a la vista su teta izquierda y empezó a estrujarla con aire distraído. Frankie la miró horrorizada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, señalándose el pecho.

—El masaje de calostro habitual. Tengo que despabilar estas tetas —respondió Cat, y procedió a masajearse la izquierda.

—¿Duele?

—Bueno, no es un viaje al Caribe pero nada que no pueda soportar.

Cat asestó un bocado al segundo rollo de sushi.

—¿Y no te importa sacar a las chicas delante de todo el mundo?

Frankie acarició con el dedo el sedoso cabello del bebé, extasiada. Jamás había palpado nada tan aterciopelado.

—En primer lugar, tú no eres «todo el mundo». —Siguió masticando—. Y, en segundo lugar, dejar el cuerpo a la vista forma parte del proceso del nacimiento y el parto. Me paso el día desnuda últimamente.

—Así pues, no ha cambiado gran cosa, ¿eh?

Cat sonrió de mala gana.

Jin Soo se revolvió en los brazos de Frankie, un gesto mínimo que despertó en ella un profundo anhelo. Se inclinó y besó su cálida frente. Sin apartar los ojos del niño, preguntó como si nada:

—¿Con quién hablabas?

Cat se tragó despacio el último bocado.

—Con Jin Soo.

—Qué precoz, este Jin Soo. ¿Ya sabe cómo funciona un iPhone?

—Bueno, no nació ayer —replicó Cat al tiempo que se acomodaba en la butaca con sumo cuidado.

Frankie rio con ganas.

—Bueno, ¿y qué se cuece entre vosotros?

—Frank, no sé qué hacer. —Cat ahogó un sollozo.

Frankie alzó la vista. Nunca había visto a su amiga tan aterrorizada.

—No puedo alargar esta mentira por siempre —dijo, respirando con dificultad.

Frankie contempló al pequeño que tenía entre los brazos. ¿Cómo era posible que algo tan dulce e inocente constituyera ya el centro de una situación tan complicada?

—Es un milagro que Claud todavía no se haya percatado. ¿Sabes?, en los tiempos de las cavernas, si el bebé no se parecía al padre lo mataban y en paz. Por eso los recién nacidos se parecen siempre a sus padres —dijo Frankie—. Hoy por hoy, en cambio, Claud está tan enamorado que lo ve todo por unas

gafas de color de rosa. Tenemos que idear una estrategia.

—No hablo de Claud.

Desviando la mirada, Cat se crispó en la butaca.

—¿A qué te refieres? —preguntó Frankie, que se levantó del borde de la cama para mecer al bebé arriba y abajo con un vaivén rítmico y adormecedor.

—Hablo de ti, Frankie —respondió Cat con voz queda—. No he sido del todo sincera contigo.

—Te cagaste en el parto, ¿a que sí? Lo sabía. ¡No se me escapa ni una sola de tus cacas!

Frankie soltó una risita hacia los ojos abiertos de Jin Soo, tratando de suavizar con una broma el tono súbitamente solemne de su amiga.

—Hablo en serio, Frankie. No he sido del todo sincera sobre mi relación con Jin Soo.

Frankie miró de reojo a Cat, que ahora ordenadaba nerviosa los paquetes de pañales al tiempo que se abrochaba la camisa. Cuando terminó, se acercó a Frankie y tomó al bebé en brazos con gesto amoroso.

—Es mi defensa —dijo, señalando a Jin Soo—. Ahora ya puedes enfadarte conmigo.

Frankie hundió los brazos. De súbito se sintió aún más vacía si cabe.

—¿De qué va esto, Cat?

—Lo mío con Jin Soo no fue un rollo de un día —dijo con un hilo de voz, y empezó a darse la vuelta.

—¿Qué has dicho? —Frankie asió a Cat por los hombros y, con suavidad, la obligó a mirarla a los ojos—. ¿Cat?

—Lo mío con Jin Soo no fue un rollo de un día —repitió Cat, sorbiéndose—. Te mentí. Mentí cuando dije que solamente sucedió una vez.

Frankie la miró boquiabierta.

—¿De qué estás hablando? Entonces, ¿lo hicisteis dos, tres veces? —preguntó, enarcando las cejas ante su amiga, que no decía esta boca es mía—.

¿Cinco veces?

Los ojos de Cat saltaban de un lado a otro, buscando algo, cualquier parte donde posar los ojos que no fuera el rostro de Frankie.

—Ay, Dios mío, Cat, ¿cuántas veces lo hicisteis?

—No sabría decírtelo.

Cat acunó al bebé de lado a lado, a todas luces arrepentida de haberse metido en ese bernejenal.

—Será mejor que saques la calculadora y me lo digas ahora mismo, jovencita. —Frankie empezaba a perder la paciencia.

—¡No te lo puedo decir porque son demasiadas para contarlas! —la voz de Cat se elevó un decibelio—. Llevamos meses manteniendo una relación intermitente.

Frankie se desplomó en el borde de la cama, incapaz de creer lo que estaba oyendo. ¿meses? Su amiga —su amiga embarazada— ¿llevaba meses siendo infiel a su marido? ¿Y se lo había ocultado? Cat y Frankie se lo contaban todo. Todo. Cuando Cat perdió la virginidad, Frankie fue la primera en saberlo. Le envió un mensaje de texto al poco rato: «Está hecho. ¿Por qué nadie te cuenta hasta qué punto es pegajoso?». Y Frankie fue la primera en prestarle apoyo cuando la madre de Cat la abandonó y ella se empeñó en decir que estaba «perfectamente, en serio». Frankie y Cat no tenían secretos la una para la otra. Y en momentos de crisis emocional, corrían al rescate mutuo. *¿He estado demasiado absorta en mi vida amorosa y en mi espinosa carrera profesional como para darme cuenta de que mi mejor amiga me necesitaba? ¡Soy una persona horrible!*

—Por Dios, Cat, no sé qué decir.

—La he jodido, Frankie. A lo grande. —Cat intentó taparle las orejas al pequeño Jin Soo a la mención de la palabra que empieza por «j»—. Y Jin Soo no para de llamar para decirme que quiere formar parte de la vida de su hijo, que me ama y que quiere estar conmigo. ¡Pero no tiene ni idea de lo que me

juego! Ni de lo que significa tener un niño. Un niño que estará ahí para siempre. «Siempre» es mucho tiempo, Frankie.

Las lágrimas surcaban ahora las mejillas de Cat, algunas de las cuales se estrellaban en las mejillas gordezuelas de Jin Soo. Frankie se levantó de la cama y buscó apoyo en el brazo de la butaca, donde rodeó con los brazos a su afligida amiga, que lloraba a moco tendido.

—No sé qué hacer, Frankie. Claud es toda mi vida. Y puede que no sea perfecto, ni mucho menos, pero es mi Claud: el apuesto hombre del que me enamoré cuando apenas tenía edad para saber lo que hacía y al que juré ser fiel durante el resto de mis días. —Cat apoyó la cabeza en el hombro de Frankie, que ahora notaba cómo los sollozos estremecían su cuerpo—. Dios mío, mírame, soy más inmadura que este chiquitín.

—Cat, es normal que te sientas así —dijo Frankie, en el tono más tierno que pudo adoptar—. Acabas de dar a luz. O sea, has traído al mundo a través de tu vagina a un ser humano, vivo y real. Y ahora te enfrentas a este horrible dilema.

—Sí, un horrible dilema en el que me he metido yo solita.

—Y mira cuál ha sido el resultado. —Ambas contemplaron embelesadas al pequeño Jin Soo—. Podría ser peor.

Se sentaron, recostadas la una en la otra, y admiraron la culminación de la pasión, el anhelo y la confusión. Jin Soo dormía como un angelito, sin ser consciente todavía del torbellino que se estaba desatando a su alrededor.

—Míralo —dijo Cat por fin—. Es tan precioso. ¿Cómo pude ser tan cruel de traerlo a un mundo sembrado con mis conflictos? ¡Hola, problemas con la figura paterna!

Frankie frotaba la espalda de Cat y la planta de los pies de Jin Soo al mismo tiempo.

—Ya soy la peor madre del mundo —lloró Cat.

—Eso no es verdad, ni mucho menos. ¡Míralo! Está a gusto, es feliz y se

siente amado. O sea, ¡mucho más que amado! Y no tiene uno sino dos padres que lo adoran y desean formar parte de su vida.

—Tener un padre de más no suele garantizar una vida superadaptada. ¿Qué he hecho?

—Conseguirás que funcione. Pero tienes que aclarar las cosas.

—No puedo. Claud se llevará un disgusto de muerte. ¡Jamás me perdonará!

—No hablo de Claud, Cat. Hablo de ti. Ha llegado el momento de que seas sincera contigo misma. Tienes que decidir lo que quieres. Con quién quieres estar. Tomar una decisión y sostenerla. Cría a tu hijo con amor, estabilidad y atención y no tendrá ningún problema.

Cat sonrió por primera vez.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

Frankie le sonrió a su vez.

—Saldrás adelante, Catty. Y también Jin Soo.



Durante la visita de Frankie, el día se había despejado y ahora brillaba un sol radiante en el firmamento azul. El aire seguía siendo cortante pero, mientras caminaba de vuelta a casa, Frankie se sintió renovada por la presencia del astro en el cielo. Para cuando se marchó, Cat había recuperado la compostura y estaba sentada en la cama, alimentando al bebé feliz y contenta. Frankie no tenía ni idea de quién sería el escogido, qué vida estaba a punto de emprender su amiga. Pero confiaba en que Cat tomaría la decisión correcta, no solo para sí misma sino también para su hijo. Por la fuerza de la costumbre, echó mano del teléfono que llevaba en el bolsillo trasero y conectó la pantalla en busca de algún mensaje de Sunny.

Con la cabeza agachada hacia el móvil, no vio al hombre que cruzaba la puerta de una cafetería. Al pasar a toda prisa, Frankie tropezó con la pierna extendida y cayó de bruces en la acera.

—Maldita sea —refunfuñó.

Tendida boca abajo en el suelo, dio media vuelta y entrecerró los ojos para alzar la vista.

—¿Te encuentras bien? Lo siento muchísimo.

El hombre penetró en su campo de visión, el rostro oscurecido por el reflejo del sol. Apiló las dos tazas desechables que llevaba en la mano y, tendiéndole la otra a Frankie, medio la arrastró, medio la levantó de la acera.

Frankie se sacudió el polvo mientras truñía entre dientes.

—¿Seguro que estás bien? ¿Necesitas hielo? ¿Estás herida?

—No, gracias. —Frankie se miró las manos antes de usarlas de visera para mirar al culpable—. Ay, Dios mío, ¿Jin Soo?

—Perdona, ¿te conozco? —respondió el hombre, un tanto sobresaltado.

—Soy Frankie, la Frankie de Cat. Fui a tu clase una vez. Vengo de ver a tu b... a Cat en el hospital.

Nervioso, Jin Soo se cambió las tazas de mano.

—Tranquilo, lo sé todo.

El hombre la miró con súbita intensidad.

—¿Sabes?, la quiero de verdad. Lo nuestro ha sido mucho más que una aventura informal —suspiró—. No puedo vivir sin ella. Ni sin él. ¿No te parece una preciosidad?

Frankie parpadeó dos veces antes de mirarlo a los ojos con frialdad.

—Sí, me lo parece. Y sé que su padre, Claud, piensa lo mismo.

Dicho eso, Frankie dio un rodeo para esquivarlo y reanudó su camino.



Mientras esperaba a que el semáforo de los peatones cambiara a verde, Frankie se inclinó hacia delante para asomarse hacia Church Street. A un par de manzanas de su casa, estaba deseando llegar para perderse en su ejemplar de *The gulf*. Observó el pesado avance del tranvía, que tocaba la campana para avisar de su proximidad. En la parada, un hombre leía *Años de sequía*, de Jane Harper. Estaba tan absorto en la lectura que no se dio cuenta de que el

tranvía se detenía a su lado. Frankie ansió escapar a otro mundo, perderse en los pesares, el júbilo, la pérdida y la rendición de otra persona. *Redención*. La palabra resonó en su mente. Necesitaba que la absolvieran. Pero ¿cómo? Miró al hombre, que se levantó de un salto cuando el tranvía tocó la campana nuevamente con un repique sonoro e impaciente. El tipo se encajó el libro debajo del brazo y subió a bordo. Desde su posición, Frankie lo vio sentarse y volver a sumergirse en las páginas del ejemplar.

Esbozó una sonrisa incipiente al pensar que, dos meses atrás, seguramente lo habría perseguido. Habría ofrecido señuelos a ese ratón de biblioteca para que encontrara uno de sus libros. ¿Un lector de ficción australiana de calidad? ¡Allá voy! Se regañó a sí misma para sus adentros por ser tan ilusa, tan superficial, tan inmadura. Ahora solo podía pensar en un ratón de biblioteca (sección de juvenil). Ojalá pudiera inducirlo a seguir su rastro de historias para que se animara a llamarla. O a enviarle un mensaje de texto. O un email. Aunque solo fuera para acusarla de haberle roto el corazón nuevamente. Ansiaba el contacto con él igual que Amy March ansiaba las limas encurtidas.

¿Cómo instigarlo a escucharla, perdonarla, olvidar? El tranvía pasó raudo ante ella con un ímpetu que le empujó el pelo hacia atrás.

44

Por George (Orwell), ¡ya lo tengo!

Ahora que sé lo que voy a hacer para recuperar a mi hombre (*chasquido de lengua chulesco*), no puedo creer que no se me haya ocurrido antes.

Una vez que acepté por fin que dejar mensaje tras mensaje de voz y hacer guardia junto al edificio de Edward Cullen no iba a dar resultado, comprendí que debía ser creativa. Y deprisa. Hay un delicado margen en el cual una ruptura muda rápidamente de los sentimientos heridos a la devastación, el odio y, luego, una rápida y aterradora determinación por pasar página. Y ese margen se llama Tinder.

Así pues, me encajé el gorro de pensar y puse manos a la obra. He aquí lo que tenía a mi favor:

1. A Edward Cullen le chiflan los gestos románticos. De hecho, una vez me dijo que no había problema demasiado grande o situación demasiado grave que un buen acto de amor, anticuado y hollywoodiense, no pudiera arreglar.
2. Tengo acceso a libros. ¡A montones de libros! Y, gracias a Dios, entiendo de literatura y sé cuando una situación requiere un buen título (me dedico a eso, al fin y al cabo).
3. Si algo he aprendido de este experimento malogrado es que nada atrae tanto a dos personas entre sí como un buen libro de bolsillo.

De manera que ya tenía algo para empezar: libros e historias de amor. No era gran cosa, pero menos da una piedra.

En primer lugar, pensé, escribiría la mejor distopía juvenil que jamás hubieran sostenido las preciosas manazas de Edward Cullen. ¡Cuando la leyera, no tendría más remedio que volver conmigo! Eché mano del portátil, abrí un nuevo documento y lo máximo que pude escribir fue: PIENSA UN COMIENZO DESLUMBRANTE PARA UN LIBRO JUVENIL. ¡SOCORRO!

Una vez recuperada de las dos horas y media de suplicio, decidí pasar a mi segunda gran idea. Reuní un montón de libros, una tijeras y un trozo de papel de embalar y creé mis propias citas amorosas a partir de palabras al azar recortadas de algunas de las mejores historias de amor que se han escrito. «Déjame ser las palabras escritas en tu corazón». *suspiro*

Retrocedí un paso y observé mi obra... y comprendí que parecía un anónimo siniestro. Descarté la idea rápidamente.

Empezaba a sentirme un tanto desesperada. Tecleé en Google, por orden: «diez grandes gestos románticos», «cómo recuperar a tu ex», «qué hacer cuando la has cagado bien» y «cómo recomponer tu relación (y tus libros)». ¡Nada!

Por fin, di con la clave: todo empezaba y terminaba en un tren. Nuestro primer beso eléctrico y el golpe final, el desastroso descubrimiento de mi trama de citas ferroviarias. Todo aquello que le había ocultado. Puede que nos hiciera falta un último viaje en tren (o varios). Volví a examinar los libros que se desplegaban ante mí y comprendí que estaba mirando el problema desde una perspectiva inadecuada. Estaba pensando desde mi punto de vista (#típico #meestoyconvirtiendoenmimadre). Buscaba las palabras que a mí me habrían convomido, sin tener en cuenta los libros que a él le aceleraban el corazón. Así pues, regresé a la pizarra (ejem, librería), elegí varios de sus títulos favoritos y los amontané.

Los juegos del hambre

Divergente

Las ventajas de ser un marginado

El cuchillo en la mano

Grima. Grima. Grima.

A continuación, busqué los horarios de los trenes en Internet y anoté las líneas que frecuentaba Edward Cullen y las horas a las que solía viajar. Urdí un magnífico plan para, con sigilo ninja, sembrar de libros la red de transporte público de Melbourne. A lo largo de los días siguientes, pondría en circulación tantos libros juveniles como pudiera reunir en tantos vagones como fuera posible, con la esperanza de que Edward Cullen encontrara alguno, en cuyo interior leería las palabras:

Lo siento. Te quiero. Por favor, llámame. Frankie.

Al fin y al cabo, un corazón que anhela solo puede soportar cierta cantidad de anhelo.

Hasta la próxima, queridos míos.

Escarlata O'xx

Deja un comentario (1232)

Enamorada de los libros > Unos títulos fantásticos. Maldita sea, hay escritores geniales ahí fuera. ¡Cruzo los dedos para que encuentre tu libro!

No te ofendas pero... > Dudo mucho que un libro o dos vayan a reparar tu error.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... ¡Ya estamos!

No te ofendas pero... > @StephenPrince, estás obsesionado conmigo.

Marisabidilla > Me encanta tu obra, Escarlata. Rezo por ti.

La ladrona de libros, de Markus Zusak

Tranvía 11 a Brunswick Street

El teorema Katherine, de John Green

Tren de Glen Waverley a la ciudad

¿Quién es ella?, de Jerry Spinelli

Tren de Frankston a Flinders Street

Wonder, de R. J. Palacio

Tren de Alamein a Alamein

Un monstruo viene a verme, de Patrick Ness

Tranvía 11 a Brunswick Street

Frankie miró a un lado y a otro y, cuando la costa se despejó, dejó con discreción su flamante ejemplar de *Buscando a Alaska* en el asiento contiguo. Palpó las páginas con los dedos, buscando la esquina doblada de la hoja en la que había escrito: «Lo siento. Te quiero. Por favor, llámame. Frankie.» Suspiró al tiempo que cruzaba inconscientemente los dedos de las manos y de los pies. *Por favor, por favor, encuentra este libro, Sunny*, recitó en silencio. Desde que había urdido el plan para recuperar a Sunny, Frankie se había dedicado a distribuir libros juveniles con desesperación, en trenes, tranvías y autobuses. Ejemplares de *Eleanor & Park*, *El corredor del laberinto*, *Éramos mentirosos* e, incluso, *¿Estás ahí, Dios? Soy yo*, Margaret viajaban ahora en la red de transporte público de Melbourne. Estando Cat de baja maternal, Frankie y Seb poseían control absoluto sobre La pequeña librería de Brunswick Street (incluida la organización de un acto con Maxine Beneba Clarke al que Claud se había negado alegando que no se lo podían permitir) junto con más de uno y más de cincuenta libros juveniles, que Frankie había tomado «prestados». Por lo general le habría dado vergüenza ir por ahí con un montón de libros para adolescentes en el bolso, pero ahora le daba

igual. Lo único que le importaba era recuperar a Sunny.

Frankie se echó hacia delante para observar a los demás viajeros. Se preguntó a dónde se dirigían, ahora que otra semana llegaba a su fin. Un hombre rechoncho que viajaba de pie, agarrado al pasamanos, se mecía al ritmo de la música que salía de sus enormes auriculares negros. *Seguramente de camino a un certamen de Poetry slam en algún bar de Footscray*. Dos niñas en edad escolar, con las piernas cruzadas en idéntica postura, mascaban chicle y se retorcían mutuamente el cabello justo delante de Frankie. *A casa de una amiga para ver juntas el último episodio de Jane the Virgin*. ¿Alguien la estaría mirando a ella?, se preguntó Frankie. ¿Alguno de los viajeros que compartían tranvía con ella se estaba preguntando ahora mismo a dónde se dirigía Frankie ese viernes por la noche? ¿Serían capaces de adivinar que se disponía a abrirle la librería a su segundo mejor amigo, de diecisiete años, que sin querer había olvidado allí la mochila por la mañana? Tenía la esperanza de emitir una onda un poquitín menos patética.

Frankie echó mano del teléfono para refrescar la pantalla. Conectó y desconectó el modo «silencio», por si acaso llamaba alguien. Por si acaso llamaba él.

En el momento exacto en que estaba toqueteando la pantalla, entró una llamada, y Frankie, sin pretenderlo, deslizó el dedo por el cristal para aceptarla.

—¿Hola? —oyó gritar a alguien al otro lado de la línea.

—Hum, ¿sí? —titubeó Frankie, con el alma en vilo. Se desinfló cuando oyó una voz femenina.

—¡Frankie! ¡Soy Marie de Simon & Schuster! Perdona por llamar tan tarde, cariño —aulló.

—Ah, tranquila. No pasa nada. ¿Cómo estás?

Frankie jugueteó nerviosa con una carrera que tenía en las medias.

—Genial. Espero que tú también. Pero bueno, vayamos al grano. No he

recibido nada sobre el asunto de convertir tu blog en un libro. ¿Qué piensas al respecto? ¿Te parece bien que quedemos el lunes? —preguntó en tono cantarín.

Frankie titubeó.

—Pues... Es que no estoy segura de querer tirarlo adelante.

—¿Tirar qué, cariño? —preguntó Marie.

—El libro. No creo que vaya a hacer nada con el blog. Debido a... asuntos personales.

—¡Tonterías! ¿Asuntos personales? ¿A qué te refieres? Frankie, sería de locos rechazar una oportunidad como esta. ¿Te he dicho que estamos pensando en vender los derechos a otros países? ¿Al cine? ¿Todo el lote?

—Sí. Es que hay un chico que... —empezó a explicar Frankie.

—¿Un chico? No me digas que estás pensando en dejar tus sueños en suspenso por un chico. Te voy a ser sincera, Frankie. Una oportunidad como esta solamente se presenta una vez en la vida. Ningún hombre merece que sacrifiques tus sueños por él. Créeme —añadió con un atisbo de amargura en la voz.

—Ya lo sé, pero es que...

Marie siguió insistiendo y por fin le propuso una reunión «sin compromiso», solo para conocer al equipo y comentar el proyecto. Sintiendo entre la espada y la pared, Frankie inspiró hondo y, nada convencida, aceptó.

—¡Maravilloso! Que tengas un fin de semana fantástico, Frankie, nos vemos el lunes a las once —se despidió Marie en su tonillo chispeante.

Un tanto abrumada y también algo confundida, Frankie guardó el teléfono entre sus ejemplares de *La reina roja* y *Si decido quedarme*, y se colgó el bolso en bandolera al acercarse el tranvía a la parada de Leicester Street. Se encaminó rauda hacia la salida, no sin abandonar al pasar un ejemplar de *Percy Jackson y el ladrón del rayo* en un asiento vacío.

—¡Señorita, se ha dejado su libro! —le gritó el hombre de los auriculares

en voz demasiado alta. Ella se volvió a mirarlo, sonrió y dijo «no es mío» al apearse. Apretujada entre los pasajeros de la parada, sacó un ejemplar de *Hoyos* y lo dejó en un asiento vacío. Cuando se disponía a marcharse, se detuvo en seco, paralizada.

Allí estaba, en luces de neón, todavía más hermoso de lo que nunca habría imaginado. Una deslumbrante acuarela de la truculenta escena de Romeo y Julieta con las palabras DESTINOS CRUZADOS blasonadas en la parte superior. La pintura de Sunny. El anuncio de Sunny. Aunque lo había visto trabajar en esa ilustración a lo largo de los últimos meses, encontrarla en el espacio público la sobresaltó. Se trataba de una obra tan desafiante, arrebatadora, impactante. A Frankie se le aceleró el corazón.



Echó mano de las llaves y jugueteó con ellas mientras recorría la animada Brunswick Street hacia la librería. Se caló el gorro para que le tapara toda la frente y se ciñó el abrigo de plumas al cuerpo para protegerse del frío. Una mujer ataviada con unos tacones de vértigo y un vestido negro casi inexistente la adelantó entre contoneos, soplándole una nube de humo al pasar. Cuando se acercó a la puerta principal de la librería, Frankie descubrió, con un atisbo de preocupación, que estaba entornada.

—¿Hola? —gritó en tono inseguro por el hueco de la puerta. Nadie respondió. Aparte de ella, solamente Cat y Claud tenían llaves de la tienda. *Y yo le dejé mi juego de repuesto a Sunny.*

Inspiró una bocanada de aire frío, aferró las llaves con la mano derecha, posó la izquierda en el fresco cristal de la puerta y, despacio, abrió.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¡Tengo un arma! —gritó. Notó el tufillo del fuego. *Mierda.* ¿Pirómanos? Extrajo el teléfono para llamar a la policía y entró de puntillas.

La librería brillaba ante ella. Cientos de velas de té cubrían el suelo y los bancos, parpadeando frenéticamente, y entre ellas discurría un camino de

pétalos de rosa que se alargaba hacia el pasillo de ficción romántica.

¿Sunny? ¿Ha encontrado uno de mis libros? ¿Es esta su *novelesca respuesta*? Se le aceleró el corazón mientras recorría la senda floral. Giró hacia la fila de estanterías y atisbó una sombra arrodillada entre un lecho de pétalos de flor.

—¿Sunny? —gritó.

La persona que tenía delante se movió y alzó la vista. Frankie tardó un momento en comprender lo que estaba viendo.

—¿Seb? ¿Qué estás haciendo? —balbuceó.

El chico iba vestido con un traje dos tallas más grande que su cuerpo y se había peinado el cabello, por lo general desaliñado, hacia atrás.

—Frankston Rose —dijo, y se detuvo para carraspear, todavía arrodillado en el suelo. El resplandor de las velas bailoteaba entre los dos—. Eres rara, friki y patosa hasta extremos absurdos. —Frankie lo miraba con atención, su mente funcionando a mil por minuto para tratar de descifrar las palabras y comprender qué estaba pasando en realidad—. Pero yo también —continuó Seb. Le temblaban las manos y hablaba mirando al suelo, como si intentara recordar su papel en una función escolar—. Los dos últimos años han sido los mejores de mi vida. Y todo gracias a que he pasado mis buenos ratos en esta librería contigo. Viendo tu cara, escuchando tus historias y oyendo tus absurdos argumentos para justificar por qué la literatura romántica es mejor que la ciencia ficción... En fin, que estar contigo era el momento culminante del día. Sé que hay muchas cosas que nos separan, pero, Frankie, hay tanto que nos une... —Desesperada, Frankie miró a su alrededor buscando ayuda, pero ni Jane Austen ni ninguna de las Brontë podían echarle una mano ahora mismo—. Supongo que lo que intento decirte es: Frankie, estoy enamorado de ti. Con toda mi alma. Y en palabras de Jane: «No he querido a nadie salvo a usted».

Seb se incorporó despacio, agarrándose a la estantería para no perder el equilibrio.

¿Qué demonios le voy a decir?, gritaba la voz interior de Frankie. ¿Por qué ha tenido que hacerme esto? Oh, Sunny, ¿por qué no eres tú el que está aquí? ¡Se suponía *que debías ser tú!*

Ahora Seb jugueteaba con una inmensa corbata y miraba a Frankie con ilusión.

—Seb —empezó ella finalmente. Intentó adoptar un tono neutro, que no fuera ni desagradable ni entusiasta. Retrocedió hacia el mostrador de la entrada, buscando un momento para ordenar sus pensamientos. Seb la siguió despacio y se recostó contra el firme banco de madera.

—Yo también te quiero, ya lo sabes —dijo Frankie por fin, no sin antes inspirar hondo—. Tu aportas chispa a mis días, desde luego que sí. Pero soy once años mayor que tú. Eres como el hermano que nunca tuve. Y... ya sabes que estoy enamorada de Sunny.

—Ouch. —Seb dio un respingo hacia atrás como si lo hubieran abofeteado.

—Lo siento, Seb.

Frankie bajó la vista.

—Eh. —Seb guardó silencio un momento—. Querías un gran gesto romántico. Al menos lo he intentado. —Se encogió de hombros, pero Frankie notó el temblor de su voz—. Parece que me aguarda una vida de novias inventadas.

—¿Inventaste a Celeste?

Frankie miró a Seb boquiabierto. La tez de él se estaba tiñendo de un rosa encendido.

—¡Pensaba que te pondrías loca de celos! Nada como un triángulo amoroso para animar el cotarro, ¿eh? —dijo Seb, fingiendo indiferencia. Se interrumpió antes de espetarle con timidez—: Me voy a marchar, si no te importa. ¿Te parece bien limpiar este estropicio, Frankston? —señaló las velas y los pétalos.

—Claro, Seb. Por ti, lo que haga falta.

Seb se colgó una mochila del hombro y se encaminó a la puerta de la calle.

—Eh —dijo antes de salir—. Cuanto yo tenga veintinueve y tu cuarenta, llámame.

Con un guiño final, partió entre el tintineo de la campanilla.



—Vaya, para eso quería mi llave —rio Cat. Jin Soo (el bebé, no el hombre) estaba envuelto en una mantita azul cielo. Bebía leche con ansia, agarrando con firmeza el seno derecho de su madre. Sentada en la cama y cubierta con una floreada camisa de pijama, tejida en lana, que llevaba desabrochada de arriba abajo, Cat exhibía los dos pechos con naturalidad.

Frankie se inclinó hacia ella para contemplar con asombro al bebé prendido a la teta de su amiga.

—Ay, Cat. Fue horrible. Pobre Seb. No entiendo cómo se le ocurrió pensar...

—¿Qué podías estar mínimamente interesada en él? Es un adolescente iluso de diecisiete años. Ya sabes, igual que nosotras a su edad.

Cat acarició el cabello negro y suave de Jin Soo.

—¿Sabes qué? Siempre he pensado que era gay.

—Yo también. Nunca se sabe, Frankie, puede que a partir de ahora lo sea —rio Cat. Frankie le soltó un manotazo.

—¿Y qué, cómo andas, ya sabes, en relación a todo? —le preguntó a su amiga, insegura.

—Ah, ¿te refieres a cuándo le voy a contar a mi marido quién es el papá de mi hijo? No me muero de ganas, la verdad. Qué raro, ¿verdad? —Frankie frotó el brazo de Cat para expresarle su apoyo—. Háblame de ti. ¿Has sabido algo de Sunny?

Con cuidado, Cat cambió de pecho a Jin Soo.

—No. —Frankie suspiró—. Le debo de haber dejado cosa de cien libros a estas alturas. Por toda la zona por la que suele moverse. Pero no ha dicho ni

pío. Seguro que ha encontrado alguno.

Con la mano libre, Cat le frotó la espalda a Frankie.

—Dale tiempo, Frank. Acepta tus cicatrices y dale tiempo y espacio.

—Eso parece la cita de un libro de Cormac McCarthy —replicó Frankie, poniendo los ojos en blanco.

—No lo es, pero he pensado que me ayudaría a pasar por una persona inteligente —sonrió Cat.

Frankie dio un respingo al oír que se cerraba la puerta de la calle.

—Claud está en casa —observó Cat, nerviosa.

—Todavía no se lo has dicho, ¿verdad? —murmuró Frankie.

—No, pero tengo la sensación de que por fin se está percatando.

—¿Cómo está mi pequeño James?

Con aire animado y las mejillas sonrosadas, Claud entró en la habitación y acarició el pelo de Jin Soo. Unas agujas de tejer asomaban de su bolsa.

—Se llama Jin Soo.

—No pienso llamarlo Jin Soo —replicó Claud. La tensión alcanzó temperaturas gélidas—. ¿Cómo estás, Frankie? —El hombre se volvió a mirarla, como si acabara de reparar en su presencia—. Me han dicho que vas a volver a publicar. ¡Es genial!

Fingió una sonrisa.

—Ah, bueno, todavía no lo tengo claro. He quedado con la editora el lunes por la mañana. Ya veremos.

Frankie se encogió de hombros.

—¿Ah, sí? —preguntó Cat—. ¡Qué emoción, Frank!

La otra asintió con aire nervioso.

—Qué hambre tienes, ¿eh, pequeño James? —observó Claud con tono entusiasta.

—Si le vuelves a llamar «James», te juro por Dios que... —Cat suspiró.

Frankie, incómoda, recogió su bolso. El peso de los libros que contenía

arrastró su brazo hacia abajo.

—Será mejor que me marche —dijo, ya de camino a la puerta. Cat y Claud estaban en plena discusión. Ahora se gritaban por todo, desde la conveniencia de la circuncisión hasta colegios públicos frente a privados. Ni siquiera se dieron cuenta de que Frankie se largaba a hurtadillas.



Ahora estaba en el andén de la estación de Brunswick, plantada junto al cartel que te avisaba del peligro de acercarte a las vías, leyendo en voz alta un pasaje de *Te daría el mundo*, de Jandy Nelson. Se sorprendió a sí misma dándole vueltas a un párrafo precioso, que hablaba de que a veces abandonamos inadvertidamente la vida de los demás y luego no somos capaces de encontrar el camino de vuelta. Se trataba de uno de los libros juveniles que había llevado consigo para dejar en el tren, con la esperanza de que Sunny lo encontrara, pero al darse cuenta de que había olvidado su ejemplar de *Tin man* en casa, empezó a leerlo como recurso desesperado. Hojeó las primeras páginas y el texto la atrapó al instante. Cautivada por la maravillosa prosa y por los temas que abordaba —el primer amor, la familia y la pérdida— no podía negar que estaba disfrutando de lo lindo. *Maldito seas, Sunny*.

Entrando en el andén, el tren redujo la marcha al ritmo de su corazón. Cuando abrió las puertas, Frankie dio un paso adelante, todavía con la cabeza enterrada en el libro. El pie se le encajó en el hueco que tenía delante y ella hizo torpes intentos por recuperar el equilibrio, a punto de caer hacia delante. En ese momento, unas fuertes manos la asieron por detrás y la ayudaron a subir al vagón. Ella se dio media vuelta, con mariposas en la barriga. ¿Sunny?

—Cuidado con el hueco —dijo el hombre, que definitivamente no era Sunny. Frankie vio a un tipo apuesto a su modo refinado. Grandes gafas de montura negra enmarcando sus ojos verdes, cabello peinado a un lado y tan alto que casi tuvo que agacharse para entrar en el vagón. El tipo de hombre que le

hacía perder la cabeza. AS (antes de Sunny), claro está.

Musitando un agradecimiento, se encaminó a buscar asiento. El hombre la siguió y se acomodó delante de ella. Frankie devolvió la atención a *Te daría el mundo*, aspirando las palabras como aroma de galletas recién horneadas.

—¿Es bueno? —preguntó el hombre, señalando el libro con un gesto de la cabeza. Frankie alzó la vista y descubrió que el desconocido estaba leyendo *Mi querida Cassandra*. Frankie se mordió el labio. *Uno de mis favoritos, cómo no.*

—Sí, es genial, la verdad. Es un libro juvenil —añadió.

—Ah, me parece muy bien. Yo todavía no he leído ninguno, pero he oído grandes cosas. Este me encanta —comentó, refiriéndose a *Mi querida Cassandra*. Parecía deseoso de comentarlo.

—No lo conozco.

Frankie se encogió de hombros y siguió leyendo.

—¡Billetes, por favor!

Oyó la voz chillona de la revisora, al entrar en el vagón. Buscó la tarjeta en el bolso con un gesto automático. *Mierda.*

—¿Va todo bien? —le preguntó el hombre.

—Me he dejado la tarjeta en el otro bolso. ¡Siempre me pasa lo mismo! —se lamentó Frankie, agobiada.

—Oh, vaya —fue la inútil respuesta del hombre.

Frankie miró a un lado y a otro, nerviosa, recordando la última vez que estuvo atrapada en un tren sin billete. *Si Sunny estuviera aquí.* Echó un vistazo al hombre que leía sin hacerle caso. *Podría hacerlo. Besarle sin más. ¿Por qué no?*, se planteó, y al momento enterró la ocurrencia.

—Billetes, por favor —pidió la revisora, que se plantó entre Frankie y el hombre. Llevaba el cabello oscuro, salpicado de hebras grises, recogido en un moño alto. Los miró frunciendo el ceño, como si los desafiara a defraudarla.

El hombre extrajo el billete de la cartera, con parsimonia, y se lo tendió a la

mujer. Cuando la revisora se lo devolvió, el tipo le dio las gracias y bajó la vista, decidido a evitar cualquier contacto visual con Frankie. *Vaya, gracias por nada.*

Ahora la revisora se volvió hacia Frankie, con una mano tendida y la otra apoyada en la cadera, esperando. Ella hurgó por el bolso, fingiendo buscar un billete que no estaba ahí. El hombre tosió, incómodo, y miró por la ventanilla. *Repelente.*

—Esto... mire. Lo siento mucho. Debo de haberme dejado el pase en casa...

—empezó a justificarse Frankie.

—¡Ni una palabra más! —La revisora levantó una mano con tanta precipitación que Frankie dio un respingo—. Yo la conozco —prosiguió la mujer en tono animado—. ¡Usted es la Chica con la Regla! Mi hija y sus amigas están como locas con el vídeo. Olvídese del billete. ¿Me permite un selfie?

De: Benjamin Norwood

A: Escarlata O'

Asunto: Me alegro de que este libro tenga dueño

Querida Escarlata:

En primer lugar quiero darte las gracias. Gracias por concederme la oportunidad de disfrutar de una historia tan bien concebida. Mi hermana encontró tu ejemplar de *La sombra del viento* de camino al trabajo y, desde que me lo pasó, hace unas semanas, no he podido dejarlo. Las palabras de Carlos Ruiz Zafón me han llegado al alma. De hecho, he leído el libro con un subrayador en la mano, marcando cita tras cita. No solo se trata de una historia oscura y embriagadora sobre la pérdida, el asesinato y el amor, sino que también se las ingenia para soñar un mundo en el que los libros aparecen personificados y el amor a la literatura es sagrado. Dejando aparte los aspectos de la muerte y la destrucción, creo que me gustaría vivir en una utopía literaria como esa.

Espero que no me juzgues presuntuoso por decir que tengo la sensación de que a ti también te gustaría habitar en ese mundo.

Desde que descubrí tu nota en las últimas páginas del libro (en realidad tropecé con ella cuando iba por la mitad, después de que el libro, premonitoriamente tal vez, cayera de mi mesilla de noche abierto por esa página, no he dejado de pensar en la mujer que escribió esas palabras. Traté de visualizarte mientras leía, imaginando qué clase de persona escogería este texto para un plan que se me antoja aventurado. Me temo que muy posiblemente ya haya caído rendido a tus pies.

Espero que seas tan amable de permitir que te invite a tomar una copa. Porque, si Zafón acierta al decir que los libros son como espejos y reflejan lo que ya llevas dentro, tengo el presentimiento de que tenemos algo más en común que los gustos literarios.

Ilusionado,

Ben

De: Escarlata O'

A: Benjamin Norwood

Asunto: RE: Me alegro de que este libro tenga dueño

Querido Ben:

Muchas gracias por tu email. Muchísimas. ¡No me puedo creer que encontraras mi libro! Y no me puedo creer hasta qué punto tu forma de hablar recuerda a la familia real británica. ¿Seguro que no eres en realidad el príncipe Harry?

Por más que seas, a todas luces, un caballero increíblemente listo, refinado y maravilloso de vasta cultura, por desgracia no puedo aceptar tu generosa invitación. Verás, cuando puse todos esos libros circulación (¡debe de haber más de cien ahora mismo repartidos por distintos trenes!) no me di cuenta de que en realidad se trataba de un gesto inútil. Porque ya he encontrado al hombre de mis sueños. No me di cuenta, por cuanto no soy más que una esnob que oculta su miedo detrás de la lectura. ¿Sabes lo que significa encontrar al hombre de tus sueños y meter la pata hasta el fondo?

Me aterra que nunca me perdone. Me despierto en mitad de la noche muerta de miedo ante la idea de no volver a verlo y de que me odie por siempre. ¡Por siempre!

No, Frankie, ¡NO! No puedes pensar eso. Tu destino es estar con Sunny. (Ese es su nombre. ¿No te parece adorable?) Encontrará uno de tus malditos libros juveniles, comprenderá hasta qué punto lo amas y te perdonará. Sin embargo, he dejado ahí fuera infinidad de volúmenes y, pese a todo, nada de nada. Por eso estoy ahogando mis penas en una botella de tinto. No soporto la idea de que nunca llegue a saber lo mucho que me importa.

Pero, en serio, ¿te puedes creer que sea aficionado a la literatura juvenil? O sea, Jane Austen se revolvería en la tumba si supiera que *Crepúsculo* ocupa el número doce en la lista de los cien libros más vendidos de todos los tiempos.

¡El doce! ¡Y la secuela está el décimo sexto de la lista! Nada menos que cuarenta y dos (¿o eran cuarenta y nueve?) puestos por delante de *Matar a un ruiseñor*. O sea, en serio...

En fin, estoy divagando. Solo quería decirte que gracias por tu oferta, pero estoy decidida a recuperar a mi novio, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Ilusionada (ante la idea de que Sunny vuelva a quererme),

Frankie

PD: Si de verdad eres el príncipe Harry, por favor no hagas caso de nada de lo que he dicho. Y sí, sé tan amable de invitarme a una copa. Con unas bebidas y un tentempié en el palacio de Buckingham me conformo. ¡Hasta siempre!

Cuando un adulto mayor lee literatura
para jóvenes adultos

Tengo que confesar algo.

He estado leyendo literatura juvenil.

A montones.

Ya lo sé, ¿vale? ¿Quién es esta diletante inmadura y qué ha hecho con Escarlata?

Bueno, como bien recordaréis, llevo un tiempo dejando libros de literatura juvenil por todos los trenes, tranvías y autobuses de Melbourne con la esperanza de recuperar al amor de mi vida, Edward Cullen. Ahora bien, en circunstancias normales, nunca (y quiero decir nunca) me pescaríais leyendo un título juvenil. Porras, antes preferiría leer una autobiografía deportiva. Que no es moco de pavo. Pero los momentos desesperados requieren medidas extraordinarias. Hace poco me vi atrapada en un tren sin más opción que mirar a una mujer cortarse las uñas de los pies (sí, la gente hace cosas así en público) u optar por la desesperada estrategia de sumirme en la lectura del ejemplar de *Te daría el mundo* que llevaba en la mochila. Estaba predispuesta a poner los ojos en blanco y soltar alguna que otra risita pretenciosa. Pero el libro me enganchó irremisiblemente desde la primera página.

Desde aquel día, no solamente he dejado montones de títulos juveniles en los transportes públicos sino que también... los he leído. (¡No me mires mal, Cat!) No me considero una adicta a la ficción juvenil, pero sin duda he acabado por apreciar el género. Lo que más me gusta de esos libros, creo, es su capacidad para modelar al adulto en el que nos convertimos, un proceso con el que me identifico al cien por cien, por cuanto yo todavía estoy en ello (#casi30caminodelos13). Además, he descubierto que existen adaptaciones cinematográficas de muchos de esos títulos en las que aparece Hemsworth; algo que, en mi caso, suma un montón de puntos.

Así pues, lo que intento decir, supongo, es que me alegro de poder añadir un nuevo género a mi lista de lecturas pendientes. Porque, tal como dice Christopher Paolini por boca de Jeod, un personaje de *Eragon*, «los libros son

mis amigos y compañeros, y le dan un sentido a mi vida». Y yo necesito con desesperación algún tipo de compañía ahora mismo. Una en particular, que me hace el vacío porque metí la pata hasta el fondo. Como ya sabéis, llevaba bastante tiempo obsesionada con esa metedura de pata, hasta que leí *Una historia casi divertida*, que me enseñó que solo los fracasados usan el arrepentimiento como excusa.

Así que ahora, en lugar de arrepentirme de mi error, estoy tratando de repararlo. De recuperar a Edward Cullen de una vez por todas. Por desgracia, mi plan no parece estar funcionando. No sé absolutamente nada de él. Intento dejar atrás el desconsuelo pero, como John Green escribió con tanto acierto en *Bajo la misma estrella*: «Es lo que tiene el dolor. Exige que lo sientas».

Lo más curioso es que ya no me asusta comprometerme con todo mi ser. Ya no me asusta abrirle mi corazón a ese ser humano especial y entregárselo todo. Hace poco tiempo, la mera idea me habría aterrorizado, pero ahora mi único miedo es haberlo perdido para siempre. De hecho, acabo de leer *Divergente* (y estoy viendo la película en Internet mientras hablamos; hola, Theo James) y, en el libro, ese tiarrón llamado Cuatro (ya lo sé, es un nombre ridículo, pero seguid leyendo) afirma que no se trata tanto de no sentir miedo, porque eso es imposible, sino de encontrar el modo de afrontar el miedo y liberarse de él. ¿Qué os decía? La literatura juvenil se centra en el mensaje. (Y sí, soy una adolescente de corazón.)

Así pues, Edward Cullen, si estás leyendo esto, no me voy a rendir. No te voy a perder y no voy a perder la fe. Como expresó con preciosas palabras Laini Taylor en *Hija de humo y hueso*: «la esperanza puede ser muy poderosa (...) Puedes hacer que las cosas sucedan, casi como magia».

A fuerza de esperanza, haré que volvamos a estar juntos. En palabras de Colleen Hoover: «mi corazón ha elegido. Y te ha elegido a ti».

Hasta la próxima, queridos míos

Escarlata O' xx

Deja un comentario (2321)

El gato Garabato > ¿Libros juveniles? Vaya, vaya. Te destituyo como mejor amiga.

Divina de la muerte > ¡ME ENCANTA LA FICCIÓN JUVENIL! Si quieres te envío unas cuantas recomendaciones.

El gato Garabato > @Divinadelamuerte, lamento decírtelo, pero tienes un gusto mortal en cuestión de libros.

Divina de la muerte > @ElgatoGarabato, ¡QUE TE DEN, ZORRA!

El gato garabato > @Divinadelamuerte, magnífica réplica. Salta a la vista que lees literatura de calidad.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... ¿Ningún comentario sarcástico esta vez?

No te ofendas, pero... > @StephenPrince... Estaba trabajando. ¿Me has echado de menos?

Stephen Prince > @Noteofendaspero, puede que un poquitín... Por cierto, tengo que confesarte algo siniestro. Sé qué aspecto tienes (te espíe en Facebook) y juraría que te vi trabajando en mi café favorito el otro día.

No te ofendas, pero... > @StephenPrince ¡TÍO RARO! Pero sí, he cambiado de trabajo. Saluda la próxima vez...

48

🗨️ NO RESPONDER A ESTE NÚMERO BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA: He encontrado tu libro. Yo seré tu Sunny.

49

Jane lo sabe todo

¿Sabéis qué?

A LA MIERDA.

Retiro todo lo dicho.

Acabo de dejar un ejemplar de *Cinder*, de Marissa Meyer, en el tren con la esperanza de reavivar el amor de Edward Cullen. Yo estaba en plan: «Este podría ser el libro que nos reconcilie definitivamente. Tras eso nos casaremos, tendremos muchos hijos y montaremos juntos un negocio de pizzas». Y todo porque esa novela está vagamente basada en el cuento de la Cenicienta.

En fin, como iba diciendo, he dejado el libro en el tren y estaba a punto de apearme cuando un revisor me ha estirado de la manga de cachemira. Me ha multado por tirar basura. ¡Por tirar basura! ¿Os lo podéis creer? He tratado de explicarle mi juego amoroso, pero no ha querido saber nada. Me ha calificado de «ridícula».

Y entonces me he puesto a pensar. ¿Estoy haciendo el ridículo?

Llevo semanas dejando libros de bolsillo por toda la ciudad igual que una enfermedad reparte virus, justificándome con vanas esperanzas y citas de ficción juvenil, inútilmente empeñada en que Edward Cullen vuelva a enamorarse de mí. Pero ¿qué garantías tengo de que lo hará? Estoy harta de arrastrarme a los pies de un hombre que ni siquiera me da la hora.

Incapaz de seguir confiando en mi propio criterio, recurrí a mi mas antigua y sabia amiga, Jane Austen, en busca de orientación.

Ella dijo en cierta ocasión, y la cito literalmente: «La imaginación de una dama viaja a toda velocidad; salta de la admiración al amor y del amor al matrimonio en un momento». Y sí, esa soy yo. En pocas palabras. Estoy apostando todos mis libros a una carta, por así decirlo, porque pienso que Edward Cullen es mi verdadero amor. Pero ¿quién dice que no hay más hombres interesantes a la vuelta de la esquina esperando que me arroje a sus pies?

¿Sabéis qué más dijo mi amiga del alma? Creo que fue en *Orgullo y*

Prejuicio: «la ira no suele ser buena consejera». ¡NADIE PRONUNCIÓ JAMÁS PALABRAS MÁS SABIAS, JANEY! Estoy enfadada. En plan, superenfadada. Estoy enfadada conmigo misma por haber dejado escapar el amor, enfadada con él por no aceptarme de nuevo. Y, en consecuencia, las decisiones que he tomado últimamente han sido, bueno, precipitadas, por decirlo con suavidad. Ha llegado el momento de cortar por lo sano y empezar a actuar con inteligencia. Por cuanto, como dice Jane, «puede que haya entregado el corazón, pero todavía soy dueña de mí misma».

¿Y sabes qué, Edward Cullen? Si no hay espacio para Jane Austen en tu corazón, puede que no haya sitio para ti en el mío.

Hasta la próxima, queridos míos.

Después de todo, mañana habrá otra cita.

Escarlata O' xx

Deja un comentario (3567)

El gato Garabato > Pensaba que tu mejor amiga era yo.

No te ofendas, pero... > Hablas como si sufrieras un trastorno de doble personalidad. Por cierto, te animo a que le des una última oportunidad.

Stephen Prince > @Noteofendaspero... Ay, Stephanie, me encantan que te dediques a dar diagn3sticos no cualificados. PD Puede que me pase pronto por tu trabajo;)

No te ofendas, pero... > @StephenPrince, estoy mucho más cualificada que tú. Nos vemos pronto, caballero;)

Los poemas completos de Winnie-the-Pooh, de A. A. Milne

Tren de Frankston a Melbourne Central

—**B**ueno, último día. Frankie se aplicaba una cuidadosa capa de máscara de pestañas al mismo tiempo que hablaba con Cat por teléfono. Se había enfundado su camisa de seda verde favorita, ese que tanto le destacaba los ojos y que hacía juego con su abrigo de pompones, que gritaba «soy escritora» a los cuatro vientos. Para completar el conjunto, vaqueros negros ajustados y botas de tacón. Quería estar perfecta para la reunión con Marie.

—¿Último día de qué? ¿De tomar malas decisiones? ¿De tener remordimientos? ¿De abstinencia? —bromeó Cat.

—De todo eso, mi querida amiga. De todo. —Frankie se dibujó una línea en el párpado superior que remató con un dramático rabillo respingón junto a la línea de las pestañas. El día de hoy requería un delineado glamuroso—. Hoy es el último día que pongo libros en circulación. O que intento recuperar a Sunny. Llevo semanas con esto. Tengo que pasar página.

—¿Te sientes cómoda con la idea de renunciar? —preguntó Cat.

—No voy a renunciar. Solo voy a pasar a otra cosa. —Frankie se recogió la melena en una coleta alta y se miró al espejo—. Es obvio que Sunny no quiere saber nada de mí. Y eso... bueno, me parece bien. Mira *Lo que el viento se llevó*, *Doctor Zhivago*, *Fiesta*. En toda vida se produce una gran pérdida. En mi caso, ha llegado el momento de buscar a otra persona. ¿Y sabes qué? Creo que le voy a dar a Tom otra oportunidad.

Frankie frunció los labios y se aplicó una gruesa capa de lápiz color ciruela.

—¿El aburrido de Tom? —preguntó Cat entre bocados de lo que debía de ser, supuso Frankie, sashimi, queso fresco o más probablemente ambas cosas.

—No es aburrido. Sencillamente no es Sunny. Y tal vez sea para bien. Es amable, inteligente y sensible, además de culto.

—Bueno, parece perfecto.

—Exacto. Además, hoy es el día de los nuevos comienzos. Cat, vuelvo a sentirme a gusto con la vida. ¿Te parece raro?

—Me parece fabuloso, Frankie. Ya sabes que nada me gustaría más. Pero también tengo la ligera sensación de que estás al borde de una crisis nerviosa. Cat jadeaba ahora, como si estuviera corriendo.

—No lo estoy.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Segurísimo?

—No.

—Entonces, ¿podrías estar sufriendo una crisis nerviosa?

—Sí.

—Vale, pues me alegro de que lo hayamos aclarado —dijo Cat.

—Cat, ¿qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué? —disimuló la otra.

—¿Ha sido un aviso de embarque, lo que ha sonado de fondo? ¿Estás en un aeropuerto? —preguntó Frankie.

—¡Ay, lo siento, Frank, tengo que dejarte! Te quiero. Buena suerte con tu crisis emocional.

Cat cortó la comunicación. Frankie intentó llamarla, pero le saltaba directamente el contestador. Tendría que dejar a Cat y sus escapadas para más tarde. Ahora mismo debía concentrarse en la reunión con la editora, que se celebraría dentro de una hora exacta. Se roció las muñecas con su perfume «para las ocasiones especiales», echó mano de su bolso de lunares y salió de su casa con destino al ancho mundo.



El día volvía a ser demasiado frío en Melbourne y tan pronto como Frankie dejó el cálido regazo del edificio notó el desagradable mordisco del aire gélido en la piel. Se ciñó el abrigo con fuerza. Volvió a revisar el bolso para

asegurarse de llevar el pase del tren consigo y extrajo el teléfono con el fin de refrescar sus emails. Por el rabillo del ojo, avistó a alguien que aguardaba ante ella.

—¿Papá?

Rudolph le sonrió con timidez. Iba vestido con pantalón corto y camiseta, aunque no debían de estar a más de ocho grados en el exterior. *Típico.*

—¿Qué haces aquí? No puedo entretenerme. Ahora mismo tengo una reunión muy importante —dijo Frankie, en un tono demasiado brusco.

Rudolph le tendió un pequeño paquete envuelto en papel de estraza marrón, con una sencilla tarjeta azul prendida de cualquier manera en la parte superior.

—¿Para mí? —preguntó Frankie a la vez que tomaba el paquete de las rugosas manos de su padre. Rudolph asintió. Retirando la tarjeta con tiento, la hija leyó a viva voz:

Querida Frankie:

Sé que mamá y yo a veces te ponemos de los nervios. Bueno, constantemente. Pero queremos que sepas que te queremos más que a nada en el mundo y que estamos orgullosísimos de ti y de todo lo que has conseguido. Aquí tienes algo que encontramos cuando nos cambiamos de casa. Nos ha recordado hasta qué punto tus sueños se han hecho realidad.

Con todo nuestro amor,

Mamá y papá

—Oh, papá. —Frankie se enjugó una lágrima solitaria—. Esto sí que no me lo esperaba.

Rudolph señaló con un gesto de la cabeza el regalo que Frankie sostenía en la mano. Ella estiró el cordel que rodeaba el paquete y el papel se desplegó por sí mismo como por arte de magia para revelar un grueso cartón azul. Torpemente pegada al cartón, en la parte derecha, había una fotografía en la que aparecían Rudolph, Putu y Frankie, que tendría cosa de seis años a la sazón. Junto a la foto, un texto escrito con caligrafía infantil, rezaba:

La vida de mis sueños:

Ser escritora y una buena persona como mi mamá y mi papá. Son las mejores personas del mundo. También me gustaría tener una fábrica de chocolate y comer chocolate a diario durante el resto de mi vida. Y me encantan los hámsteres.

Frankie miró la foto con atención. Tenía los ojos cerrados, en plena carcajada. Apoyaba la cabeza en el hombro de su padre y Putu la miraba con

una expresión que había visto miles de veces en su rostro. Una expresión que, ingenuamente, Frankie había aprendido a considerar de reproche. Pero ahora se daba cuenta de que no era así, en absoluto. Reflejaba total y absoluta adoración.

—Oh, papá. Es maravilloso. Muchas gracias. ¿Le dirás a mamá lo mucho que me ha gustado? —sonrió Frankie. Rudolph la besó en la mejilla antes de atraerla hacia sí para abrazarla con fuerza.

Pasados unos instantes, Frankie se despegó de su padre con una sonrisa. Con cuidado, depositó el regalo en la bolsa, obsequió a Rudolph con un último besito y echó a correr calle abajo mientras su padre la despedía con un emocionado gesto de adiós.



Sin demasiado entusiasmo, Frankie dejó un ejemplar de *A todos los chicos de los que me enamoré* en el banco de la estación. Una mujer que lucía un precioso vestido bordado y zapatos de tacón se sentó a su lado, enfracada en un volumen encuadernado en tela de *Orgullo y prejuicio*. Frankie escudriñó su rostro cuando trataba de imaginar qué parte del libro estaba leyendo. A juzgar por el leve ceño y los nudillos blancos, adivinó que iba por el capítulo dieciocho —oh, cuánto le gustaba a Frankie ese capítulo—, el baile de Netherfield, cuando Elizabeth encuentra por fin la oportunidad de vengarse de Darcy. Se preguntó si sería su primera vez o si, igual que ella, habría leído el libro once veces.

Desvió la vista hacia el panel informativo: el próximo tren estaba anunciado para dentro de dos minutos. Eso le dejaba margen de sobras para llegar puntual a la oficina de Simon & Schuster. Hizo crujir los nudillos y golpeteó el suelo con el pie; el nerviosismo empezaba a apoderarse de ella hasta el punto de no dejarla leer. Si la reunión iba bien, podía ser el prelude de un gran éxito, un primer paso hacia una emocionante profesión como escritora. Le dio un vuelco el corazón al pensar en el regalo de su padre. Toda la vida, desde

que era una niña, había querido dedicarse a escribir. Había publicado en dos ocasiones y ahora (cruzaba los dedos) estaba a punto de conseguirlo una tercera.

Cuando llegó el tren, la mujer guardó su ejemplar de *Orgullo y prejuicio* en el bolso y se levantó con prisas. Tras ella, Frankie correteó hacia el vagón. Se sentó, dejó el bolso a su lado y recitó en silencio el discurso que había preparado para la reunión. *Pienso que el tiempo que he pasado sin escribir me ha permitido vivir más experiencias y convertirme en una autora más sensible e intuitiva. Para mí sería importante que este libro reflejase tanto mis experiencias como escritora como las de una mujer corriente de veintitantos que se desenvuelve por el amor y la vida. Por favor, por favor, por favor, ofrecedme un contrato.* Vale, puede que no incluyera la última frase.

Frankie continuó repasando el papel cuando algo le llamó la atención. Un libro abandonado en el asiento que tenía delante. Se levantó para mirarlo de cerca y avistó el mismo título sobre varios asientos. Inspiró profundamente. *¿Alguien me está copiando? Y, de ser así, ¿lo está haciendo todavía mejor que yo? ¡Debe de haber quince ejemplares como poco, solamente en este vagón!*

Se deslizó hacia uno de los libros y miró a un lado y a otro. Un hombre se había quedado dormido con los auriculares puestos y una mujer miraba el móvil inclinada sobre sí misma. Frankie recogió el volumen a toda prisa... y contuvo una exclamación. Tenía en las manos un ejemplar de *Los poemas completos de Winnie-the-Poo*, de A. A. Milne. Abrió la primera página, despacio, incapaz de contener el temblor de sus manos. Y tragó saliva con dificultad al descubrir en el interior la caligrafía que conocía tan bien como la suya propia.

Parafraseando a A A Milne: «Me importas demasiado. Creo que es amor». Reúnete conmigo en la estación de Sunbury a las once de esta mañana. Sunny

—Oh, Dios mío —musitó Frankie, a nadie en particular. Abrazó el libro contra su pecho y su alma se llenó de mariposas. Sujetó el ejemplar con la mano derecha y recogió otro, que descansaba tranquilamente en un asiento cercano. Lo abrió por la primera página. La misma nota. Pasó al siguiente, abandonado allí enfrente, y luego al otro. Todos contenían las mismas frases idénticas. Abrió la puerta del final del vagón, cruzó y se apresuró por el pasillo, recogiendo un libro tras otro. Había un ejemplar de *Los poemas completos de Winnie-the-Pooh* estratégicamente depositado en cada uno de los asientos. *Debe de haber dejado cientos*. Frankie se encaminó a la puerta del tren, lista para apearse en la siguiente parada y encaminarse a toda mecha a la estación de Sunbury; pero entonces recordó la cita con Marie.

Echó mano del teléfono y marcó el número al que se había jurado no volver a llamar.

—Hola, has llamado a Sunny. Deja un mensaje.

Mierda.

—Sunny, soy yo. Estoy en el tren. He encontrado tus libros. No me lo puede creer. ¡Hablando de grandes gestos románticos! Pero acabo de verlos y ya son las diez y media. Debiste de pensar que los encontraría de camino al trabajo, pero hoy no he ido a la librería porque tengo una importante reunión con mi editora a las once —parloteó—. Es cuestión de vida o muerte. No creo que vaya a llegar a Sunbury a tiempo. Está a cuarenta minutos de aquí, así que...

El mensaje se cortó. Mierda. Mierda. Mierda.

Mirando por la ventanilla, y abrazando cinco ejemplares de *Los poemas completos de Winnie-the-Pooh*, Frankie contempló los edificios que pasaban zumbando.

☛ Frankie: Sunny, no estoy segura de que pueda llegar a tiempo a la estación de Sunbury. Voy de camino a Flinders Street para una importante reunión con mi editora. Por favor, llámame.

Se paseó arriba y abajo por el vagón, sopesando las alternativas cuando el tren se detenía en la estación de Flinders Street: podía bajarse ahora y tratar de llegar a Sunbury o quedarse a bordo y apearse en Melbourne Central con el fin de asistir puntual a la reunión. El tren se detuvo. Abriéndose paso como podían por su lado, los viajeros le gruñían que se apartara. Una niña enfundada en una floreada chaqueta de felpa pasó estrechando un ejemplar de *Los poemas completos de Winnie-the-Pooh* contra el pecho, la otra mano aferrada a su padre. Frankie estaba paralizada. Miró las puertas abiertas del tren con el corazón desbocado.

—Atención al hueco entre el andén y el vagón. Aléjense de las vías. El tren va a efectuar su salida.

El anuncio atronó en la estación y se quedó resonando en los oídos de Frankie.

¡A la mierda! Justo antes de que se cerraran las puertas, saltó al andén.

—¿Cincuenta minutos? —Frankie miraba el panel luminoso que anunciaba las salidas—. ¡El tren a Sunbury tarda cincuenta minutos en llegar?

¿Por qué ha escogido una estación tan alejada? Frankie gimió exasperada e intentó llamar a Sunny de nuevo. Esperaba volver a oír el mensaje que había escuchado en las veinte ocasiones anteriores, y acertó. Dejó un mensaje rápido, diciendo que llegaba tarde y pidiéndole a Sunny que no se marchara. *Sunny, por favor, espérame.*

¿En qué estaba pensando cuando le dijo a Cat que estaba lista para decirle adiós a Sunny? El corazón le latía con desenfreno desde que había encontrado los libros. Ahora, la oportunidad de verlo estaba tan cerca que casi podía palparla. Imágenes de sus grandes ojos azules, de su cuerpo ancho y poderoso inundaron su mente. Sin embargo, recordarlo la intranquilizaba, así que se obligó a alejarlo de su mente. Echó mano del teléfono, pero en esta ocasión marcó un número distinto.

—Frankie, me alegro mucho de oírte. Nos vemos en cosa de diez minutos, ¿no? —canturreó Marie al teléfono.

Frankie se mordió el labio, con fuerza.

—Cuánto lo siento. No voy a poder llegar. Ha surgido una... ejem, emergencia. ¿Podemos aplazar la reunión?

—¿Una emergencia? Frankie, he convocado a todo el equipo editorial a esta reunión. Y solo faltan diez minutos —le espetó Marie, cuyo tono cambió al momento.

—Ya lo sé. Lo siento mucho. Ya sabes que no me la perdería si no fuera superimportante.

—¿Y no podrías acudir a esa «emergencia» algún otro día? —preguntó Marie. Frankie casi alcanzaba a oír su expresión de infinita exasperación.

—No, lo siento, no puedo. Te llamo más tarde. ¡Perdona otra vez!

Frankie cortó la llamada a toda prisa para no oír las maldiciones de Marie y también por si acaso Sunny intentaba contactar con ella. ¿Por qué no podíamos

quedar en la ciudad? ¿Por qué me obliga a ir hasta Sunbury?

Por fin, el tren entró cansino en la estación entre soplidos y chirridos. Frankie saltó el hueco y montó rauda en el tren, lista para partir. Se quedó en mitad del vagón, aunque había asientos libres de sobras en aquel expreso de las once a Sunbury. Cuando el vehículo arrancó por fin y el vagón inició su vaivén tranquilizador, Frankie cerró los ojos. Habían transcurrido veinte días y siete horas desde la última vez que viera a Sunny y, en ese tiempo, había experimentado una montaña rusa emocional: ante todo un sufrimiento devastador y espeluznante. Inspiró profundamente, al recordar su aroma almizclado y masculino. Recordó cómo le recogía el pelo con suavidad cuando le caía como una cortina sobre la cara; el pensamiento le provocó un hormigueo detrás de la oreja. Rememoró el brillo de sus ojos cuando leía un libro juvenil o hablaba de sus vacaciones de infancia en la Victoria rural. Evocó la última vez que lo vio: la expresión decepcionada e inconsolable grabada en su semblante por lo general despreocupado. Esperaba no volver a verla nunca, esa expresión. Intentó contar las razones por las que lo amaba. Uno: su estúpido miedo a los plátanos. Dos: porque, gracias a él, mi cocina siempre cuenta como mínimo con los cuatro ingredientes básicos para preparar torrijas. Tres: su capacidad de hacer que me sienta segura. Cuatro: todo lo que guarda relación con él. Frankie puso los ojos en blanco ante su propia falta de originalidad. Uno de los mejores textos de A. A. Milne acudió a su mente: Piglet pregunta cómo se escribe «amor» y Pooh le dice que el amor es un sentimiento, no una palabra. Así se sentía Frankie en relación a Sunny.

Miró el teléfono, haciendo caso omiso de las siete llamadas perdidas de Marie. Notó un nudo en el estómago. *¿Estoy sacrificando mi única oportunidad de publicar un nuevo libro por un chico?* Pero al momento pensó: *por un chico, no. Por Sunny.* Marcó el número de Cat, pero la llamada también saltó directamente al contestador. ¿Por qué nadie responde al

teléfono? Hizo unos giros de cabeza para relajarse y estiró los brazos. Se masajeó las rodillas, estampó los pies contra el suelo. *Solo cuarenta y cinco minutos hasta mi destino*. Miró a la gente que la rodeaba y, para distraerse, trató de adivinar qué libro estarían leyendo si no estuvieran pendientes del teléfono. ¿La chica rubia con *un piercing en el labio y los pendientes chulos*? El paseo de la fama, *de Sharon Krum*. ¿El anciano con el iPad? *Vive, de Paul Kalanithi*. Su mente todavía se deslizaba hacia Sunny. Así que hizo lo único que siempre la llevaba a un lugar totalmente distinto. Buscó su ejemplar de *Los poemas completos de Winnie-the-Pooh*, abrió la primera página y leyó.



Cuando el tren se acercó despacio a la estación de Sunbury, Frankie se despabiló de golpe. Estaba tan inmersa en las palabras del libro que, por un momento, había olvidado dónde se encontraba. Alzó la vista para mirar a los pasajeros que quedaban a bordo. La chica del piercing en el labio seguía allí, ahora enredándose un mechón de cabello rubio en el dedo con aire distraído. Una mujer alta ataviada con un brillante vestido ceñido y zapatos de tacón se mecía en un rincón. El hombre del iPad se había dormido. Cuando el tren se detuvo y las puertas se abrieron con un siseo tranquilo, los pasajeros se apresuraron a salir. Pero Frankie permaneció donde estaba, súbitamente asustada de lo que le esperaba en la estación.

Cuando todos los pasajeros hubieron abandonado el tren, Frankie salió despacio, como un cangrejo hermitaño que ve el sol por primera vez. Inspiró hondo. A más de cuarenta kilómetros de Melbourne, se respiraba un aire más puro y fresco. Miró a la izquierda y luego a la derecha. Y entonces lo vio, sentado en un banco de la estación, cubierto con un abrigo verde oscuro. Tenía las piernas cruzadas y leía *Eleanor & Park* con aire despreocupado. El ejemplar que Frankie había dejado para él, con la cubierta rasgada. En cuanto lo vio, Frankie se olvidó de Marie, de Cat, de todas las citas y todos los desengaños. Su cuerpo anhelaba la proximidad de Sunny y echó a correr hacia

él hasta pararse tan cerca que casi lo tocaba con las rodillas.

—Eh —consiguió decir.

Sunny despegó la vista del libro.

—Eh —la miró a los ojos—. Gracias por el libro.

—De nada —respondió Frankie, incómoda—. ¿Cómo estás?

¿No sabes hacerlo mejor?

—Bien. ¿Y tú? —fue la respuesta de Sunny. Parecía nervioso cuando se pasó los dedos por el perfecto cabello. *Lo que daría por acariciar su pelo.*

—Bien.

Frankie lo contemplaba y él le devolvía la mirada con sus brillantes ojos azules, que perforaban túneles ardientes hasta su alma.

—Y bien... —dijo Frankie, cuando ya no pudo soportarlo más. Se sentó a su lado con suma cautela—. ¿Por qué estoy aquí?

Sunny esbozó un conato de sonrisa y siguió leyendo, como si estuviera tranquilamente esperando el tren y no sentado junto a su exnovia. La exnovia a la que había atraído hasta allí con su libro más querido de infancia. Bajo la atenta mirada de Frankie, pasó una página despacio, sonriendo para sí.

—Sunny —insistió ella, con más firmeza esta vez.

—¿Mmm? —No alzó la vista.

—Sunny, no me puedes pedir que me reúna contigo en la estación de Sunbury mediante un precioso y elaborado gesto romántico que involucra nuestro libro favorito, por el amor de Dios, y una vez que estoy aquí no dirigirme la palabra. Lo siento, ¿vale? Siento lo de las citas, lo del blog y haberte mentado. Fue cruel y desconsiderado. Lamento haber puesto resistencias y haberte alejado. Tenías razón. Tenías razón en todo. Usé las otras citas como muletas, como recurso para distanciarme de mis verdaderos sentimientos. Intentaba protegerme pero fui egoísta. Infinitamente egoísta. Y por mucho que lo intentase y por más que dudase no pude evitar enamorarme de ti, Sunny. Y cómo me he enamorado. Solo puedo pensar en ti. Eres todo lo

que quiero. Ahora por fin entiendo de qué hablaba Jane Austen cuando dijo: «Cuando me enamore, será para siempre». Te amo Sunny. Mi corazón, cuerpo, mi alma, todo cuanto soy y cuanto tengo está perdidamente enamorado de ti.

Frankie respiró por primera vez desde que había empezado a hablar, preparada para oír la respuesta.

—Te perdono.

—Y otras cosas más. Me... —Frankie se interrumpió—. ¿Qué has dicho?

—Te perdono.

Frankie no se podía creer lo que estaba oyendo. ¿Me perdona? ¿Así, por las buenas? Después de semanas de llamadas no devueltas y de toda la rabia y el resentimiento que había albergado en su interior, ¿la perdonaba? El cuerpo de Frankie se relajó, la tensión que le provocaba tanto dolor empezó a remitir.

—¿Me perdonas? ¿Qué ha cambiado?

No sabía si estaba tentando la suerte y de súbito la aterró que él cambiara de idea o que todo fuera una especie de venganza retorcida.

Sunny agachó la vista.

—Cuando encontré el primer libro que pusiste en circulación para mí, me enfadé muchísimo. Pensé: ¿cómo puede creer que lo mismo que nos ha separado volverá a unirnos? Necesitaba arrancarte de mi vida. Pero cuando encontré el segundo libro y luego el tercero... —Alzó la vista y sus ojos empezaron a sonreír. Cuánto había añorado Frankie contemplar el nacimiento de una sonrisa en su semblante—. No podía seguir ignorándote. Ya no pude hacer caso omiso de lo que sentía por ti y de todo lo bueno que has traído a mi vida. Encontrar cada uno de los ejemplares fue como una extraña catarsis que acabo por liberarme de la rabia que me consumía. Y sin embargo no podía olvidarlo. No podía olvidar lo que habías hecho —miró a Frankie con tal intensidad que ella se encogió—. Y entonces, cuando Cat vino a mi casa...

—¿Cat fue a tu casa? —preguntó Frankie, estupefacta.

—¿No te lo dijo? Con un libro juvenil en una mano y el bebé en la otra, se

puso de rodillas y me suplicó que volviera contigo. Dijo que jamás te había visto tan desconsolada. Que sin mí eras una concha vacía. Y, bueno, supongo que yo también me sentía como una concha vacía sin ti.

Frankie sonrió sin poder evitarlo y Sunny también esbozó una sonrisa más amplia cuando prosiguió.

—Se me encendió una bombilla. Me pregunté por qué tenemos que sentirnos los dos tan hundidos y desesperados cuando el problema tenía solución. — Sunny acarició la mano de Frankie con delicadeza y respiró—. Así que tuve que encontrar la manera de perdonarte, Frankie. Y espero que tú me perdones también por no haber sido más franco respecto a mis sentimientos, por haberme marchado y no haber sabido entenderte mejor. —Le rodeó la cintura con los brazos para atraerla hacia sí. —Y, Frankie, ya no puedo seguir negando mis sentimientos. Te quiero. «Con la mayor pasión.»

Las palabras de Jane Austen se deslizaron por su lengua como si fueran chocolate.

—Ah —exclamó Frankie, que súbitamente no sabía qué decir.

—¿Puedo besarte ahora?

—Sí.

Al oírla, Sunny le aferró la cara con ansia y la estrechó contra su cuerpo. Con cuidado le colocó el pelo detrás de las orejas y, antes de que ella tuviera tiempo para pensar, la besó, con ternura al principio y luego con una pasión rauda que la obligó a aferrarse a él como si fuera el único objeto sólido en este mundo inseguro y cambiante. Y por fin entendió a qué se refería Margaret Mitchell cuando escribió: «antes de que un aturdimiento embriagador la arrastrara como un torbellino, supo que le estaba devolviendo el beso».

Sunny retrocedió con una sonrisa burlona en la cara.

—Llevaba tanto tiempo queriendo hacer eso —confesó.

—¿Y por qué no lo hacías? —replicó Frankie con voz ronca.

Sunny le pasó el pulgar por el labio inferior, la mirada clavada en ella.

—Antes tenía que perdonarte, y no sabía si podría. Frank, me daba tanto miedo sufrir otra vez. O perder a alguien que amaba. Por eso, cuando supe lo del blog, me cerré en banda. —Sunny no apartaba los ojos de Frankie y a ella la aterraba desviar la vista—. Pero entonces te perdí de todos modos. Y luego me perdí a mí mismo. —Suspiró—. Y fue una tontería. Aún más absurdo que regalarle a alguien una tortuga en la segunda cita.

Frankie rio con los ojos inundados de lágrimas.

—*Winnie* ha sido lo segundo mejor que me ha pasado en estos últimos meses —dijo.

—¿Y lo primero? —quiso saber Sunny, con un destello en los ojos.

—El increíble cruasán de chocolate que me he comido esta mañana.

Sunny rio con suavidad.

—Te quiero, Línea Frankston Rose. Más que a la pizza.

—Hala. Yo nunca he dicho que te quiera más que a la pizza.

—Sí, lo dijiste. En un mensaje de Facebook.

—¿Leíste mis mensajes?

—Sí. Los ciento veintitrés —sonrió Sunny.

—Ay, Dios.

Frankie enterró la cara entre las manos. Sunny rio entre dientes y la obligó a levantar la cabeza. Sosteniéndole las manos con las suyas, la besó una vez más.

—Sunny Day —empezó Frankie cuando por fin se despegaron.

—¿Sí, Frankston Rose?

Frankie miró a su alrededor para observar el paisaje. Se sentó en un banco de la estación del tren, en mitad de ninguna parte. No se veía ni un alma. Exhuberantes colinas verdes se perdían a lo lejos y una leve neblina surgía de sus bocas cuando hablaban.

—¿Por qué, si se puede saber, estamos en la estación de Sunbury?

Sunny rio con ganas. Soltó una enorme carcajada, como si la pregunta fuera

lo más divertido que hubiera oído en su vida. A continuación se inclinó hacia ella, como para revelarle un secreto.

—Sunny... es la abreviatura de la estación de Sunbury.

52

Frankston Rose
Bell Street 8-12

3121 Victoria, Australia

Querida Franks:

Espero que te guste la postal. Tengo tres cosas que decirte.

1. Intervine en el asunto de Sunny. Ya lo sé, ya lo sé. Me has dicho millones de veces que no meta las narices en tu vida amorosa, pero no pude eviarlo. No soportaba verte tan triste y desconsolada día tras día y... ¡bueno, nadie le hace eso a mi chica! Así que tuve unas palabras con mi buen amigo Sunny Day y, por lo que parece, todo se ha resuelto de maravilla. ¡DE NADA!
2. Como puedes ver en la idílica postal, estoy en Suecia. Con Claud. Y con Jin Soo (el bebé, no el hombre.) Después de hablar con Sunny y ver el amor que reflejaban sus ojos, comprendí que Claud me ama con esa clase de sentimiento, Franks. Y yo puedo darle a él ese amor. Creo que solo estaba buscando una emoción, algo que quebrara la paz de mi hogar (porras, debo de haberlo heredado de mi madre), pero Claud es el amor de mi vida. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Se lo he contado todo y está bastante disgustado. Bueno, muy disgustado. Pero lo estamos superando. Así que hemos cerrado la librería durante unas cuantas semanas (tu sueldo seguirá entrando; no te preocupes) y nos hemos marchado a Suecia. Vamos a pasar el próximo mes, más o menos, en un retiro de calceta. (Ya lo sé, pero fue el único modo de que Claud accediera a ir a ninguna parte conmigo.) Estamos intentando reconectar y, Frank, tengo la sensación de que me estoy volviendo a enamorar de él.
3. Te quiero mucho.

Espero que todo vaya muy bien con Sunny y con el libro.

Cat XO

Cómo enamorarse

Emma y el señor Knightley

Claire y Jamie

Westley y Buttercup

Ennis y Jack

Fermina y Florentino

Frankie y Sunny

Sí, lo conseguí. Yo Escarlata O' (o, como me llaman normalmente, Frankie) y Edward Cullen (ejem, Sunny) ya podemos pasar a la historia como uno de los grandes romances de todos los tiempos. ¿Quién iba a decirlo?

¿Mi consejo para vivir un amor romántico, sublime y arrollador? Bueno, pues es muy sencillo. No hace falta dejar libros por ahí, asistir a clases de danzas tradicionales, protagonizar grandes gestos románticos ni efectuar análisis frenéticos de cada mirada, frase, mensaje de texto o publicación de Instagram.

De hecho, os ahorraré todo eso. He aquí lo único que hace falta para encontrar el verdadero amor. ¿Listos? Son tres palabras de nada:

ATRÉVETE A ENAMORARTE

Paz y amor,

Frankie xx

La ninja de los libros

Lista de libros

La abadía de Northanger, Jane Austen

Emma, Jane Austen

Jasper Jones, Craig Silvey

The crossroad, Mark Donaldson

Crepúsculo, Stephanie Meyer

Inteligencia erótica, Esther Perel

Alta fidelidad, Nick Hornby

Cumbres borrascosas, Emily Brontë

La semilla del diablo, Ira Levin

Cincuenta sombras de Grey, E. L. James

Cincuenta sombras más oscuras, E. L. James

Luna nueva, Stephenie Meyer

Persuasión, Jane Austen

El jilguero, Donna Tartt

Trampa-22, Joseph Heller

Lo que el viento se llevó, Margaret Mitchell

Objetos perdidos, Brooke Davis

Otelo, William Shakespeare

Los juegos del hambre, Suzanne Collins

Mansfield Park, Jane Austen

Pigmalión, George Bernard Shaw

Guerra y paz, Lev Tolstói

Corazón de vinagre, Ann Tyler

Mila 18, Leon Uris

Lily y el pulpo, Steven Rowley

La letra escarlata, Nathaniel Hawthorne
Come, reza, ama, Elizabeth Gilbert
Ciudad de hueso, Cassandra Clare
Divergente, Veronica Roth
La abadía de Northanger, Jane Austen
Sentido y sensibilidad, Jane Austen
Moby Dick, Herman Melville
El proyecto esposa, Graeme Simsion
Rebelión en la granja, George Orwell
Labios de nácar, Sharon Krum
Y las montañas hablaron, Khaled Hosseini
The Complete Poems of Winnie-the-pooh, A. A. Milne
Chocolat, Joanne Harris
Ulises, James Joyce
La princesa prometida, William Goldman
Historia de dos ciudades, Charles Dickens
Fuera de quicio, Karen Joy Fowler
El club de lectura Jane Austen, Karen Joy Fowler
Sarah Canary, Karen Joy Fowler
Sister Noon, Karen Joy Fowler
1984, George Orwell
Tan poca vida, Hanya Yanagihara
Pequeñas mentiras, Liane Moriarty
Nunca me abandones, Kazuo Ishiguro
El gran Gatsby, F. Scott Fitzgerald
El arte de conducir bajo la lluvia, Garth Stein
Una serie de catastróficas desdichas, Lemony Snicket
Matar a un ruiseñor, Harper Lee
Ve y pon un centinela, Harper Lee
Perdida, Gillian Flynn
La chica del tren, Paula Hawkins
La amiga estupenda, Elena Ferrante

Algo prestado, Emily Giffin
Cumbres borrascosas, Emily Brontë
Los siete secretos, Enid Blyton
El secreto, Donna Tartt
La mujer del viajero en el tiempo, Audrey Niffenegger
Siempre el mismo día, David Nichols
Por la vida de mi hermana, Jodi Picoult
Middlesex, Jeffrey Eugenides
Lady Susan, Jane Austen
Muerte en la tarde, Ernest Hemingway
Crónica del pájaro que da cuerda al mundo, Haruki Murakami
El odio que das, Angie Thomas
The giver, Lois Lowry
Finding Nevo, Nevo Zisin
Dear Martin, Nic Stone
El hombre en busca de sentido, Viktor Frankl
La canción del cielo, Sebastian Faulks
El placer del amor, Alain de Botton
Estación Once, Emily St John Mandel
Pequeños fuegos por todas partes, Celeste Ng
Alicia en el País de las Maravillas, Lewis Carroll
Five Go Gluten-Free, Bruno Vincent
Eleanor Oliphant está perfectamente, Gail Honeyman
Orgullo y prejuicio, Jane Austen
Mujercitas, Louisa May Alcott
El alquimista, Paulo Coelho
El Jinete de Bronce, Paullina Simons
Belly Laughs, Jenny McCarthy
El guardián entre el centeno, J. D. Salinger
El cuello no engaña, Nora Ephron
Indignación, Philip Roth
Qué puedes esperar cuando estás esperando, Heidi Murkoff y Sharon Mazel

El exorcista, William Peter Blatty
Anatomía de la melancolía, Robert Burton
El insólito peregrinaje de Harold Fry, Rachel Joyce
Asesinato en directo, Ben Elton
Brida, Paulo Coelho
Once minutos, Paulo Coelho
Aleph, Paulo Coelho
El peregrino, Paulo Coelho
Marley y yo, John Grogan
Koala Lou, Mem Fox
Loni and the Moon, Esther Takac
Bajo el paraguas del amor, Davina Bell
No one Likes a Fart, Zoë Foster Blake
Blancanieves, hermanos Grimm
Cometas en el cielo, Khaled Hosseini
Amor y amistad, Jane Austen
El cuento de la criada, Margaret Atwood
Sobre la muerte y los moribundos, Elisabeth Kübler-Ross
Amor perdurable, Ian McEwan
Siempre Alice, Lisa Genova
The Gulf, Anna Spargo Ryan
Años de sequía, Jane Harper
Las ventajas de ser un marginado, Stephen Chbosky
El cuchillo en la mano, Patrick Ness
La ladrona de libros, Markus Zusak
El teorema Katherine, John Green
Stargirl, Jerry Spinelli
Wonder, J. R. Palacio
Un monstruo viene a verme, Patrick Ness
Buscando a Alaska, John Green
Eleanor & Park, Rainbow Rowell
El corredor del laberinto, James Dashner

Éramos mentirosos, Emily Jenkins
¿Estas ahí Dios? Soy yo, *Margaret*, Judy Blume
La reina roja, Victoria Aveyard
Si decido quedarme, Gayle Forman
Percy Jackson y el ladrón del rayo, Rick Riordan
Hoyos, Louis Sachar
Romeo y Julieta, William Shakespeare
Te daría el mundo, Jandy Nelson
Tin Man, Sarah Winman
Mi querida Cassandra, Jane Austen
La sombra del viento, Carlos Ruiz Zafón
Eragon, Christopher Paolini
It's kind of a funny story, Ned Vizzini
Bajo la misma estrella, John Green
Hija de humo y hueso, Laini Taylor
Cinder, Marissa Meyer
Doctor Zhivago, Boris Pasternak
Fiesta, Ernest Hemingway
A todos los chicos de los que me enamoré, Jenny Han
El paseo de la fama, Sharon Krum
Vive, Paul Kalanithi

Temas para tertulias literarias

1. Las autoras, Ali Berg y Michelle Kalus, emplean innumerables medios de comunicación social para contar la historia: mensajes de texto, Instagram, Facebook, memes, blogs. ¿En qué medida el uso de las redes sociales enriquece el relato?
2. Frankie no se atreve a involucrarse en nada importante por miedo a fracasar. ¿Qué la induce a cambiar de mentalidad cuando decide afrontar riesgos reales y lanzarse a por aquello que quiere?
3. ¿Cuál de los dos personajes es más fuerte, Frankie o Cat? ¿Alguno de los dos ejerce un papel dominante en la amistad de ambas?
4. Sunny sufrió una pérdida terrible en la juventud, que le provoca un tremendo complejo de culpa. ¿Cómo intenta Sunny superar esta situación? ¿Lo consigue?
5. Berg y Kalus no solo dan vida a los personajes protagonistas de la historia sino también a todo un despliegue de deliciosos secundarios: Seb, Claud, Jin Soo, Putu, Rudy, *Winnie* y Ads. ¿Qué papeles tienen esos personajes en *La ninja de los libros*?
6. El amor de las autoras por los libros se manifiesta desde la primera página de *La ninja de los libros*: la alegría que aporta la lectura está entrelazada con la historia. ¿Cómo usan las autoras los libros para establecer paralelismos con las situaciones que afrontan sus personajes?
7. «Frankie nunca valoraba un libro por el título. Ni tampoco por la portada.» Sin embargo, no tiene ningún problema para enjuiciar a los demás en función de sus elecciones literarias. ¿Qué acaba descubriendo Frankie sobre sus criterios para formarse opiniones?

8. Frankie tiene sentimientos encontrados: su cerebro dice «no» a los lectores de ficción juvenil, pero su corazón dice «sí» a la espontaneidad y a la pasión. Para empeorar las cosas, se enfrenta a una dicotomía inversa a través de Tom: un lector sofisticado que, sin embargo, carece de chispa. ¿Quién gana al final, el cerebro o el corazón? ¿Hay realmente un ganador y un perdedor o más bien el corazón acaba por modificar la percepción del cerebro?
9. ¿La ficción juvenil contemporánea llegará a merecer un lugar tan destacado en los estudios sociales como los clásicos de los siglos XVIII y XIX?
10. ¿Crees que los medios sociales, con el constante intercambio de información que propician, influyen negativamente en el romanticismo?

Agradecimientos

Hace poco más de un año, Ali tomó un café con la entusiasta e increíblemente enfocada Anna O’Grady, directora de marketing de Simon & Schuster Australia, que se atrevió a creer en dos descaradas ninjas literarias. Desde aquel encuentro casual, empezamos a soñar en cómo convertir la magia de Books on the Rail en una peculiar carta de amor a la literatura, la amistad y las almas gemelas. Gracias, Anna, por plantar esta semilla y por todo el apoyo y la pasión con que has tratado nuestra historia desde entonces.

También queremos expresar nuestra gratitud al resto del equipo de Simon & Schuster Australia. Nunca olvidaremos el día que llegamos a vuestras oficinas de Sydney, medio dormidas a causa del madrugón que nos dimos para subir al avión a primera hora de la mañana (y de doce meses redactando el manuscrito). Casi nos olvidamos de que nadie había leído en realidad nuestra novela; hasta ese punto nos conmovió vuestra generosa hospitalidad, el duro trabajo y las amables palabras que dedicasteis a la historia de Frankie y Sunny.

Un agradecimiento especial a Bert Ivers, editora ejecutiva; Fiona Henderson, directora editorial y Dan Ruffino, director general. Bert, gracias por tu cariño y amor eterno a *La ninja de los libros*. Sin tu meticulosa orientación, nuestro libro no sería lo que ha llegado a ser. Fiona, gracias por las emocionadas llamadas y emails cada vez que un país se enamoraba de la novela, con tu ayuda y esfuerzo. Estamos infinitamente agradecidos por tu apoyo a ultranza.

Muchísimas gracias a Hollie Fraser, por iniciar a Ali en *Books on the Underground* e inspirarla a poner en marcha Books on the Rail en Australia con

Michelle. Y gracias a todos nuestros ninjas de los libros: sin su pasión y su dedicación, nada de todo esto habría sido posible.

Gracias a todas las personas que nos han ayudado a trasladar *La ninja de los libros* de las vías al papel. Un saludo muy especial a Henry Kalus, Doris Brett y a la Asociación Australiana de Escritores, sobre todo a Olivia Lanchester. Nuestro agradecimiento más profundo a nuestras primeras lectoras y autoras modelo, las increíbles Sharon Krum y Davina Bell: vuestros generosos consejos, sabias apreciaciones y palabras de apoyo nos permitieron seguir escribiendo. Y, por supuesto, estaríamos perdidas sin el apoyo y el buen humor de nuestros queridísimos Súper Mejores Amigos; sois lo más de lo más, de verdad.

Si bien tras un año de escribir a cuatro manos nos hemos transformado poco a poco en una sola persona, os sorprenderá descubrir que todavía tenemos familias a las que queremos mucho. En consecuencia, he aquí nuestros agradecimientos propios y personales.

Agradecimientos de Ali

Desde que fui capaz de sostener un boli, declaré ante el mundo que quería ser escritora. Mi deseo despertó una avalancha de apoyo y ánimo por parte de las personas que tengo más cerca; y sin cuya fe en mí jamás habría existido este libro soñado.

A mi madre, Cindy: tú eres mi editora, mi psicóloga (cuando los plazos se acercaban al mismo tiempo que mi boda y el arranque de mi empresa) y mi animadora. He disfrutado cada minuto de este viaje que he compartido contigo. Gracias por inspirarme desde el primer día.

A mi padre, John: crecer en una casa llena de libros de todos los géneros y de autores procedentes de los cinco continentes me ha enseñado desde muy tierna edad que una vida sin libros no merece la pena. Gracias por convertirme en la devoralibros que soy.

A mi hermano, Josh, por apoyarme al máximo y por ser el socio más comprensivo del mundo, y por estar a mi lado sin flaquear en cada plazo de entrega y en cada viaje a Sidney.

A mi preciosa hermana, Emma, por su respaldo y genialidad incombustibles; tus palabras de ánimo y tu actitud sensata me han ayudado a mantener los pies en el suelo en el transcurso de esta locura; te quiero muchísimo.

A mi *Lulu*, por sus lengüetazos y sus mimos.

A mi maravilloso marido, Alex, mi gran apoyo. Gracias por planear nuestra boda mientras yo estaba enfrascada en la corrección, por dormir a mi lado sin quejarte mientras yo tecleaba de madrugada y por estar tan orgulloso de mí. En cuanto firmé el contrato le dijiste a todo el mundo que «mi prometida está a punto de publicar un libro», aunque iba por la mitad de la Primera Ronda del manuscrito. Te quiero más de lo que Frankie quiere a Sunny.

A mi abuela Jacqueline, Harry, oma Cilla y opa Paul: gracias por estar tan

orgullosos de mí y apoyarme al máximo; soy muy afortunada de teneros como abuelos.

A mi familia Hedgehog, por todos los comentarios en Facebook, el soporte en forma de chocolate y la inspiración onomástica.

Y, por último, a mi coautora, socia, hermana del alma y mejor amiga, Michelle. Menudo viaje hemos compartido. Gracias por ofrecerte a dejar tu ejemplar de *El Jinete de Bronce* en un tren. Fue el primer Book on the Rail de miles de libros. Gracias por acceder con tanto entusiasmo a mis sugerencias más locas, como «creo que deberíamos escribir un libro juntas» y gracias por ser tú; porque si fueras otra persona esto no habría sido posible.

Agradecimientos de Michelle

A mi familia, mi clan Kali, fuente de dicha, apoyo, amor e ilimitada provisión de productos frescos:

A mi madre, mi padre, Susie y Allan, mis más escandalosos y orgullosos fans. Gracias por inculcarnos verdadero amor por el aprendizaje, por enseñarnos a ser generosos, a ser buenas personas y a apreciar la palabra escrita. Creasteis un hogar cálido y lleno de vida (¡y de animales! ¡un saludo a *Ruby!*) y un entorno en el que nos sentíamos tan seguros como para correr riesgos. Nos habéis proporcionado todas las oportunidades habidas y por haber para crecer y mejorar y, por ello, tenéis mi eterno agradecimientos.

A mi pequeña Lici Lou, mi amiga, compañera de piso y hermana extraordinaria: te debo muchísimo. Gracias por hacerme reír, prepararme el desayuno y hacerme sentir de maravilla con tu contagiosa alegría. Me encanta compartir mi vida contigo.

A Sarah y a Iwan, por demostrarme el verdadero significado de un final feliz. Aunque nos separa un océano, os la arregláis para hacerme llegar una corriente constante de fuerza, apoyo y dicha (por no mencionar la envidia que me dais por estar en Europa). P.D. Por favor, volved ya a Melbourne.

Dave, grracias por tus ánimos incansables, tu cariño y por proporcionarme inspiración para las partes románticas. Qué feliz me hace tener la oportunidad de amarte.

Y, por supuesto, a mi familia Ormiston. Al personal, por vuestra amistad, ánimos y pasteles. A los alumnos, por vuestra curiosidad y por hacerme sentir como una celebridad durante todos y cada uno de los turnos en el recreo.

Y por último, pero desde luego no menos importante, a Ali, mi amiga más antigua y querida, además de poderosa musa. Gracias por ser una persona tan motivada, innovadora, excéntrica y creativa, capaz de rociar el libro (y mi

vida) con tanta magia. Pasar el rato contigo significa olvidarse del mundo (¡pero no de los plazos!) y reír a carcajada limpia. Soy más que afortunada de haber podido compartir este loco viaje literario contigo.

Acerca de las autoras

Ali Berg y Michelle Kalus son amigas del alma y comparten una misma pasión ardiente por los libros y la escritura. Juntas crearon el proyecto Books on the Rail en Melbourne y su red abarca ahora toda Australia. Ali es directora creativa y cofundadora de Hedgehog Agency, Melbourne, y Michelle es maestra en un colegio de primaria.

Visita www.aliandmichelle.com y
www.booksontherail.com